

UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA

Facultad de Ciencias Sociales



Exploradores alemanes en Guatemala en el S. XIX: una perspectiva femenina

Trabajo de graduación presentado por Lucía Inés Jiménez Palmieri para optar
al grado académico de Licenciada en Antropología

Guatemala,

2018

UNIVERSIDAD DEL VALLE DE GUATEMALA

Facultad de Ciencias Sociales



Exploradores alemanes en Guatemala en el S. XIX: una perspectiva femenina

Trabajo de graduación presentado por Lucía Inés Jiménez Palmieri para optar
al grado académico de Licenciada en Antropología

Guatemala,

2018

Vo.Bo.



Andrés Álvarez Castañeda, MA
Asesor

Tribunal Examinador:



Andrés Álvarez Castañeda, MA



Dra. Crisina Zilbermann de Luján



MA. Tatiana Paz Lemus

Fecha de aprobación: Guatemala, 12 de julio de 2018

PREFACIO

La obra *Auf Alten Wegen in Mexiko und Guatemala* llegó a mis manos gracias al Dr. Oswaldo Chinchilla, quien ha estudiado desde hace varios años el trabajo de académicos alemanes como Adolf Bastian, Karl Berendt y Eduard Seler, entre otros, desde el enfoque de la historia de la arqueología de Guatemala, y compartió conmigo una copia digital facsímil en formato PDF de la segunda edición del libro. Hasta ese momento, en mi búsqueda de información relacionada al tema de los etnólogos alemanes en Guatemala del siglo XIX y principios del XX, únicamente había encontrado referencias de hombres como Karl Sapper, Erwin Paul Dieseldorff, Franz Termer y Leonhard Schultze-Jena. *AAWMG* resultó interesante por el hecho de haber sido escrito por una mujer, algo que no había encontrado ni considerado hasta ese momento para esta investigación. Además, parte de la obra trataba sobre sus experiencias e impresiones durante un viaje que emprendió por Guatemala. Por otro lado, el número de mujeres antropólogas sobre las que había logrado estudiar hasta el momento era reducido en comparación con la cantidad de antropólogos hombres y ninguna de ellas, según recuerdo, había sido anterior al siglo XX. Así, hacer un análisis del libro *AAWMG* me pareció una buena oportunidad para estudiar una fuente primaria de mi tema de interés, conocer una perspectiva femenina de los inicios de mi disciplina, y aprender sobre la vida de esta mujer. Si bien esta obra ha sido estudiada en México, naturalmente esas investigaciones se han enfocado sobre todo en su aporte con relación a dicho país y en comparación ha sido poco lo que se ha mencionado sobre su contenido y contribución al conocimiento de la historia de la antropología de Guatemala. Finalmente, trabajar con el texto en su idioma original me permitió conocer y apreciar de primera mano el contenido de la obra y la manera de escribir de su autora; a la vez que me presentó el reto de trasladar al idioma español no solo los temas e ideas tratados, sino también el estilo y la estética del texto, aún si por razones de tiempo y recursos esto solo se haya hecho parcialmente.

Es difícil poner en palabras cuánto significa el apoyo de otras personas durante el proceso de escribir un trabajo de graduación. Las investigaciones no se hacen en un vacío y definitivamente no son únicamente producto del trabajo de quien las escribe. Sin la guía, inspiración y apoyo de estas personas, este trabajo jamás se hubiera terminado:

A Oswaldo Chinchilla, gracias por su paciencia, sus observaciones al capítulo de antecedentes de este trabajo y por haberme presentado la obra de Caecilie Seler-Sachs. Gracias también a los miembros de mi terna, Cristina Zilbermann de Luján (QEPD), Tatiana Paz Lemus y Andrés Álvarez Castañeda; al Laboratorio SIG del Centro de Estudios Ambientales (CEAB) de la Universidad del Valle de Guatemala, particularmente a la Ing. Gabriela Fuentes y en especial al Lic. Diego Incer por su apoyo en la elaboración del mapa; al Departamento de Arqueología de la Universidad del Valle de

Guatemala (Archivo Shook), especialmente a Tomás Barrientos, Matilde Ivic de Monterroso y Carlos Alvarado; y a Lorena Argueta, por ayudarme a resolver todas mis dudas y procesos siempre con una sonrisa.

También quiero agradecer a Alfredo MacKenney, por recibirme tan amablemente en su casa y tomarse el tiempo para discutir sobre mi investigación, y a Rodolfo MacDonald Kanter, por su hospitalidad, por su interés en mi trabajo y por compartir conmigo su investigación sobre la historia de su familia.

Agradezco a mis profesores, en especial a Didier Boremanse, por las enseñanzas, tanto en el salón de clase, como en trabajo de campo, y por haberme introducido al tema de los etnólogos alemanes en Guatemala; y a Andrew Cousins, por presentarme el apasionante mundo de la antropología.

Gracias a mis amigas y maestras, Luisa María Mazariegos, Sandra Sáenz de Tejada y Ana Vides Porras, por estar pendientes de mí y animarme durante este proceso; a Margarita Ramírez, por leer y comentar mi trabajo; y a Linda Asturias de Barrios, no me alcanzan las palabras para agradecerle por su incansable apoyo, por la motivación, la inspiración y las enseñanzas.

A mi familia: mis padres Silvia Palmieri de Jiménez y Salvador Jiménez Deleón, y a mis hermanos Andrés y Daniela Jiménez Palmieri, gracias por su amor, paciencia y apoyo incondicional. Gracias por nunca dejar de creer en mí; y a Willy Knedel, por su ayuda en la revisión y organización de este trabajo, por su cariño y consejos; gracias por darme un lugar para aclarar mi mente y trabajar, por las charlas, las comidas, los cafés y la compañía.

Agradezco a mi familia extensa, por estar pendientes de mí y animarme, en especial a Margarita Palmieri y Jack Schuster, y a Ángela Palmieri de Giordano y Germán Giordano, porque trabajar en esta tesis hubiera sido imposible sin su paciencia, cariño y apoyo. A Marielos Corado, gracias por acompañarme en este proceso, por celebrar conmigo los pequeños y grandes triunfos, y ayudarme a mantener la perspectiva durante las dificultades y frustraciones; y a Francisco Nieves y Víctor López, gracias por ayudarme a aligerar y sobrellevar con humor los momentos difíciles.

Gracias también a quienes ya no están: Mayita, Mimi Alice, Mimi Margo y Estuardo Mata, porque siempre me empujaron a terminar este proceso; y a Saifa, mi infatigable compañera de lectura y desvelos.

Finalmente, a Momo, gracias por tu luz; y a Rodrigo Escaler, por ser paz y alegría en mi vida.

¡Nada de esto habría sido posible sin ustedes!

CONTENIDO

PREFACIO.....	V
LISTA DE TABLAS	VIII
LISTA DE IMÁGENES	IX
RESUMEN	X
I. INTRODUCCIÓN.....	1
II. ANTECEDENTES	6
III. SISTEMA EDUCATIVO Y CIENCIAS EN ALEMANIA DEL SIGLO XIX: LIMITACIONES EN EL ACCESO DE LAS MUJERES A LA EDUCACIÓN Y CUATRO EJEMPLOS DE MUJERES PIONERAS EN LA ETNOLOGÍA ALEMANA	24
IV. BIOGRAFÍA DE CAECILIE SELER-SACHS	38
V. ANÁLISIS DE LA OBRA <i>AUF ALTEN WEGEN IN MEXIKO UND GUATEMALA (AAWMG)</i>	55
VI. DISCUSIÓN.....	176
VII. CONCLUSIONES	192
VIII. RECOMENDACIONES	194
IX. BIBLIOGRAFÍA.....	195

LISTA DE TABLAS

TABLA 1 Entrada a Guatemala por Gracias a Dios	82
TABLA 2 Primera visita a Santa Lucía Cotzumalguapa	83
TABLA 3 Viaje a Chaculá.....	84
TABLA 4 Regreso de Chaculá a Ciudad de Guatemala	84
TABLA 5 Segunda Visita a Santa Lucía Cotzumalguapa	84
TABLA 6 Viaje a Cobán.....	85
TABLA 7 Viaje a Quiriguá y Copán	85
TABLA 8 Tercera visita a Santa Lucía Cotzumalguapa.....	86
TABLA 9 Salida de Guatemala hacia México.....	86
TABLA 10 Síntesis de descripciones de indumentaria.....	153
TABLA 11 Fotografías de fauna y flora	174
TABLA 12 Dibujos de plantas recolectadas	174

LISTA DE IMÁGENES

FOTOGRAFÍA 1 Retrato de Caecilie Seler-Sachs	38
FOTOGRAFÍA 2 Retrato de Eduard Seler	44
MAPA 1 Aproximación de recorridos de los Seler en Gutemala entre 1896 y 1897.....	88
FOTOGRAFÍA 3 Gustavo Kanter Gronet	91

RESUMEN

La antropología como disciplina académica nació en el siglo XIX con estudios realizados en su mayoría por hombres europeos en países colonizados y considerados exóticos por ser distintos a lo que se conocía en el Viejo Mundo. En ese siglo en Guatemala, el régimen liberal apoyó políticas de apertura del país a inmigrantes, lo cual resultó en una fuerte migración de extranjeros, entre ellos, alemanes de distintas profesiones y oficios. Muchos se mudaron a Guatemala mientras otros estuvieron en el país de forma pasajera. Estos últimos eran, en varios casos, viajeros y exploradores cuyo objetivo era llevar a cabo estudios de diversa índole que podían incluir la recolección de piezas arqueológicas para museos.

Existe un corpus de investigaciones y textos de académicos alemanes sobre Guatemala durante los siglos XIX y XX, la mayoría de los cuales son poco conocidos en este país, principalmente porque están escritos en alemán y en algunos casos, porque no están fácilmente disponibles. Este trabajo de graduación se enfoca en la traducción parcial, la contextualización y el análisis del libro *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala (Por caminos antiguos en México y Guatemala)*, escrito por Caecilie Seler-Sachs, esposa del explorador y académico, Eduard Seler. La obra narra las experiencias vividas durante un viaje de dos años que ella y su esposo emprendieron por México y Guatemala en busca de piezas arqueológicas para el Museo Etnográfico de Berlín. El texto es parte de un género que fue popular en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX: los diarios y relatos de viajes de exploradores europeos en América. Para la historia de la antropología, este tipo de documentos proveen información sobre lo que sus autores encontraron durante sus viajes y sus percepciones.

Caecilie Seler-Sachs nació en 1855 en una familia judío-alemana de clase alta en Berlín. Fue educada en casa en una época en que el sistema educativo alemán restringía el acceso que las niñas y mujeres tenían a una educación académica. Se hizo cargo del trabajo técnico en las investigaciones de su esposo y llegó a convertirse en una etnógrafa por mérito propio que hizo y publicó sus estudios. Sus descripciones, registros gráficos y fotográficos, así como su perspectiva como mujer e investigadora, hacen de sus trabajos una fuente enriquecedora para los estudios sobre la antropología en Guatemala.

I. INTRODUCCIÓN

La historia de la antropología en Guatemala tiene distintas raíces, aunque posiblemente la más conocida sea la estadounidense: muchos estudios etnográficos y etnológicos han sido realizados en el país por académicos de Estados Unidos, especialmente a partir del siglo XX. Igual de importantes, pero quizás menos estudiadas, son las investigaciones llevadas a cabo por académicos alemanes, particularmente durante el siglo XIX. Una limitante en el conocimiento de muchos documentos producidos por estos exploradores es el idioma, ya que no todos los documentos han sido traducidos al inglés o al español.

Durante el siglo XIX se dieron dos eventos importantes para esta investigación. Uno de ellos es el nacimiento de la antropología como disciplina académica, y otro, las políticas de apertura de Guatemala a inmigrantes de países considerados más civilizados, apoyadas por el régimen liberal. Esto resultó en una fuerte migración de alemanes (entre otros grupos extranjeros) al país. La presencia de alemanes en Guatemala se dio en muchos casos de manera permanente (alemanes de distintas profesiones y oficios que se mudaron a Guatemala) o de forma pasajera (viajeros y exploradores que vinieron a llevar a cabo estudios de diversa índole, así como a recolectar piezas arqueológicas para colecciones de museos para los que trabajaban). Por lo tanto, su presencia tuvo impacto en diversas áreas, tales como la economía, la tecnología y la política, así como en el ámbito académico y el patrimonio cultural del país.

En ese entonces, muchos exploradores no llevaban a cabo estudios en una sola disciplina, sino que a menudo registraban información que hoy en día se consideraría pertinente a distintos campos como la biología, la geografía, la lingüística, la economía, la arqueología y la etnografía. Sus informes contienen una considerable riqueza de información sobre los lugares que visitaron y en los que realizaron sus estudios. Además, algunos de estos documentos incluyen datos importantes relacionados con una gran cantidad de piezas arqueológicas guatemaltecas que fueron extraídas antes y después de que se formularan leyes protectoras del patrimonio cultural de la nación. Este tipo de textos contienen descripciones, a menudo detalladas, del contexto arqueológico en el que se encontraron las piezas, lo cual probablemente esté relacionado con lo que Pedroni denomina ideología neocolonial, la cual, según explica, tenía entre sus objetivos, describir las condiciones de vida de los indígenas antes de la colonización y antes de que fueran destruidas (1982: 6-7). Algunos de estos exploradores también trabajaban para museos europeos para los que adquirirían piezas prehispánicas; por lo que a menudo sus informes y publicaciones constituyen una ventana que permite conocer sus percepciones respecto a la extracción de piezas arqueológicas, la cual consideraban necesaria ya que,

según ellos, estaban rescatando piezas que de otra forma se perderían o dañarían más. Asimismo, algunos de estos documentos se elaboraron con la intención de identificar piezas arqueológicas y sus ubicaciones para su posterior extracción y traslado a algún museo. Actualmente, estos documentos han sido utilizados por académicos que se han dado a la tarea de reconstruir la información relacionada al contexto arqueológico, procedencia y caminos recorridos por diversas piezas y documentos de origen prehispánico que actualmente forman parte de las colecciones de importantes museos, tales como el Museo Etnográfico de Berlín.

Para fines de este trabajo de graduación, elegí el libro *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala* (AAWMG) porque es un documento poco conocido en Guatemala ya que está escrito en idioma alemán y no ha sido traducido en su totalidad al idioma español o al inglés. También escogí la obra porque fue escrita por una mujer en una época en que los roles de género eran bastante restrictivos respecto a las actividades femeninas, particularmente en el ámbito académico. Este libro fue escrito por Caecilie Seler-Sachs, se publicó por primera vez en 1900 y tuvo una segunda edición en 1925. En él, la autora narra sus experiencias durante un viaje de dos años que ella y su esposo, el explorador y renombrado académico Eduard Seler, emprendieron por distintos lugares de México y Guatemala en busca de piezas arqueológicas para el Museo Etnográfico de Berlín.

A. Objetivos

El objetivo principal del estudio es hacer un primer acercamiento en idioma español a toda la sección sobre Guatemala en el libro AAWMG de Caecilie Seler-Sachs. Para lograrlo, se establecieron los siguientes objetivos secundarios: la traducción libre de la obra en forma de resúmenes parafraseados y citas textuales de pasajes seleccionados; el procesamiento y la organización del contenido mediante una codificación elaborada de acuerdo a los distintos tipos de información identificados en la obra; el análisis cualitativo de la información clasificada; la contextualización de la obra a la luz de la información biográfica encontrada sobre su autora y el contexto social y académico que se vivía en ese momento en Alemania; la contextualización de los contenidos de la obra mediante información obtenida de otras fuentes históricas, antropológicas y arqueológicas sobre Guatemala; la revisión de algunas posturas actuales sobre el trabajo de exploradores en el siglo XIX, en especial con relación a la extracción de piezas arqueológicas y otros objetos que son parte del patrimonio nacional; y la valoración del aporte de la obra a los estudios de la antropología en Guatemala.

B. Metodología

El presente trabajo de graduación está basado en el estudio de caso de Caecilie Seler-Sachs, una etnógrafa y fotógrafa alemana del siglo XIX y su publicación, *AAWMG*. Se seleccionó esta obra porque una parte de esta está enfocada en Guatemala, mientras que el resto de sus publicaciones son sobre México. Se realizó investigación bibliográfica sobre su biografía, el entorno educativo y académico de la época, en ese entonces bastante restrictivo para las mujeres, así como sobre los distintos tipos de exploradores que viajaron a América, algunos de los cuales fueron su inspiración.

La investigación se basó en la segunda edición del libro de Seler-Sachs, la cual se publicó en 1925. La obra se leyó en idioma alemán y luego se hizo un análisis cualitativo del texto, para lo cual se tomaron notas durante el proceso de lectura y se hicieron resúmenes y paráfrasis en idioma español de lo que se estaba leyendo. También se seleccionaron algunas citas textuales que igualmente fueron traducidas al español. El tipo de traducción que se hizo es libre, es decir que se respetó el sentido del texto, pero en algunos casos se cambió la forma de este para lograr una mayor claridad en la traducción. Además, se intentó trasladar al español el estilo de escritura de la autora y el tipo de vocabulario que utiliza. Luego se hizo una codificación tanto de las notas como de las citas textuales seleccionadas para clasificarlas en cinco grandes categorías: 1) información sobre el viaje, 2) información sobre personas con las que los Seler se relacionaron, 3) información sobre la recolección y documentación de antigüedades que hicieron en Guatemala, 4) información etnográfica, 5) información sobre geografía, flora y fauna.

El propósito de la primera categoría era hacer una reconstrucción lineal de los viajes de los Seler por Guatemala. Dado que la narración de la obra no es lineal, se consideró que este primer paso era necesario a fin de poder mostrar no solo el orden de los viajes por distintas regiones del país, sino también las rutas que siguieron. Aunque la autora solo da algunas de las fechas de los viajes y actividades realizadas, sí menciona los nombres de los lugares por los que pasaron, por lo que se tomaron las fechas y se relacionaron con las partes que en las que sí hace una descripción lineal de las rutas para ubicar las partes que no siguen un orden lineal dentro de dicha cronología. Además, en los casos en los que Seler-Sachs provee la información, se utilizó la cantidad de días que un viaje tomó o que se quedaron en un lugar específico para verificar la lógica de la reconstrucción, no solo en términos geográficos, sino también de tiempo. De esta manera, se logró tener una idea aproximada de los lugares en los que los Seler estuvieron en cada mes entre el 31 de marzo de 1896, fecha en que se estima entraron a Guatemala por la frontera de Gracias a Dios, Huehuetenango, y el 20 de marzo de 1897, fecha en la que zarparon del Puerto San José hacia México.

Las otras cuatro categorías se utilizaron para analizar la información contenida en el texto en torno a los principales temas que la autora trabajó, ya sea apoyando las investigaciones de su esposo o

conduciendo las propias: arqueología, etnografía y botánica. La categoría sobre las personas con las que se relacionaron cumplió dos propósitos: encontrar información sobre personajes relacionados al trabajo de recolección y documentación de antigüedades de los Seler en Guatemala, y presentar información sobre otros temas que interesaban a la autora y por lo tanto eran parte de su perspectiva en torno a lo que vio, documentó y experimentó.

Finalmente, se complementó la información dada por Seler-Sachs con otras fuentes, como el Registro de Sitios Arqueológicos del Archivo Shook, información biográfica y en algunos casos también sobre propiedades y colecciones de objetos arqueológicos de algunos de los personajes mencionados por la autora. Además, se elaboró un mapa con el apoyo del Laboratorio de Sistemas de Información Geográfica y Percepción Remota del Centro de Estudios Ambientales y de Biodiversidad de la Universidad del Valle de Guatemala, en el cual se muestra una aproximación de los recorridos hechos por los Seler mientras estuvieron en Guatemala. Es una aproximación y no una reconstrucción exacta de las rutas porque eso es motivo de otra investigación – la cual se espera poder hacer en un futuro cercano – que requiere, entre otras cosas, el estudio de la historia de varias fincas, haciendas y ranchos mencionados en la obra, así como una comparación de mapas de finales del siglo XIX. Adicionalmente, se presentan algunas perspectivas en torno al papel que jugaron exploradores y académicos europeos y estadounidenses en la extracción de piezas arqueológicas y objetos antiguos de Guatemala.

C. Limitaciones del estudio

Dado que el documento estudiado no ha sido traducido por completo al español, esta investigación está principalmente enfocada en analizar el tipo de texto con el que se está tratando, la información que contiene y lo que se puede vislumbrar de la perspectiva de su autora a partir de su biografía y el contenido de este documento. El análisis aquí presentado está circunscrito únicamente a la parte de la obra en la que la autora relata los viajes que ella y su esposo hicieron por Guatemala, la cual abarca parte del capítulo siete hasta el once y una parte del doce, es decir de la página 132 a la 271 del libro. Por razones de tiempo y extensión, el estudio no pretende ahondar en otros tipos de análisis culturales, históricos, discursivos y basados en teoría crítica, entre otros; tampoco se hizo una traducción textual completa de la obra. Únicamente se trabajó con la segunda edición del libro de Seler-Sachs, por lo que no es posible hacer una comparación con la primera. El acceso a fuentes primarias relacionadas al tema de estudio fue en algunos casos complicado debido a que muchas se encuentran en archivos y bibliotecas alemanas, y no todas han sido digitalizadas o están disponibles para su libre acceso por vía electrónica. En el caso de algunas fuentes secundarias, únicamente se encontraron en librerías de Alemania, por lo que se tuvo que hacer una selección de cuáles adquirir.

D. Resumen de resultados

El documento estudiado contiene información geográfica, botánica, etnográfica y sobre sitios y piezas arqueológicas. La información arqueológica está enfocada en los trabajos de recolección y documentación de antigüedades de los Seler, dentro de la cual se mencionan también colecciones y coleccionistas, así como personas relacionadas a la extracción de piezas y monumentos prehispánicos del país. Esto resulta valioso no solo para reconstruir el contexto de parte del patrimonio cultural nacional que se encuentra fuera del país sino también para contribuir al conocimiento de la historia del patrimonio cultural guatemalteco. Asimismo, se provee información que permite conocer las condiciones en las que los Seler viajaron y trabajaron, la cual no suele encontrarse en las publicaciones de carácter científico y académico.

Por otro lado, si bien Seler-Sachs no pretende hacer una etnografía de Guatemala, sí hace descripciones de esa naturaleza en torno a diversos temas, con las cuales crea imágenes de la situación, la vida y el ambiente en el país, así como de los lugares específicos en los que estuvieron. En cuanto a la información geográfica y principalmente la botánica, se encuentran descripciones ricas en detalles en las que a menudo se incluyen los nombres de especies de plantas y algunos de sus usos.

El documento, por no ser de carácter académico, contiene opiniones – a menudo identificadas como tales – donde la autora discute abiertamente sus sesgos, permitiéndole al lector darse una idea de la perspectiva desde la cual escribió. En general, la autora se interesa en temas como la vida de ciertas personas con las que ella y su esposo se relacionaron, entre ellas varias mujeres; normas morales, desigualdad social, expresiones culturales como la indumentaria indígena femenina, entre otras; y las experiencias, triunfos y dificultades que ella y su esposo tuvieron durante sus viajes. Todo esto está narrado con un estilo fluido y entretenido.

Documentos como este no solo contienen información que hasta la fecha no se ha podido estudiar en su totalidad debido al idioma en el que están escritos, sino además muestran perspectivas femeninas de esa época, las cuales han sido poco estudiadas. Ambas son importantes contribuciones para los estudios de y sobre la antropología.

II. ANTECEDENTES

Entre las investigaciones antropológicas realizadas durante el siglo XIX en Guatemala, destacan las de académicos alemanes que documentaron de manera minuciosa y sistemática los conocimientos, el contexto, los idiomas y las costumbres de la población indígena. No obstante, a pesar de que la importancia de estos estudios continúa vigente, muchos siguen siendo desconocidos o poco estudiados en el país, principalmente porque no han sido traducidos al idioma español.

El propósito de este capítulo es hacer una breve contextualización en torno al conocimiento que en Europa se tenía sobre América -y particularmente Guatemala- desde la época colonial hasta el siglo XIX. Dichos conocimientos no solo aumentaron con el tiempo sino se hicieron más específicos y detallados gracias a viajeros cuyos textos e investigaciones iniciaron los primeros debates científicos y académicos en torno a la historia y orígenes de los pueblos indígenas americanos. Asimismo, inspiraron y despertaron la imaginación de otros que más adelante harían sus propias contribuciones a los estudios de las culturas mesoamericanas.

Al pensar en la historia de las colonias españolas en América, inevitablemente vienen a la mente las cartas y relaciones de cronistas, quienes desde el primer momento documentaron asuntos de interés económico, geopolítico o religioso, así como lo que les parecía extraño, novedoso y en muchos casos hasta grotesco del Nuevo Mundo, sus recursos y sus habitantes. Algunos de estos textos estuvieron al alcance del público europeo en forma de libros, periódicos y volantes en los que se describían las riquezas de Nueva España, particularmente su clima, paisajes, flora, comida y antigüedades prehispánicas. Todo esto se convirtió en «un conjunto de atractivos tales que no tardaron en despertar la curiosidad de los europeos» (von Woebeser, 2012: 211). Así, durante dicho período, muchos españoles emigraron a América, principalmente en busca de mejores condiciones de vida y oportunidades. También llegaron algunas personas de otras partes de Europa; en su mayoría clérigos, científicos o profesionales, entre quienes algunos destacaron por sus aportes a distintas áreas como la educación, la ciencia, la arquitectura y las artes. Cabe notar que solo unos pocos regresaron a su tierra natal, mientras que los demás decidieron quedarse en América (*Ibid.*).

Entre estos viajeros se encontraba el inglés Thomas Gage, un fraile dominico, lingüista y cronista, quien estuvo en Nueva España durante la primera mitad del siglo XVII y viajó, entre otros lugares, por Chiapas y Guatemala. Nació en Surrey, Inglaterra, aproximadamente en 1602. Según lo que él escribió, en 1625 viajó en una expedición misionera a Filipinas, desertó con tres compañeros en Acapulco, México y de allí viajó a Guatemala. Permaneció por un corto tiempo en el convento dominico de Ciudad Real de Chiapas y en septiembre de 1627 viajó por el Altiplano camino a

Santiago de Guatemala. Aprendió el idioma poqomam. En 1636 abandonó Guatemala en secreto luego de haber sido doctrinero en Mixco, Amatitlán y Petapa. Recorrió las costas del Pacífico, embarcó en el río Sueré, Costa Rica, y se dirigió a Portobelo, Panamá. Durante el viaje fue asaltado por piratas que le quitaron las riquezas que había acumulado. En 1641 abjuró del catolicismo y se convirtió al anglicanismo, lo cual anunció al año siguiente en el sermón de retractación que publicó con el título *The tyranny of Satan discovered by the tears of a Converted Sinner in a Sermon preached in Paul's Church*. En 1648 publicó su obra *The English-American: his Travel by Sea and Land; or A New Survey of the West Indias*, la cual empezó a escribir en 1643 y en la que describe, de manera poco sistemática, los lugares en los que estuvo, la geografía, las personas, la agricultura, las plagas, el comercio, la organización política y religiosa, la defensa militar, las tensiones sociales e interétnicas, los idiomas y distintos temas relacionados a los habitantes indígenas, tales como la indumentaria, la comida, las creencias y costumbres, los poblados y la situación en la que vivían sus habitantes (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 421-422; Gage, 1958).

Las obras de Gage constituyen una importante fuente de información sobre aquella época a pesar de que no fueron bien recibidas debido a sus observaciones sobre la realidad novohispana (von Woebeser, 2012: 212), a las cuales se les considera poco objetivas y sesgadas por intereses religiosos, geopolíticos y personales (Méndez, 2010: 11-13). Incluso, debido a algunas de sus actitudes y aseveraciones, algunos autores han considerado a Gage un espía de Inglaterra en las colonias españolas en América (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 422). En su prefacio a la obra de Gage sobre sus viajes por el Nuevo Mundo, Eric S. Thompson señala que esta tiene claros sesgos políticos y religiosos, con una perspectiva extremadamente crítica de la iglesia católica en América (Gage, 1958: xiv). Argumenta que la obra de Gage tenía dos intenciones principales: la primera, demostrarles a los puritanos que había dejado por completo su antigua religión católica, ya que para cuando publicó su obra ya había abrazado su nueva fe; y la segunda, promover la teoría de que los territorios españoles en América podían ser fácilmente invadidos por los ingleses debido a las pocas defensas y fuerzas militares que vio en los lugares en los que estuvo (Gage, 1958: xvii-xviii). Asimismo, pretendía demostrar que la invasión de los ingleses a las colonias españolas sería bienvenida por las poblaciones oprimidas y abusadas por los españoles, como los indígenas y los esclavos negros, e incluso argumentó que los criollos estarían más felices de vivir en libertad bajo un pueblo extranjero que seguir siendo oprimidos por su propia gente (Gage, 1958: 214-215).

Seguramente, Seler-Sachs leyó varias obras escritas por exploradores que estuvieron en Guatemala antes que ella. Se sabe con certeza que una de ellas fue la de Gage, ya que hace referencia a esta en algunas partes de la descripción de sus viajes en *AAWMG*. Otro cronista a cuya obra Seler-Sachs se

refiere en su libro es Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, descendiente, por línea paterna, de Bernal Díaz del Castillo. Nació en Santiago de Guatemala en 1642. Desempeñó varios cargos en el Ayuntamiento de Santiago, así como en la Audiencia y tenía un ingenio de azúcar en Petapa. Entre 1680 y 1699 escribió su obra *Recordación florida: Discurso historial, natural, material, militar y político del reyno de Goathemala*, la cual trata sobre la situación de los principales señoríos indígenas; la Conquista y la organización político-administrativa de Guatemala; la naturaleza; fiestas religiosas y civiles; el desarrollo arquitectónico, y la lucha de los criollos para gozar de los mismos derechos que los peninsulares. Fuentes y Guzmán extrajo parte de la información que presenta en su obra de crónicas españolas e indígenas desconocidas en la actualidad, tales como una relación sobre la Conquista escrita por Gonzalo de Alvarado y el *Manuscrito Xecul*. La primera edición se publicó en Madrid, España, entre 1882 y 1883; y la segunda, en Guatemala entre 1932 y 1933. Actualmente, el manuscrito se conserva en el Archivo General de Centroamérica. Otras obras suyas incluyen: *Cinosura política o Ceremonial de Goathemala* (perdida), *Norte político* (perdida), *El milagro de América* y *La vida de Santa Teresa de Jesús*. Falleció en Santiago de Guatemala en 1699 (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 417-418).

En el siglo XVIII surgió un nuevo tipo de viajero, al cual von Woebeser define como visitante, ya que su llegada a América era temporal y con un objetivo específico, después del cual regresaba a su propio país (2012: 211). No obstante, la gran cantidad de información que se generó sobre América durante la colonia, el conocimiento sobre el desarrollo y los logros de los pueblos indígenas americanos fue muy limitado en Europa hasta aproximadamente 1806, cuando el explorador y naturalista Alexander von Humboldt regresó a Berlín con códices y objetos de arte que adquiriera tres años antes en México. Esto generó los primeros debates científicos en torno a la cosmovisión de las culturas mesoamericanas (Dolinski, 2003: 33).

Von Humboldt, quien también es citado por Seler-Sachs en su libro, fue el primer explorador alemán en llegar a Hispanoamérica colonial (Wagner, 1996: 1). Era escritor, geógrafo y naturalista. Nació en Berlín en 1769 y estudió idiomas, mineralogía, geología, física, química, zoología y botánica en Frankfurt y Göttingen. Entre 1799 y 1804, viajó por América en compañía del francés Aime Bonpland con el fin de estudiar y explorar América. A lo largo de su recorrido recolectó muestras de minerales y plantas, clasificó especies animales y vegetales e hizo estudios geográficos y astronómicos. También introdujo el guano peruano en Europa, escribió un tratado sobre la distribución de las plantas, y formuló leyes sobre la temperatura, el magnetismo terrestre y los volcanes, así como del origen volcánico de las rocas. Publicó 30 volúmenes sobre su viaje bajo el título *Voyages aux Régions Équinoxiales du Nouveau Continent fait en 1799-1804* y *Vistas de las*

cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de la América, un atlas gráfico publicado en 1810 que incluye descripciones y grabados de la naturaleza, tales como vistas de las cordilleras y el desarrollo minero de distintas regiones de América (von Wobeser, 2012: 212), así como varias láminas de edificios y antigüedades mayas, junto con reproducciones de páginas de códices prehispánicos, entre ellos, el Códice de Dresden (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 934-935). Por otro lado, su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, el cual fue editado en 1822, comprende conocimientos de ciencias naturales y ciencias sociales. Un dato interesante sobre esa obra es que la mayor parte de la información que von Humboldt presenta en ella fue obtenida de estudiosos novohispanos con los que tuvo contacto; no obstante, él aportó algunos datos y observaciones propios en temas como astronomía, mediciones termobarométricas de distintos lugares, el cálculo de la altura de los picos más elevados, el análisis de ciertos minerales y la valoración de algunos centros mineros (von Wobeser, 2012: 211-212).

El *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de von Humboldt se convirtió en

«... una obra de consulta obligada para todos los viajeros cultos que llegaron a Nueva España durante el resto del siglo XIX, a la vez que fue fuente de inspiración para quienes escribieron diarios, cartas y libros» (von Wobeser, 2012: 212).

También escribió un artículo sobre Centroamérica, aunque nunca visitó el área. Además de ser fuentes de inspiración para muchos de los viajeros que lo sucedieron, las obras de este explorador pionero también «abrieron camino para dar a conocer la situación y posibilidades de desarrollo de los nuevos Estados latinoamericanos en el siglo XIX» (Wagner, 1996: 1). Von Humboldt falleció en Berlín en 1859 (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 935). Sin embargo, el interés que sus obras despertaron en la población europea no disminuyó y durante el resto del siglo, exploradores – varios de ellos alemanes – continuaron viajando a América ya fuera por intereses comerciales, personales o académicos.

Mientras los trabajos de von Humboldt se publicaban y leían en Europa, en América iniciaban los movimientos independentistas: en mayo de 1809 se dio el primer grito libertario de América en Bolivia y en agosto de ese año empezó la lucha por la independencia de Ecuador. Al año siguiente comenzaron los enfrentamientos armados por la independencia de Nueva Granada, y en Europa, el periódico *Berlinische Nachrichten* informaba sobre la “insurrección de Sudamérica” (IAI, 2009). En los años que siguieron, Paraguay, Venezuela y Uruguay se sumaron a los movimientos independentistas. En 1814, se dio la reconquista colonial de casi toda Hispanoamérica, y el recién restaurado rey Fernando VII abolió la Constitución de Cádiz, la cual, entre otras cosas, apoyaba el

autonomismo de las colonias americanas, al mismo tiempo que otorgaba la ciudadanía española a todos sus habitantes (*Ibid.*).

No obstante, las luchas independentistas no se detuvieron y en 1816, Chile se unió a ellas. Dos años después, declaró su independencia. En 1821, se sumaron México, Venezuela, Perú y Centroamérica; un año más tarde siguió Ecuador. En 1822-1823, el ejército mexicano declaró a Iturbide primer emperador de México, y para 1826, toda Latinoamérica excepto Cuba se había independizado (*Ibid.*). En el caso de Guatemala, algunos años después de la declaración de independencia, particularmente entre 1830 y 1840, se fundaron los primeros asentamientos de inmigrantes en el país, principalmente de ingleses, belgas y alemanes (Wagner, 1996: 2).

En esa época, el irlandés Juan Galindo, quien fuera coronel y representante diplomático de la República Federal de Centro América, visitó y describió varios sitios arqueológicos. Estuvo en Palenque y Topoxté mientras ocupaba el cargo de Comandante del Distrito de Petén durante el gobierno de Mariano Gálvez y luego se le encargó el estudio de Copán. En sus cartas a la Sociedad de Geografía de París incluyó descripciones de sitios arqueológicos de Guatemala. Murió en El Salvador en la Batalla del Potrero en 1840 (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 424-425).

Otro conocido explorador de la primera mitad del siglo XIX es John Lloyd Stephens, quien nació en Estados Unidos en 1805. Era abogado, escritor y representante diplomático del Gobierno de Estados Unidos ante la República Federal de Centro América. En 1839 llegó a Guatemala junto con el arquitecto Frederick Catherwood, cerró la legación estadounidense y se dedicó a explorar los siguientes sitios arqueológicos de la región: Copán en Honduras; Quiriguá, Iximché y Uxatlán en Guatemala; y Toniná, Palenque y Uxmal en México. En 1841 publicó la obra *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, la cual incluía grabados de Catherwood y un análisis sobre la cultura guatemalteca de la época, la vida política, acontecimientos militares importantes, y los perfiles de algunos personajes como Rafael Carrera y Francisco Morazán. Entre 1841 y 1842, hizo una segunda expedición con Catherwood, en la cual visitaron 44 ciudades mayas; entre ellas, Palenque y Tulum. Luego publicó *Incidents of Travel in Yucatan* (1843), donde planteó la tesis de que los restos arqueológicos de la región eran producto de civilizaciones locales que se desarrollaron en épocas relativamente cercanas a la Conquista y que eran antepasados de los indígenas contemporáneos de la zona. Estas ideas significaron un avance en la comprensión del pasado maya; asimismo, el éxito de sus libros contriuyó a difundir el interés por el tema. Por otro lado, intentó infructuosamente trasladar monumentos arqueológicos de Copán, Palenque y Quiriguá a Estados Unidos. Falleció en 1852 (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 857).

Unos años después, en 1854, el etnólogo, lingüista y sacerdote secular, Charles-Étienne Brasseur De Bourbourg, llegó a Guatemala con el objetivo de estudiar los idiomas y antigüedades del país. Fue párroco de Rabinal, Baja Verapaz, de 1854 a 1855 y luego volvió a viajar a Guatemala en 1859-1860. Se dedicó a la búsqueda y traducción de manuscritos indígenas antiguos. Tradujo al francés el *Popol Vuh*, el *Memorial de Tecpán Aitlán* (aparentemente él le dio ese nombre al manuscrito) y el *Rabinal Achi*. Las dos primeras obras fueron luego traducidas del francés al español por Juan Gavarrete, quien las publicó en Guatemala en 1873-1874. Brasseur de Bourbourg también hizo una edición del Códice Troano-Cortesiano y entre sus obras relacionadas específicamente con Guatemala se pueden mencionar: *Cartas para servir de introducción a la historia primitiva de las naciones civilizadas de la América Septentrional* (1851); “Aperçus d’un voyage dans les États de San Salvador et du Guatémala, lu dans la Société de Géographie” (1857); *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l’Amérique Centrale durant les siècles antérieurs à Christophe Colomb* (1857-1859); *Popol Vuh. Le Livre Sacré et les mythes de l’antique américaine, avec les livres héroïques et historiques des quichés. Ouvrage originale des indigènes du Guatémala...* (1861); “Voyage sur l’isthme de Tehuantepec, dans l’État de Chiapas et la République du Guatémala, executé dans les années 1859 et 1860” (1861); *Grammaire de la langue quiché...* (1862); *Rabinal-Achi, ancien drame quiché...* (1862); *Sommaire des voyages et des travaux de Géographie, d’Histoire, d’Archéologie et de Théologie américaines* (1862); y *Bibliothèque Mexico-Guatémaliennne...* (1871). Asimismo, publicó la primera edición en francés de la *Relación de las Cosas de Yucatán*, de fray Diego de Landa (1864). Durante su vida formó una rica colección de documentos que se llevó consigo a Francia. Al morir Brasseur de Bourbourg en 1874 (Niza, Francia), la colección que había formado pasó al etnólogo francés Alphonse Louis Pinart y luego a Daniel G. Brinton, quien la donó al Museo de la Universidad de Pennsylvania en Filadelfia, Estados Unidos (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 202-203).

La segunda mitad del siglo XIX también vio importantes acontecimientos históricos y políticos, tanto en Europa como en América. Entre ellos pueden mencionarse la intervención franco-austríaca en México en 1861; la guerra francoalemana en 1870 y la fundación del Segundo Imperio Alemán en 1871. Tampoco debe olvidarse la Revolución Industrial, cuyos inicios se dieron durante la primera mitad del siglo XIX, pero en el caso particular de Alemania y otros países, no alcanzó su auge sino hasta la segunda mitad de este (Ringer, 1995: 29). Este suceso histórico, como se verá más adelante, tuvo un profundo impacto en Europa a nivel social, económico y político, y en el caso de Alemania, también en el mundo académico.

Para intereses de la historia de la antropología en Guatemala, en ese siglo hubo dos acontecimientos importantes que están estrechamente relacionados a esta. Uno es el nacimiento de la antropología como disciplina académica en Europa, y otro, las políticas de apertura a inmigrantes que implementó el régimen liberal en Guatemala. Este segundo suceso resultó en una fuerte migración de alemanes (entre otros grupos de extranjeros) al país. De los alemanes que llegaron a Guatemala durante este período, muchos se instalaron permanentemente en el país, mientras la estadía de otros fue únicamente temporal. En este último caso, muchos de ellos eran viajeros y exploradores cuyo objetivo era llevar a cabo estudios de diversa índole. La presencia de los alemanes en Guatemala tuvo impacto en distintas áreas del país como la economía, la tecnología, la política, la esfera social, la academia y el patrimonio cultural.

A. Investigaciones en Guatemala en el siglo XIX

Quizás la parte más estudiada de la historia de la antropología guatemalteca comprende las investigaciones etnográficas y etnológicas realizadas por académicos estadounidenses, en especial a partir del siglo XX. No obstante, antes de la llegada de estos antropólogos al país, ya varios investigadores europeos habían llevado a cabo estudios en Guatemala. Estas investigaciones constituyen valiosos registros y documentaciones que abarcan una amplia gama de temas, entre los cuales pueden mencionarse la etnografía, la arqueología, la lingüística, la etnohistoria, la biología y la geografía, entre otros.

Guillermo Pedroni llama la atención sobre la importancia de las investigaciones hechas por alemanes para el estudio de la historia de la antropología en el país, a la vez que nota que no se cuenta con una perspectiva crítica de la antropología alemana en Guatemala salvo por algunas consideraciones en *El conocimiento del indio guatemalteco* (1964), de Antonio Gobaud Carrera y en *Quichean Civilization* (1973), de Robert Carmack (Pedroni, 1982: 1). Si bien estas observaciones se hicieron hace más de 30 años, continúan vigentes porque los avances que se han hecho hasta la fecha en este tema han sido pocos. Entre las causas de este fenómeno está el hecho de que muchas de las obras de los investigadores alemanes no han sido, hasta el día de hoy, traducidas al español (Sepúlveda y Herrera, 2003: 50) o incluso al inglés; asimismo debe tomarse en cuenta que una importante cantidad de estos documentos se encuentra resguardada en bibliotecas europeas. Estos dos factores limitan significativamente el acceso que los investigadores guatemaltecos y de habla hispana en general puedan tener a tales estudios (Pedroni, 1982: 2).

Así como desde el principio hubo distintos tipos de viajeros, los documentos que resultaron de sus expediciones también son de diferente tipo. Existen, por ejemplo, diversas descripciones –muchas de

ellas improvisadas— escritas por particulares (Pedroni: 1982: 5). Por otro lado, también pueden encontrarse muchos trabajos académicos realizados durante el siglo XIX. A continuación, se encuentran algunos de los investigadores —en su mayoría alemanes, pero también algunos de otras nacionalidades— quienes hicieron importantes estudios en Guatemala antes y al mismo tiempo que los Seler.

1. Adolf Bastian

Uno de estos investigadores fue Adolf Bastian, quien fue director del Museo Etnográfico de Berlín durante parte del tiempo que Eduard Seler trabajó y viajó recolectando piezas arqueológicas para dicha institución. Bastian nació en Bremen, Alemania, en 1826. En su juventud estudió Leyes en la Universidad de Heidelberg y Biología en las universidades de Berlín, Jena y Würzburg. Obtuvo el título de Doctor en Medicina en Praga en 1850. Un año después empezó a viajar por el mundo con el propósito de coleccionar «materiales para una psicología comparativa sobre los principios de una ciencia natural» (Tylor, 1905: 139). Entre los lugares que visitó se pueden mencionar Australia y el Pacífico, México, Centroamérica, América del Sur, China, Japón Malasia, India y África Occidental. Una de sus obras más conocidas es *Der Mensch in der Geschichte; zur Begründung einer Psychologischen Weltanschauung*¹ (1860), la cual comprende tres volúmenes: *Die Psychologie als Naturwissenschaft*²; *Psychologie und Mythologie*³; y *Politische Psychologie*⁴. Entre 1865 y 1873, concentró sus esfuerzos principalmente en la organización de los estudios etnológicos en Alemania. Fue director asistente del Museo Real de Berlín, donde trabajó por ampliar las colecciones etnológicas y mejorar la exhibición y forma de trabajo con estas. Gracias a sus esfuerzos, el departamento completo se hizo independiente en 1873 y formó el *Museum für Völkerkunde* (Museo Etnográfico de Berlín). También fue miembro de la Sociedad Geográfica de Berlín, la cual presidió de 1871 a 1873 y trabajó en la creación de la *Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte* (Sociedad para la antropología, etnología e historia primitiva), que se inauguró formalmente en noviembre de 1869 y de la cual él era uno de los vicepresidentes. Ese año fundó también, junto con R. Hartmann, la publicación *Zeitschrift für Ethnologie*. Uno de sus aportes más importantes a la Antropología fue el concepto de *Völkerpsychologie*, a la cual Tylor describió como «una ciencia que estudia los fenómenos de la vida social corporativa de pueblos, como la psicología ordinaria estudia los

¹ *El hombre en la historia; fundamentación de una cosmovisión psicológica*

² *La Psicología como ciencia natural*

³ *Psicología y mitología*

⁴ *Psicología política*

fenómenos mentales de individuos» (1905: 141-142). Adolf Bastian falleció en Puerto España en 1905.

2. Karl Hermann Berendt

Antes del viaje de los Seler a Guatemala, otro académico que colaboró con la adquisición de piezas arqueológicas mayas para formar parte de las colecciones del Museo Etnográfico de Berlín fue Karl Hermann Berendt, médico, etnólogo y lingüista de origen alemán, nacido en Danzig (actualmente Gdansk, Polonia) en 1817. Realizó investigaciones en temas antropológicos, lingüísticos y de ciencias naturales en Nicaragua y México, y en 1865 fue enviado a Guatemala y Belice para hacer estudios etnológicos para la Smithsonian Institution de Estados Unidos. En 1874 se trasladó a Cobán, Alta Verapaz, con el propósito de recopilar información etnográfica. Allí también se dedicó al cultivo del café, llevó la primera imprenta y fue cofundador del periódico *El Quetzal*. Además, estudió documentos escritos en idiomas indígenas resguardados en la *American Philosophical Society* en Filadelfia, Estados Unidos. En el invierno de 1877-1878 envió a Alemania varias esculturas de piedra de Santa Lucía Cotzumalguapa⁵ (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 186-187). En su libro, *AAWMG*, Seler-Sachs explica que uno de los sitios arqueológicos específicos que llegaron buscando a Guatemala era Peor es Nada, en Santa Lucía Cotzumalguapa, el cual se mencionaba en las cartas de Berendt (1925: 186). También escribe sobre las ilustraciones que hizo con el propósito de identificar monumentos arqueológicos de Santa Lucía Cotzumalguapa para su extracción y traslado a Berlín (Seler-Sachs, 1925: 188). Berendt falleció en Cobán en 1878. Durante su vida, escribió varios artículos en inglés, alemán y español que fueron publicados en distintas revistas. Los manuscritos y documentos de sus investigaciones, la mayoría de los cuales no se publicaron, se conservan hoy en día en la biblioteca del Museo de la Universidad de Pensilvania en Filadelfia. Entre estos se encuentran materiales sobre los idiomas mayas de Guatemala, en especial el q'eqchi' y el poqomchi' (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 187).

3. Otto Stoll

También importantes son los escritos etnográficos y lingüísticos de Otto Stoll, de origen suizo, quien llevó a cabo sus viajes por Guatemala entre 1878 y 1883 (Pedroni, 1982: 4, 6). Stoll era médico, botánico, naturalista, etnógrafo y lingüista. Vivió en Guatemala entre 1878 y 1883 y ejerció la medicina en Retalhuleu. Escribió varias obras sobre Guatemala, de las cuales Seler-Sachs debe haber leído al menos algunas, ya que hace referencia a su trabajo en *AAWMG*. Entre las publicaciones

⁵ Para más información sobre Berendt y los monumentos de Santa Lucía Cotzumalguapa que están en el Museo Etnográfico de Berlín, véase Chinchilla Mazariegos (1997).

de Stoll previas al viaje de los Seler están: *Zur Ethnographie der Republik Guatemala*⁶ (1884); *Guatemala. Reisen und Schilderungen aus dem Jahren 1878-1883. Mit 12 Abbildungen und 2 Karten*⁷ (1886); *Die Sprache der Ixil-Indianer. Ein Beitrag zur Ethnologie und Linguistik der Maya-Völker*⁸ (1887); *Die Bienenzucht in Guatemala*⁹ (1887); *Die Maya-Sprachen der Pokom-Gruppe. 2 Teile. Die Sprache der Pokonchi-Indianer. Die Sprache der K'e'kchi Indianer*¹⁰ (1888); y *Die Ethnologie der Indianerstaeme von Guatemala*¹¹ (1889). Stoll falleció en 1922 (Fundación para la Cultura y el Desarrollo 2004: 857-858).

4. Alfred Percival y Anne Cary Maudslay

Por otro lado, los Seler también estaban familiarizados con el trabajo del inglés Alfred Percival Maudslay, el cual Seler-Sachs menciona con relación al sitio de Quiriguá (1925: 252). Maudslay fue un expedicionario y arqueólogo originario de Tunbridge Wells, Inglaterra, donde nació en 1850. Se graduó en 1872, año en que también hizo una expedición por las Antillas, Panamá, parte de Guatemala, Acapulco (México), el Valle de Yosemite (Estados Unidos) y Nueva York (Estados Unidos). Motivado por las publicaciones de John Lloyd Stephens, realizó siete viajes a sitios arqueológicos de Guatemala y Yucatán, México entre 1881 y 1894. En el último viaje lo acompañó su esposa, Anne Cary Maudslay, originaria de Nueva Jersey, Estados Unidos, quien escribió un diario de viaje que, junto con artículos sobre ruinas, sitios arqueológicos y los habitantes de estos lugares, constituyeron la base para el libro *A Glimpse at Guatemala, and Some Notes on the Ancient Monuments of Central America* (1889). Otra obra importante de Alfred Maudslay es *Biologia Centrali-Americana* (1899-1902). Fue el primer europeo en llegar al sitio de Menche, Yucatán, de donde sacó varios dinteles tallados que actualmente se exhiben en el Salón Maudslay del Museo Británico, así como los moldes de las inscripciones de los bajorrelieves y las estelas de Copán, Honduras, que elaboró entre 1893 y 1894. Reconoció que los glifos debían leerse en columnas dobles de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, así como la fórmula de inicio de las inscripciones. Tradujo y editó la obra de Bernal Díaz del Castillo y donó sus manuscritos, libros, fotos de tejidos indígenas y mapas al Museo Victoria y Albert en Londres, Inglaterra. Sus publicaciones hicieron accesible una gran cantidad de arte maya para su estudio. Recibió doctorados *Honoris Causa* en

⁶ *Etnografía de la República de Guatemala*

⁷ *Guatemala. Viajes y relatos de los años 1878-1883. Con 12 láminas y 2 mapas*

⁸ *El idioma de los indios ixiles. Una contribución a la etnología y lingüística de los pueblos mayas.*

⁹ *La apicultura en Guatemala*

¹⁰ *Los idiomas mayas del grupo pokom. 2 partes. El idioma de los indios pokonchi. El idioma de los indios k'e'kchi*

¹¹ *Etnología de las tribus indias de Guatemala*

Arqueología Maya y Mexicana por las Universidades de Oxford y Cambridge. Falleció en Inglaterra en 1931 (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 599; Maudslay, 1899).

5. Karl Theodor Sapper

El Dr. Karl Theodor Sapper y el señor Erwin Paul Dieseldorff también son mencionados en la obra de Seler-Sachs (1925: 239, 247, 249-250). Sapper nació en Alemania en 1866. Estudió Geología y Geografía en la Universidad de Munich, de donde se graduó en 1888. Ese año viajó a Guatemala, donde perfeccionó sus conocimientos del idioma español y aprendió el idioma q'eqchi' (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 832). Quien lo invitó a Guatemala fue su hermano, Richard Sapper, que había logrado establecerse en la producción, compra y exportación de café en el país. La idea era que Karl se recuperara de una enfermedad pulmonar. Sin embargo, luego de hacer excavaciones arqueológicas con Erwin Paul Dieseldorff, decidió quedarse en Cobán y trabajar en las fincas de su hermano para poder dedicarse a las investigaciones geológicas y geográficas en Centroamérica, región que todavía era poco conocida para los científicos naturales (Wagner, 1996: 185). Ayudó a su hermano a escoger los mejores suelos para sembrar café, recorriendo el departamento a pie, lo cual también aprovechó para elaborar mapas precisos de los pueblos, aldeas, ríos y riachuelos que todavía no se habían cartografiado. Como resultado, escogió Campur, un terreno baldío, para expandir la empresa agrícola de su hermano. Luego de medir el terreno, Sapper administró la finca, que en ese entonces tenía 157 caballerías, con áreas montañosas entre los 500 y 1,800 msnm. Sin embargo, después de vivir allí por dos años, contrajo otitis media, por lo que tuvo que dejar la finca y se dedicó de lleno a los estudios geológicos y geográficos de la región, haciendo recorridos a pie durante los meses de verano en los que observó las formaciones del terreno desde el istmo de Tehuantepec hasta Panamá. Durante la temporada lluviosa, se hospedaba en la casa de su hermano Richard para organizar los materiales que había recolectado (Wagner, 1996: 184-186).

Tras doce años de haber vivido en Centroamérica, Sapper regresó a Europa en 1900, donde empezó a publicar los resultados de sus investigaciones y dictó cátedras en las universidades de Tübingen, Straßburg y Würzburg hasta jubilarse en 1932 (Wagner, 1996: 186). También fundó el Instituto Americanista de la Universidad de Würzburg. Regresó a Guatemala en 1923 y al año siguiente fue nombrado socio honorario de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala y la Universidad de San Carlos le otorgó un doctorado *Honoris Causa*. Escribió varias obras sobre la geografía y etnografía de Guatemala, entre las cuales pueden mencionarse: *Das Nördliche Mittel-Amerika, Reisen und Studien aus den Jahren 1888-1895*¹² (1897); *Mittel-Amerika. Ein Praktischer Wegweiser für*

¹² *Centroamérica del Norte, viajes y estudios de los años 1888-1895*

*Auswanderer, Pflanzler, Kaufleute, Lehrer*¹³ (1927); y *Die Vera Paz im 16. und 17. Jahrhundert. Ein Beitrag zur Historischen Geographie und Ethnographie des nordöstlichen Guatemala*¹⁴ (1936). También publicó varios artículos, como “Altindianische Ansiedlungen in Guatemala und Chiapas”¹⁵ (1895); “Die Ruinen von Mixco (Guatemala)”¹⁶ (1898); “Sitten und Gebräuche der Poconchi Indianer”¹⁷ (1904); “Choles und Chorties”¹⁸ (1907) y “La cultura de los indios antes y después del contacto europeo” (1932). Murió en Garmisch, Bayern, en 1944 (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 832-833). Después del mapa físico y etnológico de Guatemala hecho por Otto Stoll en 1886, Karl Sapper es considerado el fundador de las bases de la cartografía moderna y geografía física y cultural de Guatemala (Wagner, 1996: 186).

6. Erwin Paul Dieseldorff

Erwin Paul Dieseldorff, caficultor y arqueólogo, nació en Hamburgo, Alemania, en 1868 y llegó a Cobán, Alta Verapaz, en 1888, donde gracias a sus vínculos financieros con Alemania, compró ocho propiedades que sumaban 24,278 hectáreas (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 346). Eventualmente llegó a convertirse en uno de los más grandes productores y exportadores de café en Alta Verapaz (Wagner, 1996: 192). Hizo excavaciones con Karl Sapper en Chamá, La Cueva y otros lugares de Alta Verapaz y lo extraído en estas se encuentra actualmente en el Museo Nacional de Arqueología y Etnología, así como en colecciones extranjeras. Se le adjudica el reconocimiento del estilo cerámico chamá y entre sus obras se encuentran *Ausgrabungen in Coban*¹⁹ (1893); *Extracto del libro antiguo que se conserva en la Cofradía de Carchá* (Título Chamelco, 1904); *Kunst und Religion der Mayavölker im Alten und Heutigen Mittelamerika*²⁰ (en tres volúmenes, 1926-1833) y *Religión y arte de los mayas* (1929). Falleció en 1940 en Nueva York, Estados Unidos (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 346-347).

7. Teobert Maler

El mismo año que los Seler iniciaron su viaje de dos años por México y Guatemala, el explorador austríaco Teobert Maler visitó Tikal, donde elaboró los planos de cinco de las estructuras principales

¹³ *Centroamérica. Una guía práctica para emigrantes, plantadores, comerciantes, maestros*

¹⁴ *La Vera Paz en los siglos XVI y XVII. Una contribución a la geografía y etnografía histórica del Noroeste de Guatemala*

¹⁵ “Asentamientos indios antiguos en Guatemala y Chiapas”

¹⁶ “Las ruinas de Mixco (Guatemala)”

¹⁷ “Usos y costumbres de los indios poconchí”

¹⁸ “Choles y chorties”

¹⁹ *Excavaciones en Cobán*

²⁰ *Arte y religión de los pueblos mayas en Centroamérica antigua y actual.*

del sitio y copió varios de los grafitos encontrados en los templos. Maler nació en 1848 y llegó por primera vez a México en 1864 con el ejército de Maximiliano de Habsburgo. Después se estableció en Yucatán, donde abrió un estudio fotográfico. Entre 1897 y 1904 realizó varias expediciones arqueológicas patrocinadas por el Museo Peabody, durante las cuales recolectó material cerámico, tomó fotografías y levantó planos. Entre sus publicaciones se encuentran: *Researches in the Central Portion of the Usumasintla Valley: Report of Exploration for the Museum (1898-1900)*; *Explorations of the Upper Usumasintla and Adjacent Region: Altar de Sacrificios, Seibal, Itsimté-Scacluk, Cankuen, Report of Explorations for the Museum (1908)*; *Explorations in the Department of Peten, Guatemala, and Adjacent Region; Topoxte, Yaxha, Benque Viejo, Naranjo (1908)*; *Explorations in the Department of Peten, Guatemala, Tikal (1911)*; e *Impresiones de viaje a las ruinas de Cobá y Chichén Itzá*. También realizó trabajos etnográficos sobre los lacandones de Chiapas, México. En Tikal, un sacbé y la Estructura 5D-65 fueron bautizados con su nombre. Maler falleció en Mérida, Yucatán, en 1917 (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 579).

8. Franz Termer y Leonhard Schultze-Jena: estudios sobre Guatemala en la primera mitad del siglo XX

Pedroni también resalta las investigaciones de académicos alemanes en Guatemala durante la primera parte del siglo XX, tales como las de Franz Termer y Leonhard Schultze-Jena (1982: 5). Franz Termer, antropólogo, nació en Berlín en 1894, donde estudió antropología bajo Eduard Seler. Karl Sapper asesoró su tesis: *Desarrollo de los conocimientos etnológicos sobre América Central en el siglo XVI*. Viajó a pie por toda Guatemala, estudiando rutas y haciendo anotaciones sobre geología, geografía, antropología y arqueología. Fue profesor extraordinario de Geografía en Würzburg. Una de sus principales obras, *Etnología y etnografía del Norte de América Central* se publicó en 1930. También realizó estudios y publicó sobre sus exploraciones en Los Chuchumatanes; la evolución de las danzas prehispánicas, en especial la que se le conoce como el Baile de la Culebra; y el papel de las moreñas de Totonicapán en la provisión de trajes, máscaras y utensilios a grupos de danzas en Chiapas y el Altiplano guatemalteco. Continuó investigaciones iniciadas por Karl Sapper en dos ocasiones durante la segunda y tercera década del siglo XX, fue director del Museo de Antropología y catedrático de Antropología en la Universidad de Hamburgo, y entre 1960-1961 hizo excavaciones importantes en el sitio arqueológico Palo Gordo en Suchitepéquez. En 1963 recibió la Orden del Quetzal en grado de Comendador como reconocimiento a su obra científica. Otros temas sobre los que publicó incluyen etnografía y geografía de la zona de Nebaj y de la Costa Sur de Guatemala, geología, vida y obra de Karl Sapper, Frans Blom, y viviendas rurales centroamericanas, entre otros.

Termer falleció en 1968 (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 871-872; Ruz Lhuillier, 1968: 401-407).

Por su parte, Leonhard Schultze-Jena, geógrafo, antropólogo y lingüista, nacido en Jena en 1872, estuvo en Guatemala entre julio de 1930 y abril de 1931 con el objetivo de hacer estudios etnográficos. Viajó por Chichicastenango (Quiché) y Momostenango (Totonicapán). Publicó *Leben, Glaube und Sprachen der Quiche von Guatemala*²¹ (1933), que se tradujo al idioma español con el título *La vida y las creencias de los indígenas quichés de Guatemala* y se publicó en 1947; así como *Popol Vuh: Das heilige Buch der Quiche Indianer von Guatemala*²² (1944); e *Indiana* (1935). También inició la traducción de *Cantares mexicanos*. Falleció en Alemania en 1955 (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 835-836).

Los investigadores mencionados abarcaban temas distintos en sus escritos; y su formación y condiciones de trabajo fueron muy diferentes entre el siglo XIX y el XX. No obstante, todos tuvieron el enfoque sociocultural como elemento en común (Pedroni, 1982: 5).

E. Los Seler, Adolf Bastian y el Museo Etnográfico de Berlín

Por otro lado, a pesar de que una gran cantidad de sus investigaciones se llevaron a cabo en México, los estudios de Eduard Seler también son importantes para la historia de la antropología guatemalteca. Seler, quien realizó su primer viaje a América en 1887 y cuyos intereses se centraron en la arqueología y documentos prehispánicos, también hizo notables contribuciones en la botánica y otras áreas de estudio. En Alemania, creó la sección dedicada a la arqueología americana en el Museo Etnográfico de Berlín y consiguió que los estudios de culturas precolombinas fueran reconocidos como una disciplina científica autónoma en la Academia Prusiana de Ciencias. Gracias a estos logros, es considerado hoy en día el padre de las instituciones alemanas cuyo enfoque es el estudio de las culturas precolombinas (Dolinski, 2003: 33).

Para entender mejor a Seler y el viaje que emprendió junto a Caecilie por México y Guatemala, es necesario conocer un poco sobre el Museo Etnográfico de Berlín, contexto institucional en el que este académico se desarrolló. Esta institución se fundó oficialmente en 1873. El material etnográfico que resguardaba provenía inicialmente de las Colecciones Reales, de las cuales se había separado en 1870. En 1886 se inauguró su nuevo edificio, evento que fue celebrado con grandes festejos. Fue el primer museo etnográfico del mundo y rápidamente se convirtió en la envidia de etnólogos y directores de

²¹ *Vida, creencias e idiomas de los quiché de Guatemala*

²² *Popol Vuh: El libro sagrado de los indios quiché de Guatemala*

museos en Europa y Estados Unidos. Era el proyecto de Adolf Bastian, quien tenía una particular visión de lo que un museo etnográfico debía ser y para lo que debía utilizarse. Este hombre, que admiraba las obras y métodos de Alexander von Humboldt, se basaba en la inducción y el empiricismo, y rechazaba la idea de utilizar los sistemas de clasificación como modelos definitivos. Inspirado en los trabajos de von Humboldt, buscaba reunir todo el conocimiento de la historia humana en una enorme síntesis. También se manifestaba en contra de la popularización de teorías sin suficiente base empírica – como en ese entonces se estaba haciendo con las teorías darwinistas – y evitaba las teorías explicativas tentativas (Penny, 2003: 87-94, 102).

El Museo Etnográfico de Berlín se creó con base en el pensamiento etnológico de Bastian, quien, en parte a raíz de sus múltiples viajes por distintas partes del mundo, argumentaba que la naturaleza humana era uniforme. Para él, la antropología ya había establecido la unidad física de la especie humana, por lo que su enfoque estaba en encontrar la unidad psíquica de la especie. Para lograrlo, consideraba que era necesario descubrir las ideas elementales idénticas, *Elementargedanken*, de todas las culturas, las cuales esperaba encontrar en la cultura material producida en todo el mundo. Argumentaba que las *Elementargedanken* estaban escondidas detrás de la diversidad humana, la cual era histórica y geográficamente contingente, y que conocer los contextos únicos en los que cada cultura se formó era clave para entender el carácter universal del ser humano. Otro concepto central era que las ideas que caracterizaban a los distintos grupos, las *Völkergedanken*, surgían dentro de zonas identificables en las que las influencias históricas y geográficas formaban culturas específicas. Además de eso, las *Völkergedanken* cambiaban al entrar en contacto con otras. Esta interacción era la base de todo desarrollo histórico. Además, dividía a la humanidad en dos categorías básicas: los *Naturvölker* o pueblos naturales y los *Kulturvölker* o pueblos culturales. Si bien los segundos tenían un pasado que registraron por medio de la escritura, Bastian resaltaba que los pueblos naturales también tenían una historia y una cultura. Creía que un extenso análisis comparativo de los *Naturvölker*, en especial de las diferencias entre ellos, serviría para identificar una serie de ideas seminales de las cuales habían surgido todas las civilizaciones. Estas ideas seminales también funcionarían como herramientas para comprender a las civilizaciones más complejas. La búsqueda de Bastian por descubrir el funcionamiento interno de las sociedades simples era parte de un esfuerzo consciente por ayudar a los europeos a comprenderse mejor a sí mismos (Penny, 2003: 95-98).

Así, a principios de la década de 1870, Bastian visualizó un museo etnográfico que contendría material cultural de todas partes del mundo y de todos los períodos de la historia. Presentaría colecciones abiertas en las que los objetos estuvieran organizados en vitrinas de vidrio y acero, bien iluminadas con luz natural y colocadas de manera que los científicos pudieran moverse con facilidad

entre las muestras organizadas geográficamente para darse una idea general de los objetos de regiones enteras y hacer conexiones mentales entre las culturas materiales de las personas viviendo en tiempos y espacios distintos. A diferencia de los museos estadounidenses, que estaban más enfocados en educar a sus visitantes y mostrar a la humanidad en términos de jerarquías culturales o etapas de progreso, Bastian veía a los museos como herramientas de investigación, como lugares en los que se podía reunir, observar y comparar la diversidad humana para fines científicos. Las ideas de Bastian fueron bien aceptadas en Alemania y esto fue en parte gracias a la expansión exitosa que había logrado de las colecciones del Museo Etnográfico de Berlín. Penny reporta que para 1880, estas comprendían más de 40,000 objetos, lo que quería decir que su tamaño inicial en 1873 se había quintuplicado. Desde 1870 hasta 1883, el Museo Etnográfico de Berlín pasó de albergar 7,000 piezas a 50,000 en un período de trece años. Tres años después, para cuando se inauguró el nuevo edificio, Bastian contaba además con cuatro asistentes, cada uno supervisando una sección geográfica distinta del museo. Esto, junto a la creación exitosa de redes de adquisición de piezas, prometía una expansión continua de las colecciones. De hecho, en la siguiente década, las colecciones del museo crecieron tan rápido que dejaron atrás a otros museos de Europa y Estados Unidos. Los etnólogos del Museo estaban formando las colecciones más amplias que podían para compilar a lo que Bastian se refería como *Gedankenstatistik*, una tabulación estadística de ideas, que incluiría todas las *Völkergedanken* del mundo. La meta, explica Penny, era adquirir tanta evidencia como se pudiera en el menor tiempo posible y lo que impulsaba estos esfuerzos era la convicción de que los *Naturvölker* estaban desapareciendo rápidamente a raíz de la expansión europea (Penny, 2003: 101-103). Bastian emprendió varios viajes con este propósito. En un informe publicado en *Zeitschrift für Ethnologie* en 1876, Bastian describe sus hallazgos en el sitio de Santa Lucía Cotzumalguapa, el cual, indica, no se encontraba dentro de los planes iniciales de ese viaje, durante el cual estuvo en Perú, Ecuador y Colombia. Sin embargo, argumenta que lo encontrado en Santa Lucía «promete importantes resultados para el conocimiento de las antigüedades americanas». También explica cómo se enteró de la existencia del lugar, los arreglos que hizo para el traslado de ciertos monumentos al Museo Etnográfico de Berlín y las personas que colaboraron con él y le ofrecieron su apoyo para una investigación más extensa en el lugar (Bastian, 1876; Chinchilla, 1997).

El crecimiento desmesurado de las colecciones evidenció las limitaciones del proyecto de Bastian. Eventualmente esta mentalidad de rescate, junto con la necesidad de reunir objetos materiales, llevó a los etnólogos a privilegiar la recolección por encima de todo lo demás, incluso del desglosamiento, la catalogación y la organización de estos. Esto resultó en una capacidad cada vez menor de la institución para manejar sus colecciones: algunas tuvieron que excluirse por completo y las exhibiciones existentes a menudo se movían de lugar, lo cual desestimaba la organización

geográfica del museo. Ya para mediados de la década de 1890, era evidente que las colecciones no se encontraban en el mejor estado y que su rápido crecimiento había provocado que no siempre estuvieran distribuidas de manera apropiada (Penny, 2003: 102-105).

Para inicios del siglo XX, menos de dos décadas después de la inauguración de su nuevo edificio, el Museo Etnográfico de Berlín se encontraba en una situación complicada: su habilidad de adquirir y acumular enormes cantidades de objetos continuaba siendo admirada, pero el estado de sus exhibiciones era criticado tanto por quienes trabajaban allí como por los visitantes. La caída del ambicioso proyecto de Bastian provocó, según Penny, un debate a lo interno de la etnología alemana. Esto, junto con la muerte de sus figuras más importantes a principios de siglo; el rechazo de etnólogos jóvenes a la visión de Bastian en favor de teorías difusionistas; presiones externas, como un creciente enfoque en la democratización de la educación y las ciencias; y la necesidad de los etnólogos por asegurar sus posiciones laborales y mantener la legitimidad de su ciencia, llevó a una serie de cambios profundos en la etnología alemana que la acercaron más que nunca al pensamiento evolucionista que la generación anterior había refutado por considerarlo un método totalizador y deductivo. Esta nueva tendencia en Alemania se articuló por primera vez en exhibiciones de museos. Sin embargo, el pensamiento de Bastian continuó con Franz Boas²³, que había trabajado con él durante varios años en el Museo Etnográfico de Berlín y estaba profundamente comprometido con el enfoque historicista, empirista e inductivo en el que se basaba el pensamiento de Bastian. Después, en el contexto académico institucional de Estados Unidos, extendió sus ideas más allá de la cultura material y, manteniendo una mentalidad de rescate, se enfocó en la documentación de las culturas (Penny, 2003: 91, 112-114, 118, 125-126).

Dentro de este contexto institucional, Eduard Seler fue uno de los más prolíficos coleccionistas de objetos arqueológicos y especímenes botánicos para el Museo Etnográfico de Berlín (Weeks en Seler, 2003: xiii). Entre sus múltiples viajes, hizo uno por distintas regiones de Guatemala. Entre los lugares que visitó –y en el cual también realizó trabajos arqueológicos– se encontraba precisamente Santa Lucía Cotzumalguapa, donde Bastian había estado veinte años antes. Uno de los objetivos del viaje de Seler a Guatemala era formar colecciones para el Museo. Lo emprendió junto a su esposa, Caecilie

²³ Franz Boas (1858-1942), considerado el “padre de la antropología estadounidense” es conocido principalmente por impulsar el relativismo cultural y atacar los modelos de evolución social que eran predominantes en ese país en el siglo XIX. Argumentó que, en vez de especular sobre el desarrollo de los distintos grupos humanos, el papel de la antropología era recolectar la mayor cantidad de información sobre ellos, documentarlos. Hizo hincapié en la urgencia de hacer esto sobre todo en los casos de culturas no europeas, las cuales consideraba que estaban desapareciendo rápidamente debido al contacto colonial (Womack, 2001: 47, 64-65). Lo que no suele enfatizarse, señala Penny, es que el pensamiento de Boas era producto de las ciencias culturales liberales alemanas del siglo XIX promovidas por figuras como Adolf Bastian (2003: 90-91).

Seler-Sachs, sin cuya colaboración, no obstante el gran reconocimiento alcanzado por Seler en el mundo académico, es difícil imaginar su trabajo. Ella no solo fue su compañera de viajes; también realizó gran parte del trabajo técnico relacionado a sus investigaciones, como la documentación fotográfica, la elaboración de copias e impresiones en papel de monumentos arqueológicos, dibujos de piezas arqueológicas y especímenes botánicos, la preparación de las plantas recolectadas para el herbario, y la identificación de los objetos arqueológicos recolectados, entre otras actividades. Durante su viaje por Guatemala, lo cuidó en los momentos en que enfermó e incluso se hizo cargo de la documentación de varios monumentos en Santa Lucía Cotzumalguapa cuando él estuvo demasiado enfermo para hacerlo. Escribió los prólogos para algunas de sus obras, las cuales también editó. En 1927, cinco años después de que Eduard falleciera, publicó parte de su legado en *Einige Kapitel aus dem Geschichtswerk des Fray Bernardino de Sahagún (Algunos capítulos de la obra histórica de Fray Bernardino de Sahagún)* con la colaboración de Walter Lehman y Walter Krickberg, así como con el apoyo de Franz Boas, quien sirvió de intermediario para conseguir los fondos para lograrlo (Dolinski, 2003: 39). Asimismo, Caecilie se convirtió en etnógrafa por mérito propio: publicó sus propios libros, así como múltiples artículos en varias revistas y dio conferencias en distintos congresos americanistas. Es en ella en quien se centra el presente trabajo, el cual se limitará específicamente a su libro *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala (AAWMG)*, publicado por primera vez en 1900 con una segunda edición en 1925 y que a la fecha no ha sido traducido en su totalidad²⁴ al idioma español. Para comprender mejor el valor del trabajo realizado por Caecilie Seler-Sachs, es necesario dar un vistazo al contexto académico de Alemania en esa época, el cual excluía formalmente a las mujeres con base en una serie de características y atributos considerados típicos de su género que determinaban su rol y comportamiento dentro de la sociedad.

²⁴ Durante la revisión bibliográfica para este trabajo se encontraron algunas traducciones de pasajes de la obra, pero ninguna traducción completa del libro.

III. SISTEMA EDUCATIVO Y CIENCIAS EN ALEMANIA DEL SIGLO XIX: LIMITACIONES EN EL ACCESO DE LAS MUJERES A LA EDUCACIÓN Y CUATRO EJEMPLOS DE MUJERES PIONERAS EN LA ETNOLOGÍA ALEMANA

A. Descripción del sistema educativo formal en Alemania

El sistema educativo formal en Alemania entre los siglos XVIII y finales del XIX estaba estructurado de tal manera que el tipo de educación impartida era diferente según la clase social a la que perteneciera el estudiante. En este punto es importante aclarar que en lo que se refiere a la educación formal, se estará hablando sobre todo de hombres, ya que a las mujeres se les tenía prácticamente vedado el acceso a esta. La educación fue, especialmente para miembros de la clase media, una forma de escalar socialmente y de obtener acceso a ciertos puestos dentro de la burocracia o academia en el país. Así, dentro de esta clase social se fue formando un tipo de élite intelectual y académica cuyo estatus no estaba basado en su poder económico, sino en su nivel educativo. No obstante, el acceso diferenciado a la educación y limitaciones estructurales existentes, funcionaban como fuertes barreras sociales para que, por ejemplo, alguien de clase baja accediera al tipo de educación que recibían los futuros funcionarios y académicos (Ringer 1995). Durante la época aquí tratada, el sistema educativo formal alemán tuvo varias reformas relacionadas a los contenidos enseñados en los distintos tipos de escuelas y universidades, así como a quiénes tenían acceso a qué tipo de educación (*Ibid.*).

Las escuelas y universidades alemanas eran instituciones estatales y solo podían establecerse mediante un permiso oficial. El Estado, como responsable del sistema educativo formal en el país, era el encargado de la supervisión y el control de la educación superior, así como de apoyarla financieramente a pesar de que las universidades tenían el derecho de dirigir sus asuntos académicos (Ringer, 1995: 30-31). Dentro de este sistema, los niños alemanes asistían a la escuela primaria (*Volksschule*) durante ocho años o a una especie de preparatoria especial (*Vorschule*). En el primer tipo de escuela, los niños aprendían, bajo una estricta disciplina, a leer y escribir, así como sobre aritmética y religión. El objetivo de dicha educación era, según Ringer, preparar a los niños para ser productores, soldados y súbditos dóciles, así como para llevar a cabo las tareas de la vida cotidiana. Luego, entre los nueve y diez años, los niños podían ingresar a una escuela secundaria; sin embargo, no se esperaba que quienes asistían a las escuelas primarias (*Volksschulen*) intentaran acceder a una educación superior como sí se esperaba de los niños que asistían a las preparatorias especiales (*Vorschulen*). Estos eran quienes luego pasaban a estudiar en los *Gymnasium*, el tipo de escuela secundaria con más prestigio (Ringer, 1995: 42-43).

El prestigio asociado con los *Gymnasium* radicaba en que en ellos se impartía una educación clásica, la cual dedicaba casi la mitad de las horas de clase a la enseñanza de latín y griego. Además, estas escuelas ofrecían un examen de grado, llamado *Abitur*, el cual debía aprobarse para poder ingresar a una universidad (Ringer, 1995: 37-38). Había otros dos tipos de escuelas secundarias: el *Realgymnasium* y la *Oberrealschule*. Esta última, en contraste con el *Gymnasium*, no enseñaba idiomas clásicos y dedicaba aproximadamente un tercio del tiempo de clase a los idiomas inglés y francés, otro tercio a las matemáticas y ciencias naturales, una sexta parte al idioma alemán y el resto del tiempo a enseñar historia, geografía y dibujo. Esta clase de educación era considerada moderna y enfocada en cuestiones prácticas. Como tal, era vista como inferior a la formación clásica, cuyo objetivo era, de acuerdo con quienes la apoyaban, la formación de personalidades “cultivadas” y estéticamente agradables, a la vez que elevaba la formación a una especie de tarea espiritual (Ringer, 1995: 33-34). Por su parte, el *Realgymnasium* era una especie de compromiso entre el *Gymnasium* y la *Oberrealschule*. Su currículum incluía latín, francés e inglés, lo cual le daba un mayor prestigio que la *Oberrealschule*. También recibía más apoyo oficial.

Los estudios en cualquiera de estos tres tipos de escuelas tenían una duración de nueve años y los profesores que enseñaban en ellas tenían una formación universitaria. También había una versión similar de cada uno de estos tres tipos de escuelas –*Progymnasium*, *Realprogymnasium* y *Realschule* respectivamente– en las cuales se estudiaba por seis años. Dado lo parecido de su currículum a los primeros seis años de los otros tres tipos de escuelas, un alumno podía, en teoría, transferirse de una escuela de seis años a la correspondiente de nueve años. No obstante, las detalladas y rígidas prescripciones del currículum de cada una de las escuelas hacían que la transferencia de un tipo de escuela a otro fuera casi imposible (Ringer, 1995: 43).

Por otro lado, existía un antagonismo entre el *Gymnasium* y las escuelas consideradas no clásicas, así como entre corrientes que apoyaban una educación clásica y una moderna. El primer tipo de educación estaba reservado, por la manera en que el sistema educativo estaba estructurado, para los hijos de altos funcionarios y académicos, quienes conformaban una nueva élite basada en la educación. En contraste, el segundo tipo buscaba democratizar la educación y enfocarla en temas aplicables a la vida práctica. Quienes accedían a este último eran generalmente hijos de comerciantes y artesanos, entre otros, quienes no eran considerados parte de la élite académica y científica de la época. La rivalidad entre estos dos grandes tipos de educación estaba relacionada también a un antagonismo entre la clase media alta y la clase media baja. Así, mientras los *Gymnasium* gozaban del apoyo oficial y de la iglesia, a las escuelas no clásicas, que se les veía como inferiores, se les daba menos respaldo (Ringer, 1995: 39-41).

Las diferencias de acreditación entre el *Gymnasium* y los otros tipos de escuelas eran parte de un complejo sistema de exámenes oficiales y privilegios que jugaban un papel vital en la organización de la sociedad alemana. Un privilegio (*Berechtigung*) era un derecho que se obtenía luego de terminar un currículum específico y, dependiendo del nivel educativo alcanzado, daba acceso a quien lo ostentara a ciertas oportunidades laborales, tales como el ingreso al servicio forestal o a un instituto de construcción; un puesto como alto funcionario en el departamento postal; o la entrada –con cierto nivel de rango– en la burocracia provincial. El impacto del sistema de privilegios fue más inmediato en la educación secundaria, en la que prácticamente todos los exámenes estatales y privilegios estaban reservados para los estudiantes del *Gymnasium*. Así, desde un punto de vista práctico o profesional, la matriculación en la universidad no era de gran utilidad a menos que estuviera acompañada por el derecho a presentarse a una serie de pruebas estatales. Este derecho estaba reservado, por lo general, para quienes hubieran realizado el *Abitur* clásico (el examen ofrecido exclusivamente por los *Gymnasium*), se hubieran matriculado en la universidad durante un mínimo de tres a cinco años y hubieran pagado la matrícula de ciertos cursos obligatorios para su campo de estudio. Difícilmente existía un campo o una disciplina para la que no hubiera un examen estatal y el diploma obtenido ofrecía cierta seguridad en un ambiente económico en el que los hombres sin una educación formal tenían oportunidades relativamente limitadas (Ringer, 1995: 44-46).

Antes de 1890, los valores académicos en Alemania iban acompañados del reconocimiento público y oficial. Ringer señala que los académicos «ocupaban necesariamente un lugar insólitamente eminente en su país, en la medida en que la educación superior constituyó un factor importante en la estratificación social alemana. Esa condición se cumplió al menos hasta finales del siglo diecinueve» (1995: 49). Académicamente, los tres rangos principales eran: catedrático (*ordentlicher Professor, Ordinarius*), profesor agregado (*ausserordentlicher Professor, Extraordinarius*) y profesor colaborador (*Privatdozent*). Los primeros dos eran funcionarios gubernamentales asalariados y como tales, se encontraban sometidos al control del cumplimiento de su deber. Por su parte, los profesores colaboradores no eran funcionarios y no recibían salarios regulares. Esta posición, en teoría, no suponía más que una acreditación académica y el derecho de dar clases a cambio de honorarios que eran pagados por los estudiantes. El rango más alto en la jerarquía académica equivalía, según Ringer, a un nivel ministerial en la burocracia regular. Además, existían dos grados puramente académicos: el doctorado y la *venia legendi*. Esta última se obtenía sobre la base de una segunda tesis y calificaba (*habilitierte*) a quien lo recibiera para enseñar a nivel universitario (Ringer, 1995: 44, 47).

Por otro lado, no era raro que a los catedráticos especialmente distinguidos y leales se les confirieran títulos personales todavía más elevados. Las esposas de los académicos también tenían

estatus, de manera que una mujer casada con un profesor colaborador (cuyos ingresos eran considerablemente bajos), era llamada *Frau Doktor* o *gnädige Frau*, ambos términos de respeto que se usaban independientemente de si ella de hecho tenía un título universitario o no. Cosas como este tipo de distinciones eran, de acuerdo con Ringer, muy importantes en esa época (1995: 49).

B. Percepciones en torno a personalidad y facultades por sexo/género²⁵

Del siglo XVIII a finales del XIX, las mujeres estuvieron prácticamente excluidas del sistema educativo. Como se verá más adelante, si bien hubo mujeres universitarias en esa época, tuvieron que superar muchas limitaciones dentro del sistema educativo, algo que no todas tenían la posibilidad de hacer. Este tipo de discriminación, así como otros a los cuales estaban sujetas, se basaban en la construcción social de los roles de género de la época.

En 2008, en su discurso para la celebración del centenario de la admisión de mujeres en la educación ordinaria en Prusia, Friederike Hassauer advirtió que la descripción de las personas y sus supuestas características y capacidades según su sexo/género se viene haciendo en la tradición filosófica occidental desde hace más de dos o tres mil años (2010: 27). Como ejemplo, citó la obra *De officiis* de Cicerón en la que, según argumenta, se plantea que el hombre es el ser que goza de la razón y como tal, busca la verdad, la comprensión y el conocimiento, y se distingue de los animales por la participación. De tal manera, el hombre vive con orden y medida, y si se rebela contra esto, estaría cayendo en un comportamiento deshonesto o afeminado. Siguiendo esta lógica, nota Hassauer, todo lo que no sea razonable, no es hombre. ¿Y qué es la mujer, por lo tanto? Es, según Cicerón, lo alejado de la razón, lo cercano a lo animal (Hassauer, 2010: 26).

Hassauer continúa diciendo que las mujeres han tenido que luchar para terminar con tres conceptos históricos: 1) la razón es equivalente a la masculinidad, mientras que la feminidad y el intelecto son una combinación que no existe; 2) si llegara a encontrarse un caso de combinación de feminidad e intelecto, dicha mujer sería considerada una excepción y como tal no sería prueba de que la excelencia e inteligencia femeninas existen, sino únicamente evidenciaría más esta deficiencia en las demás. Considerar estos casos como excepciones da a entender que no pueden generalizarse y, por lo tanto, tampoco pueden considerarse o reclamarse como ejemplos que se pueden seguir; 3) quien cruce la línea y entre en la categoría de una “mujer lista”, dejaría de ser una mujer auténtica y se convertiría en una mujer con características masculinas (Hassauer, 2010: 39).

²⁵ En alemán, el término *Geschlecht* se refiere tanto a sexo como a género. Dado que la información presentada en esta sección proviene de fuentes escritas en idioma alemán, se decidió mantener ambos significados en español.

En el caso específico de Alemania, tanto Kullik como Häntzschel marcan la transición del siglo XVIII al XIX como un punto de cambio en la percepción de las diferencias entre hombres y mujeres, así como en torno a las particularidades que caracterizaban a cada sexo/género. Según Kullik, mientras en la época de la Iluminación se tenía el concepto de una personalidad ideal enfocada en la razón y que era neutral en términos de sexo/género, esta se fue disolviendo en el transcurso del siglo XIX para ser reemplazada por definiciones polarizadas –pero complementarias– de lo que caracterizaba a un hombre y a una mujer, las cuales se veían como una mezcla entre biología, determinación y naturaleza/esencia (1990: 10). A partir de la idea de la complementariedad de los sexos en una unidad armoniosa, surgió un sistema que legitimaba el dominio patriarcal y que prescribía a las mujeres la dependencia de los hombres, la vida doméstica y las funciones de amas de casa, esposas y madres (Häntzschel, 1986: 7).

Durante el siglo XIX, este tipo de ideas estaban “científicamente” fundamentadas por disciplinas como la medicina, la antropología, la psicología y el psicoanálisis. No perdieron fuerza hasta la segunda mitad del siglo XX, lo cual puede verse según Häntzschel, en la literatura dirigida a mujeres de esa época y que era consumida por la clase media alta. Siguiendo estos esquemas, al hombre se le asignó la actividad, la racionalidad y la vida pública, mientras que a la mujer se le asoció con la pasividad, la emocionalidad y la vida doméstica. Desde la medicina y la biología, la mujer era concebida como “un ser deficiente” en términos de potencia espiritual, así como incapaz de crear o ser creativa. A los hombres los caracterizaba la energía, la fuerza de voluntad y la fuerza física; las mujeres, por su parte, eran vistas como débiles, entregadas y modestas. Mientras se creía que los hombres tenían una disposición para el mundo exterior y lo público, a las mujeres se les describía como hogareñas y con una disposición para la vida interior. Los hombres eran independientes y las mujeres, dependientes; a los hombres los caracterizaban la racionalidad y el conocimiento; y a las mujeres, la emocionalidad y el comportamiento receptivo, así como la capacidad de cuidar a otros y amar. Otras características típicas de las mujeres eran, según estas ideas, la paciencia, la docilidad, la humildad y, como consecuencia de la inexperiencia y el hecho de estar restringidas a la esfera privada, una naturaleza infantil (Häntzschel, 1986: 7). A cada sexo/género se le asignaron también distintos espacios de acción, los cuales se habían anclado institucionalmente en la separación civil entre la vida profesional y la familiar como reflejo de los dominios masculino y femenino respectivamente (Kullik, 1990: 10). Esta dicotomía se arraigó todavía más con el cambio de las condiciones de vida durante el siglo XIX, ya que las diferencias entre las esferas masculina y femenina se hicieron más profundas (Häntzschel, 1986: 7).

C. Acceso de las mujeres a la educación

En el ámbito académico, al igual que en otros países, las mujeres en Alemania del siglo XIX eran consideradas incompatibles con las ideas de formación (*Bildung*) y ciencia (*Wissenschaft*). La concepción social del rol de estudiante era marcadamente masculina, lo cual es fácil de imaginar considerando los atributos y características ya mencionados que habían sido asignados a los hombres y a las mujeres. Se pensaba que las mujeres no solo no tenían la capacidad intelectual para el estudio, sino que eran incompetentes para tener un estilo de vida estudiantil. Además, al asumir un rol tan claramente definido como masculino, una mujer no solo pondría en tela de juicio la concepción social de la masculinidad, sino también su propia feminidad. El hecho de que la sociedad no pudiera concebir a una estudiante mujer fue una de las principales razones por las cuales el debate en torno a la admisión de mujeres en las universidades alemanas duró tanto tiempo. En estas discusiones surgió además otra interrogante importante: ¿quién estaba capacitada y lo suficientemente preparada para los estudios universitarios? Esto inicialmente excluyó de los estudios a ciertas mujeres que no tenían acceso a un diploma o título escolar que les permitiera la entrada a una universidad, lo que quería decir que la aptitud de una mujer que quisiera entrar a una universidad debía ser reconocida por profesores y funcionarios (Mazón, 2010: 213-214).

El acceso que las mujeres tenían a una educación formal no solo era muy limitado, sino que al igual que para los hombres, también estaba determinado por la clase social a la que pertenecían. No fue sino hasta finales del siglo XIX que el Estado se hizo cargo de la organización de la educación superior femenina. Antes de eso, sólo las hijas de familias adineradas e instruidas tenían la oportunidad de recibir una formación por parte de sus padres o hermanos. Incluso podían, en algunos casos excepcionales, ejercer una profesión científica (Kullik, 1990: 11). Una fuente utilizada para la educación de las mujeres y niñas de la clase media alta –quienes según Häntzschel eran las que tenían la suficiente preparación y tiempo libre como para dedicarse a la lectura– eran los libros de buenos modales, ayudas para la vida, consejos, guías de lectura (*Lektüreführer*) y orientaciones educativas (*Bildungsorientierungen*). Este tipo de libros surgió durante el último tercio del siglo XVIII, tuvo una gran demanda aproximadamente en 1840, alcanzó su mayor distribución durante la expansión industrial en el país a partir de 1871 y se mantuvo hasta la Primera Guerra Mundial (Häntzschel, 1986: 4-5).

El movimiento burgués de mujeres (*bürgerliche Frauenbewegung*), organizado durante la década de 1860 (Kullik, 1990: 11), obtuvo los primeros logros en la lucha de las mujeres por mejores oportunidades profesionales y el acceso a carreras calificadas, o sea tradicionalmente masculinas. A finales del siglo XIX se empezó a exigir con más insistencia, en especial por parte de las ramas más radicales del movimiento, que se permitiera el acceso de las mujeres a la educación superior. Esto

llevó a una intensificación del antifeminismo, el cual se expresaba en textos filosóficos, médicos y psicológicos en forma de evidencias de la “incapacidad” de las mujeres para el trabajo científico (Kullik, 1990: 11). Entre 1890 y 1914 se dieron las primeras disposiciones institucionales en torno a los estudios superiores para mujeres. Asimismo, a raíz del aumento en el número de mujeres –tanto locales como extranjeras– que aspiraban a ser admitidas en las universidades, surgieron discursos específicos de género en torno a la ciencia (Mazón, 2010: 213). Sin embargo, no todas las primeras mujeres que asistieron a la universidad lo hicieron con la intención de abrir camino para otras; algunas lo hicieron más bien para comprobar algo sobre ellas como individuos más allá de su sexo/género (Mazón, 2010: 216).

La lucha por el acceso de las mujeres a estudios formales en Alemania tuvo dos impulsos distintos. Por un lado, este fue uno de los objetivos más importantes del movimiento burgués de mujeres, para el cual el tema central era la formación de las mujeres, desde la escuela primaria (*Volksschule*) hasta la universidad y no, como sucedió en Inglaterra y Estados Unidos, el derecho a votar. Por otro lado, estaba la presión que ejercieron las mujeres que como individuos aspiraban a una formación y se dirigieron directamente a las universidades. Este tema se debatió abiertamente por primera vez en 1865 para la conferencia de la fundación de la Asociación General de Mujeres Alemanas (*Allgemeine Deutsche Frauenverein, ADF*). Para el movimiento burgués de mujeres, la mejoría de la formación de las niñas y mujeres no era solo un asunto de legitimidad sino también una posible solución a la “cuestión de las mujeres” (*Frauenfrage*) que se planteó a finales del siglo XIX, y la cual tenía que ver con la idea de que había un excedente de mujeres, en especial en los segmentos burgueses, lo que quería decir que no todas iban a poder casarse y por lo tanto, preocupaba cómo se iban a mantener. Este movimiento ofrecía como solución, la formación de mujeres en las universidades para oficios “adecuados”, como maestras y médicas especializadas en la atención a mujeres (Mazón, 2010: 116-117).

Para finales de la década de 1860 y principios de 1870, un pequeño número de mujeres había obtenido permiso para participar como oyentes en ciertas cátedras. Sin embargo, esta primera incursión de las mujeres en las universidades alemanas terminó en 1880 con su exclusión formal de casi todas estas instituciones. Diez años después, en 1890, se volvió a permitir la entrada de ciertas mujeres en calidad de oyentes invitadas. Sin embargo, se dudaba de su preparación académica, ya que las escuelas conocidas como *höhere Töchterschulen* (escuelas superiores para hijas), que impartían en ese entonces el nivel de formación más alto al que podía llegar una mujer, no preparaban a las niñas y mujeres para una carrera universitaria (Mazón, 2010: 118). Para 1893, distintas asociaciones de mujeres habían creado, por su propia cuenta, cursos adicionales de formación para

maestras (*Oberlehrerinnenkurse*), cuyas participantes fueron admitidas –después de una aprobación ministerial especial– como oyentes en las universidades prusianas. En 1894, el Ministerio prusiano emitió regulaciones sobre los deberes y objetivos de las escuelas para niñas, así como directivas para la educación superior para maestras (Kullik, 1990: 33). A finales de esa década se les permitió a algunas jóvenes hacer el *Abitur* como externas (*als Externe*), es decir, luego de haberse preparado en privado para el examen (Mazón, 2010: 118).

A partir de finales de la década de 1890, aumentó el número de mujeres alemanas y extranjeras que querían estudiar en las universidades. No fue sino hasta inicios del siglo XX que los nuevos colegios de niñas (*Mädchenschulen*) abrieron el camino para entrar a la universidad. En 1900 surgieron los primeros *Gymnasium* para niñas, los cuales fueron muy controvertidos (Mazón, 2010: 118). Los estudios superiores para mujeres iniciaron entre 1901 (en Heidelberg y Feiburg) y 1908 (en Prusia). Sin embargo, las posibilidades de acceder a este tipo de educación fueron, de acuerdo con Häntzschel, muy pocas y limitadas (1986: 8). A partir de 1909 también fue posible seguir estudios universitarios sin un título de educación secundaria (*Reifezeugnis*) en facultades específicas como las de filosofía, a través del Seminario de Maestras. Sin embargo, estos estudios únicamente tenían por objetivo el examen para maestra de educación secundaria. Muchas representantes de derechos de las mujeres rechazaron esta opción para entrar a la Universidad, la cual no otorgaba el derecho de seguir otras profesiones académicas o de obtener un doctorado. En 1918, las mujeres obtuvieron el derecho a una matriculación completa, pero no al ejercicio de todas las profesiones académicas (Kullik, 1990: 33).

En el camino para llegar a este punto, la pregunta había pasado de ser si las mujeres debían ser admitidas en las universidades a qué mujeres eran a las que se debía admitir (Mazón, 2010:118). A través de los primeros “experimentos” con oyentes mujeres, los funcionarios universitarios se habían dado cuenta de que únicamente la admisión reglamentada de estudiantes mujeres realmente reduciría su número (Mazón, 2010: 119). Asimismo, había limitaciones en cuanto a las materias que las mujeres podían estudiar y los oficios en los que podían desempeñarse, los cuales fueron parte de los compromisos adquiridos entre funcionarios, profesores y el movimiento feminista. Si bien las estudiantes admitidas oficialmente podían matricularse en todas las facultades y carreras (*Studiengängen*), se esperaba que únicamente estudiaran las materias y oficios que específicamente concordaran con sus talentos “femeninos”, tales como medicina o educación (Mazón, 2010: 120). De hecho, señala Kullik, varias etnólogas de la generación fundadora de la disciplina se habían formado como maestras, ya que por mucho tiempo esta fue la única manera en que las mujeres pudieron tener acceso –aunque limitado– a una educación universitaria (1990: 33). Según Mazón, las reformistas

enfaticaron que las mujeres formadas en las universidades le estarían prestando un servicio a la nación, a la vez que el movimiento feminista burgués prometió que estas conservarían su feminidad (2010: 120).

De acuerdo con Kullik, la exclusión social de las mujeres de oficios y profesiones calificadas (*qualifizierte Berufe*) y la prohibición que les impedía ser políticamente activas, caracterizaban a la sociedad patriarcal en la que consecuentemente las ciencias fueron asignadas exclusivamente al dominio masculino (1990: 11). Sin embargo, la diferenciación en el panorama de la investigación durante el último tercio del siglo XIX abrió nuevas opciones de empleo para los científicos fuera de las universidades, específicamente en la industria, las investigaciones por encargo estatal (*staatliche Auftragsforschung*) y las investigaciones académicas de instituciones científicas no universitarias que cobraban por llevarlas a cabo (*betreibende außeruniversitäre Wissenschaftseinrichtungen*). Fue aquí, en el campo de la investigación y en calidad de miembros, que se abrieron oportunidades profesionales para las científicas más jóvenes que no eran reconocidas como integrantes de la academia (Hoffmann, 2010: 157).

Según Mazón, la admisión de mujeres en las instituciones de educación superior (*Hochschulen*) alemanas no consistió en un dramático momento decisivo en el cual hayan desaparecido todos los obstáculos que hasta ese entonces habían bloqueado su entrada en las ciencias. Todos esos años antes de la Primera Guerra Mundial muestran una discusión y un desacuerdo en cuanto a las interdependencias entre sexo/género y formación. Este debate continuó durante la década de 1920, la época del nacionalsocialismo, la República Democrática Alemana, la República Federal e incluso hasta nuestros días (2010: 124). Durante las primeras décadas del siglo XX se levantó la interdicción civil (*Entmündigung*) y la exclusión social de las mujeres. A pesar de que formalmente se alcanzó la igualdad de derechos, las características específicas asignadas a hombres y mujeres continúan causando una división del trabajo en la que a la mujer se le remite principalmente a la esfera del trabajo doméstico y reproductivo y se le continúa excluyendo de la esfera pública dominada por el hombre. Esta discriminación también se da en las ciencias, donde las mujeres suelen, por lo general, tener trabajos y puestos menos prestigiosos y salarios menores que los recibidos por los hombres, entre otras cosas (Kullik, 1990: 12).

D. Mujeres en los inicios de la etnología alemana

De acuerdo con Rosemarie Kullik, al examinar los inicios de la etnología alemana no se encuentran mujeres teóricas prominentes en la creación de escuelas etnológicas. Argumenta que lo mismo puede decirse con relación al desarrollo de esta en una disciplina académica, ya que, a través de los

mecanismos patriarcales y civiles de limitación y exclusión de las mujeres de las ciencias, estas permanecieron marginales en el proceso de academizar el campo, el cual estuvo influenciado y dominado por los hombres. No obstante, aún si en las circunstancias existentes en ese entonces las mujeres no tuvieron las mismas posibilidades que los hombres para ascender en la etnología como disciplina académica, encontraron oportunidades de desarrollo fuera de las universidades. Kullik señala que tanto las exploradoras femeninas como los masculinos del siglo XIX no tenían calificaciones científicas como etnógrafos; sin embargo, a diferencia de los viajes de exploración realizados por mujeres investigadoras autodidactas, los de los hombres estaban integrados en estructuras y redes – formales e informales – dominadas por hombres y que apoyaban a hombres. Desde el mecenazgo hasta las investigaciones por contrato institucional, los viajes de exploración de los hombres tenían para la mayoría de ellos la función de impulsar sus carreras. No obstante, antes y durante el cambio de siglo hubo expediciones de exploración llevadas a cabo por mujeres, como la de Amalie Dietrich en Australia (1863-1873), y las que hicieron en Brasil la Princesa Teresa de Baviera (1888 y 1898) y Emilie Snethlage (1909). Más adelante, durante el período entre las dos guerras mundiales, las investigaciones de campo dirigidas por mujeres alemanas parecen haberse detenido mientras que varias fueron realizadas por mujeres inglesas y estadounidenses (1990: 14-16).

A continuación, se encuentran las reseñas biográficas de cuatro mujeres europeas –algunas precedieron a Caecilie Seler-Sachs y otras fueron sus contemporáneas– que hicieron importantes aportes a la etnología alemana y a otras áreas de estudio como las ciencias naturales.

1. Ida Pfeiffer

Ida Laura Reyer, de origen austríaco, nació en Viena en 1797. Era hija de un comerciante, quien la educó de la misma manera que lo hizo con sus cinco hermanos varones. En 1820, a la edad de 23 años, contrajo matrimonio por conveniencia con el abogado Mark Anton Pfeiffer, quien era considerablemente mayor que ella. A partir de 1835, después de separarse de él, vivió en Viena con sus dos hijos. A los 44 años hizo realidad su sueño de viajar: estuvo en Tierra Santa en 1842 y en Islandia y Escandinavia en 1845. Luego viajó dos veces alrededor del mundo. La primera vez, de 1846 a 1848, lo hizo por Río de Janeiro, Valparaíso, Tahiti, India, Mesopotamia, Persia, Armenia y Georgia. En la segunda ocasión, de 1851 a 1855, recorrió Ciudad del Cabo, Borneo, Sumatra, Java, Célebes, las Islas Molucas, California, Perú, Ecuador, Panamá y el centro y este de Norteamérica. Empezó un quinto y último viaje a Madagascar, el cual tuvo consecuencias fatales, ya que durante este contrajo “fiebre de Madagascar”, de la cual murió poco después de su regreso a Viena en 1858. En una época en la que los libros sobre viajes gozaban de mucha popularidad, las publicaciones de Ida Pfeiffer tuvieron una buena aceptación del público. Entre sus obras se pueden mencionar: *Reise*

*einer Wienerin in das heilige Land*²⁶ (1844), *Eine Frauenfahrt um die Welt*²⁷ (1850), *Meine zweite Weltreise*²⁸ (1856) y *Reise nach Madagaskar*²⁹ (1861).

Fue la primera mujer blanca en tener contacto con los Dayak de Borneo, quienes en ese entonces eran caracterizados en Europa como cazadores de cabezas, cuestionó las interpretaciones europeas de la época en torno a dicha práctica y a pesar de considerarla estremecedora, hizo reflexiones sobre cómo la historia de Europa también estaba llena de asesinatos y hechos sangrientos³⁰. Una buena parte de los objetos etnográficos que recolectó durante sus viajes pasaron a formar parte de las colecciones del Museo Británico. A petición de Alexander von Humboldt y Karl Ritter, fue nombrada miembro honorario de la Sociedad Geográfica de Berlín y el Rey de Prusia le otorgó la Medalla de Oro para Ciencias y Artes (Kullik, 1990: 17-20).

2. Amalie Dietrich

Concordia Amalie Nelle nació en 1821 en el seno de una familia humilde en Siebenlehn, Sajonia, Alemania. Desde joven tuvo interés por las plantas y este solo aumentó después de que se casara con un botánico de apellido Dietrich, de quien más tarde se separó. Se convirtió en una prominente recolectora y preparadora de especímenes botánicos, y emprendió sus viajes en condiciones difíciles, haciendo caminatas durante semanas a través de toda Alemania, de los Alpes hasta Holanda. Esto le permitió hacer contactos dentro de los círculos científicos a los cuales no había logrado tener acceso anteriormente y en los que sus conocimientos sobre las plantas y sus herbarios fueron reconocidos. Las recomendaciones que obtuvo de estos círculos le permitieron entrar en contacto con la empresa Godeffroy. Su propietario, Cesar Godeffroy se dedicaba al comercio ultramarino, impulsaba la exploración científica del Océano Pacífico y planeaba el establecimiento de un museo de ciencias naturales y etnográficas (Kullik, 1990: 20-21). En 1863 financió a Amalie, que en ese entonces tenía 42 años, para que realizara un viaje de investigación de diez años por Australia, durante el cual ella recolectó objetos etnográficos para su museo. El último año lo dedicó a hacer investigaciones en la isla de Tonga. Uno de los aspectos más difíciles de su experiencia fue darse a entender con los nativos, ya que tuvo contacto con distintos grupos. En sus reportes escribe con simpatía sobre estas personas, lo cual era algo poco común en esa época. Si bien sus estudios estuvieron principalmente enfocados en la botánica y la zoología, los objetos etnográficos formaban una parte considerable de sus

²⁶ *Viaje de una austríaca a la Tierra Santa*

²⁷ *Viaje de una mujer alrededor del mundo*

²⁸ *Mi segundo viaje alrededor del mundo*

²⁹ *Viaje a Madagascar*

³⁰ Para más detalles sobre la perspectiva de Ida Pfeiffer en sus escritos véase Kullik (1990: 18-19).

colecciones. A su regreso en 1873, se le encargó el procesamiento y tratamiento de los objetos de las colecciones del Museo Godeffroy, el cual tuvo que cerrarse subsecuentemente debido a problemas económicos. Las colecciones etnográficas de Amalie Dietrich fueron llevadas a Leipzig, donde la mayor parte se perdió durante la Segunda Guerra Mundial. Por otro lado, una parte de sus colecciones botánicas y zoológicas fue llevada al Museo Botánico de Hamburgo, donde ella trabajó como curadora a partir de 1879. Falleció en 1891 (Kullik, 1990: 20-23).

3. Princesa Teresa de Baviera

La posición social privilegiada de la Princesa Teresa de Baviera le permitió, a diferencia de las otras dos exploradoras anteriormente mencionadas, desarrollar sus intereses a una edad más temprana. Recibió una excelente educación con lecturas serias y bien guiadas, con lo que desarrolló la capacidad de observación independiente y de hacer investigación. Estaba principalmente interesada en las Ciencias Naturales. Hizo varios viajes por Europa y el Medio Oriente, así como por Sudamérica (Kullik, 1990: 23-24). Entre 1871 y 1911 estuvo en España, Portugal, Túnez, Argelia, el norte de Europa, Grecia, Rusia, Brasil y el oeste de Sudamérica (Münchener Digitalisierungszentrum Digitale Bibliothek, 2018). En 1888 viajó por primera vez a Sudamérica acompañada por un guía, una dama de honor y un sirviente. En esa ocasión recolectó varios objetos etnográficos, zoológicos, botánicos y minerales. Diez años después, en 1898, viajó por segunda vez a Sudamérica acompañada también por un grupo de personas entre las que se encontraban un caballero, un sirviente y una dama de honor. Además de hacer un registro naturalista de las áreas por las que viajaron, los objetivos de la expedición incluían conocer y estudiar, desde una perspectiva etnográfica, a los descendientes de los chibchas, los quechuas y los aymaras, así como recolectar la mayor cantidad posible de objetos botánicos, zoológicos, antropológicos y etnográficos para los museos bávaros. Estos viajes no siempre fueron los más cómodos dadas las difíciles condiciones de la selva brasileña y el hecho de que ella buscara caminos nunca antes recorridos (Kullik, 1990: 24-25).

Publicó *Reiseindrücke und Skizzen aus Rußland*³¹ (1885) y *Über den Polarkreis*³² (1889) bajo el pseudónimo Th. V. Bayer. Otras de sus obras incluyen *Meine Reise in den brasilianischen Tropen*³³ (1897), basado en su primer viaje a Sudamérica y *Reisestudien aus dem westlichen Südamerika*³⁴ (1908) (*Ibid.*). Como reconocimiento a sus servicios, la Facultad Filosófica de la Universidad de Munich le otorgó un Doctorado en Filosofía *Honoris Causa* (Kullik, 1990: 25). Parte de su legado se

³¹ *Impresiones de viaje y bocetos de Rusia*

³² *Por el círculo polar ártico*

³³ *Mi viaje en los trópicos brasileños*

³⁴ *Estudios de viaje del oeste de Sudamérica*

encuentra actualmente en la Biblioteca Estatal de Baviera, donde se resguardan imágenes e informes de sus viajes (Bayerische Staatsbibliothek, 2018; Deutsche Digitale Bibliothek, 2018). Falleció en 1925.

4. Ida Hahn

Ida Hahn nació en Lübeck en 1869 en una familia de fabricantes. Debido a las relaciones que sus parientes tenían en ultramar, se interesó desde temprana edad por las costumbres de otros países. Una neumonía severa ocasionó que terminara anticipadamente su educación escolar. Luego de recuperarse, se convirtió en autodidacta. Asistió a conferencias de naturalistas y antropólogos que llegaban a Lübeck, en las que escuchó y conoció a importantes especialistas en dichas áreas, quienes la aceptaron como par en su círculo debido a sus conocimientos y trabajos. Se enfocó principalmente en hacer investigaciones culturales-geográficas en Europa en los campos de la etnografía (tanto *Völkerkunde*, que se refiere al estudio de culturas extranjeras, como *Volkskunde*, el estudio de la cultura propia) y la historia primitiva. En 1900, tras la muerte de su madre, a quien cuidó por varios años debido a una enfermedad, se mudó a Berlín con su hermano, Eduard, para llevar a cabo estudios conjuntos. Su principal interés fue sobre todo en la historia cultural de la alimentación, tema dentro del cual ella investigó el papel de las mujeres en el desarrollo cultural. Cuestionó la teoría en ese entonces dominante de que había tres etapas vinculadas al desarrollo cultural –cazadores, pastoralistas y agricultores– y argumentó que las recolectoras constituían la etapa más antigua de obtención de comida. Esto fue el producto del trabajo conjunto con su hermano, quien era médico, naturalista y etnólogo. Ambos hicieron excursiones por toda Alemania y a los países colindantes. También hicieron un viaje a Egipto en 1914. Tras la muerte de Eduard en 1928, Ida se dio a la tarea de analizar sus notas, en especial sus más de 200,000 fichas. Además de publicar sus propios estudios, participó en las discusiones científicas de la Sociedad berlinesa para la antropología, etnología e historia primitiva, a la cual pertenecía y en la que dio varias conferencias. Entre sus publicaciones se encuentra “*Dauernahrung und Frauenarbeit*”³⁵ (1919) (Kullik, 1990: 27-29).

Kullik señala que las mujeres aparecen con poca frecuencia en la historiografía. Este “olvido” histórico es tan universal que abarca cada área de la historia y como sucede en otras ciencias, a menudo los nombres y aportes de mujeres no son mencionados en las respectivas obras de referencia, manuales y diccionarios biográficos. Así, la historiografía androcéntrica de las ciencias ha hecho invisibles las influencias e impedimentos de las mujeres. Este desplazamiento se ha hecho de distintas formas, las cuales incluyen su supresión absoluta, el reclamo de sus contribuciones científicas por

³⁵ “Alimentación permanente y trabajo femenino”

parte de hombres y el encubrimiento de su género para dar menos lugar a protestas. En el caso de las científicas independientes, es posible reconstruir parcialmente su vida e influencia; sin embargo, esto resulta más difícil de hacer para los aportes directos o indirectos de mujeres que lograron entrar al mundo de las ciencias como ayudantes o asistentes de sus esposos o hermanos. Esto se debe a que la publicación de los resultados de investigación, trabajados en mayor o menor medida en conjunto, era frecuentemente asumida por los hombres, lo cual a menudo resultaba en que la participación de las mujeres en los viajes conjuntos de investigación no fuera obvia (1990: 75-79). Por otro lado, usualmente las mujeres se encargaban de la difusión y representación de los trabajos científicos de los hombres sin identificar sus propios aportes:

«La identificación con los trabajos de los hombres era probablemente la manera más fácil y muchas veces la única posibilidad para las mujeres académicamente ambiciosas de reclamar su lugar –incluso si este era secundario– en el dominio masculino de las ciencias. Para los representantes masculinos era menos contradictorio percibir a las mujeres académicamente activas como “accesorios” de los hombres. Siempre y cuando el hombre fuera considerado el espiritual-intelectualmente creativo, no era necesario hacer ninguna corrección a la visión masculina del mundo; y en tanto “lo femenino” expresara principalmente su carácter solidario, comprensivo y protector, las definiciones existentes de género no eran cuestionadas. El sistema jerárquico de “miembros exitosos del gremio” permanecía protegido» (Kullik, 1990: 80-81).

IV. BIOGRAFÍA DE CAECILIE SELER-SACHS



Fotografía 1. Retrato de Caecilie Seler-Sachs.

Imagen tomada de von Hanffstengel (2003:293).

Al igual que lo hicieron mujeres como las mencionadas en el capítulo anterior, Caecilie Seler-Sachs fue en muchos sentidos en contra de las convenciones sociales de su época. La fotografía 1 muestra un retrato suyo en el que esto se hace bastante evidente. Al respecto, Renata von Hanffstengel escribe lo siguiente:

«En una imagen fotográfica la vemos, con un elegante traje de tafeta y una caja de placa fotográfica, con ojos críticos, emprendedora, y ostentando algo muy atrevido para su tiempo: un corte de cabello inaceptable en aquella época. [...] La impresión que nos causa es la de una mujer con una gran capacidad para actuar, una exploradora nata, independiente, imbuida a la vez con el deseo de apoyar el importante trabajo de su esposo» (von Hanffstengel, 2003: 293).

Caecilie Seler-Sachs nació el 1 de junio de 1855 en una familia judío-alemana de clase alta en Berlín. Fue hija única del médico Hermann Jacob Sachs y su esposa, Bertha Guttentag de Sachs (Dolinski, 2003: 34; von Woebeser, 2012: 224). En una época en la que el sistema educativo alemán restringía el acceso de las niñas y mujeres a una educación formal académica y solo se permitía que algunas de las hijas de familias pudientes tuvieran acceso a un conocimiento general, Caecilie recibió

de su padre una educación que, por mucho, iba más allá de lo que se consideraba ideal en ese entonces. Juntos hacían excursiones en las que él le inculcaba el aprecio por la naturaleza. Esto fue un importante estímulo para que Caecilie siguiera una carrera científica (Dolinski, 2003: 34-35). Además, le inculcó el amor por el arte y la cultura, y la estimuló para pensar de manera independiente (von Woebeser, 2012:224)³⁶.

Hubo otras influencias que también marcaron su crecimiento y forma de pensar. Entre las femeninas se encontraba Anna Eda Benda, pariente suya, quien fue bautizada por el filósofo Friedrich Schleiermacher y era amiga del compositor Felix Mendelssohn-Bartholdy. Ella instó a Caecilie a relacionarse socialmente con artistas e intelectuales (Dolinski, 2003: 34). Por otro lado, estaba Hedwig Dohm, otra familiar suya, que en sus escritos criticaba a la sociedad dominada por hombres y que familiarizó a Caecilie con los esfuerzos de mujeres de su época por alcanzar la igualdad de sus derechos. Asimismo, estaba el trabajo de su madre en la liga de beneficencia, *Verein der Berliner Volksküchen* (Liga de las cocinas berlinesas populares), la cual fue fundada por la feminista berlinesa Lina Morgenstern para dar alimentos a personas de estratos pobres de la ciudad. Esta liga recibía apoyo financiero, en el área de planificación, de Rudolf Virchow, médico y antropólogo, y del Barón Gerson von Bleichröder, banquero y tío de Caecilie. En la década de 1880, Caecilie se hizo cargo de las dos secciones más importantes de la fundación y conoció a quienes quizás fueran las dos feministas más connotadas de Alemania en ese entonces, Mina Cauer y Helene Lange.

En 1883 falleció su padre, lo que le provocó una profunda crisis de identidad con relación a su futura autonomía a la vez que perdió el intercambio intelectual que tenía con él (Dolinski, 2003: 35). Sin embargo, encontró una continuación de este en Eduard Seler, a quien había conocido en 1869 a la edad de 14 años (él tenía 19 o 20) en la casa de Immanuel Hoffmann, compañero de estudios de Seler. Durante los siguientes quince años, la relación entre Caecilie y Eduard se hizo cada vez más estrecha. Finalmente se casaron en 1884 (Dolinski, 2003: 34-35; von Woebeser, 2012: 224). Su matrimonio duró casi cuatro décadas durante las cuales se dedicaron a los estudios americanistas. No tuvieron hijos.

A. Trabajo y obras

³⁶ Durante la investigación que se hizo para este trabajo no se encontró información sobre si Caecilie recibió algún otro tipo de formación más allá de la que le dio su padre, ni sobre cómo ni cuándo se empezó a interesar en la etnografía. Tampoco se encontró información relacionada a cómo aprendió sobre fotografía y dibujo.

Aunque Caecilie no tuvo acceso a una educación académica universitaria, el hecho de pertenecer a una familia de clase alta, la formación e influencias que tuvo desde temprana edad en su círculo familiar y de amistades, su posterior colaboración en las investigaciones de su esposo, así como su sensibilidad y talento como investigadora, fotógrafa y escritora, le permitieron desarrollarse personal e intelectualmente de una manera poco común para las mujeres de su tiempo. A nivel individual, Caecilie Seler-Sachs se desempeñó y mostró su talento en distintos campos como escritura, etnografía y fotografía (von Hanffstengel, 2003: 293). Sus obras, como han mencionado quienes las han estudiado, son valiosas por mérito propio:

«Los talentos naturales de Caecilie Seler-Sachs, aunados a una esmerada educación recibida en su juventud, resultaron en una obra valiosa por derecho propio» (von Hanffstengel, 2003: 294).

«...Caecilie [...] se encargaba de la documentación fotográfica de todos los trabajos científicos que realizó el matrimonio Seler [...] no solo fue la fiel asistente de su esposo, sino también investigadora por derecho propio» (Lelgemann, 2003: 200).

«Caecilie Seler-Sachs [...] era una investigadora de primera clase. [...] Su estudio sobre “La vida de las mujeres en el imperio de los aztecas” del año 1919 [...] también impresiona por su crítica de fuentes etno y androcéntricas» (Kullik, 1990: 26-27).

«[A esta] mujer extraordinaria [...] corresponde un lugar destacado en la historia de la cultura en tanto coleccionista apasionada, investigadora y etnóloga, arqueóloga, botánica, fotógrafa, editora, escritora y también feminista» (Dolinski, 2003: 36)

Se inició como escritora en 1889 con la descripción de su primer viaje a América, publicado por la editorial Dümmler de Berlín con el título *Reisebriefe aus Mexiko*³⁷ (von Wobeser, 2012: 226). Dicha obra incluía algunas contribuciones de Eduard Seler y según una observación de Eckehard Dolinski, las anotaciones en el ejemplar privado de *Reisebriefe* demuestran que Caecilie redactó aproximadamente la mitad del manuscrito (von Hanffstengel y Tercero Vasconcelos, 2003: 393)³⁸. No obstante, la obra fue publicada bajo el nombre de Eduard por razones estratégicas de ventas, dado que para ese entonces él ya era un reconocido americanista (Dolinski, 2003: 35). De acuerdo con von Wobeser, el segundo viaje del matrimonio Seler, el cual hicieron por México y Guatemala, fue quizás el mejor documentado. Sus experiencias durante este se publicaron en *AAWMG*, el cual

³⁷ *Cartas de viaje desde México*

³⁸ También hay en el acervo del IAI un capítulo inédito titulado “Von Bremen bis zum Mississippi” (“De Bremen a Mississippi”), el cual fue redactado por Eduard y Caecilie; el manuscrito fue escrito por ella.

escribió Caecilie y fue publicado bajo su nombre en 1900 (*Ibid.*). En 1925 se publicó una segunda edición, la cual dedicó a la memoria de su ya fallecido esposo.

Estas dos publicaciones «fueron consideradas en Alemania como las obras estándar sobre la civilización de México y formaron uno de los primeros accesos, comprensibles para todos, a la arqueología mexicana» (Dolinski, 2003: 35). La amena narración de estos escritos es algo que von Hanffstengel también señala: «ofrecen una inmensa cantidad de información y son además un agradable pasatiempo para el lector» (2003: 294). Esta era precisamente la intención de Caecilie, quien lo manifiesta en uno de sus prefacios³⁹ e indica que dejará la redacción de los informes científicos a su esposo. No obstante, esto no quiere decir que los escritos de Caecilie no tengan ningún valor académico y científico: «... sus ensayos antropológicos son dignos de la autoría de cualquier antropólogo de nuestro tiempo, y además, un deleite para el lector» (*Ibid.*). Otro libro sobre sus viajes de investigación es *Auf Forschungsreisen in Mexiko*⁴⁰, publicado en 1925.

Según Dolinski, el tema principal que ocupó los estudios de Seler-Sachs fue el análisis de la posición social de las mujeres en México. A partir de 1893, dedicó varios estudios a este tema, entre los cuales destaca *Frauenleben im Reiche der Azteken. Ein Blatt aus der Kulturgeschichte Alt-Mexikos*⁴¹, publicado en 1919. Otros trabajos incluían textos sobre la vida diaria en México y varias monografías (Dolinski, 2003: 35-36) que se publicaron en diversas revistas. Entre ellos se pueden mencionar: “Die Frau im alten und im heutigen Mexiko. Nach Überlieferungen und eigener Anschauung”⁴² (1893); “Kurzer Bericht über eine archäologische Reise durch Mexiko und Mittelamerika”⁴³ (1897); “Photographie auf Forschungsreisen”⁴⁴ (1906); “Mexikanische Küche”⁴⁵ (1909); “Die Huasteca-Sammlung des Königlichen Museums für Völkerkunde zu Berlin. Gesammelt von Eduard Seler und Caecilie Seler im Jahre 1888. Bearbeitet von Caecilie Seler 1913”⁴⁶ (1915); “Mexikanische Märkte”⁴⁷ (1919); “Mexikanische Dörfer”⁴⁸ (1920); “Mexikanische Töpferei”⁴⁹ (1922); “Reisen Prof. Dr. Eduard Selers in Amerika. Zusammenestellt von Caecilie Seler-Sachs”⁵⁰ (1922);

³⁹ Específicamente, se trata del prefacio al capítulo sobre Chaculá.

⁴⁰ *En viajes de investigación en México*

⁴¹ *La vida de las mujeres en el imperio de los aztecas. Una página de la historia de la cultura del México antiguo*

⁴² “La mujer en el México antiguo y el actual. Según relatos y experiencias propias”.

⁴³ “Breve informe sobre un viaje arqueológico por México y Mesoamérica”

⁴⁴ “Fotografía en viajes de investigación”

⁴⁵ “Cocina mexicana”

⁴⁶ “La colección de la Huasteca del Real Museo Etnográfico de Berlín. Coleccionada por Eduard y Caecilie Seler en 1888. Elaborado por Caecilie Seler en 1913”

⁴⁷ “Mercados mexicanos”

⁴⁸ “Pueblos mexicanos”

⁴⁹ “Alfarería mexicana”

⁵⁰ “Viajes del Prof. Dr. Eduard Seler en América. Compilados por Caecilie Seler-Sachs”

“Ein romantisches Land der Neuen Welt”⁵¹ (1922); “Eduard Seler und Mexiko”⁵² (1923) y “Meine Kiepensammlung”⁵³ (1930).

También revisó los numerosos tratados de su esposo, los cuales continuó editando incluso después de que este falleciera (Dolinski, 2003: 35-36): editó y escribió el prólogo para su obra *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Altertumskunde IV*⁵⁴ publicada en 1923 e hizo lo mismo para *Einige Kapitel aus dem Geschichtswerk des Fray Bernardino de Sahagún. Aus dem Aztekischen übersetzt von Eduard Seler*⁵⁵ (1927), que editó en colaboración con Walter Lehmann y Walter Krickberg.

En 1890, en el Congreso de Americanistas de París, Caecilie Seler-Sachs fue admitida como miembro femenino y fue expresamente mencionada como asistente especial para la arqueología mexicana en el Museo Peabody de Arqueología y Etnología Americanas en Cambridge (Kullik, 1990: 26). Además dio conferencias como “Reisebilder aus Mexiko und Guatemala”⁵⁶, con una presentación de imágenes, el 19 de abril de 1901 en la reunión extraordinaria de la Sociedad Antropológica de Viena (395); “Zur Tracht der mexikanischen Indianerinnen”⁵⁷, el 22 de agosto de 1904 en el 14 Congreso Internacional de Americanistas en Stuttgart, y “Die Reliefscherben von Cuicatlan und Teotitlan del Camino”⁵⁸, en el 18 Congreso Internacional de Americanistas en Londres, el cual se llevó a cabo del 27 de mayo al 1 de junio de 1912⁵⁹.

En sus investigaciones, Seler-Sachs utilizó algunos de los mismos métodos que su esposo. De acuerdo con Sepúlveda y Herrera, usó el método analítico-comparativo y siguió los postulados teóricos de Eduard para hacer la clasificación tipológica de las vasijas con decoración en relieve de Cuicatlán y Teotitlán del Camino, Oaxaca. Esto puede notarse en las conclusiones a las que llegó en base a su análisis:

«Esta variedad no se debe únicamente al uso distinto que de ellos se hizo, sino que encierra una tradición étnica, de manera que dichos recipientes pueden servir hasta cierto punto como guía para darnos a conocer determinadas distribuciones tribales... o distribuciones geográficas regionales. Algunos ejemplares aislados se encuentran fuera de sus límites

⁵¹ “Un país romántico del Nuevo Mundo”

⁵² Eduard Seler y México

⁵³ “Mi colección de cuévanos”

⁵⁴ *Tratados recopilados sobre los idiomas y las antigüedades americanas IV*

⁵⁵ *Algunos capítulos de la obra histórica de Fray Bernardino de Sahagún. Traducidos del azteca por Eduard Seler*

⁵⁶ “Imágenes de viaje de México y Guatemala”

⁵⁷ “Sobre el traje de las indias mexicanas”

⁵⁸ “Los fragmentos en relieve de Cuicatlán y Teotitlán del Camino”

⁵⁹ Para las referencias bibliográficas completas de los trabajos aquí mencionados, así como de otros de la bibliografía de Caecilie Seler-Sachs, véase von Hanffstengel y Tercero Vasconcelos (2003: 393-404).

geográficos y en este caso nos hablan de migraciones y de rutas comerciales» (Caecilie Seler-Sachs, 1949, citada en Sepúlveda y Herrera, 2003: 49-50).

Además de sus publicaciones y trabajos arqueológicos y etnográficos, Seler-Sachs fue, junto con Desiré Charnahy, Augustus Le Plongeon, Adela Breton, Alfred Percival Maudslay y Teobert Maler uno de los primeros fotógrafos histórico-culturales y de antigüedades americanas (von Wobeser, 2012: 226; Dolinski, 2003: 36). Su trabajo fotográfico⁶⁰ incluye la documentación de sitios y piezas arqueológicas, así como de plantas, paisajes, personas y arquitectura, las cuales muchas veces sirvieron como complemento científico de sus investigaciones y las de su esposo (Lelgemann, 2003: 200), así como de los museos etnológicos más importantes de Europa (Dolinski, 2003: 36). Algunas de estas fotografías se incluyeron también en sus publicaciones y se difundieron en Alemania (Dolinski, 2003: 35-36). Particularmente respecto a las fotografías arqueológicas de Caecilie, Lelgemann comenta que, «constituyen un acervo documental invaluable, dado que ayudan a los arqueólogos contemporáneos en sus esfuerzos por reconstruir el aspecto original de los inmuebles prehispánicos» (2003: 200). Además, se ha resaltado el valor estético de su trabajo fotográfico en general y el hecho de que mucho de este se haya realizado en condiciones tan difíciles, lo cual lo convierte en una hazaña (von Hanffstengel, 2003: 294).

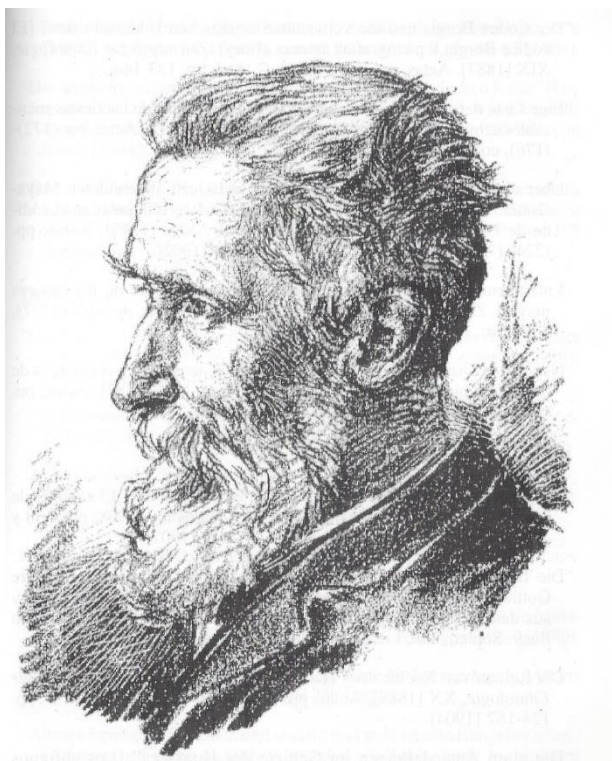
En una época en la que la vida de las mujeres estaba adscrita a la esfera doméstica, viajar a un continente lejano, exótico y relativamente desconocido como América y soportar difíciles condiciones de viaje y de vida era algo que iba en contra de las convenciones sociales, ya que requería un espíritu aventurero y audaz; cualidades que en ese entonces estaban asociadas con el mundo masculino. Caecilie Seler-Sachs no solo acompañó a Eduard Seler en estos viajes, sino que durante los 38 años que duró su matrimonio, jugó un papel fundamental en sus investigaciones y el desarrollo de su carrera académica a la vez que, como se ha mostrado, se desarrolló gracias a sus múltiples talentos y con el apoyo de su esposo, como investigadora y autora por cuenta y mérito propios (Dolinski, 2003: 34-35; von Wobeser, 2012: 225).

«Sin esta unión y la labor conjunta realizada durante 38 años al lado de Caecilie Seler-Sachs, la personalidad de investigador de Eduard Seler probablemente no habría podido desarrollarse tan exitosamente como lo hizo y, sin la camaradería de Eduard Seler, probablemente Caecilie Seler-Sachs no habría logrado alcanzar la notable autorrealización que la caracteriza, extraordinaria para la época en que vivieron» (Dolinski, 2003: 34).

⁶⁰ Durante la investigación realizada para este trabajo no se logró encontrar información sobre cómo Caecilie se interesó por la fotografía ni cómo aprendió sobre ella.

Por tal razón, vale la pena hacer una breve reseña biográfica de Eduard Seler, cuya vida y trabajo amerita un estudio por sí solo, pero que para fines de esta investigación en particular servirá para comprender el importante papel que jugó en la vida y obra de Caecilie.

B. Eduard Seler



Fotografía 2. Retrato de Eduard Seler

Archivo Fotográfico IAI. Imagen tomada de von Hanffstengel y Tercero (2003: 353).

Georg Eduard Seler nació el 5 de diciembre en 1849 en Crossen an der Oder en Prusia. Fue el tercer hijo de Gottlieb Robert Seler y Pauline Münch de Seler. Su padre fue cantor en la comunidad protestante de Crossen, maestro de primaria y profesor de música en la escuela privada superior de esa ciudad. Eduard creció en un medio modesto y fue un destacado alumno en sus estudios. Desde joven se interesó por la botánica y amplió sus conocimientos del tema en la Universidad de Breslau (actualmente Wrocław, Polonia) y dos años después en la Universidad de Berlín (Hiepko, 2003: 223). Luego de terminar sus estudios, trabajó como maestro de ciencias naturales durante ocho años (Dolinski, 2003: 37) en una escuela secundaria (*Dorothenstädtischen Realgymnasium*) en Berlín (Weeks en Seler, 2003: xii) después de los cuales, a la edad de 30 años, se vio forzado a dejar sus actividades como docente por razones de salud (Thiemer-Sachse, 2003: 53). Fue entonces que se dedicó a estudios que lo llevaron a la americanística. En 1884, a los 35 años, se hizo cargo de la

sección de América del *Königliches Museum für Völkerkunde*⁶¹ en Berlín (Dolinski, 2003: 37). Ese año se dio a la tarea de traducir al alemán los libros del Marquis de Nadaillac (Thierner-Sachse, 2003: 53-54). En 1887 estableció con su tesis sobre el sistema de conjugación de las lenguas mayas, las bases de su carrera académica y los inicios de sus futuras investigaciones en América al lado de Caecilie. Sus viajes y estudios posteriores tendrían un importante enfoque en México, pero también haría investigaciones en Guatemala, Bolivia, Argentina y Perú (Dolinski, 2003:37).

Seler hacía sus estudios desde una perspectiva interdisciplinaria. Sus principales campos eran la lingüística, la etnohistoria y la arqueología. Sobre su pensamiento y metodología investigativa, Thierner-Sachse comenta:

«A pesar de que él mismo mantuvo durante toda su vida una conexión estrecha con la investigación dentro del marco de las ciencias naturales, Seler propuso un enfoque dentro de la etnología, influido fuertemente por las ciencias naturales, que incorpora esta disciplina especial en el marco de las ciencias sociales y filosóficas» (2003: 55).

Weeks también resalta la interdisciplinaria de los estudios de Seler, a quien describe como un empirista que integraba información de todos los dominios antropológicos con el objetivo de reconstruir segmentos de culturas antiguas. «Esta estrategia de investigación hacía que sus estudios fueran superiores a los escritos más especulativos de predecesores y contemporáneos suyos como Chalres Étienne Brasseur de Bourbourg y Adolph Bandelier» (en Seler, 2003: xiii).

Durante sus viajes, Seler hacía descripciones científicas de las distintas regiones que recorría a la vez que las comparaba con otras que ya conocía e incluso con las de su propio país. También registraba la altura y el clima de los lugares, la flora (incluyendo la documentación de su nombre, nombres locales y usos), así como diferentes rutas y medios de comunicación para llegar a un sitio determinado. Prefería seguir rutas antiguas, en la medida en que eso era posible, las cuales conocía a través de sus lecturas de las crónicas coloniales, o los caminos que llevaban a sitios arqueológicos. Según nota Sepúlveda y Herrera, estas observaciones solo aparecen en sus cartas de viaje y le permitían a Seler hacer una reconstrucción imaginaria del medio ambiente en el que se desarrollaron las culturas mesoamericanas antiguas (2003: 46).

En su discurso inaugural como primer director de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas, Seler expuso su metodología de trabajo y su pensamiento sobre el desarrollo de las culturas:

⁶¹ Museo Etnográfico de Berlín

«...buscar y recoger el material nuevo, escogiendo lugares apropiados... descubriendo, midiendo, estudiando lo que se encuentre, buscando y juntado los fragmentos desprendidos, fotografiando y dibujando los monumentos enteros y los detalles esenciales, abriendo sepulcros y asegurando su contenido para el Museo de la Nación... [...] tendrá particular cuidado en estudiar la estratigrafía de las capas de la cultura, con el fin de ver si hay en algunos lugares a modo de llegar a una clasificación o al orden cronológico en el que se siguieron unas a otras las civilizaciones...» (Seler, 1912, citado en Sepúlveda y Herrera, 2003: 45).

De acuerdo con Sepúlveda y Herrera, Seler utilizó sistemáticamente el método inductivo-deductivo en el estudio de los códices calendárico-religiosos mexicanos, ya que pensaba que el análisis minucioso de las figuras de los manuscritos era la mejor manera de aclarar su contenido en vez de basarse en ideas, interpretaciones y explicaciones generales (Sepúlveda y Herrera, 2003: 48-49). En sus escritos, Seler resaltó la importancia de llevar a cabo una documentación sistemática y detallada de las piezas y sitios arqueológicos que encontraba durante sus viajes:

«Por dondequiera que dirija uno sus pasos en el valle de México, encuentra en las ruinas, huellas de la antigua civilización... He procurado llevar una especie de registro de esas ruinas. Porque, aunque se ha recogido mucho en México, rara vez ha sido hasta ahora, por desgracia, de una manera racional y que corresponda a los fines de la ciencia actual [...] Mucho podemos aprender de la historia antigua del país, si se recoge el material arqueológico suficiente... pero debemos saber bien de dónde y cómo se encontró cada uno de estos fragmentos» (Seler, citado en Sepúlveda y Herrera, 2003: 44).

Seler no estaba de acuerdo con la teoría del difusionismo, y sostuvo que no era posible probar ninguna relación de parentesco de las culturas americanas con las europeas (Sepúlveda y Herrera, 2003: 47). Sepúlveda y Herrera argumenta que, al explicar el desarrollo de las culturas americanas, Seler seguía de cerca la teoría de difusión multilineal de la cultura, lo cual se advierte en el siguiente fragmento:

«...la observación de la vida de los pueblos primitivos actuales puede arrojar luz sobre cómo se verifican los cambios técnicos y cómo se ensancha el horizonte cultural de los pueblos, al ampliarse las relaciones, pues el intercambio de productos e inventos lleva aparejado el desarrollo cultural» (Seler, 1889, citado en Sepúlveda y Herrera, 2003: 47).

A partir de 1888, el conde de Loubat, quien fuera mecenas de la arqueología y antropología americanas, apoyó los estudios de Eduard Seler; en especial la publicación de sus comentarios sobre los códices mexicanos y sus viajes de investigación. Once años después, en 1899, el conde de Loubat creó una fundación mediante la cual abrió una cátedra extraordinaria para implantar la arqueología americana como disciplina en la Universidad de Berlín. Esta le fue asignada a Eduard Seler, quien desde 1895 había ejercido como profesor en dicha universidad y continuó haciéndolo hasta 1920 (Thiemer-Sachse, 2003: 51, 54-55).

En sus cátedras, Seler se centró en la arqueología y etnohistoria americanas, así como en lenguas indígenas. En ellas no incluyó una visión general de la historia cultural del México antiguo y la región maya, bajo el argumento de que aún no se sabía lo suficiente sobre el tema (Thiemer-Sachse, 2003: 51). Respecto a la negativa de Seler a hacer generalizaciones o a formular teorías generales, Thiemer-Sachse nota: «Sus estudios se limitaban a la interpretación de los testimonios positivos, es decir, disponibles, de las culturas reducidas a ruinas» (2003: 53). En términos generales, indica, Seler fue «un científico solitario, que nunca manifestó especial interés en fundar una escuela científica alrededor de su disciplina» (2003: 51). «Hasta sus últimos años Seler no modificó su postura ante la disyuntiva de desarrollar o no teorías más amplias. Se limitó a la interpretación de los hechos, y en este marco realizó un trabajo minucioso sin precedentes que fructificó en sus más de 270 publicaciones, así como en sus actividades como profesor universitario» (Thiemer-Sachse, 2003: 54).

En cuanto al estudio de los grupos indígenas contemporáneos como parte de sus investigaciones, existen distintas posturas entre quienes han estudiado el trabajo de Seler. Para Ursula Thiemer-Sachse, Seler casi no tomó en cuenta los grupos indígenas contemporáneos de México como sujetos y testigos del desarrollo histórico, ni a los de la época del régimen colonial, ni a los del tiempo después de las guerras de independencia: «Alejarse de los problemas sociales contemporáneos pareció liberar sus actividades científicas de concesiones y obligaciones políticas». Seler, argumenta, «sin duda concibió el comienzo de la mexicanística alemana como “ciencia de culturas”⁶², con lo cual se dejó de lado «toda la interpretación en el sentido de las ciencias sociales, que tienen como objetivo la comprensión de las culturas indígenas [...] tanto en el pasado como en sus aspectos contemporáneos» (Thiemer-Sachse, 2003: 53).

Por su parte, Sepúlveda y Herrera argumenta que Seler consideraba a la arqueología y a la etnografía como ciencias hermanas que, si bien diferían en cuanto a métodos de investigación, tenían el mismo objeto y fin de estudio. Resalta que para Seler la arqueología era la etnografía de los pueblos del pasado y era allí donde radicaba la importancia de hacer estudios etnográficos contemporáneos, ya que consideraba que los descendientes de las culturas precolombinas a menudo conservaban el idioma de sus antepasados y antiguas costumbres que en ocasiones podían ayudar a reconocer algunas de las descritas en crónicas o que podían apreciarse en los códices. Hacer etnografía de una cultura, así como aprender el idioma que en ella se hablaba, eran medios para llegar a conocer a profundidad al Otro, argumentaba Seler. Respecto a los idiomas, manifestaba que la gramática era solamente la forma y que «la esencia de un idioma son las ideas que expresa, el espíritu del pueblo que lo habla».

⁶² *Kulturwissenschaft*

Consideraba que se empezaría a entender a los pueblos indígenas cuando se conocieran sus condiciones, creencias, ideas religiosas, políticas y de familia, así como su modo de pensar y sentir. Si bien Seler no llevó a cabo estudios etnográficos de campo, observó a las poblaciones indígenas de los lugares que visitaba y registró distintos aspectos de sus culturas. Además, hizo observaciones sobre las condiciones en las cuales estos grupos vivían y trabajaban en el momento en que los observaba y a menudo se lamentó de estas (Sepúlveda y Herrera, 2003: 47-48).

La postura de Eduard Seler ha recibido varias críticas, en especial por no pronunciarse ante las situaciones sociales y políticas de su tiempo, ni en los lugares en los que llevó a cabo sus estudios:

«Si bien los escritos de Eduard Seler normalmente permanecen en un nivel descriptivo, compilatorio y ordenador, en algunas instancias el autor alcanza las esferas superiores de la investigación científica, es decir, llega a la exégesis y a la interpretación. Y es en estos raros momentos, demasiadas veces opacados por su ingenuidad y actitud acrítica frente a las fuentes, que se evidencian la brillantez, el saber enciclopédico y el razonamiento determinante de Seler, como en el caso de su interpretación del Lienzo de Jucutacato, interpretación que no ha sido superada por estudiosos posteriores» (Lelgemann, 2003: 205).

También se ha criticado – o en algunos casos lamentado – la renuencia de Seler a hacer generalizaciones, postular teorías o crear una escuela de pensamiento:

«[...] es un hecho sumamente lamentable que Eduard Seler no haya participado – o lo haya hecho solo marginalmente – en las discusiones teóricas y metodológicas de los últimos decenios del siglo XIX. [...] Las obras de Eduard Seler son, en el mejor de los casos, testimonios del positivismo empírico, o en el peor, del particularismo histórico; por ello Seler es y sigue siendo, un personaje del siglo XIX» (Lelgemann, 2003: 205).

Entre sus trabajos pueden contarse traducciones de obras clásicas, la conformación de diccionarios en diversos idiomas indígenas, la descripción de ritos, costumbres o ceremonias y la recolección de la mayor cantidad posible de objetos y testimonios sobre las culturas americanas antiguas (von Wobeser, 2012:225). Quizás la obra más importante de Eduard Seler fue *Gesammelte Abhandlungen zum amerikanischen Sprach- und Altertumskunde*⁶³, publicada en 1902, en la cual presenta los resultados de sus estudios filológicos, arqueológicos y etnográficos (Dolinski, 2003: 38). Esta obra, que hasta el día de hoy no ha sido superada en cuanto a sus dimensiones, está dividida en cinco volúmenes y presenta “la América indígena”, en especial códigos mexicanos, en aproximadamente 3,500 páginas (Dolinski, 2003: 38). También contiene más o menos 2,500 páginas sobre historia y folklore, sobre todo de México, 1,500 páginas sobre sus viajes y exploraciones, y unas 1,000 páginas en las que describe las colecciones arqueológicas de todo el continente americano. Eduard Seler falleció en 1922 y dejó dos obras inconclusas: la reedición de la traducción del *Popol Vuh*, cuyas

⁶³ *Tratados recopilados sobre los idiomas y las antigüedades americanas*

traducciones hasta ese momento consideraba inadecuadas, y la traducción de la obra *Historia general de las cosas de Nueva España*, de Fray Bernardino de Sahagún. Ambas se retrasaron por situaciones externas a él y su trabajo (Dolinski, 2003: 38-39).

Hoy en día, Eduard Seler es considerado en Alemania como el padre de las instituciones que estudian culturas precolombinas de América. Creó la sección sobre arqueología americana en el Museo Etnográfico de Berlín, logró el reconocimiento de los estudios de culturas precolombinas en la Academia Prusiana de las Ciencias como disciplina científica autónoma y fundó la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología en la Ciudad de México (Dolinski, 2003: 33-34). Además, fue director de la Sociedad berlinesa para la antropología, etnología e historia primitiva (*Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*) durante la Primera Guerra Mundial (Dolinski, 2003: 37).

C. Trabajo colaborativo del matrimonio Seler

Varios autores que han estudiado el trabajo de los esposos Seler resaltan su trabajo colaborativo y el apoyo mutuo que se dieron⁶⁴. Luego de casarse en 1884, construyeron su casa en Steglitz, cerca de Berlín, con la herencia que la madre de Caecilie le entregó con ocasión de su boda. El dinero también les sirvió para financiar sus viajes de estudio, adquirir varias colecciones arqueológicas y publicar los resultados de sus investigaciones (Dolinski, 2003: 35). Caecilie estuvo, además, a cargo de gran parte de la logística de los viajes que emprendieron para sus estudios (von Wobeser, 2012:226). Como se ha visto, no solo fue compañera de viajes de Eduard, también colaboró con sus investigaciones, realizó y publicó sus propios estudios y fue, en gran medida, su mecenas (Sepúlveda y Herrera, 2003: 43). Eduard Seler reconoce el trabajo y apoyo de Caecilie en la dedicatoria de su libro *Die alten Ansiedlungen von Chaculá*⁶⁵:

«Un reporte del progreso general de nuestra expedición, nuestro trabajo y estudio es dado por mi esposa en su libro *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala*, el cual fue difundido por los editores de esta obra. Ella fue mi compañera a lo largo de la expedición y compartió conmigo el trabajo y esfuerzo; se le agradece en particular por las muchas fotografías que trajimos a casa.» (Seler, 2003 [1901]: xx)

Asimismo, en esa obra Seler narra todo lo relacionado a la expedición en primera persona plural.

De acuerdo con von Wobeser, la vida del matrimonio Seler giraba en torno a sus intereses científicos. Para llevar a cabo sus proyectos, necesitaban viajar a sitios arqueológicos, ya que

⁶⁴ Véanse Dolinski; Sepúlveda y Herrera; Lelgemann; von Hanffstengel; König en von Hanffstengel y Tercero Vasconcelos, 2003)

⁶⁵ *Los antiguos asentamientos de Chaculá*

buscaban ubicar a las culturas antiguas que estudiaban dentro de su entorno geográfico, por lo que gran parte de su trabajo durante esos viajes consistía en:

«hacer observaciones etnográficas para comprender el pasado a la luz de los vestigios que de él existían en el presente; recopilar escritos y vocablos pertenecientes a las lenguas autóctonas; coleccionar el mayor número de objetos prehispánicos posible, y documentar edificios, monumentos y piezas mediante fotografías, dibujos, acuarelas y calcas, entre otros» (von Wobeser, 2012: 225).

De acuerdo con von Wobeser, Caecilie se hizo responsable, desde los primeros días de su matrimonio con Eduard, de gran parte del trabajo técnico de las investigaciones, tales como dibujar, hacer copias y fichas, tomar fotografías, y archivar y clasificar objetos (2012: 225). También apoyó a Eduard en los momentos en que enfermó durante los viajes que emprendieron juntos, ya que Eduard, según señala von Hanffstengel, «padecía de una quebrantada salud por las privaciones sufridas en su juventud y en los primeros años de ejercicio profesional» (2003: 293-294). Por su parte, Kullik señala que muchas veces las mujeres preparaban la base para el trabajo espiritual-intelectual de los hombres a través de su apoyo emocional y en algunos casos también el material. Para ella, el caso de los esposos Seler muestra esto con claridad. Si bien la débil constitución de Eduard afectaba su salud, en especial en los países tropicales; encontró en Caecilie «una incansable colaboradora y compañera de trabajo» que, gracias a su acomodada posición social y económica, sentó «las bases para la vida académica libre e independiente de su esposo, sin la cual no habría podido alcanzar la inmensa productividad que condujo a su prominente posición en los estudios americanos» (Termer, 1949: 31, citado en Kullik, 1990: 80).

Los Seler hicieron seis viajes a América entre 1887 y 1911 (Sepúlveda y Herrera, 2003: 43; von Wobeser, 2012: 225). La primera vez que llegaron a México, Eduard tenía 46 años (Lelgemann, 2003: 205). Tanto Eduard como Caecilie escribieron sobre sus experiencias de viaje (von Wobeser, 2012: 226). En uno de estos documentos, el cual es una carta escrita por Eduard desde Uaxac Canal, Guatemala, durante su segundo viaje (de octubre de 1895 a 1897) se encuentra una descripción de la rutina diaria de trabajo de la pareja:

«Nuestra diaria tarea se lleva a cabo de este modo, por regla general nos levantamos a las seis de la mañana o antes... nuestro caballerizo enciende la lumbre y dispone el café... Hacia las siete parten mis seis trabajadores... Media hora o una hora después, los seguimos a caballo... que mientras se pone a pastar, recojo una planta y la pongo en el papel que llevo conmigo... Tenemos que recorrer tres leguas, es decir, cabalgar por espacio de dos horas para llegar al sitio de nuestro trabajo... A las once o doce del día... tenemos el almuerzo, se tuestan las tortillas en la ceniza caliente, las comemos con queso, frijoles o una lata de sardinas... De nuevo nos ponemos a trabajar y a las cuatro es preciso regresar. Concluida la cena, por regla general nos ponemos a trabajar también de noche. Hay que empacar plantas... Hay pedazos

de vasijas que rotular y anotaciones que hacer, o tenemos que escribir una carta importante...» (Seler, 1896, citado en Sepúlveda y Herrera, 2003: 45-46).

Según señala Sepúlveda y Herrera, si bien Seler no lo menciona en la carta, las tareas nocturnas eran llevadas a cabo, en buena parte, por Caecilie. Estas incluían rotular, empacar, secar las plantas y escribir sus propias notas de viaje⁶⁶ (2003: 46). Además, al igual que en muchos otros casos de exploradores en América, las condiciones de viaje eran difíciles y los Seler tuvieron que hacer frente a muchas contrariedades durante sus viajes. Asuntos como conseguir comida, encontrar hospedaje, tratar con autoridades locales, el clima y recuperarse de enfermedades fueron bastante complicados en algunas ocasiones (von Wobeser, 2012:225).

Para cuando los Seler realizaron sus viajes, existía ya en México un decreto que impedía cualquier actividad de excavación y de exportación de piezas arqueológicas, por lo que las piezas que adquirió en dicho país fueron compradas a coleccionistas privados con sus propios fondos y luego donadas al Museo Etnográfico de Berlín (Dolinski, 2003: 37). Por su parte, Achim Lelgemann menciona cómo el matrimonio Seler obtuvo piezas arqueológicas de coleccionistas y saqueadores, como el caso del representante del Segundo Imperio Germano, Arnold Vogel, quien «les regaló varias vasijas y esculturas de barro que había reunido durante su estancia en Colima» (2003:198).

Como se verá en el siguiente capítulo de este trabajo, en esa época también existían leyes en Guatemala que prohibían que se sacaran piezas arqueológicas del país. Si bien aquí también adquirieron piezas y colecciones privadas, hicieron además excavaciones en ciertos sitios y se llevaron consigo algunos de sus hallazgos de regreso a Alemania. Al final de sus viajes, la colección arqueológica de los Seler sumaba aproximadamente 13,000 piezas, las cuales donaron al Museo Etnográfico de Berlín (von Wobeser, 2012: 226; Dolinski, 2003: 37). Allí, la colección Seler pasó a constituir, en ese entonces, un tercio del total del acervo de la institución y hasta la fecha comprende la mayor parte de los objetos exhibidos en la sección de Arqueología Americana (Dolinski, 2003: 37-38).

Cuando los Seler no lograban adquirir piezas originales, las documentaron – tanto en museos públicos, como en colecciones privadas y en varios sitios arqueológicos – por medio de bosquejos, dibujos, acuarelas, calcos, frotos, planos arquitectónicos, proyecciones de edificaciones y copias de murales a punto de desaparecer (Dolinski, 2003: 38). Este proceso no debe dejarse de lado al

⁶⁶ En el capítulo dedicado análisis de la obra *AAWMG* en este trabajo, se encuentra la traducción textual de la descripción que Seler-Sachs hace de su rutina de trabajo y las condiciones en las que vivió mientras estuvo con su esposo en este mismo lugar. Ambas son bastante parecidas.

considerar la labor investigativa de los Seler, ya que no solo se dedicaron a coleccionar piezas, sino que documentaron tanto las adquiridas, como otras que encontraron y no pudieron obtener.

1. Colección botánica

Parte del trabajo que Eduard y Caecilie realizaron durante sus viajes estuvo dedicado a la descripción y documentación de paisajes, flora y fauna, así como al estudio y recolección de especies botánicas que encontraron en sus recorridos por Chiapas, Yucatán y Guatemala. Estos esfuerzos resultaron en «la colección más completa de plantas de Mesoamérica en aquel entonces», la cual comprendía 6,000 especímenes numerados, muchos de ellos con varios duplicados (Hiepko, 2003: 224). Además, los Seler no solo documentaron la localidad y el hábitat de las plantas recolectadas, sino también los usos y nombres indígenas de estas (Hiepko, 2003: 225). Partes de esta colección fueron donadas al Museo Botánico Real en Berlín (Hiepko, 2003: 224; von Wobeser, 2012: 226) y al Herbario Estatal Prusiano en Berlín (*Preussisches Staatsherbar*), entre otros (Dolinski, 2003: 38, von Wobeser, 2012: 226).

Según señala el botánico Paul Hiepko, dado que la taxonomía de plantas y la florística son ciencias basadas en colecciones, todas las colecciones antiguas de plantas continúan siendo muy importantes para la documentación de biodiversidad, en especial en los países tropicales. A diferencia de la mayoría de las colecciones botánicas hechas por etnólogos, arqueólogos y otros investigadores, la de Eduard y Caecilie Seler está muy bien elaborada debido a los estudios botánicos de Eduard Seler. Además, gracias a esa colección, varios botánicos han descrito y nombrado unas 200 especies de plantas y 5 géneros nuevos para México o Guatemala y bastantes de estas especies nuevas fueron nombradas en honor a ellos⁶⁷. Lamentablemente, la mayor parte del herbario de Berlín fue destruido en 1943, incluyendo según Hiepko, la mayoría de las colecciones de los Seler. No obstante, en la actualidad todavía se conservan duplicados de algunos especímenes de estas colecciones en diez herbarios distintos en Europa, Estados Unidos y México (Hiepko, 2003: 223-225).

D. Relevancia actual del trabajo y las colecciones de los Seler

Las críticas que se han hecho a la postura de Eduard Seler en sus investigaciones no quieren decir que el trabajo de los Seler no tenga relevancia o valor, incluso en nuestros días. Sobre el trabajo del matrimonio Seler, Achim Legelmann escribe: «El valor indiscutible de los trabajos de los Seler radica

⁶⁷ 80 nombres de especies llevan los epítetos «selerae», «seleri», «seleriana(-um)» o «selerorum»; 13 tienen los epítetos «caeciliae» o «caeciliana»; los nombres de dos de los cinco nuevos géneros también están basados en el nombre de Seler: «Selera» y «Selerothamnus». En la actualidad, aún existen por lo menos 150 plantas Seler en algunas familias de angiospermas (plantas con flores) y pteridofitas (helechos y equisetos).

en su carácter empírico, es decir, la documentación de datos “duros” o primarios, consistente en las descripciones e ilustraciones de artefactos, inmuebles y otros materiales relacionados con las culturas indígenas [...]. Sus trabajos documentales, agrega, son minuciosos y exactos, con fotografías de alta calidad preparadas por Caecilie, las cuales «apenas fueron igualadas por otros científicos de su tiempo» (2003: 204). La metodología disciplinada y crítica utilizada por los Seler, sus técnicas de trabajo de campo y de gabinete basadas en análisis, comparación y analogías para clasificar y hacer taxonomías, junto con un abordaje interdisciplinario de sus objetos de estudio continúan siendo, en palabras de Sepúlveda y Herrera, «modelos a seguir» (2003: 50). Esto es todavía más impresionante si se toman en cuenta las circunstancias a menudo adversas que Eduard y Caecilie enfrentaron en sus viajes (Lelgemann, 2003: 204). Además, sus colecciones botánicas continúan teniendo validez y relevancia actual, en especial en lo relacionado a los esfuerzos mundiales por documentar la biodiversidad (Hiepko, 2003: 226).

Lamentablemente, una buena parte de las colecciones del matrimonio Seler fue destruida durante la Segunda Guerra Mundial. En la actualidad, lo que queda del legado de los Seler se encuentra en el Instituto Iberoamericano de Berlín (IAI). Según Dolinski, este consiste en cartas, fotografías privadas y documentos de Caecilie Seler-Sachs, así como una colección extensa de material científico. De acuerdo con Dolinski, solo el archivo de imágenes comprende 228 «casetes» con miles de dibujos, bosquejos de colecciones arqueológicas y antiguos sitios arquitectónicos, notas de exploraciones, manuscritos, cartas, copias de códices, lienzos y mapas; colecciones de tarjetas postales y unas 5,000 fotografías. Además, resguarda unas 300,000 fichas lingüísticas hechas por Eduard Seler como instrumentos para usar en sus investigaciones sobre las lenguas del continente americano, así como imágenes y escritos sobre plantas y animales americanos. Además, están su vocabulario náhuatl y los léxicos que elaboró para el estudio del *Popol Vuh* (2003: 39-40). Por su parte, Adam T. Sellen indica que de acuerdo con el Dr. Gregor Wolff, Director de Legados y Colecciones Especiales del Instituto, el archivo Seler contiene 229 cajas grandes y más de 230 pequeñas, sumando un total de 56.59 pies lineares. Las cajas grandes contienen fotos e ilustraciones, recortes de periódico, dibujos, esbozos, transcripciones de códices y muestras de trazados en formato grande. En las cajas pequeñas se encuentran entre 800 y 1,000 notas de vocabulario sobre 38 idiomas indígenas. Algunos documentos se refieren a los materiales arqueológicos que recolectaron para el Museo Etnográfico de Berlín (Sellen, 2006: 7-8)

El legado del matrimonio Seler ha sido poco trabajado desde un punto de vista científico y archivonómico. En este y no obstante su importancia, las obras fotográficas y escritas de Caecilie Seler-Sachs son todavía menos conocidas en la actualidad, en parte, como resultado de la Segunda

Guerra Mundial (Dolinski, 2003: 36, 40). Otros académicos, como Sepúlveda y Herrera, han indicado la importancia de traducir y editar la obra de los Seler al idioma español, ya que esta es poco conocida entre los estudiantes hispanohablantes (2003: 50).

V. ANÁLISIS DE LA OBRA *AUF ALTEN WEGEN IN MEXIKO UND GUATEMALA* (AAWMG)

A. Caracterización de la obra

AAWMG es parte de un género que se volvió muy popular en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX: los diarios y relatos de viajes de exploradores europeos en América. Dichos libros llamaron la atención de muchas personas, no solo por la curiosidad que se sentía en Europa por conocer más acerca de América, sino en muchos casos también para considerar las posibilidades de abrir nuevos mercados o crear empresas en dicho continente. No eran documentos estrictamente académicos, aunque algunos sí fueron escritos por renombrados estudiosos. Seler-Sachs hace la aclaración al principio de su obra, así como durante esta, que su propósito no es escribir un documento científico sino más bien narrar sus experiencias e impresiones durante sus viajes por México y Guatemala.

El estilo en el que la obra está escrita es fluido y entretenido, y la autora combina información geográfica, botánica, etnográfica y arqueológica con anécdotas divertidas o curiosas; descripciones de paisajes y de las rutas por las que ella y su esposo viajaron; así como opiniones e impresiones. A pesar de no ser un documento científico, sí incluye algunas referencias de fuentes bibliográficas, tales como obras escritas por otros exploradores como Alexander von Humboldt y Thomas Gage; crónicas de la conquista y colonia en Guatemala; una obra del suizo Otto Stoll; cartas escritas por Karl Berendt, e incluso una publicación científica en la que su esposo presentó los resultados de los trabajos realizados en un sitio en Huehuetenango. El libro también incluye fotografías e ilustraciones de piezas, monumentos y sitios arqueológicos, lugares, personas y plantas; la mayoría hechos por Seler-Sachs. Todas las imágenes están identificadas. Además, contiene mapas de algunas de las regiones por las que viajaron. Por otro lado, al final del libro se encuentra un listado de los nombres de los lugares y grupos e idiomas indígenas mencionados, así como los números de las páginas donde se encuentra la información sobre estos.

B. Reconstrucción lineal de los viajes de Eduard y Caecilie Seler por Guatemala

Los Seler, provenientes de Chiapas, México, entraron a Guatemala por la finca Gracias a Dios, ubicada en el actual municipio de Nentón, Huehuetenango, el 31 de marzo de 1896. Esta fecha no la da Seler-Sachs, sino que fue inferida a partir de otros datos que se explicarán a continuación. Uno de ellos es la última fecha mencionada por Caecilie en la narración del recorrido por Chiapas antes de llegar a Guatemala, la cual es el 29 de marzo de 1896, que según indica, fue Domingo de Ramos. Ese

día llegaron a Zapaluta, Chiapas, buscando antigüedades, pero finalmente no lograron encontrar nada que consideraran importante. Pasaron la noche en ese lugar y al día siguiente continuaron su camino. Ese día, que sería el 30 de marzo de 1896 (Lunes Santo), llegaron a la hacienda Tepancuapam, Chiapas, donde pernoctaron. Al próximo día (31 de marzo de 1896, Martes Santo) llegaron a Sacchaná, Chiapas. Allí encontraron y adquirieron una piedra con jeroglifos y el fragmento de otra, de las que Seler-Sachs incluye unos dibujos en el texto y sobre las cuales Eduard Seler escribiría después en su obra *Gesammelte Abhandlungen* (1902). Esta referencia cruzada fue incluida por Seler-Sachs en una nota al pie (1925: 132-133). Según indica la autora, pararon tanto en Sacchaná como en Gracias a Dios, pero no explica por cuánto tiempo, por lo que esta referencia no es muy útil para determinar con exactitud la fecha de entrada de los Seler a Guatemala. De Sacchaná se dirigieron a la finca Gracias a Dios, la cual ya estaba en terriorio guatemalteco y en la cual hicieron una parada por un tiempo no determinado. Sobre su paso de un país a otro, Seler-Sachs escribe: «Entre Sacchaná y Grácias á Dios [*sic.*] pasamos los modestos y blancos mojones que separan a México de Guatemala» (1925: 132-133).

De Gracias a Dios viajaron a Trinidad, donde pasaron la noche en la casa de Eduard Kanter —a quien después la autora se refiere como don Eduardo— uno de los hijos del alemán Gustav Kanter, propietario de la hacienda Chaculá, y quien jugó un importante papel ayudando a los Seler en su trabajo en esa área. Ambas propiedades, explica Seler-Sachs, formaban un amplio complejo al cual también pertenecían varios ranchos (1925: 133) y al cual para fines de claridad en este trabajo se le llamará únicamente Chaculá a diferencia de la hacienda, a la cual siempre se le denominará a partir de este punto “hacienda Chaculá” o simplemente, “la hacienda”.

A la mañana siguiente dieron un paseo a caballo con don Eduardo, durante el cual vieron y documentaron algunas piedras talladas. Además de lo agradable del paseo, la autora da una idea de lo difícil que había sido su viaje hasta allí al describir su emoción de tener la oportunidad de montar un buen caballo luego de varios días de transportarse en otro menos adecuado para la tarea:

«Además del encantador paisaje y el avistamiento de antigüedades interesantes [que] lamentablemente [había sido] poco frecuente hasta este momento [y] que fue absolutamente oportuno para levantar de nuevo nuestros ánimos caídos, este paseo por la mañana me ofreció todavía otro extraordinario placer: Don Eduardo me permitió ensillar un buen caballo. Sentir bajo sí un caballo bueno y vivaz después de haber tenido que arrear durante semanas a un jamelgo cansado y obstinado es una delicia indescriptible» (Seler-Sachs, 1925: 134-135).

Por la tarde recorrieron las pocas leguas que quedaban para llegar a la Hacienda Chaculá, que era propiedad de Gustav Kanter (don Gustavo) y donde ya los estaban esperando porque los habían anunciado desde Trinidad. Seler-Sachs manifiesta la felicidad que sintió al dormir esa noche en una

cama con sábanas limpias (1925: 135). Por otro lado, explica que, si bien tenían planeado continuar su viaje el jueves, decidieron posponer su salida debido a una creencia que existía entre la población indígena del lugar sobre viajar en Jueves Santo, así como el hecho de que habría festejos ese día y el siguiente, lo que quería decir que seguramente encontrarían muchos ebrios por donde pasaran. Luego, el clima se tornó lluvioso, por lo que decidieron quedarse todavía unos días más, durante los cuales establecieron las fechas en que regresarían a trabajar al lugar (1925: 135-136).

Que Caecilie indique que el Jueves Santo ella y su esposo estaban en la casa de Gustav Kanter en la Hacienda Chaculá, es de utilidad para determinar la fecha de entrada de los Seler a Guatemala. Si como explica Seler-Sachs, el 29 de marzo de 1896 que fue Domingo de Ramos, pasaron la noche en Zapaluta, Chiapas y la noche siguiente (30 de marzo, Lunes Santo) la pasaron en la hacienda Tepancuapam, Chiapas, únicamente quedarían el 31 de marzo (Martes Santo) y el 1 de abril (Miércoles Santo) como posibles fechas en que los Seler entraron a Guatemala. Dado que Seler-Sachs indica que antes de llegar a la casa de Gustav Kanter en la Hacienda Chaculá y de pasar la primera noche en ese lugar, ya habían pasado una noche en la casa de su hijo Eduard, en la finca Trinidad, la entrada de los Seler al país tendría que haber sido el 31 de marzo de 1896 y las paradas que Seler-Sachs menciona en Sacchaná y Gracias a Dios sin especificar su duración las hicieron ese día.

De Chachulá emprendieron el viaje a la ciudad de Guatemala. Caecilie no indica la fecha exacta en la que salieron de Chaculá, únicamente explica que cabalgaron hasta la ciudad de Guatemala. Les quedaba una semana de viaje y se sentían muy cansados, al igual que sus caballos. A ella ya se le estaba haciendo difícil registrar y retener todas las nuevas impresiones e indica que las pudo recordar después porque cuando regresaron a Chaculá unos meses más tarde, recorrieron una parte del mismo camino. Los últimos días del viaje fueron todavía más agotadores debido al mal estado de los caminos, al calor y al polvo, así como al humo que había en el aire debido a que era época de roza (Seler-Sachs, 1925: 136). Sobre esto, Seler-Sachs escribe:

«A menudo durante las últimas semanas, cuando nos quejábamos de los malos caminos, nos consolaban diciendo que, del otro lado de la frontera, en Guatemala, encontraríamos excelentes carreteras. De hecho, hay en Guatemala algunas carreteras bien trazadas cuyo estado sin embargo es tan bueno o tan malo – dependiendo de la naturaleza de su suelo y de la temporada del año – como el de las carreteras mexicanas; tal como es de esperarse en las regiones tropicales. Uno solo tiene que considerar los estragos que una tormenta, [o] un invierno nevado causan en nuestras carreteras alpinas y entonces imaginarse las dificultades que deben surgir durante meses de aguaceros diarios; uno debe reflexionar sobre la fuerza laboral que se necesita anualmente para el mantenimiento de nuestras vías de comunicación y no olvidar que México y Guatemala están escasamente poblados. Uno se hace humilde y se alegra cuando siquiera encuentra una carretera pavimentada y razonablemente trazada en vez de los antiguos caminos de indios que, sin preocuparse de todas las dificultades, a menudo constituyen la línea más corta entre dos puntos» (Seler-Sachs, 1925: 137-138).

El primer día del viaje de Chaculá a la capital llegaron a Nentón, donde pasaron una noche. Al día siguiente continuaron su camino por el pueblo de San Andrés y luego por Jacaltenango. En este lugar encontraron un lugar donde hospedarse. La alimentación les fue provista por la maestra del pueblo y su hija. La comida para los caballos fue cara y difícil de conseguir (Seler-Sachs, 1925: 139-140). De Jacaltenango se dirigieron a San Martín, para lo cual debían pasar la Cuesta de la Concepción, la cual separa ambos valles. De San Martín continuaron su camino hasta llegar a Todos los Santos⁶⁸. Caecilie comenta que, dado que de Guatemala únicamente se podía llegar a Chaculá por ese camino, estuvieron en Todos los Santos en tres ocasiones⁶⁹, donde alternadamente pasaron la noche en la casa parroquial y en la escuela. Los caballos los dejaban debajo de techos de arriero en la plaza que se encontraba entre la escuela y la casa parroquial. Las noches allí eran frías, la comida la conseguían en una pequeña tienda y el heno para los caballos lo compraban inicialmente a un precio de cuatro reales, lo que equivalía a más o menos un marco y que según la autora era un precio inaudito. Eventualmente lograron comprarlo por dos reales (Seler-Sachs, 1925: 141-142).

De Todos los Santos salieron temprano en la mañana y ascendieron a la Sierra Madre. En el camino encontraron una cruz de madera que indicaba que habían alcanzado el punto más alto del paso de montaña, el cual estaba a 3,540 msnm. Seler-Sachs nota que en Europa a esa altura siempre había nieve, mientras que en donde se encontraban en ese momento todavía crecían árboles bastante por encima de ese punto. Agrega que antes había allí una propiedad llamada La Ventosa, la cual podía verse en mapas más antiguos, pero que había sido abandonada porque no se logró que nada creciera y el ganado tampoco toleró la altura. Según le contaron, las heladas allí eran frecuentes por las noches, incluso en los meses más cálidos. Del lugar ya solo quedaban algunos muros desmoronados (Seler-Sachs, 1925: 144).

El ascenso desde Todos los Santos no fue tan difícil, pero sí el descenso a Chiantla. Caecilie lo describe y llama la atención del lector al hecho de que Thomas Gage también había pasado por ese lugar con mucha dificultad:

«El camino en ascenso a Todos los Santos fue muy empinado, pero no malo; en la altura plana incluso fue bueno. Pero el largo descenso que le siguió fue atroz. Primero había que bajar sobre grandes piedras por un trecho bastante empinado, sobre pendientes de roca, lodo [y] grava. Desde hacía mucho ya veíamos Chiantla, pero el descenso de más de dos millas alemanas de largo se extendía siempre profundo debajo de nosotros. El sacerdote viajero

⁶⁸ En este capítulo, los nombres de los lugares están escritos de la manera en que Seler-Sachs los escribió en su libro.

⁶⁹ Esta es la única parte de la obra en la que habla de Todos los Santos. En la descripción de su segundo viaje a Chaculá y su posterior regreso a la ciudad de Guatemala ya no lo menciona. Sin embargo, gracias a esta explicación se sabe que sí pasaron por allí en las tres ocasiones.

Thomas Gage tampoco hace un relato feliz de este camino, del cual cayó con la mula y luego fue venerado como santo por los indios que lo acompañaban porque salió ileso» (Seler-Sachs, 1925: 144-145).

En el camino a Chiantla también podían ver las casas de la ranhería Las Calaveras, así como fincas, pequeños ranchos, asentamientos y plantaciones. La última parte del camino hasta Chiantla fue bastante mala. Ya en el pueblo, la comida tanto para humanos como para los animales la obtuvieron a un precio bastante alto. Por otro lado, el arriero que los había acompañado desde Comitán emprendió el camino de regreso, por lo que tuvieron que buscar un reemplazo. Además, habían perdido unas herraduras, así que decidieron tomar un día de descanso que fue beneficioso tanto para ellos como para los animales. Por la noche, uno de los caballos fue mordido por un murciélago vampiro. Estos animales, explica Seler-Sachs, eran muy comunes en Chiantla y una de las razones por las que era conocida (1925: 145-146).

La autora indica que el domingo 12 de abril salieron de Chiantla y tomaron un descanso corto en la ranhería San Lorenzo, la cual estaba habitada por ladinos (Seler-Sachs, 1925: 146-147). Luego llegaron a la ranhería Santa María, donde pasaron la noche después de bañarse en un arroyo que estaba cerca del edificio donde se quedaron (Seler-Sachs, 1925: 148). Al día siguiente continuaron el viaje y llegaron al inicio del altiplano central. Caecilie menciona que dicha región había sido tierra de los k'iche' desde tiempos antiguos. Encontraron unas casas que eran parte de la ranhería Pasojón, donde estaba descansando un grupo de soldados con los que se habían encontrado en el camino el día anterior, por lo que siguieron hasta Los Pozuelos. Encontrar agua en el altiplano durante la época seca a menudo les resultó difícil y caro (Seler-Sachs, 1925: 148-149). Mientras se iban acercando a Santa Cruz Quiché, podían ver a lo lejos la iglesia de San Pedro Jocopilas. Explica que a pocas leguas de Santa Cruz se encontraban las ruinas de Utatlán y si bien escribe un poco sobre su historia, indica que lamentablemente no las visitaron (1925: 149). Pasaron la noche en Santa Cruz Quiché, donde se hospedaron en el Gran Hotel Verapaz, cuyas comodidades apreciaron bastante debido a que tuvieron tan pocas durante la mayor parte de sus viajes (Seler-Sachs, 1925: 150).

A la mañana siguiente salieron de Santa Cruz y viajaron hasta Quiché, el cual, explica Caecilie, era un pueblo de indios que quedaba a una legua de K'umarcaah. En el pueblo había una celebración, por lo que pudieron encontrar carne fresca para comer, aunque a un precio elevado:

«El día de la fiesta tenía para nosotros la amenidad de que había carne fresca. Cuando expresamos nuestro asombro por el elevado precio que una mujer nos pedía por un desayuno, nos dijo que eran los mismos precios que los del Hotel Vera Paz [*sic.*] en Santa Cruz. ¡Oh desdeñable influencia de la cultura europea!» (Seler-Sachs, 1925: 151-152).

Ese día viajaron hasta la ranchería La Garruche, donde pernoctaron bajo un techo de arriero, que era un techo de palma sostenido por cuatro postes clavados en el suelo que les daba una mínima protección del rocío y la lluvia. Para los caballos no pudieron obtener más comida –aparte del maíz que llevaban– que un poco de hierba que sus mozos tuvieron que cortar. No había rastrojo (ella explica que a lo que ellos conocían como *Maisstroh* se le llamaba rastrojo) porque ya todo había sido quemado después de la cosecha (Seler-Sachs, 1925: 152).

Salieron temprano al día siguiente. Pasaron por algunas de las plantaciones de caña de azúcar y banano de un lugar llamado Hacienda Vieja y siguieron por un nuevo pueblo llamado Poaquil hasta llegar a Comalapa, donde pasaron la noche (Seler-Sachs, 1925: 154-155). Al siguiente día cruzaron el valle del río Pisoya. Al suroeste se veían los volcanes Fuego y Agua. Si bien parecía como que podían cabalgar directamente por un camino plano hasta la ciudad capital, no era así, ya que toda el área estaba llena de quebradas. Algunas debían cruzarse y otras, rodearse. Finalmente llegaron a la carretera que llevaba de Guatemala a Quetzaltenango, sobre la cual cabalgaron hasta llegar a Chimaltengango. Allí encontraron un hotel que había sido construido recientemente y que pertenecía a un alemán. Seler-Sachs lo describe como bonito, limpio y con un estilo muy europeo (1925: 155).

El viaje continuó por caminos soleados y polvorientos. La autora hace la siguiente descripción:

«Tener que avanzar lentamente sobre caballos cansados, sintiéndose cansado uno mismo, por una carretera ancha y sin sombra, no es exactamente parte de la alegría de la vida. Después de pasar Las Tejas, donde se bifurca la calle hacia Antigua, hay un obelisco que le da al excursionista la feliz noticia de que ya solo le quedan nueve leguas por recorrer antes de llegar a la ciudad capital» (Seler-Sachs, 1925: 155).

Al otro lado de una quebrada llegaron a Zumpango, un pueblo de indios donde había varias posadas y albergues para arrieros. Sin embargo, el lugar les pareció poco acogedor, por lo que continuaron hasta Santa María, donde encontraron un hospedaje limpio y pequeño donde durmieron. Al llegar al pueblo de Santiago al día siguiente, pudieron dejar la soleada carretera y utilizar un camino de herradura – que era más bonito y corto – hasta llegar a Mixco. Ese día llegaron a la ciudad de Guatemala (Seler-Sachs, 1925: 156-157). Arribaron al hotel donde pretendían hospedarse, el cual pertenecía a unos españoles; sin embargo, no los recibieron –seguramente por su desgarbada apariencia, reflexiona Caecilie– con la excusa, primero, de que el perro que los acompañaba no podía entrar al lugar. No obstante, después de que los Seler les aseguraran que el perro se quedaría con los caballos, les dijeron que no había habitaciones libres. Por tal razón, decidieron quedarse en la casa de unos alemanes que no los juzgaron por su apariencia. Sobre esta situación, Seler-Sachs admite que

algunos días después en la calle, sintió *Schadenfreude*⁷⁰ al encontrarse con el español que les había negado hospedaje luego de que ella ya se había «vuelto a civilizar un poco» (Seler-Sachs, 1925: 161) y que este la saludara tanto con sorpresa como con cortesía.

Durante su estadía en la ciudad de Guatemala, la cual duró algunas semanas, los Seler se trasladaron a la pensión de una familia de franceses, de apellido Berger, la cual quedaba cerca de la Plaza de Armas (1925: 161). La autora explica que debido a que se quedaron en Guatemala en distintas ocasiones durante sus viajes y a menudo por algunas semanas, lograron hacerse una impresión de la ciudad y conocer la vida de los extranjeros en el lugar, lo cual, le parece, es algo que comúnmente sucede en las ciudades porque allí los extranjeros conviven en hospedajes; no como en las afueras de las ciudades, donde la hospitalidad local da a los viajeros la oportunidad de tener contacto con la población del lugar y sus costumbres (Seler-Sachs, 1925: 162). También visitaron distintas partes de la ciudad capital, así como el pueblo de Jocotenango (Seler-Sachs, 1925: 165). Con base en la información que la autora da sobre la duración de sus viajes hasta llegar a la ciudad de Guatemala, así como algunas fechas específicas que menciona, es probable que la primera estadía de los Seler en la ciudad capital haya sido durante la segunda mitad de abril hasta el 2 de mayo de 1896.

El domingo 3 de mayo de 1896 se dirigieron a Antigua (Seler-Sachs, 1896: 170). Inicialmente, su plan era ir de la ciudad capital a Santa Lucía Cozumalhuapa, que era el lugar por el cual habían decidido viajar a Guatemala; sin embargo, después de haber estado en Chaculá decidieron cambiar la ruta que se habían trazado al principio y regresar primero a ese lugar para explorarlo más a profundidad:

«Allí, al otro lado de los volcanes, en la caliente franja costera del océano Pacífico estaba la zona que nos había atraído a Guatemala: Santa Lucía Cozumalhuapa. Por el momento, sin embargo, nuestros planes habían tenido un cambio significativo, [ya] que pensábamos volver una vez más a la frontera con México para explorar más de cerca el territorio de Chaculá. Eso tenía que suceder lo antes posible para que todavía pudiéramos aprovechar los meses relativamente secos de verano en la cadena montañosa para trabajar.» (Seler-Sachs, 1925: 170)

Sin embargo, dado que todos los preparativos, en especial las cartas gubernamentales, no podían estar listos tan rápido, utilizaron el tiempo para hacer una excursión a las plantaciones de café. Les recomendaron una propiedad que se encontraba a medio camino entre Antigua y Santa Lucía Cozumalhuapa que pertenecía a una importante compañía de plantaciones de Hamburgo, por lo que primero viajaron a Antigua y desde allí visitaron ese y otros lugares. Para ir a Antigua, Caecilie y Eduard enviaron primero a sus ayudantes con los caballos y luego se transportaron ellos dos en un pequeño y ligero carro. En el camino pasaron por Mixco, San Lucas, un pequeño lugar llamado Santa

⁷⁰ Una traducción aproximada de este término es el sentimiento de alegría ante la pena ajena.

Lucía y un poco después llegaron a su destino, donde se hospedaron por unos días en el Hotel Rojas. Durante su estadía vieron la colección de antigüedades del señor Manuel Alvarado, la cual adquirieron más adelante. También visitaron la finca El Portal a los pies del volcán de Fuego, y el molino Los Pastores en la carretera a Chimaltenango, donde encontraron unas cabezas de piedra (Seler-Sachs, 1925: 170-174).

El 6 de mayo de 1896, los Seler salieron de Antigua hacia Santa Lucía Cozumalhuapa. Seler-Sachs comenta que en ese momento el viaje a Santa Lucía era más fácil que veinte o treinta años antes. De hecho, era posible llegar en tren; pero prefirieron viajar a caballo para tener una mejor idea de los alrededores y porque pensaban que quizás podrían encontrar algo de interés en el camino. Su objetivo para el primer día de viaje era llegar a la finca San Andrés Osuna, la cual administraba el Sr. Linse, un alemán. Según les habían dicho, San Andrés Osuna estaba a siete millas de distancia, pero en realidad el recorrido fue de aproximadamente doce. En el camino pasaron por Ciudad Vieja, una zona húmeda y caliente que se encontraba detrás del pueblo de Alotenango, y una gran plantación llamada El Zapote. Finalmente llegaron a San Andrés Osuna, no sin antes haberse empapado por una fuerte lluvia torrencial que empezó una media hora antes de que terminaran el recorrido. Pasaron la noche en la finca y visitaron las plantaciones de café. También estuvieron en las fincas Los Diamantes y Chuchú, donde vieron algunas antigüedades, pero en general nada que les hubiera llamado mucho la atención.

Siempre con el propósito de encontrar piezas arqueológicas, fueron a la hacienda Los Tarros por sugerencia de su casero, quien les indicó que era un lugar conocido para encontrar antigüedades. El hombre les propuso que lo acompañaran al lugar; sin embargo, al llegar se enteraron de que todas las piezas habían sido llevadas a Pantaleón. Entonces les recomendaron ir al rancho Palo Verde, donde se decía que había ídolos de piedra, así que, en el camino de regreso de Los Tarros, tomaron un desvío hacia ese lugar. El camino pasaba por el río Tigre o Sacjahá, en cuya orilla encontraron un lugar donde desayunar. Hacía tanto calor, recuerda Seler-Sachs, que la mantequilla que habían conseguido en Los Tarros y que llevaban en una alforja, se había derretido. De ese lugar, les tomó unos diez minutos llegar a Palo Verde, que era propiedad de un anciano guatemalteco que no entendió bien lo que estaban buscando. En esa ocasión, su visita al rancho Palo Verde no rindió muchos frutos (Seler-Sachs, 1925: 183). Sin embargo, después de hacer muchas preguntas averiguaron que en el bosque, no muy lejos del camino por el que acababan de llegar, había más piedras cuya ubicación solo unos pocos pastores de ganado conocían con certeza. Casi seis meses después los Seler hicieron una segunda visita al lugar, durante la cual encontraron y documentaron dichos monumentos (Seler-Sachs, 1925: 188-189).

Camino a Santa Lucía Cozumalhuapa, debajo de Los Tarros, pasaron por las ruinas de la iglesia colonial San Juan Perdido. Además, visitaron la finca Pantaleón, propiedad de la familia Herrera, y vieron su colección arqueológica. Finalmente llegaron al pueblo de Santa Lucía Cozumalhuapa, donde se alojaron en una pensión. Allí su habitación tenía un pequeño balcón de madera a pocos pies sobre la calle, donde era agradable sentarse después del esfuerzo y el calor del día (Seler-Sachs, 1925: 184-185). Llevaban ya seis meses de arduos viajes con sus caballos, por lo que decidieron venderlos. Era necesario que los animales se recuperaran y pasaran un tiempo pastando y descansando. Para Caecilie fue difícil despedirse de su caballo después de haber pasado por tanto juntos, incluso a pesar de que a menudo se enojaba por la terquedad del animal. No obstante, tanto ella como su esposo estaban tranquilos de saber que los caballos habían quedado en buenas manos (Seler-Sachs, 1925: 184).

En total, los Seler hicieron tres visitas a Santa Lucía Cotzumalguapa. La primera, en mayo de 1896, fue poco productiva. Llegaron buscando un lugar llamado Peor es Nada, el cual el Dr. Berendt mencionaba en sus cartas, pero no lo pudieron encontrar. Pensaron que seguramente esto se debía a que las fincas pequeñas frecuentemente cambiaban de nombre. Les recomendaron la finca Adelina, la cual era propiedad del Sr. Vicente Castellanos, quien según escucharon, tenía antigüedades en su terreno. Sin embargo, al llegar encontraron que el dueño no estaba y únicamente pudieron hablar con el mayordomo, quien les regaló algunas piezas pequeñas (Seler-Sachs, 1925: 186). En vista de lo poco que encontraron, decidieron regresar a la ciudad capital. El viaje lo hicieron en tren, el cual los llevó primero a Escuintla. Allí visitaron a Turibio, uno de los muchachos que los había acompañado desde México, quien había enfermado durante el viaje y fue llevado al hospital de Escuintla desde San Andrés Osuna en una carreta jalada por bueyes. Después, continuaron el viaje. En Palín había otra estación donde hicieron una parada y luego continuaron hasta Guatemala. En el camino rodearon parte de la orilla sur del lago de Amatitlán (Seler-Sachs, 186-187).

En junio de 1896 llegó el momento de emprender el viaje de regreso a Chaculá de acuerdo con los nuevos planes. Había buenas probabilidades de que su trabajo allí rindiera muchos frutos a juzgar por lo que los Kanter les habían contado y mostrado, así como por el permiso que habían obtenido de don Gustavo de hacer excavaciones en su terreno. Sin embargo, Seler-Sachs admite que no le emocionaba mucho la idea de tener que regresar un bueno trecho del camino que ya habían recorrido – casi hasta la frontera con México – luego de que ya se habían adentrado en Guatemala después de un viaje largo y difícil. Decidieron tomar el camino a Chiantla que pasaba por Quetzaltenango. De acuerdo con Caecilie, el recorrido era un poco más largo, pero mucho más bonito (1925: 196).

Habían tenido que renovar la caravana porque habían vendido sus caballos y sus mozos estaban enfermos. La autora hace una descripción de los animales que ella y su esposo adquirieron y se disculpa con el lector por escribir tanto sobre el tema, pero argumenta que quien sabe lo que significa tener un buen animal para cabalgar en estos países, no se lo reclamará. Eduard consiguió una bonita mula: era fuerte, mansa y caminaba con pasos largos y regulares. Lo único que no le gustaba era pasar por agua y «no toleraba a los indios que iban cargados». Sin embargo, aprendió rápidamente a quedarse quieta junto al fardo de plantas cuando Eduard se bajaba a recolectar plantas y luego las colocaba dentro del este. Caecilie, por su parte, no tuvo tan buena suerte: ella obtuvo un caballito de las planicies, en las cuales podía caminar bien sin herraduras, pero en cuanto llegaron a las montañas y tuvieron que herrarlo, empezó a caminar con torpeza e inseguridad, lo que era bastante malo cuando debían cabalgar por montañas calizas o por caminos que estaban lisos a causa de las lluvias. Por tal razón, cuando llegaron a Trinidad, lo cambió por uno de los caballos de Eduard Kanter, el cual era fuerte y seguro. Estos dos animales y el del mozo que contrataron en Quetzaltenango, los acompañaron el resto del tiempo que estuvieron en el país (Seler-Sachs, 1925: 196-197).

Antes de salir hacia Chaculá, lograron encontrar un arriero en la ciudad capital, quien accedió a acompañarlos, junto con algunos animales de carga y su mozo, hasta Quetzaltenango. La salida de la ciudad de Guatemala fue el 1 de junio de 1896. Durante el primer día de viaje pasaron por Antigua, Patzicía, Chimaltenango, Zaragoza y se detuvieron en Patzún para pasar la noche (Seler-Sachs, 1925: 197). Durante el segundo día de viaje cabalgaron por un estrecho camino de herradura que les permitía ver el lago de Atitlán desde arriba. Llegaron a Sololá y durmieron en el Mesón de Sololá (Seler-Sachs, 1925: 199). Desde allí podían llegar a Quetzaltenango en un solo día si hacían una caminata más larga; sin embargo, esos días estaba empezando a llover a las dos de la tarde, por lo que decidieron parar en Nahualá para pernoctar, pero fue una noche incómoda. Al día siguiente recorrieron seis leguas largas a Quetzaltenango. El viaje fue difícil porque empezó a llover desde temprano. Los animales estaban cansados y hambrientos; y ellos, mojados y con frío, tanto así, que preferían caminar en vez de cabalgar para entrar en calor. Finalmente llegaron a Quetzaltenango, donde permanecieron durante una semana y se hospedaron con el Sr. Sauerbrey (Seler-Sachs, 1925: 199-200, 202).

Los días en Quetzaltenango fueron soleados, pero sobre las montañas se podían ver nubes oscuras que no auguraban un buen clima más adelante. Durante ese tiempo y después de mucho buscar, conocieron a Pancho, un hombre de origen mexicano a quien contrataron como su nuevo mozo (Seler-Sachs, 1925: 197). También les costó encontrar un arriero para llevar su equipaje, ya que ninguno quería ir a donde ellos iban; todos se dirigían a la capital o a la costa. Esto los obligó a quedarse por más tiempo de lo que habían planeado. A mediados de junio salieron de Quetzaltenango para

continuar el viaje a Chaculá (Seler-Sachs, 1925: 202). Apenas unas horas después empezó a llover de nuevo, pero esta vez estaban preparados con unas capas para la lluvia que habían conseguido antes de partir (Seler-Sachs, 1925: 200). Recorrieron un camino que pasaba por encima de la aldea Olin-tepec y continuaron hasta llegar a Zijá, donde terminaron el corto día de viaje. Después de Zijá, el camino subió hasta una altura de 3,300 metros. Pasaron por Calel, un pueblo de indios, y siguieron por el valle de Agua Caliente en dirección a Malacatán. El camino a Malacatán fue largo, cansado y duro (Seler-Sachs, 1925: 202-203). Seler-Sachs relata lo que les sucedió en ese trecho cuando dos de las mulas que llevaban salieron corriendo y Eduard y Pancho las persiguieron. Eduard pronto se quedó sin aliento y regresó a donde se había quedado Caecilie, y Pancho continuó solo la persecución. Mientras esperaban a que Pancho regresara con los animales, Eduard empezó a preocuparse: pensaba qué pasaría si alguno de los animales se lastimaba, si alguien más los encontraba, si se perdían o si Pancho, a quien apenas tenían dos días de conocer, ya no regresaba. «Pero existe un espíritu protector de los viajeros y este guió a Pancho, luego de una larga y angustiante espera, de vuelta a nosotros con ambos animales,» termina la anécdota, agregando por último que dos personas habían ayudado a Pancho a atraparlos. Ese día llegaron bastante tarde a Malacatán (Seler-Sachs, 1925: 203).

A la mañana siguiente se dirigieron a Huehuetenango. En el camino cruzaron por donde el río Chixoy o río Negro que se separa del río de Chiapas. Esa división, explica Seler-Sachs, la cruzaron también en el camino entre Chiantla y la ranchería Santa María cuando se dirigían a la ciudad de Guatemala (Seler-Sachs, 1925: 204). Finalmente llegaron a Chaculá en la segunda mitad de junio luego de un viaje que se dificultó por las lluvias. Para ilustrar esto, la autora hace una comparación en la que muestra cómo una situación más o menos complicada se hace mucho peor con la lluvia y sus consecuencias:

«Hay una diferencia [entre] si uno únicamente entra cansado y con calor y hambriento a un mal alojamiento, [o] si además uno también está mojado. Hay una diferencia [entre] si los caminos están malos solo por su inclinación y desgarró o si se tornan absolutamente deplorables por el fango espeso que llena los espacios entre las piedras. Hay una diferencia [entre] si una cuesta lodosa está seca o mojada, [entre] si el sol hace que todas las penas y el hambre se vayan o si un triste cielo de lluvia está siempre amenazando con nuevos aguaceros» (Seler-Sachs, 1925: 204-205).

En esta segunda ocasión, los Seler permanecieron en Chaculá por diez semanas (Seler-Sachs, 1925: 206), durante las cuales trabajaron en distintos lugares. Primero se trasladaron al rancho Huaxac Kanal, que quedaba más cerca del área donde iban a estar trabajando. En este lugar les dieron una de las seis chozas que había para los trabajadores de la hacienda (Seler-Sachs, 1925: 207). Allí conocieron a don Antonio Romero, quien los ayudó en los trabajos que realizaron. Su esposa los apoyó con parte de la alimentación, la cual resultó ser una tarea difícil para los Seler y no siempre

sencilla de resolver. Al señor Kanter le compraron cuatrocientas mazorcas de maíz, así como frijol; esta era la comida que tenían asegurada. Las formas en las que obtenían otro tipo de alimentos eran más irregulares, como, por ejemplo, a través del mensajero que llevaba cartas semanalmente a Nentón y regresaba con el correo que recogía en el camino. Esta persona les llevaba café y en ocasiones, pan dulce. También les llegaban provisiones de Comitán, México, por medio de un indio que se iba corriendo de Chaculá para dicho pueblo y regresaba al día siguiente. Llevaba una carta dirigida al señor Lisandro Domínguez y un documento (*Ausweis*), por si se encontraba con algún soldado en la frontera. Por otro lado, a veces Pancho salía a caballo a los ranchos de indios que se encontraban a algunas leguas a la redonda, donde de vez en cuando lograba obtener manteca de cerdo, panela, alguna gallina, un par de huevos y bananos. En una ocasión, el hijo de don Antonio cazó un venado. Esa vez tuvieron carne fresca, un acontecimiento muy poco común. También había indios del pueblo que se encontraba entre Nentón y Jacaltenango que llegaban con piñas, mangos y aguacates. Dadas las condiciones en las que estaban viviendo, recuerda Seler-Sachs, este tipo de cosas significaban mucho para ellos y era algo que esperaban con ansias (1925: 209-210).

Después de hacer algunas excavaciones en el valle de Huaxac Kanal, empezaron a trabajar en las cuevas de Quen Santo y sus alrededores. En este punto, pensaron trasladarse a un lugar más cercano a las cuevas, pero no pudieron hacerlo porque no encontraron ninguna fuente de agua en el área. Por lo tanto, siguieron quedándose en Huaxac Kanal y recorriendo a diario las dos horas en mula que les tomaba llegar al área donde estaban trabajando (Seler-Sachs, 1925: 211-212). Las condiciones de vida en ese lugar eran bastante difíciles. En la choza que se les había dado no solo dormían, sino también almacenaban todo lo que habían recolectado (Seler-Sachs, 1925: 220), hacían otro tipo de trabajos con las plantas y los fragmentos recogidos, así como remendar la ropa y las copias en papel (*Papierabklatschen*) que hacían de los monumentos. Después de eso, también era necesario lidiar con las niguas, sobre las cuales Seler-Sachs escribe:

«La nigua es la agradable criatura de los trópicos americanos sobre la que Humboldt dice: “Si la nigua pudiera saltar, la mayor parte de los trópicos sería inhabitable.”» (Seler-Sachs, 1925: 219).

Agrega que la situación no era tan terrible, pero que debían estar muy atentos para que en cuanto sintieran su particular picadura y el escozor que esta producía, pudieran quitar inmediatamente el saco de huevos que las niguas suelen poner debajo de las uñas de los pies, pero que también pueden colocar en otras partes del cuerpo. Si los huevos de nigua no se remueven inmediatamente, explica la autora, pueden hacerse úlceras terribles. Después de la remoción de los huevos, era necesario desinfectar el área afectada por si acaso no se había logrado sacar todo y de esta manera matar los huevecillos que

hubiesen quedado. Gracias a este sistema, los Seler nunca tuvieron mayores problemas con las niguas (1925: 219-220).

Al terminar todas las tareas del día, había un poco de tiempo para escribir, leer o dormir. Seler-Sachs menciona que aprovechó para leer unos libros que el señor Kanter le había prestado: algunos de teosofía de los que se cansó rápidamente y otros de escritos de De Prels y Hellenbach (1925: 220). Por las noches evitaban las partes de la choza donde la lluvia se colaba por el techo. Los animales dormían afuera y se les podía oír quejándose por el frío y la lluvia. Por las mañanas se despertaban con el ruido de los caballos y las mulas que relinchaban pidiendo su comida. Las condiciones de vida en Huaxac Kanal empeoraron conforme las lluvias continuaron y eventualmente el lugar donde estaba su choza se inundó y se vieron obligados a regresar a la hacienda. Allí se quedaron donde dormían los trabajadores. Si bien en este lugar estaban más cómodos y protegidos de las inclemencias del clima, tenían que viajar por una hora más para llegar a los lugares donde estaban trabajando y ya no contaban con la esposa de don Antonio para que les preparara frijoles y tortillas, lo cual complicó todavía más la alimentación (Seler-Sachs, 1925: 222).

También dedicaron algunos días de trabajo al rancho Yalombohoch, en el cual había una pirámide de la cual les habló el señor Kanter. En una ocasión, don Gustavo tenía que pasar por allí para encontrarse más al norte con un agrimensor del gobierno para consultar sobre el establecimiento de la frontera en esa parte, por lo que le pidió a Eduard que fuera con él. Sin embargo, se negó a que Caecilie los acompañara porque no acostumbraba a cabalgar con mujeres. Además, dijo que el camino estaba en muy mal estado. Seler-Sachs se refiere brevemente a la forma en que manejó esta situación, a la vez que hace una sutil crítica al hecho de que a ella por ser mujer y bajo el pretexto adicional de que el camino estaba en malas condiciones, no se le hubiera permitido cabalgar con los dos hombres:

«Ya que podía ayudar a mi esposo haciendo mediciones, que quería ver la construcción en el bosque para mi propia instrucción y porque, dicho sea de paso, soy de la opinión de que en los malos caminos lo principal es tener un buen caballo, no me quedó más opción que dejar que ambos hombres cabalgaran al frente y seguirlos con Pancho una hora después» (Seler-Sachs, 1925: 224).

El camino a Yalombohoch pasaba por Aguacatán, que era un rancho de indios. Hasta allí el camino había sido bueno y con bonitas vistas. Luego tuvieron que adentrarse en la selva y el camino se hizo muy difícil: era un pequeño sendero en el que, entre las raíces y el lodo, los animales a veces no sabían dónde pararse. Esto los obligó a recorrer ese trecho a pie (Seler-Sachs, 1925: 224-225).

Para mediados de agosto, empezaron a pensar en su salida de Chaculá, ya que, si bien había canícula, no podían quedarse por mucho más tiempo si querían evitar las lluvias mientras viajaban.

Antes de irse, todavía necesitaban ir a Comitán por provisiones y cajas para empacar los objetos recolectados. Además, querían aprovechar el viaje de regreso a Guatemala para visitar Santa Eulalia, Soloma y San Juan Ixcoy, ya que querían conocer de cerca a las personas que se consideraban los antiguos señores del área en la que habían estado trabajando por meses, así como los pueblos que habitaban en ese momento. Finalmente, también querían ver los antiguos edificios y piedras esculpidas que, según sabían, había en la laguna de Tepancuapam, Chiapas y que se encontraban en un lugar por el que no habían pasado cuando estuvieron en ese estado mexicano a principios de 1896. Pancho, por razones que jamás explicó, se negaba a ir con ellos a México. Los Seler llegaron a esta conclusión luego de que su comportamiento cambiara en el momento en el que empezaron a hablar de dirigirse a Comitán y de que, después de embriagarse una noche, les dijera que ya no quería continuar trabajando con ellos y les exigiera su pago. Esto les pareció muy extraño, ya que nunca habían tenido ningún problema con él y hasta el momento siempre se había mostrado a gusto con ellos. Ante esta situación y el hecho de que Pancho se negara a darles ninguna otra razón para querer retirarse, los Seler lo dejaron dormir y luego le indicaron que no le pagarían hasta regresar a Quetzaltenango, pero que no era necesario que los acompañara a Comitán. Con esto se solucionó el problema y fue Romero, hijo de don Antonio, que además conocía muy bien el área y el camino, quien viajó con ellos durante esos días (Seler-Sachs, 1925: 226-227).

El primer día llegaron a la hacienda de Campumá, la cual quedaba en una colina a la orilla de una cuenca en cuyo punto más profundo estaba el lago Tepancuapam. Allí se hospedaron esa noche. Al día siguiente continuaron hasta Comitán para obtener las provisiones que iban a necesitar para el viaje de regreso a la ciudad de Guatemala. Acordaron con el Sr. Lisandro Domínguez que las cajas y demás cosas fueran enviadas a Chaculá en los próximos días. En la tarde llegaron a Chincoltic, cuyo nuevo nombre era Los Rincones y precisamente quedaba en uno de los múltiples rincones que había alrededor del lago Tepancuapam. Allí vieron el sitio con el edificio y las piedras talladas de los que habían escuchado y se quedaron para pasar la segunda noche. Los atendieron dos jóvenes, hijos del dueño, quienes hablaban inglés (Seler-Sachs, 1925: 227-228).

Si bien no hay mucha más información sobre esta parte del viaje, al parecer duró pocos días luego de los cuales los Seler y su acompañante regresaron a Chaculá a esperar el envío del señor Domínguez. Seler-Sachs indica que, para el 1 de septiembre de 1896, fecha en la que tenían planificado ya estar en Quetzaltenango, todavía seguían en Chaculá porque el señor Domínguez había tenido dificultades para encontrar un arriero que transportara las cajas y demás provisiones. Mientras tanto, los Seler habían logrado obtener algunas cajas en Chaculá, pero no eran suficientes. Tampoco era posible enviar a alguien a Comitán debido a las festividades que se celebraban en esos días,

particularmente la fiesta patronal de Chiantla el 7 de septiembre y los festejos de independencia, el 15 de ese mes (Seler-Sachs, 1925: 228-229).

Por tal razón se sintieron aliviados cuando don Antonio les ofreció ir a Comitán para agilizar las cosas. Él había nacido allí y decía conocer a toda la gente del lugar, por lo que les pareció la persona más indicada para la tarea. Sin embargo, no había pasado un día de su partida cuando los Seler empezaron a escuchar que enviar a don Antonio había sido mala idea, ya que se sabía que una vez cruzaba la frontera, el hombre empezaba a beber y no paraba hasta haberse gastado todo lo que tenía. Al principio pensaron que no eran más que exageraciones, pero luego de tres días de no tener noticia alguna de don Antonio, no les quedó más que aceptar la dura realidad: estaban sin cajas, sin víveres, sin don Antonio, sin cargadores, sin arriero, sin luz y sin jabón. Hicieron arreglos con Eduard Kanter para que transportara la carga a Quetzaltenango con dos de sus animales; dos animales irían con los Seler para llevar sus pertenencias, y las piezas más importantes de las antigüedades recolectadas se transportarían, a falta de materiales para empacarlas, sobre las espaldas de cargadores indígenas. Poco después de que se hubieran tomado estas decisiones, llegó el arriero de Comitán. Al parecer, don Antonio había arreglado todo en cuanto llegó a su destino y después se puso a beber. Caecilie termina este relato explicando que no sabe cuándo don Antonio regresó finalmente a Chaculá (1925: 229-230).

Después de que llegó el envío de Comitán, pasaron todavía unos días más en lo que Caecilie y Pancho empacaban todo y Eduard hacía unas últimas mediciones. El viernes 4 de septiembre fueron por última vez al sitio a despedirse del lugar y los edificios a los que ya les habían tomado cariño. El domingo 6 estaban finalmente listos para viajar. Los cuatro cargadores que los acompañarían, originarios de Subajazón, se presentaron hasta la tarde y justificaron su retraso explicando que habían tenido que mandar a hacer sandalias nuevas y esperar a que sus esposas terminaran de preparar sus provisiones para el viaje. Asimismo, manifestaron que únicamente tenían la intención de acompañarlos hasta la mitad del camino a Huehuetenango. Tras largas negociaciones, accedieron a hacer el viaje completo. La caravana finalmente salió de Chaculá temprano en la mañana del lunes 7 de septiembre. Durante el viaje, los Seler tuvieron que abandonar sus planes de pasar por San Mateo Iztatan y Santa Eulalia, ya que les llegaron noticias de que los caminos estaban en mal estado por las fuertes lluvias en el área. Además, hubieran tenido que pasar dos noches bajo techos (*Schutzdächer*) en vez de habitaciones, lo cual era mala idea si llovía y como si eso fuera poco, no era posible obtener comida para los animales cerca de esos lugares (Seler-Sachs, 1925: 231).

El viaje transcurrió sin complicaciones y la lluvia siempre empezaba cuando ya se encontraban bajo techo. Los caminos se habían arruinado todavía más, pero había un alegre bullicio de todos los

que iban regresando del mercado de la feria de Chiantla. A lo largo del recorrido se encontraron con algunas personas conocidas, incluso algunas a quienes habían conocido mientras viajaban por Chiapas. Pasaron por Chiantla y luego llegaron a Huehuetenango, donde permanecieron por un día para poder contratar a un arriero que substituyera a los cargadores que ya habían cumplido con su parte del acuerdo. Allí encontraron a Ruperto, un hombre originario de Chiantla que los había acompañado a Chaculá a principios del año. De Huehuetenango salió la nueva caravana integrada por los esposos Seler; Pancho y su caballo; las dos mulas de Eduard Kanter y los dos indios que las llevaban; Ruperto y su hermano menor, a quién llevaba para que lo ayudara con sus cuatro animales de carga; un amigo de Pancho y su esposa. Este último era un mexicano que al parecer había huido de los militares de su país y en ese momento estaba buscando trabajo en Guatemala. Se dirigieron a Quetzaltenango; los caminos estaban en muy mal estado, lo cual seguramente se debía a las copiosas lluvias (Seler-Sachs, 1925: 231-232).

Pasaron Quetzaltenango y decidieron continuar por el camino que les permitía pasar por Totonicapán y Tecpán, ya que querían conocer ambos lugares y visitar al Sr. Wilhelm Thom, quien tenía un aserradero cerca de Tecpán. Durante esta parte del viaje, a menudo empezaba a llover antes de que pudieran llegar al lugar donde tenían planeado pasar la noche, lo cual hizo que fuera un trecho bastante incómodo. En dos ocasiones los cargadores indígenas no lograron llegar a los destinos finales del día debido a que tenían que avanzar muy lento por los caminos que se habían ablandado por la lluvia. Normalmente, explica Seler-Sachs, los cargadores se movían tan rápido que con frecuencia llegaban al lugar donde terminaba el día de viaje al mismo tiempo que los jinetes o apenas un poco después. Por tal razón, en este viaje los Seler habían decidido no llevar un animal de carga con lo necesario para protegerse en el clima lluvioso o pasar la noche en lugares fríos, así que cuando los cargadores no lograban llegar al lugar acordado para terminar el día, Eduard y Caecilie no tenían con qué cubrirse. Además, hubo ocasiones en que las lluvias los obligaron a dividir un recorrido que se había planeado para un solo día en marchas cortas a lo largo de varios días (Seler-Sachs, 1925: 233).

De Quetzaltenango, el camino los llevó al río Olin-tepec y luego al de Salcajá, el cual atravesaron en el lugar del mismo nombre. Al otro lado del río Salcajá subieron por la cresta de una colina que separa al valle de Quetzaltenango del de Totonicapán y continuaron hasta llegar al pueblo de Totonicapán, donde pasaron la noche (Seler-Sachs, 1925: 233). Al día siguiente viajaron hasta llegar a los Encuentros, donde se hospedaron por una noche. Fue allí donde por primera vez se quedaron esperando a los cargadores. Por la mañana se dirigieron a Tecpán. Buscaban el aserradero Santa Elena, cuyo propietario era el Sr. Thom. Se cruzaron con él en el camino porque había salido a buscarlos acompañado de un mozo. Sobre este primer encuentro, Seler-Sachs, cuenta que el Sr. Thom

se mostró sorprendido al ver que los Seler eran una pareja de esposos de edad avanzada y cabellos canosos, ya que se los había imaginado como personas jóvenes. De allí cabalgaron por veinte minutos más hasta finalmente llegar a Santa Elena, donde pasaron esa noche y la del día siguiente, que fue un domingo que aprovecharon para descansar (Seler-Sachs, 234-235).

El lunes en la mañana cabalgaron junto con su anfitrión hasta Tecpán, donde este les mostró la pequeña colección de antigüedades que guardaba en la casa que tenía en el pueblo (Seler-Sachs, 1925: 236-237). Luego continuaron hacia el Este, siguiendo el agua que fluía de Santa Elena. Así llegaron al molino Helvetia, el cual era propiedad de una empresa de Hamburgo y estaba siendo administrado por alemanes. Al llegar, recuerda la autora, ella y su esposo sintieron que estaban en un pedacito de Alemania, al punto que mientras estaban allí parados se les hacía difícil imaginarse que había un océano entre ellos y su tierra natal. Desayunaron en el lugar y charlaron con los dueños, quienes le regalaron a Caecilie varias manzanas de su cosecha. Más o menos al mediodía dejaron el molino Helvetia. El Sr. Thom los acompañó durante un trecho más y luego se despidieron.

El grupo debía apresurarse para todavía poder llegar a Chimaltenango. Ya habían recorrido antes el camino entre Patzizia y Chimaltenango, pero en esta ocasión, al igual que les había sucedido en otras partes, las lluvias habían provocado que fuera difícil de transitar. La noche ya había caído cuando finalmente llegaron a Chimaltenango y tanto ellos como sus animales fueron recibidos en el Gran Hotel Chimaltenango, cuyo dueño era un alemán. Al día siguiente, un poco después de haber dejado el pueblo, se encontraron con otros dos alemanes: el señor Hans Schmidt, que era un molinero de Los Pastores y otro hombre cuyo nombre no se menciona. Ambos se transportaban en un pequeño carro ligero y los acompañaron por un trecho del camino que todos debían recorrer (Seler-Sachs, 1925: 237). Seler-Sachs explica que hubiera sido posible llegar a la ciudad de Guatemala en un solo día desde donde se encontraban; sin embargo, los cargadores les explicaron que era una caminata larga. Dado que tampoco querían mojarse, decidieron viajar hasta Mixco, donde se hospedaron en una fonda desde la cual se podían ver las luces de la capital durante la noche (Seler-Sachs, 1925: 238).

No se encontraron fechas de octubre en el texto, ni referencias que den una idea sobre dónde estuvieron los Seler o lo que podrían haber estado haciendo ese mes, aunque es probable que hayan estado en la ciudad capital, ya que ese parece haber sido el lugar al que regresaban y donde descansaban entre un viaje y otro. El 1 de noviembre de 1896, después de un poco más de medio año de estar viajando por Guatemala, los Seler llegaron de nuevo a la finca Los Diamantes. Esta vez, bajo fuertes lluvias. Pensaron que se trataba de los últimos aguaceros de la temporada, pero el mal clima continuó con lluvias todos los días y fuertes tormentas por las tardes o noches. Tuvieron que

permanecer allí por una semana entera debido al mal estado de los caminos y si bien hicieron algunas expediciones pequeñas en los alrededores, estaban frustrados por no poder trabajar a causa de las condiciones tan húmedas.

En cuanto mejoró el clima, cabalgaron al rancho Palo Verde, donde pronto encontraron al pastor que los guiaría a las piedras sobre las cuales habían obtenido información durante su primera visita. Durante varios días los Seler trabajaron en la documentación de dichos monumentos. Al principio se quedaron en la finca Los Diamantes, pero luego decidieron trasladarse a la finca Morelia, la cual pertenecía a unos alemanes, porque su cercanía al lugar donde estaban trabajando les facilitaba el transporte de las impresiones en papel (*Papierabdrücke*⁷¹) que hacían de los monumentos (Seler-Sachs, 1925: 188-189). Después de Palo Verde, fueron a Santa Lucía Cozumalhuapa por segunda vez. En esta ocasión averiguaron que la finca Peor es Nada que habían estado buscando en mayo tenía un nuevo nombre: Bilbao. También se les informó que todavía había piedras esculpidas allí. No obstante, tampoco pudieron hacer ningún trabajo en esta visita porque era época de cosecha, lo que significaba que era imposible conseguir trabajadores. Tampoco contaban con la autorización de los dueños del lugar para remover árboles y arbustos para desenterrar las piedras. Además, la época lluviosa todavía no había terminado, por lo que Seler-Sachs tuvo que regresar por su cuenta en una tercera ocasión (Seler-Sachs, 1925: 190).

Según las fechas proporcionadas por la autora, a principios de diciembre emprendieron un viaje hacia el norte y el oriente de Guatemala. Si bien la primera fecha exacta que Caecilie da en esta parte de sus viajes es el 23 de diciembre, día en el que salieron de Cobán (Seler-Sachs, 1925: 251), hay otra información que puede ayudar a tener una idea sobre dónde estuvieron antes de ese día. Considerando que Seler-Sachs indica que su estadía en Cobán fue de casi catorce días, se podría pensar en el 9 de diciembre como fecha aproximada en la que llegaron a ese lugar. También se puede inferir a partir de la narración de la autora que la llegada a Cobán fue al día siguiente de haber pasado una noche en Tactic (Seler-Sachs, 1925: 147), por lo que tiene sentido pensar que fue cerca del 8 de diciembre. Esto coincide con otro dato que se encuentra en el texto: durante el viaje de Guatemala a Cobán, Seler-Sachs indica que llegaron a Tactic durante una de las fiestas que se celebran en diciembre en honor a la Virgen (1925: 246). En base a esto, se podría pensar que estuvieron allí cerca del 8 de diciembre, día de la Virgen de la Inmaculada Concepción, o el 12 de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe; pero considerando la demás información ya discutida, resulta más seguro pensar que lo

⁷¹ Seler-Sachs utiliza dos términos para referirse al trabajo que hacían para hacer copias de los monumentos: *Papierabklatsche*, que se podría traducir como copias en papel; y *Papierabdrücke*, que quiere decir impresiones en papel. Las utiliza de forma intercambiable.

que los Seler presenciaron a su llegada a Tactic fue la fiesta en honor a la Virgen de la Inmaculada Concepción. Con base en esto y otras fechas de finales de diciembre indicadas por la autora, se hizo la siguiente reconstrucción de esta parte del viaje.

Según Caecilie, si bien todavía había un fuerte aguacero de vez en cuando, para cuando salieron de Guatemala para ir a Alta Verapaz, la época lluviosa ya había terminado en el área entre Antigua y Santa Lucía Cozumalhuapa, donde hacía poco habían estado durante catorce días (1925: 239). Es probable que este período se refiera a su estadía de una semana en la finca Los Diamantes (a donde llegaron el 1 de noviembre) y a los días que estuvieron trabajando en el rancho Palo Verde. Salieron de la ciudad capital, donde ya había dejado de llover desde hacía algunas semanas, en dirección al nororiente. Para ese entonces, los caminos de los alrededores de la capital hasta un poco después de Chinautla ya estaban secos y firmes (Seler-Sachs, 1925: 240-241). De Chinautla continuaron hasta Chiquín, donde al llegar encontraron a un grupo que inicialmente había ido cabalgando detrás de ellos y que luego tomó un atajo que les permitió llegar antes al alojamiento de doña Guillermina, donde tenían pensado pasar la noche. Este lugar, así como la comida que allí se servía, gozaba de mucha fama y si bien los Seler sí se quedaron esa noche, tuvieron que pasarla en el suelo y contentarse con las migajas que caían de las mesas, lo cual, nota la autora sin dar mayores explicaciones, no hubiera sido posible hacer en México (Seler-Sachs, 1925: 241).

Al día siguiente salieron de Chiquín, desde donde habitualmente se hacía el viaje hasta Salamá en un solo día a pesar de que la distancia entre ambos lugares era grande. Esto, explica Seler-Sachs, se debía a que a la mitad del camino había un lugar llamado Canoa, cuyo clima y agua gozaban de tan mala fama, que a toda costa se intentaba evitar pasar la noche allí. Sin embargo, los Seler renunciaron a la posibilidad de llegar a Salamá ese día porque les habían contado de un lugar llamado Trapiche Grande que quedaba a una milla alemana de Chiquín y donde había dos grandes piedras pintadas a las que se les llamaba Sol y Luna respectivamente. Tenían pensado dedicar el día a trabajar en ese lugar; sin embargo, al llegar no encontraron a nadie que los pudiera guiar ni darles la información necesaria para encontrar las piedras, por lo que continuaron su camino (Seler-Sachs, 1925: 241-242). Poco después, llegaron al valle del río Grande o Motagua. La autora comenta que unos meses atrás habían cruzado ese río más arriba, por La Garruche, cuando viajaban entre Quiché y Guatemala, y agrega que más adelante volverían a cruzarlo en otra parte.

En esta ocasión, cabalgaron siguiendo el río. En el camino vieron algunas cabañas. El mapa que llevaban identificaba al poblado como Buena Vista. Después pasaron por un pequeño lugar llamado El Puente. Una media hora más adelante estaba el valle en el que había un camino que llevaba a Cobán. En este se encontraba Canoa (Seler-Sachs, 242-243). Siguieron adelante, pero la parada en

Trapiche les quitó cualquier oportunidad de llegar a Salamá ese día, por lo que se detuvieron en una gran hacienda llamada Llano Grande, donde intentaron pasar la noche. Buscaron al guardián, que estaba en un rancho; y si bien este les dio permiso de quedarse, les indicó que no tenían comida para ellos ni para sus animales y que no había ninguna habitación disponible a excepción del vestíbulo, el cual era un espacio abierto. Para Caecilie, esto no era más que una actitud poco servicial, por lo que decidieron seguir su camino. Sobre este breve encuentro comenta: «Esta fue, por cierto, la única vez en nuestro largo viaje en la que fuimos rechazados de una forma tan mezquina» (Seler-Sachs, 1925: 243). En ese valle, al otro lado de un riachuelo que lo atravesaba, encontraron una casa donde les permitieron alojarse a pesar de que allí había una numerosa familia. Les dieron espacio para dormir en una esquina protegida y dado que todavía era temprano cuando llegaron, lograron conseguir todo lo que el mayordomo les dijo que hacía falta (Seler-Sachs, 1925: 243).

Al día siguiente, ascendieron al valle de Salamá. Pasaron por el pueblo del mismo nombre, donde intentaron encontrar, sin éxito, a alguien que todavía hablara pipil. Llegaron al río Polochic y continuaron el viaje hasta Tactic, donde se estaba celebrando una de las fiestas que se hacen en honor a la Virgen en diciembre. Se quedaron con el señor Pantaleón Molino, un salvadoreño a quien Seler-Sachs describe como simpático y que usaba un lenguaje muy selectivo. Su supuesto hotel, explica la autora, consistía en habitaciones con tapias húmedas y agujereadas en las que había catres con colchones. En el patio, que estaba terriblemente sucio, había un techo debajo del cual se podían proteger los animales, para los cuales no lograron conseguir comida. Sin embargo, la cocina de don Pantaleón gozaba merecidamente de una muy buena reputación. Además, este hombre conocía a todos los hacendados y comerciantes que pasaban por allí yendo de Cobán a Guatemala o viceversa, y según Caecilie, no solo sabía sus nombres, sino también sobre todas sus relaciones y asuntos (Seler-Sachs, 1925: 244-246).

Después de salir de Tactic, cruzaron un puente que pasaba sobre el río Polochic y continuaron por su otra orilla. En un meandro del río siguieron un viejo camino de herradura que lo interrumpía donde volvieron a encontrar la carretera. En el valle que se hacía cada vez más estrecho estaba la primera plantación de café. De acuerdo con la autora, se hablaba de un excelente camino para carros que llevaba a Cobán, pero que se arruinaba durante la época lluviosa. Detrás de Santa Cruz, había un “camino chiquito” que se separaba del grande y decidieron seguirlo porque a pesar de su mal estado, estaba en mejores condiciones que el primero. Más adelante, se encontraron con Karl Sapper, que había salido a su encuentro y a quien no conocían personalmente. A partir de ese momento, la alegre charla hizo que el resto del camino a Cobán transcurriera más rápido de lo que se habían imaginado (Seler-Sachs, 1925: 247).

Ya en Cobán, tanto Caecilie como Eduard se enfermaron y si bien no fue de gravedad (ella estaba padeciendo de una fuerte tos y él, de culebrilla), el médico alemán que los trató les prohibió cabalgar. Por otro lado, los demás trabajos que sí podrían haber hecho a pesar de sus enfermedades, no los pudieron realizar a causa de las lluvias. A pesar de que había momentos soleados, Seler-Sachs recuerda con asombro que la mayor parte del tiempo estaba lloviendo:

«¡Cuando pregunté cuándo paraba de llover aquí, me respondieron: en Alta Verapaz llueve trece meses al año! ¡Y cuando pedí información seria, me dijeron: durante dos meses llueve un poco menos!» (Seler-Sachs, 1925: 248).

Dentro de sus planes también estaba ir hacia la costa para conocer el valle del Polochic, pero no pudieron hacerlo por el mal estado en el que se encontraban los caminos. A pesar de las dificultades, hubo varias personas y asuntos que los mantuvieron entretenidos durante esos días de pasividad. Una de esas personas fue el señor Dieseldorff, quien les mostró su colección de antigüedades; otro fue el señor von Türkheim, quien los invitó a ver su herbario; y además estaba el Dr. Sapper, con quien pasaron tiempo en su casa en la finca Chimax compartiendo experiencias y conocimientos. También visitaron la finca Petet del señor Pfetzer y la finca Zamac del señor Helmerich (Seler-Sachs, 1925: 249-250).

Se acercaban las fiestas navideñas y si bien Cobán era un lugar hermoso en el que no habían encontrado más que amabilidad y a pesar de que varias personas trataron de persuadirlos para que pasaran esas fechas allí, los Seler declinaron las invitaciones. Anhelaban regresar a la actividad y a un clima seco. Además, las enfermedades y la noticia de una muerte en su tierra natal no los hacían sentirse de buen ánimo para celebrar. El señor Dieseldorff los ayudó a encontrar cargadores, pero tuvieron un retraso porque Pancho, que había tenido poco trabajo esos días, había empezado a beber. En una ocasión, la policía lo arrestó y lo encarceló. Eduard lo ayudó a salir, pero pronto se volvió a embriagar. Entonces los Seler le pidieron a la policía que lo apresara y lo llevara a la casa donde se estaban quedando. A la mañana siguiente, cuenta Caecilie, después de haber dormido para pasar la borrachera, Pancho despertó tan servicial como siempre y así finalmente pudieron dejar Cobán el 23 de diciembre después de dos semanas muy poco productivas (Seler-Sachs, 1925: 250-251).

A continuación, deseaban visitar Quiriguá y Copán, no con fines laborales, sino para ver con sus propios ojos las piezas y sitios que solo conocían por imágenes, relatos y descripciones. Regresaron por el camino de Tactic hasta Salamá, a donde llegaron durante la Nochebuena. Después de Salamá, se dirigieron al este. Pasaron por atrás de San Gerónimo [*sic.*], por un camino en ascenso que les permitía ver todo el valle. Llegaron a Tocoy, cuyo nuevo nombre era Morazán, donde se estaba celebrando otra fiesta. Un hombre borracho asustó a sus animales al lanzar unos cohetes cerca de sus

orejas y fue difícil lograr que se calmaran. Además, les costó encontrar alojamiento. Finalmente consiguieron un lugar dónde pasar la noche, así como comida para los animales y un par de huevos y tortillas, lo cual, explica Seler-Sachs, no era tan fácil de lograr en un día de fiesta (1925: 252-254).

De Morazán hicieron un corto recorrido hasta llegar a San Agustín Acazaguastán, a donde llegaron cerca del mediodía. Permanecieron allí ese día y todo el siguiente para aprovechar a visitar unas ruinas que se encontraban cerca. Además, lograron documentar un poco del idioma pipil que se hablaba en el lugar. Después de su corta estadía en San Agustín, siguieron su camino por Santa Magdalena Acazaguastán y San Cristóbal Acazaguastán. Al llegar a la rancharía El Manzanal, se detuvieron durante unas horas porque el calor y el sol eran demasiado fuertes. Mientras estuvieron allí, intentaron documentar el idioma pipil del lugar, pero no lograron encontrar a nadie que lo hablara. Se refrescaron en las aguas del río Motagua y después su amigable anfitrión los acompañó a cruzar el vado, ya que para llegar a la carretera que provenía de Guatemala debían atravesar el río. El caudal no estaba muy fuerte, explica Caecilie; sin embargo, durante la época lluviosa aumentaba tanto que era necesario usar barcas para cruzarlo. Antes de que cayera la noche llegaron a Chimalapa, donde había un supuesto hotel que resultó ser un desagradable alojamiento (Seler-Sachs, 1925: 254-255).

Saliendo de Chimalapa pasaron por varias rancharías grandes y pequeñas, las cuales, asegura la autora sin ofrecer más explicaciones: «se avergonzaban de sus antiguos nombres indígenas, por lo que adoptaron otros modernos que no tenían motivo» (Seler-Sachs, 1925: 255). Poco a poco se fueron desviando del cauce del río Motagua para seguir otro proveniente de Honduras llamado río Copán en dicho país y río Zacapa en Guatemala. Lo atravesaron un poco antes de llegar a Zacapa en una parte donde había mujeres lavando. Las mulas no querían meterse al agua. El primero en entrar al río fue el caballo de Caecilie y los demás animales lo siguieron. Respecto a esto, comenta que siempre es un poco inquietante atravesar un río ancho a caballo sin un guía (Seler-Sachs, 1925: 255-256). Finalmente llegaron a Zacapa, donde en ese momento se estaba construyendo un tramo del ferrocarril. Allí se hospedaron en un hotel que pertenecía a dos alemanes, pero que tenía un estilo estadounidense. Esto, según Seler-Sachs, se debía a que quienes estaban construyendo el ferrocarril provenían de Estados Unidos, razón por la cual también se podía escuchar allí a muchas personas hablando inglés. Durante su estadía en Zacapa, encontraron una pequeña colección de antigüedades que pertenecía al Sr. Brígido Castañeda. También pasaron la celebración de Año Nuevo, que en ese lugar también era el último día de la administración del alcalde.

El 1 de enero de 1897 viajaron en tren hasta el rancho Los Amates, desde donde era fácil llegar a Quiriguá. Ese día se quedaron en la estación, donde el oficial del ferrocarril les permitió usar un espacio que estaba bien ventilado. Al día siguiente, viajaron en barca río abajo por el Motagua. El

viaje fue de unas dos horas hasta llegar a una cabaña hecha de caña, donde desembarcaron. Caminaron un poco más hasta un rancho donde vivía el hombre que les sirvió como guía. Después de una caminata de aproximadamente 45 minutos por un sendero en la selva, finalmente llegaron a Quiriguá. Al día siguiente regresaron para seguir viendo el sitio y si bien tenían la intención de usar un día más para esto, así como para visitar Puerto Barrios, la lluvia frustró sus planes y regresaron a Zacapa (Seler-Sachs, 1925: 258-259).

Su siguiente destino era Copán. Por un momento pensaron que no lograrían su cometido, ya que circulaban rumores sobre un levantamiento supuestamente dirigido por un hombre de apellido Gonzales, quien se decía había huido a El Salvador después de haber organizado una fallida revuelta en contra del presidente de Guatemala, Reina Barrios. A raíz de esto, ningún arriero estaba dispuesto a acercarse a la frontera entre Guatemala, El Salvador y Honduras. Finalmente encontraron a uno que accedió a acompañarlos y más adelante se enteraron de que todos los rumores eran falsos. Cabalgaron hasta Chiquimula; el viaje fue corto y el camino estaba en buen estado. Incluso tuvieron la suerte de que el cielo estuviera nublado, por lo que no había tanto calor ni reflejo. En el camino conocieron al Sr. Robert Lineau, un joven alemán que representaba a una empresa con la cual el ya mencionado Gonzales estaba muy endeudado, por lo que su trabajo consistía en administrar y explotar las propiedades y casas del deudor, de las cuales la empresa había tomado posesión. En ese momento, el Sr. Lineau estaba viviendo en una de esas casas, la cual estaba en Esquipulas y donde alojó a los Seler a su regreso de Copán. Después de pasar Chiquimula, siguieron por San Juan Hermita [*sic.*] y Jocotán hasta llegar a Camotán, donde pasaron esa noche. El siguiente día les deparaba una larga caminata de doce leguas hasta Copán, a donde finalmente llegaron por la tarde, cumpliendo así un deseo que habían tenido desde hacía mucho tiempo (Seler-Sachs, 1925: 259-260).

En Copán se quedaron en la casa parroquial (*Gemeindehaus*), que resultó ser el único lugar en el pueblo donde se podía pasar la noche. Las condiciones no eran las más cómodas: hacía frío; el espacio era grande con piso de tierra y lo compartieron con otras cinco personas y dos indios que tenían el turno de vigilancia durante la noche. Además, había una tarima elevada sobre la cual el secretario/escrivano (*der Schreiber*) jugó cartas durante buena parte de la noche. Entre toda la incomodidad, algo llamó su atención: una delicada piedra con jeroglifos que estaba siendo usada como escalón para alcanzar la tarima. Pasaron dos noches en Copán para poder visitar el sitio arqueológico. Luego de esto emprendieron el viaje de regreso, esta vez por un camino que los llevaría por Esquipulas (Seler-Sachs, 1925: 261-262). Después de salir de Copán, llegaron a una pequeña hacienda llamada El Rodeo, su meta para ese día, en la cual se sembraba caña de azúcar y se criaba

ganado. Era una de las propiedades de la familia del anteriormente mencionado Gonzales. De acuerdo con Seler-Sachs, estaba bastante descuidada, pero encontraron lo que necesitaban.

En el camino a Esquipulas, e incluso días anteriores, habían visto peregrinos que estaban regresando de visitar el lugar y el famoso templo del Cristo Negro, el cual los Seler también conocieron. Pasaron dos noches en Esquipulas en la casa que había pertenecido a Gonzales y donde en ese momento el señor Lineau estaba viviendo. La primera noche la pasaron tranquilos y cómodos; sin embargo, a la segunda llegó una pareja de estadounidenses, por lo que Eduard, que no se estaba sintiendo bien de salud, se vio forzado a ceder su lugar en la habitación que compartía con Caecilie a la mujer de la otra pareja y dormir en la cocina con el esposo de esta (Seler-Sachs, 1925: 262-265). Habían pensado continuar viajando después de haber pasado un día y medio en Esquipulas, pero el arriero que los había estado acompañando les dijo que ya no quería continuar con el viaje. Les pidió el pago por sus servicios y pretendía irse en ese momento, pero los Seler le respondieron que no le pagarían hasta que cumpliera con lo que habían acordado inicialmente, que era que los acompañaría hasta la ciudad capital. Ante esto, el hombre se marchó de todos modos sin recibir su pago y ellos se quedaron sin nadie que los ayudara a transportar sus cosas. Finalmente, el señor Pablo Vásquez, un indígena originario de Mixco y hombre de confianza del señor Lineau que había llegado a la fiesta de Esquipulas con su esposa, su hijo y dos burros, los ayudó con parte de su equipaje. Para transportar el resto, los Seler tuvieron que comprar otra mula a un precio muy elevado (Seler-Sachs, 1925: 265).

Después de resolver este inesperado contratiempo, pensaron que llegarían a la ciudad capital en pocos días, pero no fue así: «...el hombre propone y Dios dispone», expresa la autora (1925: 266). El primer día de viaje desde Esquipulas terminó en Quetzaltepeque. Un hombre llamado José María los recibió en su casa gracias a una carta de recomendación del señor Lineau que llevaban consigo. Luego se dirigieron hacia Ipala. Allí encontraron un hospedaje donde los recibieron amablemente. Eduard volvió a caer con fiebre, la cual según Caecilie, seguramente contrajo mientras estuvieron en Quiriguá. También se quejaba de dolor de cabeza, indigestión y enfriamiento. Ya durante el viaje, Seler-Sachs había sospechado que su esposo no se sentía bien porque había estado mucho menos activo y sociable que de costumbre. Dado que la fiebre no cedió al siguiente día, Caecilie empezó a hacer los arreglos para poder salir de Ipala y llegar hasta Chiquimula, donde estarían más cómodos. Tomó la carta del gobierno (*Regierungsbrief*) que llevaban, en la cual se les solicitaba a las autoridades que los ayudaran en lo que necesitaran, fue a presentarle su caso al alcalde del lugar y le pidió que consiguiera a dos personas que cargaran a Eduard hasta Chiquimula.

A la mañana siguiente llegaron dos indígenas para el trabajo. Sentaron a Eduard en una silla y los hombres se alternaron para cargarlo sobre sus espaldas durante todo el camino (Seler-Sachs, 1925:

266-267). A la mitad del recorrido la fiebre de Eduard empeoró, por lo que tuvieron que detenerse en el pueblo San José y pasar la noche allí en condiciones incómodas, especialmente para el enfermo. Llegaron a Chiquimula al siguiente día y se sintieron aliviados de estar en un lugar que si bien tenía un clima caluroso, era amigable y limpio. Se hospedaron en un cuarto que una pareja de franceses daba en alquiler. Sobre el tratamiento de la enfermedad de Eduard, la autora escribe:

«De hecho llevábamos con nosotros nuestra propia farmacia y sabíamos que por el momento solo podíamos esperar y prevenir las recaídas, en lo posible, con quinina. Sin embargo, recurrimos al médico, quien en verdad también recetó un paliativo para el fuerte dolor de cabeza» (Seler-Sachs, 1925: 267).

El médico, agrega Caecilie, les recetó varias cosas, pero no usaron casi ninguna porque no se fiaban mucho del farmacéutico porque les dio la impresión de estar más interesado en la agricultura que en la medicina (Seler-Sachs, 1925: 267). Pasaron más de una semana en Chiquimula hasta que Eduard pudo volver a montar. El viaje de regreso a la ciudad de Guatemala duró cinco días más. Poco después de su llegada a la capital, Eduard volvió a caer con fiebre, pero allí contaban con el apoyo del médico alemán que era su amigo, el Sr. Scheuerschen, así como de su hermana y su criada, quienes ayudaron a Caecilie con los cuidados del enfermo. Habían regresado después de dos meses de ausencia con muchas impresiones y experiencias nuevas, pero lamentablemente todos los demás planes tuvieron que cancelarse. Sus días de viaje se acercaban a su final (Seler-Sachs, 1925: 268).

Mientras Eduard se recuperaba en la ciudad de Guatemala, Caecilie emprendió sola el viaje a Santa Lucía Cozumalhuapa para hacer la tercera y última visita al lugar. Fue en esta ocasión que se hizo todo el trabajo de documentación de los monumentos de Bilbao. La autora indica que se fue de Santa Lucía el 21 de febrero de 1897 y si bien no da la cantidad exacta de días que estuvo allí, es bastante seguro pensar que la visita haya sido durante febrero, considerando que en enero ella y Eduard estuvieron viajando por el nororiente y oriente de Guatemala y que finalmente al llegar a la ciudad de Guatemala, este tuvo una recaída de la fuerte fiebre que lo aquejó durante el viaje de regreso a la capital. Dado el delicado estado de salud de Eduard, no era recomendable que estuviera en un clima caliente y húmedo como el de Santa Lucía Cozumalhuapa; sin embargo, los trabajos que tenían pendientes allí ya no podían posponerse más porque el tiempo que tenían para estar en Guatemala se estaba terminando (Seler-Sachs, 1925: 190). Debido a estas circunstancias, no quedó más opción que Caecilie viajara sola e hiciera todo el trabajo que pudiera lograr por su cuenta. Sin embargo, Seler-Sachs indica que se sentía tranquila de viajar sola porque ya habían obtenido el permiso de Don Sinforoso para hacer todos los trabajos necesarios para exponer la piedra más grande. También sabía que contaba con el apoyo de Pancho, quien ya había demostrado que era confiable, y de dos jóvenes alemanes que trabajaban en la ferretería local (Seler-Sachs, 1925: 190). Viajó en tren. Durante la

parada en Escuintla para almorzar y cambiar de vagón, se encontró de nuevo con Turibio –uno de los muchachos mexicanos que los había acompañado en parte del viaje por Guatemala– y se enteró de las situaciones que ambos jóvenes estaban viviendo en ese momento (Seler-Sachs, 1925: 190-191).

Al llegar a la estación en Santa Lucía Cozumalhuapa, ya la estaban esperando con un pequeño caballo. Esto la sorprendió porque había esperado recibir noticias al respecto en Escuintla y cuando eso no sucedió, pensó que no contaría con un medio de transporte para trasladarse de la estación al pueblo. Consiguió un carro jalado por bueyes que por seis reales transportó a Pancho y el equipaje. Ella viajó en el caballo que le habían llevado. Sin embargo, dicho animal no estuvo a su disposición todo el tiempo que permaneció en Santa Lucía, ya que el dueño, quien no aceptó ningún pago, también necesitaba usarlo. Esto, explica Seler-Sachs, limitó mucho su trabajo durante esos días, ya que no pudo visitar otros lugares en los que averiguó que también había antigüedades. Ya en el pueblo, alquiló una habitación a una mujer llamada doña Carolina, quien tenía una casa grande y era dueña de una tienda (Seler-Sachs, 1925: 191).

Dado que los trabajos en Santa Lucía se alargaron, Eduard llegó con la intención de ayudar a su esposa, pero rápidamente tuvo que emprender el viaje de regreso porque volvió a caer con fiebre, la cual fue provocada, según Seler-Sachs, por el calor sofocante y húmedo que había. Cuenta la autora que si bien Pancho actuó como su protector durante el viaje y la ayudó a resolver algunas dificultades que tuvo para hacer las impresiones de los monumentos, este ya estaba aburrido hacia el final de su estadía. Quería regresar a casa y no tenía deseos de acompañarla a los otros sitios en los que le habían dicho que podría encontrar antigüedades: Aguná, Potrero del Ídolo, El Castillo y Patulul. Esto, junto con el hecho de no tener un buen caballo a su disposición y que el tiempo se les estaba acabando, obligó a Caecilie a cancelar sus planes de visitar esos lugares y a emprender el regreso a Guatemala el 21 de febrero de 1897 (Seler-Sachs, 1925: 195).

Para cuando Eduard logró estar lo suficientemente sano como para viajar, ya había llegado marzo. Su enfermedad los había retrasado durante el viaje de regreso de Esquipulas a la ciudad de Guatemala y luego por varias semanas en las que tuvieron que permanecer en la ciudad capital. Se les había acabado el tiempo de estar en Guatemala y tenían que empezar a pensar seriamente en qué camino y medio de transporte tomarían para regresar a México. Tenían que estar de regreso en Berlín a mediados de mayo porque el período de descanso se terminaba ese mes y todavía querían volver a la ciudad de México y a Oaxaca porque en ambos lugares tenían colecciones que aún no estaban empaçadas, así como algunos asuntos personales que arreglar (Seler-Sachs, 1925: 269).

A principios del mes, Caecilie emprendió un segundo viaje sin Eduard –esta vez a Antigua Guatemala– con el objetivo de hacer las negociaciones finales en torno a la adquisición de la colección del señor Manuel Alvarado y después, empacarla. Hacer los arreglos de la compra por escrito era complicado, explica. Además, no lograban llegar a un acuerdo con Alvarado sobre el precio de la colección y a Eduard lo seguía aquejando la fiebre que había contraído en Copán o Quiriguá (Seler-Sachs, 1925: 175). La reacción de don Manuel al verla llegar sola a negociar fue pensar que se trataba de una estrategia de los Seler para obtener un mejor precio. Sospechaba que en realidad Eduard no estaba enfermo y que había preferido enviar a su esposa porque las mujeres eran más tenaces para el comercio; sin embargo, nota la autora, el propio don Manuel también resultó ser bastante duro para negociar (Seler-Sachs, 1925: 174). Las pláticas para llegar a un acuerdo y el proceso de empaque de las piezas tomaron ocho días, durante los cuales Caecilie se hospedó en el Hotel Central, donde dice haber sido bien atendida y haberse encontrado con conocidos de la costa y del altiplano. Además, tuvo suerte de conseguir la última habitación disponible, ya que todos los alojamientos estaban llenos por la fiesta religiosa que se estaba celebrando en el pueblo vecino de San Felipe (Seler-Sachs, 1925: 173).

Después de llegar a un acuerdo, empezó el trabajo de empacar las piezas, lo que fue complicado porque no había quién la ayudara. Todos se habían ido a la fiesta de San Felipe. Tampoco había suficientes cajas ni material para hacer el trabajo. Finalmente recibió ayuda del Sr. Schumann de la casa comercial Kraus, Schröder & Co., a quien le expresa su agradecimiento en el libro. A pesar de las incomodidades, recuerda Caecilie, fueron tiempos felices. En el patio de la casa de Alvarado, donde estaba empacando, había una fuente de agua fría y fresca a la que de vez en cuando llegaban una anciana y su hija a charlar. Cuenta la autora que si bien tuvo que soportar la curiosidad y consejos inútiles de todos los que entraban y salían de la casa, en estos países uno eventualmente se hace insensible a ese tipo de cosas. Unos días después de haber empezado a empacar la colección, llegó Eduard y juntos iban todos los días a la fuente de la casa de Alvarado. Esa fuente junto con el aire puro y seco de Antigua, promovieron su recuperación de una manera curiosamente rápida (Seler-Sachs, 1925: 174-175).

Dado el poco tiempo con el que contaban para regresar a México, optaron por viajar en barco, lo cual era además lo más recomendable para la salud de Eduard. Decidieron tomar el primer barco que saliera del puerto de San José hacia el norte. Los vapores que pasaban por Tehuantepec solo lo hacían una vez al mes, por lo que embarcaron en uno del Pacific Mail que pasaba por varios puertos más pequeños y los llevaría a Manzanillo. La fecha de salida de dicho barco estaba programada para el 15 de marzo, pero este no llegó al puerto de San José hasta el 19. Finalmente salieron el 20 de marzo de

1897. El embarque, escribe Seler-Sachs, era digno de describirlo: San José, explica, no tenía un puerto, sino una rada; hacia el norte, Acapulco era el primer puerto verdadero que había y Puerto Escondido no era elegible para recibir grandes vapores, sino solo barcos pesqueros. En la rada de San José únicamente había un embarcadero hasta donde llegaban unas lanchas que luego llevaban a los viajeros y su equipaje hasta el barco. Para subirlos a estas lanchas se empleaba una grúa en la que, después de haber pasado todo el equipaje, se colocaba una especie de cesta que parecía una pollera gigante en la que se subían cuatro personas lo más apretadas posible. Al llegar a la lancha, los pasajeros bajaban tropezándose con las piezas de equipaje:

«Con el fuerte vaivén de la lancha, [uno] puede alegrarse si es lanzado en un lugar razonablemente suave y no justo sobre el borde revestido de hierro de alguna maleta, ya que donde uno caiga, ahí suele quedarse» (Seler-Sachs, 1925: 270).

Una vez todos los pasajeros estuvieran en la lancha, esta era jalada por un pequeño remolque hasta el vapor, donde se repetía la operación con la grúa excepto que en esa segunda ocasión se subía primero a los pasajeros y después el equipaje (Seler-Sachs, 1925: 270-271). El vapor en el que viajaron se llamaba New Port. Fue un viaje tranquilo y lento, por lo que para Caecilie fue la primera vez en su vida en la que no se mareó en un barco. En general, todo fue muy agradable a excepción de una pequeña recaída de fiebre de Eduard y el fuerte balanceo que soportaron todo el domingo que el New Port permaneció en la rada de Champerico esperando un cargamento de café que recibiría el lunes. Después continuaron el viaje hasta llegar a México (Seler-Sachs, 1925: 272).

A manera de resumen, las tablas que se encuentran a continuación presentan los nombres de los lugares que Seler-Sachs menciona en las descripciones de sus viajes y los meses aproximados en los que hicieron cada recorrido. Asimismo, se incluyen las fechas dadas por la autora y algunas que se pudieron inferir a partir de la información que ella provee.

Tabla 1. Entrada a Guatemala por Gracias a Dios, Huehuetenango y recorrido hasta Ciudad de Guatemala

Llegada a Guatemala (marzo-abril 1896)
Gracias a Dios (31 de marzo de 1896, fecha inferida)
Trinidad
Chaculá
Nentón
San Andrés
Jacaltenango
San Martín
Todos los Santos
La Ventosa

Chiantla
Ranchería San Lorenzo
Ranchería Santa María
Ranchería Pasojon
Los Pozuelos
Santa Cruz
Quiché
Ranchería La Garruche
Hacienda Vieja
Poaquil
Comalapa
Chimaltenango
Las Tejas
Sumpango
Santa María
Santiago
Mixco
Ciudad de Guatemala

Tabla 2. Primera visita a Santa Lucía Cozumalhuapa

Primera visita a Santa Lucía Cozumalhuapa (mayo 1896)
Ciudad de Guatemala
Mixco
San Lucas
Santa Lucía
Antigua Guatemala (permanecen por unos días)
Colección Alvarado
Finca El Portal
Molino Los Pastores
Salida de Antigua Guatemala (6 de mayo de 1896)
Ciudad Vieja
Plantación El Zapote
Finca San Andrés Osuna
Finca Los Diamantes
Finca Chuchú
Hacienda Los Tarros
Rancho Palo Verde
Ruinas San Juan Perdido
Pantaléon (Colección Herrera)
Santa Lucía Cozumalhuapa
Finca Adelina
Salida de Santa Lucía Cozumalhuapa (en tren)
Escuintla (tren)
Palín (tren)
Lago de Amatitlán (tren)
Ciudad de Guatemala (tren)

Tabla 3. Viaje a Chaculá

Chaculá (junio 1896)
Salida de Ciudad de Guatemala (1 de junio de 1896)
Antigua Guatemala
Patzicía
Chimaltenango
Zaragoza
Patzún
Sololá
Nahualá
Quetzaltenango (permanecen una semana)
Salida de Quetzaltenango (mediados de junio de 1896)
Zijá
Calel
Malacatán
Huehuetenango
Chaculá (llegan la segunda mitad de junio, se quedan allí por diez semanas)

Tabla 4. Regreso de Chaculá a Ciudad de Guatemala

Regreso de Chaculá (septiembre de 1896)
Salida de Chaculá (7 de septiembre de 1896)
Chiantla
Huehuetenango
Calel
Quetzaltenango
Salcajá
Totonicapán
Los Encuentros
Aserradero Santa Elena
Tecpán
Molino Helvetia
Patzicía
Chimaltenango
Mixco
Ciudad de Guatemala

Tabla 5. Segunda visita a Santa Lucía Cozumalhuapa

Segunda visita a Santa Lucía Cozumalhuapa (noviembre de 1896)
Finca Los Diamantes (1 de noviembre de 1896)
Rancho Palo Verde
Finca Morelia
Santa Lucía Cozumalhuapa

Tabla 6. Viaje a Cobán

Cobán (diciembre de 1896)
Salida de Ciudad de Guatemala
Chinautla
Chiquín
Trapiche Grande
Buena Vista
El Puente
Hacienda Llano Grande
Salamá
Tactic (8 de diciembre de 1896, fecha inferida)
Cobán (permanecen allí por 14 días)
Colección Dieseldorff
Finca Chimax
Finca Petet
Finca Zamac

Tabla 7. Viaje a Quiriguá y Copán

Quiriguá y Copán (diciembre 1896 - enero de 1897)
Salida de Cobán (23 de diciembre de 1896)
Tactic
Salamá (24 de diciembre de 1896)
Tocoy (Morazán)
San Agostin Acazaguastan
Santa Magdalena Acazaguastan
San Cristóbal Acazaguastan
Ranchería El Manzanal
Chimalapa
Zacapa (31 de diciembre de 1896)
Salida de Zacapa (1 de enero de 1897, en tren)
Rancho Los Amates
Quiriguá (2 días de visita)
Regreso a Zacapa
Chiquimula
San Juan Hermita
Jocotán
Camotán
Copán (dos noches)
Esquipulas
Quetzaltepeque
Ipala
San José
Chiquimula
Ciudad de Guatemala

Tabla 8. Tercera visita a Santa Lucía Cozumalhuapa

Tercera visita a Santa Lucía Cozumalhuapa (febrero de 1897, fecha inferida)
Salida de Ciudad de Guatemala (inferido; viaje en tren)
Amatitlán
Palín
Escuintla
Santa Lucía Cozumalhuapa
Finca Bilbao
Salida de Santa Lucía Cozumalhuapa (21 de febrero de 1897)

Tabla 9. Salida de Guatemala hacia México

Salida de Guatemala hacia México (marzo de 1897)
Puerto San José (embarcaron el 20 de marzo de 1897)
Champerico (permanecieron allí un día)
Salida de Champerico hacia México

El mapa que se encuentra a continuación muestra una aproximación de los recorridos que los Seler hicieron por Guatemala entre 1896 y 1897 según la información encontrada en las descripciones de Seler-Sachs. Fue elaborado con apoyo del Laboratorio de Sistemas del Información Geográfica y Percepción Remota (SIG), del Centro de Estudios Ambientales y de Biodiversidad de la Universidad del Valle de Guatemala (CEAB). Como fuente se utilizó el Archivo de Sitios Poblados de Guatemala del Instituto Nacional de Estadística (INE). Dado que los nombres de algunos de los lugares mencionados por Seler-Sachs han cambiado y en varios casos, más de una vez (especialmente las fincas, rancherías y haciendas) no todos aparecen en dicha base de datos. Hacer una reconstrucción más exacta de las rutas que utilizaron los Seler requiere de otra investigación a profundidad en la que, entre otras cosas, se estudie la historia de estos lugares. Se espera poder hacer esto en un futuro cercano. Para fines de este trabajo en particular, el mapa presentado únicamente tiene el propósito de ayudar a visualizar las regiones y la ubicación aproximada de algunos de los lugares visitados por los Seler.

En el caso del viaje que emprendieron a Quiriguá y Copán, debe aclararse que dado que Seler-Sachs no da información sobre los lugares por los que pasaron cuando regresaban de Chiquimula a Ciudad de Guatemala, esa parte del recorrido no se trazó en el mapa. Por otro lado, en el viaje para salir de Guatemala hacia México, se asume que viajaron en tren de Ciudad de Guatemala al Puerto San José debido a la cantidad de equipaje y materiales recolectados que llevaban consigo. Por lo tanto,

el trazo de ese recorrido se hizo siguiendo aproximadamente la ruta del ferrocarril. Sin embargo, la autora no indica en el texto el medio de transporte que utilizaron en esa ocasión.



Universidad del Valle de Guatemala Departamento de Antropología		Aproximación de los recorridos de los Selser en Guatemala entre 1896 y 1897	
Proyección mapa digital: Coordenadas UTM zona 15N, Datum WGS 1984 Proyección mapa impreso: Coordenadas geográficas, esferoide de Clarke 1886		Fuente: Consulta Geoportail Segeplan, 2018: http://ideg.segeplan.gob.gt/geoportail/	Legenda <ul style="list-style-type: none"> ● Lugares visitados Límite internacional Cuerpos de agua Límite departamental Ruta de viaje <ul style="list-style-type: none"> — Entrada a Guatemala — 1era visita a Sta. Lucía C. — Chaculá — Regreso de Chaculá — 2da y 3era visita a Sta. Lucía Cot. — Cobán — Quirigua y Copán — Salida de Guatemala
		Edición: L. Jiménez Laboratorio SIG UVG/CEAB Guatemala, Julio 2018	

C. Personas relacionadas con la recolección y documentación de antigüedades hecha por los Seler en Guatemala

En su relato de los viajes con su esposo por Guatemala, Seler-Sachs menciona a varias personas que se relacionaron con ellos o los apoyaron de distintas maneras. En este apartado se incluye la información provista por la autora sobre las personas que de alguna manera los ayudaron a encontrar piezas arqueológicas que luego documentaron o adquirieron, así como acerca de coleccionistas que les permitieron ver y documentar sus colecciones y en algunos casos, también se las vendieron o regalaron.

1. Duque de Loubat

La primera persona mencionada por su apoyo es el Duque de Loubat. En el prólogo del libro, Seler-Sachs le agradece por haber hecho posible que ella y Eduard hubieran podido extender su viaje por un área tan amplia y llevarlo a cabo de manera exitosa (1925: VIII).

En la dedicatoria de *Die alten Ansiedlungen von Chaculá*⁷² (1901), Eduard Seler indica que un poco más de seis años antes de que se hiciera el viaje por México y Guatemala, el Duque de Loubat le pidió que llegara a Frankfurt am Main para hacerle una consulta sobre un plan que tenía de una expedición por estos dos países. El objetivo era formar colecciones y hacer investigación. Dicho plan coincidía con un viaje que Seler pretendía hacer para asistir a la Sesión Extraordinaria del Congreso Internacional de Americanistas. El Duque de Loubat le ofreció a Seler encargarse de la expedición y no solo la financió, sino que además extendió la licencia de Seler para que pudiera ausentarse por más tiempo de sus labores en Berlín y tuviera la oportunidad de explorar la región con más profundidad (Seler [1901] 2003, xix-xx).

De acuerdo con Weeks, este personaje fue quien apoyó y financió la expedición de los Seler por México y Guatemala entre 1895-1897; fue además quien creó la cátedra para Seler en la Universidad de Berlín, y entre 1900-1909, costó personalmente la publicación de cuatro interpretaciones monográficas de Seler –cada una sobre un manuscrito ritual mexicano distinto– así como de sus respectivos facsímiles. Su nombre era Joseph Florimund y fue un importante mecenas para los estudios americanistas. Nació en Nueva York en 1831 en una familia adinerada y pasó gran parte de su tiempo en Europa. Estudió en Heidelberg. Desde su juventud se interesó en la antropología, la historia y sobre todo en la arqueología. Financió varios proyectos científicos. Su donación más importante fue de \$1,100,000 a la Universidad de Columbia en Estados Unidos. A esa institución le

⁷² *Los antiguos asentamientos de Chaculá*

obsequió libros y manuscritos, así como dos premios otorgados cada cinco años a los mejores trabajos escritos en inglés sobre historia, geografía, arqueología, filología o numismática de Norteamérica. Además, dotó de fondos a tres cátedras de Antropología Americana en la Universidad de Columbia, la Universidad de Berlín y el Colegio de Francia en París e hizo posible la reproducción facsímil de varios códices aztecas. El título *Duc de Loubat* le fue conferido por el Papa Leo XIII en reconocimiento por sus servicios a la Iglesia Católica Romana. Falleció en 1927 (Weeks en Seler, [1901] 2003: xx).

2. Eduard Kanter

Eduard Kanter o don Eduardo, como Seler-Sachs también se refiere a él, era el propietario de la finca La Trinidad en Huehuetenango. Esta formaba un amplio complejo con la hacienda Chaculá, de la cual su padre, Gustav Kanter, era el dueño. Al llegar a Guatemala, La Trinidad fue el primer lugar donde los Seler se alojaron. La autora se refiere a la vivienda de Eduard Kanter como una casa de soltero (*Junggesellenheim*) y lo describe a él como un hombre amable. Al igual que su padre, Eduard tenía en su vivienda una colección de antigüedades de las cuales Seler-Sachs menciona varias figuras de piedra, así como vasijas de barro que estaban rotas, las cuales provenían de cuevas. Eduard Kanter fue el primero en mostrarles a los Seler los sitios a los que luego regresarían a extraer, estudiar y documentar piezas y monumentos. Entre esos lugares se encontraba El Cimarrón (Seler-Sachs, 1925: 133-134). Meses después, antes de que los Seler partieran de Chaculá luego de haber trabajado allí entre la segunda mitad de junio y los primeros días de septiembre de 1896, Eduard Kanter le regaló a Seler-Sachs un quetzal vivo sobre cuyo destino no hay más información aparte de que fue llevado a Quetzaltenango sobre la espalda de un cargador indígena en una especie de jaula hecha de madera liviana junto con las demás pertenencias (Seler-Sachs, 1925: 230).

3. Gustav Kanter

Gustav Kanter, también conocido como don Gustavo, era de origen alemán y dueño de la hacienda Chaculá. Su interés por las antigüedades lo había llevado a rastrear y coleccionar muchas piezas en su terreno, así como a apoyar a los Seler en su trabajo en Guatemala. Seler-Sachs lo describe de la siguiente manera:

«Encontramos en el señor Gustav Kanter a un hombre que conocía perfectamente las condiciones del país, que sabía muy bien cómo tratar con sus indios y tenía un intenso interés en el pasado de la tierra que se había convertido en su segundo hogar; un hombre que ya en múltiples ocasiones había rastreado los restos que se encontraban en este territorio. Así fue que nos recibió no solo como compatriotas, sino que nuestros propósitos también despertaron su interés y encontraron en él un activo apoyo y promoción» (Seler-Sachs, 1925: 135).

También indica que Kanter se parecía físicamente a Eduard Seler:

«Fue un extraño juego del azar que mi marido y don Gustavo tuvieran un extraño parecido en su apariencia externa: la misma figura demacrada, la misma barba, la postura al cabalgar y el sombrero de fieltro de ala ancha completaban el engaño del cual a distancia incluso su propio hijo fue víctima. A lo largo de todo el tramo entre Chaculá y Huehuetenango hasta Quetzaltenango, las personas deseaban comprarle a mi esposo caballos, ganado, maíz, y esto a menudo llevó a hilarantes discusiones» (Seler-Sachs, 1925: 135).



Fotografía 3: Gustavo Kanter Gronet

Imagen cortesía de Dr. Rodolfo Mac Donald Kanter

Seler-Sachs menciona que Kanter los apoyó mientras estuvieron en Guatemala, particularmente en Chaculá, de la siguiente manera: les dio alojamiento en su hacienda y les permitió hacer excavaciones a discreción en su terreno (1925:180); les vendió maíz y frijol cuando regresaron a trabajar a Chaculá a mediados de 1896 (Seler-Sachs, 1925: 209); les habló sobre el rancho Yalombohoch (uno de los lugares donde trabajaron en Chaculá) y fue quien los llevó allí por primera vez (Seler-Sachs, 1925: 224); a su partida de Chaculá a inicios de septiembre de 1896, les proveyó animales y personas para cargar sus cosas hasta Quetzaltenango (Seler-Sachs, 1925: 229-230).

Gustav Kanter Gronet llegó a Guatemala en el último tercio del siglo XIX (Kramer et. al., 2014: 23). De acuerdo con su nieto, el Dr. Rodolfo Mac Donald Kanter –quien además de Médico y Cirujano es Licenciado en Historia y se ha dedicado a estudiar la historia de su familia– su abuelo nació en 1840, estuvo casado con Emilia MacKenney Domínguez, de origen mexicano, con quien tuvo siete hijos. Años después formó otra familia con su segunda esposa, Amalia Kobs, con quien también tuvo siete hijos y vivió en Chaculá. Kanter falleció en 1920 a la edad de 80 años de una pulmonía doble (Mac Donald Kanter, 2003 en Kanter vda. de Mahr, 2002: I-II).

4. Director de las Colecciones del Instituto⁷³

Si bien Seler-Sachs no da el nombre de esta persona, lo describe como: «un ambable señor que conocía muy bien su campo de las Ciencias Naturales y que de muy buena gana nos guió por las áreas concernientes [del museo]». También fue quien les informó sobre el posible paradero de la colección de antigüedades guatemaltecas que había viajado a Madrid para ser exhibida en una exposición en 1892 y les mostró lo que para ese momento comprendía la colección de antigüedades que se encontraba bajo su responsabilidad (Seler-Sachs, 1925: 169).

5. Manuel Alvarado

A Manuel Alvarado se le menciona en *AAWMG* como un coleccionista de antigüedades que vivía en Antigua Guatemala. Seler-Sachs indica que su colección provenía en su totalidad de la finca Pompeya, sobre la cual no aclara si pertenecía al Sr. Alvarado o no (Seler-Sachs, 1925: 175). Sin embargo, en el registro en el Archivo de Sitios de Shook sí se le identifica como el dueño de la propiedad (s.f.: 1279). La colección completa fue adquirida por los Seler después de muchas negociaciones en marzo de 1897, pocos días antes de su partida de Guatemala (Seler-Sachs, 1925: 269).

6. Familia Herrera

Seler-Sachs se refiere a la familia Herrera como los dueños de Pantaleón y una de las familias más adineradas del país, la cual consideraba que era su deber coleccionar las antigüedades que llegaban a sus propiedades y protegerlas de cualquier daño. Su impresionante colección era motivo de felicidad para ellos, por lo que no estaban dispuestos a vender nada; sin embargo, los Seler pudieron fotografiar y hacer copias en papel de algunas de las piezas (Seler-Sachs, 1925: 173, 184-185).

⁷³ Se intentó averiguar el nombre de esta persona, pero no se tuvo éxito. El Dr. Oswaldo Chinchilla, quien ha investigado y publicado sobre la historia del Museo Nacional de Guatemala, tampoco ha encontrado el nombre de este personaje (comunicación personal en correspondencia el 22 de febrero de 2018).

Carlos Rafael Herrera Luna (1856-1930), miembro de la familia Herrera y contemporáneo de los Seler, tuvo una activa vida política en el país. Fue alcalde en 1891 y diputado de 1892 a 1920; también fue Ministro de Fomento y fue presidente de Guatemala de 1920 a 1921, cuando la Asamblea Legislativa lo nombró para ocupar el cargo en sustitución de Estrada Cabrera. Durante su gobierno, anuló las transacciones para la venta de tierras comunales y comunitarias, públicas y privadas; abolió el cepo en las fincas; substituyó la Academia Militar por la Escuela Politécnica; y creó la Intendencia General de Bienes Nacionales que administró los bienes intervenidos de Estrada Cabrera, entre otros. Su padre, Manuel María Herrera (1817-1883), era un coronel que fue diputado de la Asamblea Constituyente de 1827; Secretario de Estado en el Despacho de Fomento de 1876 a 1883; y estuvo encargado de la cartera de Relaciones Exteriores entre 1879 y 1880. Además, fue socio honorario de la Sociedad Económica de Amigos del País. En 1877, Manuel María Herrera mantuvo un litigio con el pueblo de Santa Lucía Cotzumalguapa por los linderos de sus fincas Pantaleón, San Gregorio y Velásquez; y en 1913, su hijo Carlos Rafael compró las fincas El Baúl en Santa Lucía Cotzumalguapa y Canajal en San Martín Jilotepeque, aumentando así las propiedades de la familia. Como Ministro de Fomento, Manuel María Herrera promovió el Reglamento de Jornaleros. En marzo de 1877 logró un convenio con el señor Guillermo Nanne para la construcción del ferrocarril entre el Puerto San José y Escuintla, el cual pasó por Pantaleón. También impulsó la instalación de telégrafos en la región cafetalera del país y contrató un cable submarino para la comunicación con Cuba; estableció un observatorio meteorológico; dispuso la construcción del actual Cementerio General; autorizó la presentación de óperas extranjeras a cuenta del Tesoro Público; inició la edificación de la Penitenciaría Central y emitió la Ley de Inmigración (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 487-488).

7. Vicente Castellanos

Durante la primera visita de los Seler a Santa Lucía Cotzumalguapa, les recomendaron que buscaran al señor Vicente Castellanos, dueño de la finca Adelina y quien, según les contaron, tenía antigüedades en sus tierras. La casa quedaba en un claro en medio de la jungla. Al llegar, no encontraron al señor Castellanos, sino que solo a su mayordomo, un anciano amistoso que les regaló algunos pequeños objetos de barro que se habían encontrado en el lugar. De acuerdo con Seler-Sachs, el hombre no sabía nada de esculturas. Se enteraron de que antes había una piedra con figuras metida en la jungla, pero que ya no estaba allí (Seler-Sachs, 1925: 186). Cuando Seler-Sachs estuvo en Santa Lucía por tercera ocasión, le volvieron a mencionar al señor Castellanos. Esa vez le hablaron de la finca El Castillo, en la cual se decía que todavía se podían encontrar piedras esculpidas, y cuyo

propietario era don Vicente. Esto se lo comunica Caecilie a Eduard en una de sus cartas (Seler-Sachs, 1925: 192). Sin embargo, no lograron visitar el lugar.

8. Antonio Romero

Antonio Romero o don Antonio, era mexicano, originario de Comitán, Chiapas. Los Seler lo conocieron durante la época en que trabajaron en Chaculá, ya que en ese momento vivía en Huaxac Kanal en una cabaña al lado de la que les fue dada como alojamiento. Según la información provista por Seler-Sachs, había sido mayordomo en La Trinidad por mucho tiempo y para cuando conoció a los Seler era un hombre independiente que arrendaba tierra a Gustav Kanter, tenía una casa cerca de la garita y de momento vivía en la covacha de Huaxac Kanal porque estaba sembrando maíz allí. Su gusto por las cosas que no eran ordinarias lo había llevado a rastrear y conocer los restos antiguos y todo lo que podía ser de interés para los Seler en los alrededores. De acuerdo con la autora, don Antonio fue de gran ayuda en su trabajo, ya que les mostró los caminos para llegar a los lugares de interés, supervisaba a los trabajadores de los Seler y tenía soluciones para todo. Por su parte, su esposa (cuyo nombre no se menciona) los ayudó con la preparación de tortillas y les permitía dejar en su fuego una olla con frijoles o arroz para que se cocieran mientras se iban a trabajar. En su libro, Seler-Sachs incluye una imagen de él, la cual puede apreciarse en la fotografía número 75.

9. Erwin Dieseldorff

Con relación al señor Dieseldorff⁷⁴, Seler-Sachs menciona su colección de antigüedades, la cual examinaron por algunas horas. Asimismo, indica que fue él quien los ayudó a conseguir cargadores en Cobán, lo cual les había resultado dificultoso (1925: 248, 250).

10. Wilhelm Thom

El señor Thom era un alemán, dueño del aserradero Santa Elena que quedaba cerca del pueblo de Tecpán, donde recibió y hospedó a los esposos Seler. También tenía una casa en Tecpán, donde les mostró su colección de antigüedades, la cual obsequió al Museo de Berlín (Seler-Sachs, 1925: 236-237).

11. Kerr Keller [*sic.*]

⁷⁴ En el texto, la autora no se refiere a él por su nombre de pila, sino solo por su apellido, pero se infiere que es él porque sí incluye su nombre de pila cuando muy brevemente menciona su trabajo en el área de Alta Verapaz.

Al referirse a la primera ocasión en que los Seler estuvieron en la finca Los Diamantes, la autora menciona a esta persona como quien les habló sobre haber visto algunas antigüedades en una pequeña finca vecina llamada Chuchú. También fue quien los llevó a ese lugar (Seler-Sachs, 1925: 182).

12. Brígido Castañeda

El señor Castañeda es mencionado como el dueño de una pequeña colección de antigüedades que los Seler adquirieron en Zacapa, a excepción de un relieve que no les quiso vender (Seler-Sachs, 1925: 256-257).

13. Ernst Pfetzer

El señor Pfetzer era co-propietario de la finca Petet (Wagner, 1996: 204), en la cual se sembraba café. Esta quedaba a pocas leguas de Cobán. Pfetzer llevó a los Seler a un lugar justo en medio de la plantación donde el suelo estaba lleno de fragmentos de piezas arqueológicas; los cuales, según Seler-Sachs, eran en su mayoría burdos y sin importancia (1925: 250). Wagner indica que el señor Ernst Fetzter⁷⁵ llegó a Cobán en 1878 contratado por la empresa Sarg Hnos., la cual se dedicaba a las importaciones. Años después compró la finca Saxoc (1996: 177, 179).

14. Familia Helmerich

Otra finca que los Seler visitaron en Cobán fue Zamac, la cual era propiedad de la familia Helmerich. Seler-Sachs reporta los cimientos de una pirámide de tamaño considerable en el terreno de la finca e indica que hubiese sido necesario hacer excavaciones para poder estudiarlos bien. Agrega que además de las plantaciones, en la finca también había un aserradero (Seler-Sachs, 1925: 250). De acuerdo con la información presentada por Wagner, en 1897 el dueño de esta finca era August Helmrich⁷⁶ (1996: 204).

D. Personas que trabajaron con los Seler en la recolección y documentación de antigüedades en Guatemala

Seler-Sachs tomó interés en las vidas de las personas que los acompañaron a ella y a su esposo y trabajaron para ellos durante sus viajes por Guatemala y México. En Guatemala, dos jóvenes

⁷⁵ La manera en que Seler-Sachs y Wagner escriben este apellido es distinta. Sin embargo, en ambos casos se le identifica con el nombre Ernst y como dueño de la finca Petet.

⁷⁶ Hay una discrepancia entre cómo Seler-Sachs escribe el apellido “Helmerich” y Wagner, “Helmrich”. Sin embargo, es seguro asumir que se trata de la misma familia porque en ambos casos se les identifica como propietarios de la finca Zamac (identificada como Samac por Wagner). Ambas fuentes también coinciden en cuanto a temporalidad (1897).

mexicanos llamados Turibio y Cornelio hicieron una parte del viaje con ellos y luego se retiraron. Ambos habían estado con los Seler desde antes de llegar a Guatemala. Fueron substituidos por Pancho, un hombre que también era de origen mexicano y que viajó con ellos el resto del tiempo hasta que dejaron Guatemala. A continuación, se encuentra la información que Seler-Sachs da sobre ellos en *AAWMG*:

1. Turibio y Cornelio

Turibio y Cornelio eran dos jóvenes mexicanos originarios de Tehuantepec que trabajaron como mozos para los Seler. Empezaron a viajar con ellos mientras estaban en México y los acompañaron en parte del recorrido que hicieron por Guatemala. Ambos se enfermaron y dejaron de viajar con los Seler después de la primera vez que regresaron a la ciudad de Guatemala luego de haber ido a Santa Lucía Cotzumalguapa. A Turibio le dio una enfermedad que la autora no especifica, pero que hizo que fuera trasladado de la finca San Andrés Osuna al hospital de Escuintla en una carreta jalada por bueyes (Seler-Sachs, 1925: 186-187). Fue atendido por un médico alemán de apellido Scheuer. Cornelio, por su parte, cayó con fiebre y ya no quiso continuar con los Seler por miedo a emprender un segundo viaje largo.

Después de separarse de la expedición de los Seler, ambos encontraron trabajo en Guatemala y decidieron permanecer en el país. Los Seler hablaban con ellos frecuentemente y los ayudaron a intercambiar cartas con sus familias en Tehuantepec. Las cartas de sus parientes, explica Seler-Sachs, eran para pedirles que regresaran a casa. Sus familias necesitaban de su trabajo por estar atravesando una situación difícil, ya que las cosechas de maíz habían sido bajas a causa de las escasas lluvias y el precio de los alimentos había aumentado. Turibio encontró empleo con un carpintero en una finca en San Salvador, donde trabajó por catorce días para poder llevar algunos ahorros de regreso a su casa. Vivir en el extranjero había sido positivo para él, comenta Caecilie, ya que se le veía bien y había aprendido un oficio. Ese no fue el caso para Cornelio, a quien la autora describe como un muchacho guapo y astuto, pero que se gastaba todo su dinero en alcohol y mujeres. En un momento acudió a los Seler para pedirles ayuda. Ellos le dieron dinero para que pudiera regresar a casa –su padre lo estaba esperando en Tapachula– pero jamás volvieron a saber de él. Respecto a esto, Seler-Sachs, escribe: «Que no sepa qué fue de él y que deba asumir que murió o que cayó en la perdición es parte de los recuerdos tristes del viaje» (Seler-Sachs, 1925: 191). El último encuentro que Seler-Sachs tuvo con Turibio fue en febrero de 1897 mientras ella estaba trabajando en Santa Lucía Cotzumalguapa. Se sorprendió al verlo porque imaginaba que ya estaba pronto a zarpar hacia México y escribió sobre eso en una de sus cartas a Eduard:

«Me lo imaginaba abajo, en el puerto. Ahora el pasaje está tan caro que quiere correr. De esta forma quiere llegar de aquí a Tapacula. Allí ya estaría a la mitad del camino a casa y también podría avanzar. No quiso hablar sobre Cornelio» (Seler-Sachs, 1925: 192).

2. Pancho

Pancho era un mexicano originario de San Cristóbal, Chiapas, a quien los Seler conocieron en Quetzaltenango y que trabajó para ellos como mozo después de que Turibio y Cornelio dejaran de hacerlo. Se negaba a regresar a México y los Seler nunca lograron averiguar por qué aunque Seler-Sachs especula que probablemente había desertado, «si es que no tenía algo peor en la conciencia» (1925: 197). Lo describe como un hombre hábil, dedicado y confiable, que solo maldecía cuando estaba ebrio (1925: 190, 197). También escribe sobre dos ocasiones en las que este se embriagó mientras trabajaba con ellos: una vez en Chaculá (Seler-Sachs, 1925: 226-227) y la segunda, en Cobán (Seler-Sachs, 1925: 250-251). Sobre el hecho de que se embriagara, Seler-Sachs comenta que dadas las costumbres locales, lo sorprendente no era que lo hiciera de vez en cuando, sino el hecho de que no lo hiciera más a menudo. Trataba bien a los animales, podía cocinar un poco y era muy diestro. Sobre la forma en que se relacionaba con gente indígena, Seler-Sachs escribe que se sentía superior a ellos y los trataba como si fuera su señor y ellos tuvieran que obedecerle a toda costa. Para él, explica la autora, «eran “gente sin razón”, como sus señores les llamaban con infantil arrogancia en tiempos del dominio español» (Seler-Sachs, 1925: 197).

También ayudó a los Seler en su trabajo haciendo tareas como mojar y pasarles el papel que usaban para hacer impresiones de los monumentos. También ayudó a Caecilie a construir un andamio que le permitió hacer la copia de la piedra más grande que documentó en Santa Lucía Cotzumalguapa (Seler-Sachs, 1925: 193). Durante ese viaje, el cual Seler-Sachs emprendió sin su esposo, Pancho actuó como su protector. Esto es algo que ella explica y describe en uno de los pasajes de las cartas que incluyó en *AAWMG*: había una fiesta en el pueblo, por lo que Pancho, sin que ella se lo hubiese pedido, la esperó una noche afuera del hotel donde ella acostumbraba a tomar chocolate, ya que había muchos borrachos en las calles debido a los festejos (Seler-Sachs, 1925: 192). Mientras los Seler estuvieron en Cobán, el trabajo de Pancho consistía en llevar a los animales a pastar en las mañanas y luego ayudar un poco con el secado de los papeles en los que colocaban los especímenes de plantas (*Pflanzenpapier*) (1925: 250-251). En su libro, Seler-Sachs incluye una imagen de él: la fotografía número 74.

3. Ruperto

Ruperto, cuyo apellido la autora no menciona, era un hombre originario de Chiantla a quien los Seler contrataron en Huehuetenango como arriero para substituir a los cuatro cargadores indígenas de Subajazón que viajaron con ellos desde Chaculá a principios de septiembre de 1896. Este hombre, indica Caecilie, ya había viajado con ellos en una ocasión anterior cuando se dirigían a Chaculá a principios de año. Durante el viaje en septiembre llevó consigo a su hermano menor para que lo ayudara (1925: 232).

E. Otras personas con quienes los Seler se relacionaron

Aparte de sus compatriotas, sobre quienes se tratará más adelante en este capítulo, otros individuos también captaron el interés de Seler-Sachs. Entre ellos hubo guatemaltecos ladinos e indígenas, así como extranjeros residentes en Guatemala y viajeros de paso. A continuación, se encuentra la información que Seler-Sachs da sobre algunas de estas personas.

1. Familia Berger

La familia Berger consistía en una pareja de esposos y la hermana de la esposa. Eran de origen francés y alquilaban una casa nueva cerca de la Plaza de Armas en la ciudad de Guatemala, justo frente al nuevo palacio que en ese entonces estaba en construcción. En esa casa habían habilitado una pensión donde los Seler se hospedaban cada vez que estaban en la capital y sobre la cual Caecilie escribe algunas líneas. El Sr. Berger se dedicaba a hacer negocios; sin embargo, no siempre le iba bien y las mujeres de la familia hacían lo que podían con el dinero que había. Tenían una empleada doméstica que estaba tan ocupada que solo a veces encontraba el tiempo para ordenar la habitación de los Seler, por lo que era mejor no contar con ello. En general, la pensión era un lugar acogedor al que regresaban con placer y en el que pensaban con cierta nostalgia hogareña cuando atravesaban momentos difíciles en sus viajes, a pesar de las legiones de pulgas que les dificultaban la vida y el olor al bacalao que sus anfitriones preparaban una vez a la semana y degustaban junto con algunos de sus invitados (Seler-Sachs, 1925: 161-162).

2. Joven Rojas

Seler-Sachs no da el nombre completo de esta persona ni más información personal. Únicamente se refiere a él como «el joven Rojas» y explica que este acostumbraba a cerrar el establo del Hotel Rojas en Antigua Guatemala bajo el pretexto de que de lo contrario no podía hacerse responsable de los caballos que allí se quedarán. Sin embargo, también tenía la costumbre de dormir hasta tarde, lo cual les causó algunos inconvenientes (1925: 173).

3. Pantaleón Molino

Don Pantaleón era un hombre de origen salvadoreño que era dueño de un hotel en Tactic al cual Seler-Sachs describe como un lugar sucio y en mal estado, lo cual constrataba con la comida que allí se servía y por la cual era muy conocido. La autora lo describe como una persona simpática que conocía por nombre y sabía de todos los asuntos de los hacendados y comerciantes que pasaban regularmente por el lugar (Seler-Sachs, 1925: 246).

4. Pablo Vásquez

Pablo Vásquez era un hombre indígena de Mixco que conoció a los Seler en Esquipulas. Había llegado a la fiesta patronal junto con su esposa, su hijo y dos burros. Era el hombre de confianza del Sr. Lineau. Ayudó a los Seler a transportar su equipaje luego de que el arriero que viajaba con ellos les informara que ya no deseaba continuar el viaje (Seler-Schachs, 1925: 265).

5. Don José María

Durante el viaje de regreso de Esquipulas a la ciudad de Guatemala, los Seler se detuvieron en Quetzaltepeque, donde gracias a una carta de recomendación del Sr. Lineau pudieron hospedarse en la casa de un hombre a quien Seler-Sachs se refiere como don José María. De acuerdo con la autora, este hombre había viajado a Estados Unidos en una ocasión, algo que según ella era usual para los guatemaltecos adinerados, quienes codiciaban la educación y disfrutaban de viajar (1925: 266).

6. Viajeros estadounidenses

Durante su estancia en Zacapa, los Seler conocieron a una pareja de esposos estadounidenses a quienes Seler-Sachs se refiere como las únicas personas que habían visto viajando por placer en Guatemala hasta ese momento. Eran personas adineradas que vivían en Samoa y se tomaban algunos meses del año para dedicarse a viajar. Habían llegado en vapor a Puerto Barrios desde Nueva Orleans, de allí habían tomado el tren hasta Zacapa y su siguiente parada era la ciudad capital (Seler-Sachs, 1925: 256).

7. Farmacéutico de Chiquimula

Durante los días que los Seler permanecieron en Chiquimula debido a la enfermedad que Eduard había contraído durante el viaje a Quiriguá y Copán, conocieron al hombre que trabajaba en la farmacia local. Sobre él Seler-Sachs escribe que estaba casado con la adinerada hija de un

terratiente, disfrutaba de platicar y su corazón estaba más en la agricultura que en la medicina. También escribe lo siguiente sobre una de las primeras conversaciones que tuvieron con él:

«Naturalmente, una de sus primeras preguntas fue: “¿Tienen hijos?” Cuando lo negamos, le dijo a mi esposo: “Bueno, su esposa no tiene hijos, ¡pero usted seguramente sí!” y ante la respuesta de mi esposo sobre como eso no era algo habitual para nosotros, opinó ingenuamente: “Venga [a vivir] aquí y pronto adoptará nuestras costumbres”. Sin embargo, prefiero la sinceridad con la que esa clase de comportamientos son tratados en vez de la hipocresía civilizada; además, beneficia a los hijos nacidos fuera del matrimonio, quienes a menudo son criados en la casa del padre» (Seler-Sachs, 1925: 267).

8. Pasajeros del New Port

Seler-Sachs escribió algunas líneas sobre los pasajeros que viajaban con ellos en el New Port, el vapor en el que emprendieron su regreso a México después de su estadía en Guatemala. Si bien la mayoría eran jóvenes norteamericanos, entre ellos se encontraba también el hijo del Sr. Ibach, que además era el representante de la famosa fábrica de pianos del mismo nombre. Era originario de Barmen, Alemania y en ese momento se encontraba viajando de regreso a casa desde Sudamérica. También los acompañaban unos prósperos dueños de plantaciones de la costa –entre ellos un español– y otras tres mujeres aparte de la autora: una hermosa dama de Costa Rica que estaba enferma, una joven viuda de Frisco a la que describe como lista y divertida, y la camarera. Sobre esta última comenta que una vez había cumplido con sus obligaciones, también era una dama que sabía muy bien cómo conversar y además ayudaba a sus jóvenes compatriotas a remendar sus calcetines (Seler-Sachs, 1925: 271).

F. Trabajo de los Seler en la recolección y documentación de antigüedades en Guatemala

Según la información provista en *AAWMG*, los Seler trabajaron principalmente en tres lugares, donde documentaron o extrajeron piezas y monumentos arqueológicos: la propiedad de Gustav Kanter, Chaculá, que era un complejo compuesto por la finca Trinidad, la hacienda Chaculá y varios ranchos en Nentón, Huehuetenango; la finca Bilbao en Santa Lucía Cotzumalguapa; y en esa misma área en el departamento de Escuintla, el rancho Palo Verde. También habían planeado hacer trabajos en Cobán, ya que tenían varios contactos de alemanes que vivían allí, así como recomendaciones con personas locales; sin embargo, tuvieron contratiempos que no lo permitieron, a pesar de que, según la autora, este era el lugar donde contaban con las mejores condiciones para trabajar

En este apartado se presenta la información reportada por Seler-Sachs con relación a la recolección y documentación de antigüedades que ella y su esposo hicieron en los lugares arriba mencionados. Además, con el propósito de complementar –si bien de manera breve y no a profundidad– la

información proporcionada por la autora sobre los sitios arqueológicos en los que estuvieron o trabajaron, así como otros que únicamente menciona por nombre, se hizo una búsqueda de estos en el Archivo de Sitios Arqueológicos elaborado por Edwin M. Shook. Cabe aclarar que esto se logró hacer únicamente para los lugares claramente identificados por Seler-Sachs en cuanto a su nombre y ubicación, ya que hay otros para cuya identificación sería necesario hacer un estudio cartográfico e histórico más profundo que va más allá de los límites de establecidos para este trabajo. Antes de pasar a lo escrito por Seler-Sachs, se hará una breve reseña sobre la importancia del Archivo de Sitios de Shook y el trabajo de su creador.

Edwin M. Shook llegó a Guatemala por primera vez en 1934 con la Institución Carnegie para llevar a cabo excavaciones en Uaxactún, un sitio arqueológico ubicado en el norte de Petén. Su rol en el equipo de investigación era la elaboración de mapas para localizar sitios arqueológicos en las Tierras Bajas mayas. Más adelante, trabajó en otros sitios importantes, tales como Kaminaljuyú. También hizo trabajo de campo con esa institución en la costa del Pacífico en Guatemala, así como en México, Honduras, el Salvador y Costa Rica hasta que esta concluyó los proyectos arqueológicos en 1958. Dirigió el Proyecto Tikal en Petén de 1955 a 1964, el cual estaba patrocinado por el Museo de la Universidad de Pennsylvania; y más tarde, de 1968 a 1979, fue el director de campo y luego el director del Proyecto Monte Alto en la Costa Sur de Guatemala. Dicho proyecto estaba financiado por el Museo Peabody de Arqueología y Etnología de la Universidad de Harvard, la Sociedad de National Geographic y el Museo de Ciencia de Miami. Finalmente se dedicó, a partir de 1980, al trabajo de laboratorio y análisis de cerámica y otros artefactos de Guatemala (Arroyo y Escobar, 2004: 3).

En 1998, Shook donó sus archivos al Departamento de Arqueología de la Universidad del Valle de Guatemala. Estos incluyen sus notas de campo, mapas, correspondencia y recortes de periódicos, ilustraciones, registros de sitios arqueológicos y fotografías (*Ibid.*) El Archivo de Sitios comprende 1614 fichas sobre distintos sitios arqueológicos de Guatemala, en las cuales se incluye el nombre del sitio, el departamento y municipio en el que se encuentra, nombres alternativos, informante, fechas, fases culturales, muestras, ubicación, nombre del mapa y número, así como en algunos casos, un croquis del sitio. Algunas fichas incluyen una breve descripción del sitio y los hallazgos hechos hasta ese momento. De acuerdo con Arroyo y Escobar, muchos de los sitios registrados en el Archivo de Sitios de Shook han desaparecido, por lo que este es de gran importancia para comprender el panorama arqueológico del país (Arroyo y Escobar, 2004: 6).

De la información allí encontrada, se incluyen en este trabajo los reportes mencionados cuyo año de publicación haya sido anterior a la llegada de los Seler a Guatemala. Esto, con el fin de tener una idea de las fuentes que podrían haber existido sobre esos lugares para cuando los Seler emprendieron

su viaje. Las únicas fuentes con fechas posteriores que se tomaron en cuenta en este trabajo fueron las de Thompson, quien al menos en el caso de Santa Lucía Cotzumalguapa hace un resumen de publicaciones más tempranas sobre el sitio (Shook, s.f.: 354), por lo que es posible que haya incluido algunas anteriores a los Seler, así como el mapa de sitios arqueológicos del área maya elaborado por el Middle American Research Institute (M.A.R.I.) de la Universidad de Tulane (1940), por las mismas razones por las que se decidió incluir a Thompson.

1. Chaculá

Antes de iniciar su relato sobre Chaculá, Caecilie aclara que su tarea y propósito no es reportar sobre los resultados del trabajo realizado en ese lugar: «esa es un área científica y no la mía» (Seler-Sachs, 1925: 206). Sin embargo, incluye como referencia *Die alten Ansiedlungen von Chaculá*⁷⁷ (1901), que es la obra que su esposo escribió sobre los hallazgos que hicieron allí. Agrega que su único objetivo es escribir sobre las condiciones de sus viajes, por lo que intentará dar una idea de las penas, alegrías, esfuerzos y éxitos que tuvieron durante estos (*Ibid.*). No obstante, la información provista por Seler-Sachs va mucho más allá de eso, ya que incluye descripciones de los lugares en los que vieron algunos de esos monumentos y pirámides, así como de los caminos que recorrieron para poder llegar a ellos. También escribe sobre algunos aspectos del trabajo que llevaron a cabo y las condiciones en las que lo hicieron y vivieron.

De acuerdo con la autora, este fue un lugar que requirió de mucho esfuerzo y trabajo pero que también les trajo éxito y algunas alegrías (1925: 136). Según su descripción, Chaculá era una hacienda, propiedad del alemán Gustav Kanter, que junto con La Trinidad (que pertenecía a su hijo, Eduard) formaba un amplio y continuo complejo al cual también pertenecían varios ranchos (1925: 133). Los Seler estuvieron allí por primera vez cuando acababan de llegar a Guatemala; pasaron su primera noche en el país en La Trinidad y el resto de los días en la hacienda Chaculá.

En esa ocasión conocieron algunos de los lugares a los que regresaron a trabajar unos meses después. Uno de ellos es descrito por Seler-Sachs como una especie de prado donde encontraron varias pirámides escalonadas pequeñas y cubiertas de maleza. Frente a dos de ellas vieron grandes piedras redondas con relieves, de las cuales se apresuraron a hacer impresiones en papel. El lugar donde se encontraba una de esas piedras, añade la autora, era conocido entre los locales como El Cimarrón, mientras que a la otra piedra le llamaban Piedra Redonda⁷⁸ (Seler-Sachs, 1925: 134). En su registro, Shook indica que tanto El Cimarrón como Piedra Redonda están ubicados al suroeste de

⁷⁷ *Los antiguos asentamientos de Chaculá*

⁷⁸ Esta puede apreciarse en la fotografía no. 79 del libro de Seler-Sachs.

Chaculá. Como fuente cita el mapa de Tulane (1940) y no menciona que nadie más los haya reportado antes que Seler en los años 1900 y 1901 (s.f.: 521, 555).

A su regreso de estos lugares, Eduard y Caecilie vieron un hundimiento que los impresionó por su profundidad y dimensiones:

«Al regreso se visitó un lugar donde había un profundo hundimiento como un pozo, lo que no es raro encontrar en las montañas calcáreas, pero de dimensiones que no se ven frecuentemente. Contamos hasta doce hasta que la piedra que lanzamos diera contra el piso del pozo» (Seler-Sachs, 1925: 134).

Por la tarde de ese día, cuando se dirigían de La Trinidad hacia la hacienda Chaculá, cabalaron alrededor del pie de un cerro en cuya punta se podían ver los restos de una impresionante pirámide. Justo después, divisaron las primeras cabañas de los trabajadores de la hacienda (Seler-Sachs, 1925: 135). Otro lugar que conocieron en esa primera visita a Chaculá fueron las cuevas de Quen Santo, las cuales Eduard Kanter les había mencionado al hablarles de la procedencia de las antigüedades que tenía en su casa (Seler-Sachs, 1925: 134). Sin embargo, no fue él quien los llevó a verlas, sino su padre, Gustav, quien también les mostró las pirámides que se encontraban cerca del asentamiento de la hacienda (Seler-Sachs, 1925: 206). Con relación a esto, en el Archivo de Sitios de Shook se encuentra un sitio llamado Chaculá, ubicado en Nentón, Huehuetenango, el cual «consiste en grupos de templos, un juego de pelota y entierros» y que antes que Seler, fue reportado por Dieseldorff y Förstemann en 1894⁷⁹ (s.f.: 510).

De acuerdo con Seler-Sachs, Gustav Kanter les dio su autorización para trabajar e incluso hacer excavaciones a discreción en toda su propiedad (1925: 136), lo cual hicieron a su regreso en la segunda mitad de junio de 1896. En esa ocasión permanecieron allí durante diez semanas y si bien esta parece haber sido la estancia más larga de los Seler en cualquiera de los sitios donde estuvieron haciendo trabajos arqueológicos en Guatemala, Caecilie asegura que en ese tiempo apenas lograron iniciar el trabajo que era necesario llevar a cabo en el lugar y el cual espera que se logre realizar algún día (Seler-Sachs, 1925: 206).

Antes de empezar con los trabajos era necesario conseguir trabajadores; sin embargo, los Seler estaban preocupados porque no sabían si iban a poder encontrarlos. Hablaron con el comandante de Nentón, quien envió una orden a los alcaldes de los ranchos Aguacate, Uxquen y Subajazón para que

⁷⁹ Shook indica que esto fue en una publicación en *Bulletin of American Ethnology* No. 28, página 639. Se hizo una búsqueda en línea de la publicación, pero únicamente se encontró un artículo escrito por Dieseldorff, Förstemann y Seler sobre dos vasijas de Chamá, Alta Verapaz. Este se encuentra en el Boletín no. 28 de la Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, que fue publicado en 1904, pp. 635-670 (s.f.: 510).

proveyeran trabajadores a cambio de un pago. No obstante, explica la autora, no había certeza de que esto fuera a funcionar porque el comandante de Nentón no tenía la potestad de dar órdenes a estas personas. Por tal razón, Pancho fue a los tres ranchos y regresó con la buena noticia de que los tres alcaldes iban a enviar trabajadores (Seler-Sachs, 1925: 210). El siguiente pasaje da una idea de las condiciones de pago que acordaron:

«Siempre tuvimos cinco personas a [nuestra] disposición, quienes la mayoría de las veces se quedaban durante una semana completa y de vez en cuando eran retirados después de tres días. Ellos llevaban sus propias provisiones de tortillas y pozol y vivían de eso. El dinero no le era pagado a cada uno, sino al de mayor edad entre todos y él lo entregaba a su alcalde. Dado que las comunidades viven en cierta forma comunista, el trabajo pertenece a la comunidad y el alcalde determina qué personas deben realizarlo» (Seler-Sachs, 1925: 210).

Al referirse al desempeño de estos trabajadores, Caecilie hace la siguiente comparación con los de su país:

«Estábamos muy satisfechos con nuestros indios, eran obedientes y hábiles. Sin embargo, no podíamos exigir o esperar un trabajo tan constante como al que estamos acostumbrados con nuestra gente» (Seler-Sachs, 1925: 210).

La autora no da más explicaciones sobre por qué ni cómo llegó a esta conclusión.

a. Valle de Huaxac Kanal

Seler-Sachs explica que por razones prácticas y de tiempo, decidieron instalarse en el rancho Huaxac Kanal. Indica que el nombre del lugar quiere decir ocho estrellas y que el rancho se encontraba al final de un plano y alargado valle del mismo nombre y del cual incluye una fotografía⁸⁰ en su obra (1925: 206). Allí se les dio una de las chozas que había para los trabajadores, la cual era una frágil construcción en la que les resultó difícil no solo descansar y protegerse de las inclemencias del clima, sino realizar cualquiera de las tareas que hacían bajo techo, como escribir o preparar las plantas recolectadas para su colección botánica:

«Las paredes estaban hechas de tallos de rastrojo seco amarrados y un techo de palma seca sostenido por postes de madera. Desafortunadamente, no era la famosa “reparada”, sino una totalmente sin reparar, lo que, considerando la época del año, era sumamente desagradable. Dado que toda el área adolece de fuertes vientos y particularmente [en] la pequeña llanura de Huaxac Kanal, sobre la cual al noreste las alturas ascienden rápidamente a los mil pies y más. [Allí] el viento golpea constantemente con gran fuerza, por lo que no nos hubiéramos opuesto a tener paredes más sólidas. El papel de las cartas nos era arrancado de debajo de la mano y colocar las plantas se convertía en un trabajo de Sísifo. Si esto finalmente se lograba a pesar de la candela titilante y las corrientes de aire, teníamos que envolver cuidadosamente los paquetes de plantas en hule porque no había un solo lugar en la choza que estuviera seguro

⁸⁰ Fotografía número 76

de la lluvia. Para tener papel seco para el herbario teníamos que secar las hojas individualmente sobre el fuego abierto.

Habíamos escogido la esquina de la choza donde el techo era más denso como nuestro lugar para dormir. Esparcimos media docena de esteras sobre la madre tierra y como dosel de cama extendimos la gran lona encerada que servía para proteger de la lluvia la carga que iba sobre las espaldas de los animales durante el viaje. Cuando habíamos apagado la candela y estirábamos nuestras cansadas extremidades para el bien merecido descanso, empezaba en el dosel sobre nuestras cabezas la danza nocturna de los ratones; y en nuestro lecho, la danza en corro de las pulgas y los piojos de gallina y como sea que se llamen todas esas alimañas. Cuando había viento del sur, se les sumaban los mosquitos. Encontramos una mesa baja y pequeña, un banco para pies y algunas tablas que estaban destinadas para las provisiones y que colgaban con sogas de la viga del techo para protegerlas de las hormigas. Y cuando nuestra hamaca colgaba atravesando todo el cuarto, todavía quedaba justo el espacio suficiente para un fogón, así como para las piedras, fragmentos [y] cráneos que eran el producto de nuestro trabajo. En la pequeña antecámara abierta hacia enfrente que estaba formada por una esquina entrante estaba el campamento de Pancho; allí también se habían colocado las sillas de montar y las herramientas. Una tabla colgada con unas cuerdas substituía a la puerta» (Seler-Sachs, 1925: 207-208).

Uno de los lugares en Chaculá donde los Seler hicieron excavaciones fue el valle de Huaxac Kanal, el cual también fue el primer sitio en el que trabajaron:

«La primera semana desentarramos algunos montículos en el valle de Huaxac Kanal con suerte cambiante. No siempre se podía determinar con certeza si lo que teníamos ante nosotros eran tumbas o cimientos de casas. Quizás uno y otro montículo sirvieron ambos propósitos, ya que entre algunas tribus indígenas era costumbre enterrar a los muertos bajo el suelo de la choza» (Seler-Sachs, 1925: 211).

De acuerdo con la autora, había montículos dispersos en todo el valle, los cuales se podían divisar desde lejos como bonitos grupos de árboles. Un trecho en dirección hacia abajo de donde estaba la choza en la que vivían encontraron los muros de un juego de pelota, y un trecho hacia arriba del valle estaban las ruinas dispersas de una alta pirámide con una escalinata bien conservada. Cerca de allí había varias pequeñas pirámides escalonadas y en la misma dirección, a aproximadamente media hora de recorrido hacia arriba, estaba la Cueva de los Murciélagos, a la cual los trabajadores temían meterse por «miedos supersticiosos». Sin embargo, luego de que Eduard y don Antonio entraran en la cueva, los trabajadores los siguieron. De acuerdo con Caecilie, de esa cueva sacaron un gran número de cráneos (Seler-Sachs, 1925: 211).

Si bien Seler-Sachs no hace un recuento exacto de los hallazgos arqueológicos de los Seler en Huaxac Kanal, provee algo de información sobre el contexto de algunos, como se puede ver en el siguiente pasaje:

«Subiendo la pendiente sur de la montaña y a través de una dolina cubierta con un exuberante crecimiento herbáceo, llegamos a la Piedra Parada⁸¹, la piedra erguida. Estaba enterrada en posición vertical, sin trabajar y sin ninguna decoración; pero al pie desenterramos una olla de barro muy grande y redonda que contenía huesos y cenizas. Un poco más arriba sobresalía una muralla como bastión y en ella desenterramos una cavidad revestida larga y rectangular en la que encontramos restos óseos.

Al otro lado del valle llegamos, después de una cabalgata aproximadamente igual de larga, a La Ventana. Allí nos encontramos ante una construcción ascendiente en escalones, en cuyo muro frontal había un agujero cuadrado. ¿Qué significaba? ¿Quién podría responder a esta pregunta con certeza? Pero encontramos aperturas similares y un desarrollado sistema de pasadizos subterráneos muy estrechos en otra parte. Quizás la clase de los sacerdotes los aprovechaba para brindar oráculos, para hacer que nubes de humo se elevaran de la tierra o para dar a los creyentes otras señales manifiestas de un poder celestial o subterráneo» (Seler-Sachs, 1925: 211).

b. Cuevas de Quen Santo

Otro de los lugares donde trabajaron los Seler en el área de Chaculá fueron las cuevas de Quen Santo y sus alrededores. Sobre el nombre de estas, la autora explica:

«Los nativos llaman a estas cuevas “Quen Santo”; en [cuyo nombre] “quen” es la palabra indígena para cueva y “santo” es el nombre usual para [referirse a] antiguos ídolos. La expresión “santos de los antiguos” es muy común» (Seler-Sachs, 1925: 206).

Se trataba de tres cuevas que estaban al pie de una imponente cuesta inclinada de roca, a más o menos cien o doscientos pasos de distancia entre sí. La cuesta era el final de la meseta sobre la cual estaban los vestigios de una antigua ciudad o al menos de sus templos y palacios, pero eso no fue evidente para los Seler hasta que estuvieron allí arriba. Según la descripción de Seler-Sachs, cada cueva era diferente, tanto en tamaño como en contenido (1925: 212). A continuación, se hace un resumen de los hallazgos reportados por la autora.

En la primera cueva había imágenes de piedra tiradas caóticamente. Algunas estaban extraordinariamente trabajadas y tenían un estilo peculiar. Una de las más destacadas era una figura de aproximadamente un metro de alto que mostraba dos caras felinas⁸². De un collar colgaban, suspendidas de cuerdas, cabezas humanas con largas cabelleras que caían sobre el cuerpo que tenía la forma de una columna redonda. Además, había fragmentos de barro de un tipo singular dispersos por todas partes y enterrados debajo de la tierra y de vestigios de piedra. Al seguir excavando encontraron una tumba en la que había un esqueleto junto con otras ofrendas funerarias. La más pequeña de las cuevas era la segunda y solo contenía una piedra alargada que estaba sobre la tierra

⁸¹ Esta puede apreciarse en la fotografía número 78 de la obra.

⁸² La fotografía número 83 de *AAWMG* muestra el interior de la cueva I, donde también se puede ver la figura con caras felinas.

junto a otra que se asemejaba a un pedestal que parecía haberse caído. La tercera cueva era la más amplia de las tres y para llegar ella era necesario pasar por un inclinado camino en descenso. Sobre su entrada⁸³ colgaba una punta de roca y debajo de esta había una sola imagen de piedra con el tocado alto característico de las figuras locales. Más adentro, donde ya no entraba la luz del día, encontraron dos piedras erguidas una junto a la otra. Los indígenas que acompañaban a los Seler les aseguraron que se trataba de un altar y de acuerdo con Seler-Sachs, la colocación de las piedras coincidía con dicha aseveración. Una de ellas estaba rota. Dado que había restos de piedra por todas partes, parecía como si le hubieran caído piedras encima que quebraron su parte superior. También había fragmentos de vasijas de barro y figuras de barro por todo el lugar (Seler-Sachs, 1925: 212-213).

Otro de los hallazgos que menciona Seler-Sachs es una vasija de barro con cuatro caras elaboradas, una en cada lado, que se encontró en una grieta en la pared de roca, hacia un lado de la entrada a las cuevas y a varios metros por encima del suelo. Según cuenta Caecilie, Pancho quiso trepar a donde estaba la grieta y don Antonio y Eduard lo siguieron. Así encontraron la vasija, la cual estaba bien conservada. Agrega que fue bastante difícil bajar la frágil pieza del peligroso lugar donde se encontraba. Consideró que el hallazgo era una prueba de que en lugares como ese todavía había muchos tesoros por encontrar y que era necesario buscar en cada grieta o irregularidad, lo cual tomaría años de trabajo. Adicionalmente, en la página donde se encuentra esta información hay un dibujo de la pieza (Seler-Sachs, 1925: 213). Desde las cuevas no se podía acceder directamente a la meseta, pero cerca de allí encontraron los vestigios de una imponente pirámide con una figura de piedra que estaba volcada y de ese lugar salía un angosto y empinado sendero que conducía a la meseta donde encontraron montículos, pirámides escalonadas, escalinatas, patios amurallados e imágenes de piedra apretujados unos con otros. Sin embargo, pasar por ese sendero era imposible para los caballos y bastante incómodo para los humanos, por lo que preferían usar el acceso natural a la meseta⁸⁴ (Seler-Sachs, 1925: 213-214).

La autora hace una detallada descripción del camino que recorrían a diario para ir a trabajar, en la que incluye información sobre la geografía, flora y fauna del lugar, y menciona que en el valle de Huaxac Kanal, que debían atravesar en su ruta diaria, había montículos artificiales cubiertos con árboles. Además, incluye una imagen de uno de ellos⁸⁵. También describe una planicie en la cual había, dispersos por todas partes, montículos artificiales y pequeñas pirámides con grupos de árboles cubriéndolos. Esta ruta era la que usaban para llegar ya fuera a las cuevas de Quen Santo o a una

⁸³ La fotografía número 82 de *AAWMG* muestra la entrada de la cueva III.

⁸⁴ La fotografía número 84 de libro de Seler-Sachs muestra el despeñadero de la meseta donde se encontraban los restos de la antigua ciudad a la que denomina Quen Santo.

⁸⁵ Fotografía número 77 de *AAWMG*

construcción a la que se refiere como «Casa del Sol» en idioma español y templo del sol (*Sonnentempel*) en idioma alemán, o «a la ciudad antigua» (*alte Stadt*). Los tres son identificados como lugares en los que trabajaron (Seler-Sachs, 1925: 218).

Sobre las cuevas de Quen Santo, Shook menciona a Seler como el primero en reportarlas, pero no incluye información descriptiva de estas. Asimismo, indica que Seler reportó un sitio al que se refiere como Pueblo Viejo Quen Santo, el cual estaba constituido por:

«...varios montículos en forma de plataformas; templos y pirámides hechas de piedra. Muchas de las piedras de construcción tienen tallados burdos mostrando figuras humanas; los montículos tienen cámaras subterráneas con muchos fragmentos de cerámica, grandes urnas y algunas pequeñas esculturas de piedra» (s.f.: 510).

En un lugar ubicado en dicha ruta, del cual se avanzaba recto para llegar a las cuevas, hicieron una excavación. Seler-Sachs da algunos detalles en cuanto al contexto y lo que se encontró:

«En el pequeño valle había unas antiguas ruinas que con una esquina extrañamente aguda hacían un corte en el prado color verde claro. Un círculo de piedra que se encontraba justo enfrente nos dio la impresión de [que allí se podía hacer] una excavación que valía la pena y en la cual realmente también surgieron los fragmentos de una gran urna con un rostro y algunos huesos desintegrados» (Seler-Sachs, 1925: 217-218).

Asimismo, la autora describe otras cosas de interés arqueológico que veían en su recorrido diario. Por ejemplo, en uno de los profundos hundimientos que había en el área, el cual según indica la autora tenía varios cientos de pies de profundidad y una forma casi circular, vieron señales de actividad humana que no lograron explicarse:

«... en este punto se nos volvió a plantear uno de esos acertijos imposibles de resolver de los que el pasado de estos países tiene tanta riqueza. En una pared podían verse rastros de actividad humana en un lugar que parecía bastante inaccesible: parecía una cañería de agua y al lado de esta había una figura pintada. Desafortunadamente no había una posición que permitiera tomar una fotografía de esta curiosidad. Si uno quisiera investigar, tendría que bajar por cuerdas muy largas y fuertes, lo cual sería peligroso debido a los frágiles bordes. Así que la pregunta sigue abierta: ¿Qué significa el mecanismo? ¿Cómo pudo una persona llegar allí abajo para instalarlo? ¿Es el profundo derrumbamiento algo que sucedió después? y muchas otras interrogantes» (Seler-Sachs, 1925: 216).

Además, escribe sobre unas filas sucesivas hechas con piedras que según indica, eran terrazas:

«El camino descendía muy gradualmente por una larga depresión como un valle por un magnífico bosque de robles; al principio [era] pedregoso y luego [pasaba] sobre bella tierra fértil y herbosa. Continuas configuraciones de piedras atraviesan el camino sucesivamente a distancias de entre cincuenta y cien pasos. Por medio de estas bajas filas de piedras, los antiguos retenían la tierra, creaban una larga serie de pequeñas y llanas terrazas y de esta

manera hacían cada pie de tierra fértil utilizable para la agricultura⁸⁶» (Seler-Sachs, 1925: 216).

También ofrece detalles de la rutina que siguieron durante las cuatro semanas que trabajaron en Quen Santo y sus alrededores:

«Ahora nuestro trabajo cotidiano se desarrollaba con bastante regularidad de la siguiente forma: a las seis o más temprano nos levantamos; Pancho hace un fuego y preparamos café. Más o menos a las siete, nuestros trabajadores se marchan y aproximadamente media hora después los seguimos con don Antonio. Tenemos que cabalgar tres leguas, eso es un poco más de dos millas alemanas, antes de llegar a nuestro lugar de trabajo» (Seler-Sachs, 1925: 215).

Al llegar a uno de los tres sitios en los que estaban trabajando en los alrededores de Quen Santo, empezaban los trabajos en múltiples tareas. Entre las once y doce encendían un fuego y ponían sobre él una olla para preparar café o té. El agua la tenían que transportar los ayudantes indígenas desde Huaxac Kanal, ya que en el área donde estaban trabajando no había ninguna fuente, por lo que no lograban explicarse cómo podía haber un asentamiento allí sin ese recurso. El desayuno consistía en tortillas calentadas sobre cenizas calientes con un poco de queso, lo que hubiera sobrado de los frijoles negros de la comida del día anterior o sardinas. Los trabajadores comían tortillas y pozol. Luego Seler-Sachs descansaba media hora sobre la grama y disfrutaba de los olores, el sol y los sonidos. Más o menos a las tres o cuatro de la tarde se empezaban a escuchar los primeros truenos que les indicaban que era hora de detener las labores y regresar al campamento. Al principio lograban regresar secos y con buena luz, pero mientras la temporada lluviosa fue avanzando, tuvieron que prepararse para mojarse. Incluso se acostumbraron a ponerse las capas de lluvia en un punto específico del camino.

Cuando llegaban al campamento, donde Seler-Sachs indica que los «esperaban las penas económicas», Pancho preparaba el fuego e iba a la choza de don Antonio a traer la comida que la esposa de este les había ayudado a preparar ese día. Cenaban en un banco tambaleante cubierto con una tolla de manos blanca mientras la lluvia caía a través del techo de su choza, el viento pasaba entre las paredes y el humo del fuego en el que calentaban el agua para el café les caía en la cara. Después de cenar comenzaba el trabajo nocturno, el cual consistía en la preparación de los especímenes de plantas que habían recolectado ese día, la identificación de piezas y distintos tipos de reparaciones:

«Todavía no se podía pensar en descansar. Primero había que insertar y distribuir las plantas, los fragmentos tenían que ordenarse y había que colocarles notas. A menudo también había que hacer muy importantes remiendos en la ropa y en las copias [de monumentos] en papel

⁸⁶ Estas pueden verse en la fotografía número 85 de *AAWMG*.

[...] Una vez se hubieran llevado a cabo todas estas importantes obligaciones, se terminaba la jornada y podíamos escribir, leer o dormir.»

Finalmente, cuando hubo tantas vasijas, fragmentos, piedras y cráneos en la choza que apenas quedaba espacio para ellos, Eduard, Pancho, don Antonio y tres trabajadores trasladaron todas las pertenencias y equipo a la hacienda Chaculá. Otros dos trabajadores cargaron con redes que iban llenas con todo lo que se había recolectado hasta ese momento y Caecilie cabalgó sola hasta la hacienda para recibir los objetos (Seler-Sachs, 1925: 219-220).

c. Rancho Yalombohoch

Seler-Sachs indica que parte de las chozas de los indígenas que vivían en Yalombohoch se encontraban sobre los cimientos de una antigua construcción, la cual considera que debe de haber sido verdaderamente imponente a juzgar por sus dimensiones. El trabajo de los Seler en este lugar parece haberse limitado, según la información dada por la autora, a remover la vegetación (o al menos parte de ella) que cubría la pirámide de la que les había hablado Kanter. Esta se encontraba a más o menos una legua dentro del bosque. Un anciano los guió y otras cinco personas los acompañaron. Se hace la siguiente descripción:

«Frente a nosotros descollaba un montículo cubierto con un exuberante crecimiento vegetal, en el cual se podía reconocer, a pesar del verde manto de musgos, hierbas y helechos, a pesar de los árboles y arbustos, no solo la silueta regular, sino también la construcción escalonada. Ahora era momento de talar y limpiar para poder tener una imagen más exacta de la construcción y cuando después de mucho trabajo se había retirado lo más necesario, incluso nuestros taciturnos indios se emocionaron con la exclamación “¡qué galán!” Y verdaderamente la empinada y delgada pirámide que ascendía en tres tramos daba una elegante impresión. No era muy grande, tenía unos ocho metros de altura y lo mismo de ancho. La escalinata que tenía al frente estaba bien conservada y sobre la cima había un nicho, la cella, a la que solo le faltaba el techo. De esculturas no encontramos nada, pero quién puede anticipar lo que el espeso bosque todavía pueda esconder» (Seler-Sachs, 1925: 225-226).

d. Salida de Chaculá

Los últimos días en Chaculá transcurrieron con mucho trabajo: mientras Eduard tomaba unas últimas mediciones, Caecilie y Pancho empacaban las piezas. Algunas de las cajas no tenían tapaderas y otras estaban rotas, por lo que tenían que arreglárselas para lograr que el empaque soportara el largo viaje. Como material de embalaje utilizaron barba de viejo, una bromelia del género *Tillandsia* que abundaba en el lugar y que, según indica Seler-Sachs, se usaba cuando estaba seca como relleno para colchones y almohadas. Resultó ser muy útil para empacar piezas. Sin embargo, la que ellos estaban usando la extraían directamente del bosque, por lo que todavía estaba fresca. Esto no era ideal, pero ciertamente era mejor que nada. También usaron musgo y la paja que encontraron en algunas de las

cajas. Como no tenían suficiente material para empacar todas las piezas, dispusieron que las más importantes las llevarían cargadores indígenas. Para transportar las impresiones en papel hicieron unas cajas de una madera liviana similar al corcho que también serían transportadas por cargadores. Finalmente, algunas piezas valiosas que no querían exponer a las casualidades del transporte con animales de carga fueron empacadas en grandes cestas redondas que ellos mismos llevaron (Seler-Sachs, 1925: 229-230).

Camino a Chiantla con todo lo recolectado en Chaculá, los Seler y su caravana se encontraron con el jefe político de Huehuetenango. Esto les causó preocupación, ya que estaban muy conscientes de la prohibición que ya existía en el país sobre la extracción de antigüedades. Sin embargo, el gobernador asumió que estaban transportando las piezas para «la Exposición». Si bien Seler-Sachs no explica de qué exposición se trataba, es bastante seguro asumir, por las fechas, que se trataba de la Exposición Centroamericana organizada por el gobierno del Presidente Reina Barrios y que se celebró en 1897 en la ciudad capital (Contreras, 1995: 188). Los Seler entonces aprovecharon esta suposición para evitar los problemas que su verdadero propósito les podría haber causado:

«En el descenso a Chiantla, tuvimos un encuentro sobre el cual reportar que podría haber sido catastrófico. El jefe político, que es el gobernador de Huehuetenango y quien se dirigía a los pueblos más allá de la sierra por unos negocios, se reunió con nosotros a caballo. Ya que probablemente estaba informado sobre nuestra estadía en Chaculá y los trabajos que allí realizamos, preguntó cuando vio a nuestros indios con las grandes cestas: “¿Para la Exposición?” Ya que desafortunadamente la exportación de antigüedades está prohibida en Guatemala al igual que en la República de México, esta suposición fue muy grata para nosotros, así que simplemente respondimos: “Sí.” Él probablemente no debe de haber dudado en ningún momento de la veracidad de la respuesta, ya que de hecho tanto el mundo oficial como el no oficial de Guatemala no tenía nada más en la mente que la Exposición» (Seler-Sachs, 1925: 231-232).

2. Escuintla y Santa Lucía Cotzumalguapa

Antes de los Seler, otros investigadores alemanes – Adolf Bastian y Karl Hermann Berendt – ya habían estado en Santa Lucía Cotzumalguapa con el propósito de obtener piezas para la colección del Museo Etnográfico de Berlín. En su informe publicado en 1876 en *Zeitschrift für Ethnologie*, Bastian explica que mientras se encontraba en la ciudad de Guatemala, Juan Gavarrete, archivador de la Sociedad Económica, le habló sobre el sitio. Gavarrete le comentó que en 1866 el gobierno de Guatemala había enviado a una comisión, a la que él pertenecía, a Santa Lucía. Los informes e ilustraciones que entregaron todavía debían estar en alguna parte, le aseguró, y si bien Bastian no logró encontrarlos, su interés por visitar el sitio solo se hizo más grande. La razón, explica, fue que se convenció de que algo extraordinario debía de haber en Santa Lucía Cotzumalguapa como para

que se hubiera organizado una expedición científica a pesar de la indiferencia con la que comúnmente se lidiaba con las antigüedades locales en las repúblicas hispanoamericanas (Bastian, 1876: 322).

En Santa Lucía, Bastian contó con el apoyo de Pedro de Anda, comandante del lugar, a quien le habían recomendado como la persona mejor familiarizada con las antigüedades locales. Se hicieron excavaciones en su finca, de la cual no menciona el nombre, pero en la que encontraron veinte o más paneles de piedra. El informe incluye la descripción de las piezas, en la que se da una idea de sus dimensiones, estilo escultórico, distribución y contexto. Un segundo grupo de piezas se encontró en la plantación de caña de azúcar de Manuel Herrera, propietario de la hacienda Pantaleón, las cuales en su mayoría eran cabezas de piedra de gran tamaño y de las que también hace una breve descripción. De acuerdo con Bastian, una parte de estas esculturas se encontraba en el patio de la casa del señor Herrera; y otra, en la del señor Anda, quien las había recibido como un obsequio. El tercer lugar explorado por Bastian fue la hacienda Los Tarros, donde encontró tres bustos de piedra de grandes dimensiones, de los cuales solo una parte sobresalía de la tierra. Al igual que en los otros casos, Bastian ofrece una rápida descripción de las piezas y la forma en que las encontró (Bastian, 1876: 322-324).

En el informe también se menciona al Dr. Habel, de origen austríaco, quien había estado unos años antes en Santa Lucía y le contó a Bastian al respecto sin que a este le quedara claro de qué lugar le estaba hablando específicamente. No fue sino hasta que estuvo en Guatemala que Bastian volvió a escuchar su nombre y logró, tras algunas averiguaciones, vincularlo con el sitio. También indica que no logró encontrar menciones del lugar en obras recientes y que la única que podría estar relacionada la leyó en *Historical Magazine*, donde se hablaba de una carta del Ministro de Estados Unidos en Guatemala, el señor Crosby, la cual se presentó en la reunión de la American Ethnologic Society en New York el 16 de diciembre de 1861. En ella, el Ministro menciona las ruinas de una gran ciudad que se había descubierto recientemente en la jungla de Escuintla y en la que se decía que había piezas escultóricas (Bastian, 1876: 325).

Bastian describe también cómo las piezas corrían el riesgo de deteriorarse o incluso ser destruidas por estar expuestas a los elementos después de su descubrimiento, así como a raíz de daños que personas curiosas ya habían empezado a hacerles. Por tal razón, indica, es urgente resguardarlas en un museo. Explica que debido a que las múltiples solicitudes de Pedro de Anda al Gobierno de Guatemala no obtuvieron respuesta, este aceptó entregar las esculturas al Museo Real de Berlín. Firmaron un contrato que otorgaba al Museo de Berlín el derecho de sacar los monumentos que yacían descubiertos y de hacer más excavaciones en sus propiedades. En el informe también se da información sobre las maneras en que los monumentos se podían extraer y transportar al puerto de

San José para luego enviarlos por barco a Alemania, y se agrega que Manuel Herrera prometió apoyar. Para lograr una vigilancia continua de los monumentos, Bastian explica que buscó interesar al Ministro Residente de Estados Unidos, el Sr. Williamson, así como al Ingeniero Au, de origen alemán, quien lo acompañó en una segunda visita a Santa Lucía Cotzumalguapa e hizo algunas ilustraciones de las distintas esculturas. Asimismo, indica que consultó al Dr. Berendt para la exploración sistemática y que este estaba en la disposición de dirigirse inmediatamente al sitio a empezar las investigaciones, cuyos hallazgos materiales también serían enviados al museo⁸⁷ (Bastian, 1876: 324-326).

Como se verá a continuación, cuando los Seler llegaron a Santa Lucía Cotzumalguapa dos décadas después de que Bastian publicara su informe, estaban familiarizados con los trabajos de Habel y Berendt, los cuales Seler-Sachs menciona en sus descripciones de sitios de Santa Lucía Cotzumalguapa.

a. Rancho Palo Verde

Los Seler escucharon por primera vez sobre el rancho Palo Verde mientras se encontraban en Los Tarros, un lugar en el que estuvieron durante su primera visita a la finca Los Diamantes y sus alrededores. Al llegar a Los Tarros, se enteraron de que ya no había antigüedades allí porque todas habían sido llevadas a Pantaleón. Les recomendaron que fueran a Palo Verde, donde se decía que había ídolos de piedra. Desde los Tarros les tomó diez minutos llegar al lugar, el cual era propiedad de un anciano guatemalteco que, de acuerdo con Seler-Sachs, no entendió bien lo que estaban buscando. Sin embargo, vieron algunas piezas de piedra tallada, entre las cuales había una que representaba una cabeza de jaguar. Además, averiguaron que en la jungla que era parte de ese rancho había más piedras, pero que solo unos pastores de vacas sabían exactamente dónde estaban, por lo que decidieron regresar en una segunda ocasión para buscarlas (Seler-Sachs, 1925: 184).

Esa segunda oportunidad se dio en noviembre de 1896. Según cuenta Caecilie, no tardaron mucho en encontrar a uno de los pastores que conocían el camino a las piedras de las que les habían hablado. La autora describe cómo llegaron al lugar y el estado en el que encontraron las piedras:

«Del camino nos desviamos a la derecha [y nos adentramos] en la densa y bastante seca jungla. En ese punto había una piedra tallada que estaba muy dañada por el tiempo y todo tipo de influencias injuriosas. Representaba una cabeza de jaguar. Unos cientos de pasos más adentro, vimos algo que hizo que nuestro corazón saltara de alegría: había tres espléndidos monolitos cuyas superficies estaban decoradas con esculturas que no se quedaban atrás en

⁸⁷ Para más información sobre las esculturas de Santa Lucía Cotzumalguapa en el Museo Etnográfico de Berlín, así como el trabajo de Berendt, véase Chinchilla (1997).

cuanto a ejecución artística en comparación con los relieves de Santa Lucía que se encontraban en el museo de Berlín» (Seler-Sachs, 1925: 188).

Continúa explicando que al parecer estos monumentos ya habían sido vistos por otra persona a quien se refiere únicamente como el ingeniero Napp, quien tenía la intención de llevárselos junto con otros que se habían enviado al Museo de Berlín. Asimismo, se entiende que la documentación que hizo Berendt de los monumentos no solo tenía la intención de ser un registro de estos, sino sobre todo identificar los que consideraba más apropiados para ser extraídos y formar parte de la colección del Museo:

«Nos contaron que cuando las piedras se llevaron a Berlín, el ingeniero Napp había pensado en también extraer estas. Cambios en el gobierno [y] la objeción del propietario parece habérselo impedido. De hecho, las piedras mostraban señas del trabajo iniciado con el propósito de serrar las superficies esculpidas. Llama la atención que estas no se encontraran entre los dibujos que Berendt hizo de todas las piedras que parecían adecuadas para su extracción. Hoy en día, la exportación de monumentos tan importantes ya no sería posible porque está prohibida por la ley, y aún si esta se ignorara, no podría hacerse públicamente como sería necesario en este caso» (Seler-Sachs, 1925: 188).

Caecilie explica que ver estos monumentos los hizo plantearse de nuevo preguntas que ya se habían hecho varias veces y para las cuales jamás habían encontrado respuestas: ¿De dónde venían las piedras? ¿Cómo llegaron a ese lugar? ¿Qué significaban? ¿Quién las talló? Consideraron que seguramente se habían hecho para estar erguidas. Este argumento lo basa la autora en la presentación de las piezas y en el hecho de que no estuvieran trabajadas en su parte inferior, la cual considera que seguramente iba enterrada. Sin embargo, explica, no encontraron evidencia de que alguna vez hubieran estado colocadas de esa manera, ya que, si hubieran caído violentamente, sea por la mano del hombre o por la fuerza de la naturaleza, probablemente hubieran sufrido algún daño y este no era el caso, ya que después de remover el musgo y la tierra que las cubría, pudieron constatar que estaban perfectamente conservadas (Seler-Sachs, 1925: 188-189).

En su registro de Palo Verde, al cual se refiere como una finca, Shook indica que el sitio se encuentra en el departamento de Escuintla, a una elevación de aproximadamente 1,500 metros y a unos 13 km hacia el norte-noroeste de Santa Lucía Cotzumalguapa. Menciona un reporte de Thompson (1948), en el cual hay ilustraciones de tres estelas y otras tres esculturas de piedra talladas en el estilo de Santa Lucía Cotzumalguapa, así como reportes verbales de otras esculturas en las fincas El Tigre y Giraldo, cerca de Palo Verde (s.f.: 295). En la ficha no se incluye ningún reporte del sitio durante el siglo XIX o principios del XX.

Si bien los Seler no extrajeron las estelas, sí las documentaron haciendo impresiones de las mismas. Seler-Sachs hace la siguiente descripción en la que explica cómo las secaban y luego las transportaban a la finca Morelia:

«Secábamos el papel con ayuda de un fuego que encendíamos frente al molde⁸⁸ mojado. Lo que no se secaba mientras nosotros estábamos allí, se protegía de la amenazadora lluvia con un techo hecho de postes y hojas de plátano. Lo que estaba terminado se colocaba en una camilla de maderos enlazados, cuyos extremos delantero y trasero eran sostenidos por mi esposo y el mozo mientras yo avanzaba con los tres animales» (Seler-Sachs, 1925: 189).

Esta forma de transportar las impresiones no era tan práctica como para recorrer todo el camino de regreso hasta la finca Los Diamantes, por lo que decidieron pasarse a la finca Morelia, la cual quedaba significativamente más cerca del lugar donde estaban trabajando (Seler-Sachs, 1925: 189). No obstante, el camino todavía presentaba algunos retos, como cruzar el río Tigre o Sacjahá, el cual para esa época había crecido por las lluvias y tenía un caudal profundo y fuerte. Esto hizo que fuera necesario tomar grandes medidas de precaución para poder pasar las impresiones de forma segura (Seler-Sachs, 1925: 183).

El trabajo duró varios días, la autora no da el número exacto. Además de las tres piedras grandes, encontraron otras dos. Seler-Sachs considera que en el lugar seguramente había varias más que no lograron ver:

«Finalmente, después de varios días de trabajo, nuestras copias estaban terminadas. Además de las tres estelas había otras dos piedras en el lugar. A una de ellas las personas se habían referido siempre como “mesa”, ya que su gran superficie redonda y lisa se asemejaba a una mesa. Dado que solamente sobresalía un poco de la tierra, empezamos a desenterrarla. Resultó que estaba muy profundo en la tierra, y [lo que] surgió [fue] un poderoso cangrejo de piedra. Por último, todavía había una cabeza de reptil profundamente trabajada. Así, habíamos encontrado seis hermosas piezas juntas en un espacio reducido. ¡Cuántas habrá todavía ocultas en la cercanía!» (Seler-Sachs, 1925: 189).

El transporte de las copias a la ciudad de Guatemala también fue complicado. Dado que no era posible empacarlas, un cargador indígena las llevó sobre su espalda hasta Santa Lucía, desde donde viajaron en tren a Guatemala. Para asegurarse de que las impresiones llegaran bien a su destino, los Seler obtuvieron el permiso de los funcionarios del ferrocarril para viajar con ellas en el furgón (Seler-Sachs, 1925: 190).

b. Finca Bilbao

⁸⁸ En algunas ocasiones Seler-Sachs se refiere a este trabajo como hacer «moldes» y de hecho utiliza el término en español. El resto del tiempo escribe sobre hacer copias o impresiones en papel.

Seler-Sachs indica que lo que inicialmente los motivó a viajar a Guatemala fue ir a Santa Lucía Cotzumalguapa (1925: 176-177). Específicamente buscaban la finca Peor es Nada. Según explica la autora, en la mayoría de los informes sobre hallazgos de Santa Lucía Cotzumalguapa únicamente se mencionaba el nombre del lugar, a excepción de las cartas de Berendt, en las que se puede encontrar una descripción más detallada. Sin embargo, la primera vez que estuvieron en Santa Lucía no lograron encontrarlo, por lo que pensaron que seguramente se debía a que las fincas pequeñas cambiaban de nombre con frecuencia cuando pasaban a manos de un nuevo propietario (Seler-Sachs, 1925: 186). No fue sino hasta la segunda vez que estuvieron allí, en noviembre de 1896, que se enteraron de que el nuevo nombre de la finca Peor es Nada era Bilbao. Además, les informaron que todavía estaban las piedras esculpidas que buscaban. Cuenta Caecilie que en esa ocasión les mostraron tres grandes monumentos de los cuales únicamente se podía ver la parte superior que salía de la tierra. Sin embargo, no pudieron llevar a cabo ningún tipo de trabajo porque era tiempo de cosecha y no había posibilidades de conseguir trabajadores. Incluso era necesario remover árboles y arbustos, para lo cual los dueños todavía no habían dado su autorización. Como la temporada de lluvia aún no había terminado, fue necesario pensar en una tercera visita que Seler-Sachs tuvo que hacer por su cuenta, ya que Eduard cayó enfermo.

De acuerdo con Shook, el sitio Bilbao se encuentra a una elevación de aproximadamente 400 metros. Menciona un reporte de Thompson en 1948, según el cual hay varios grupos de montículos en el sitio, al que ubica en las afueras y al norte del pueblo de Santa Lucía Cotzumalguapa. Agrega que dichos montículos de hecho constituyen el sitio de Santa Lucía Cotzumalguapa (s.f.: 198). Por otro lado, en el registro de Santa Lucía Cotzumalguapa se indica que este se encuentra a una elevación de 350 metros. Shook menciona que hay montículos y varias esculturas de piedra en las fincas Bilbao, El Castillo y Las Ilusiones, así como montículos de tierra y relleno de piedra recubiertos con adobe. Sobre el reporte de Thompson (1948), explica que presenta un resumen de fuentes más tempranas y que trata detalladamente el estilo escultórico Cotzumalguapa (s.f.: 354).

Según el *Diccionario Histórico Biográfico*, el sitio arqueológico Bilbao se encuentra en los terrenos de lo que hoy se conoce como la finca Las Ilusiones en el municipio de Santa Lucía Cotzumalguapa. Tuvo una ocupación que abarcó los períodos Preclásico, Clásico y Postclásico. Durante el Clásico Tardío, formó una extensa ocupación junto con los sitios El Baúl y El Castillo. Estos tres sitios comparten el mismo tipo de cerámica y estilo escultórico, el cual es característico de la zona y al que se le denomina estilo Cotzumalguapa (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 195). Actualmente se encuentra también en Santa Lucía Cotzumalguapa el museo privado Las Ilusiones, el cual fue fundado por José Ricardo Muñoz Gálvez en 1996. Allí se exhiben 36

monumentos del sitio Bilbao y cinco fotografías, de casi un metro de alto cada una, en las cuales se pueden apreciar 31 monumentos que fueron extraídos por investigadores alemanes y llevados a Berlín (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 661).

Caecilie viajó por tercera vez a Santa Lucía Cotzumalguapa en febrero de 1897. Para relatar su experiencia usa pasajes de cartas que escribió mientras estuvo allí. En ellas cuenta sobre los retos que tuvo que afrontar durante los días que trabajó con los monumentos de la finca Bilbao. También escribe sobre los monumentos y su trabajo para documentarlos. Indica que obtuvo información sobre otros lugares con piezas arqueológicas: uno de ellos era Aguná, donde le contaron que había piedras espléndidas; otro se llamaba Potrero del Ídolo, el cual se encontraba entre Santa Lucía Cotzumalguapa y Pantaleón y que era parte de dicha propiedad; así como una finca llamada El Castillo, la cual pertenecía al señor Vicente Castellanos, a quién ya habían intentado conocer sin éxito. También se enteró, por medio de una conversación con un ingeniero estadounidense que conoció en el hotel, sobre unas piedras que se encontraban en Patulul (Seler-Sachs, 1925: 191).

Seler-Sachs tuvo varias dificultades para trabajar en Santa Lucía. Una de ellas fue no tener un caballo disponible para poder transportarse a lugares más lejanos; además, el papel que les habían enviado para hacer las impresiones era demasiado duro y difícil de manejar. Por otro lado, una de las piedras que se había propuesto a documentar era tan grande que no lograba alcanzar ni a la mitad de esta. Finalmente, Pancho la ayudó a resolver el problema cuando se le ocurrió fabricar una especie de andamio en el que ella pudiera subirse. En sus cartas Caecilie expresa que todas estas dificultades la angustiaban, en especial la idea de que probablemente no iba a tener suficiente tiempo de terminar todo. Hubo días difíciles en los que se sintió desanimada y otros en los que estaba mejor porque había sido más productiva y podía ver avances en su trabajo. En algunas partes también expresa su frustración por no tener un caballo para ir a los otros lugares en los que le habían dicho que también encontraría monumentos (Seler-Sachs, 1925: 193).

En uno de los fragmentos de sus cartas, Seler-Sachs explica un poco sobre cómo trabajó para hacer las impresiones de los monumentos en papel. Sobre las tres primeras impresiones, explica que una la tuvo que hacer en dos partes debido a un peculiar quiebre (*Einknickung*) que la piedra tenía en la parte inferior izquierda. Además, una de las impresiones se dañó mientras la transportaban, por lo que tuvo que volver a hacer una parte de esta (Seler-Sachs, 1925: 193). Después de terminar esos tres monumentos, empezó a trabajar con la piedra más grande, a la que llama «monstruo» (*Ungeheuer*) por su tamaño y la cual puede verse en la fotografía número 70 de *AAWMG*. Primero tuvo que descubrirla por completo, lo cual le tomó más de cuatro horas con la ayuda de tres trabajadores. La parte que se encontraba bajo tierra resultó ser tan grande como la que inicialmente sobresalía de esta.

En la carta, Seler-Sachs indica que las dimensiones aproximadas del monumento eran 3.75 metros de largo y 3.50 metros de ancho, por lo que estaba pensando hacer la impresión en diez partes que todavía iban a ser bastante grandes. En total, calculó que le tomaría seis días hacer la impresión de ese monumento. Decidió no empezar a trabajar el día que lo desenterraron porque estaba haciendo demasiado calor y el cielo estaba muy nublado (Seler-Sachs, 1925: 193).

Caecilie también incluye detalles sobre su rutina diaria. Explica que dado que en el hotel donde se estaba hospedando se levantaban tarde, prefería ir a desayunar a un lugar al que iban varios arrieros. Allí tomaba chocolate y comía pan de huevos. Luego emprendía el viaje a Bilbao, el cual tomaba una media hora hasta alcanzar la piedra grande. Al llegar, Pancho iba a por agua y empezaba a mojar el papel para las impresiones. También la ayudaba a barnizarlas. Cuenta Seler-Sachs que después de hacer un segmento tenía que tomar un descanso. Hacía tanto calor que estaba empapada en sudor – como si hubiera salido del agua– y este le corría sobre los ojos. Después de unos quince minutos se sentía recuperada y empezaba a trabajar otra vez. A las once regresaba al hotel para bañarse, cambiarse de ropa y desayunar, luego de lo cual cosía y barnizaba las impresiones que había hecho el día anterior. Después almorzaba y charlaba por unos quince minutos, luego de lo cual regresaba a Bilbao para recoger el trabajo de la mañana que ya estaba seco. Explica que, si bien el monumento más grande estaba afuera de la plantación de la finca, todavía podía suceder que alguna vaca curiosa o un ave dañaran su trabajo. Para transportar los papeles secos, los colcaban sobre dos postes. Pancho sostenía los extremos delanteros y ella, los traseros. Caminaban así de regreso al hotel, lo cual divertía mucho a la gente que los veía pasar. En el camino tenían que atravesar la jungla, luego pasar por granjas pertenecientes a indígenas y finalmente por las calles del pueblo. Por la noche, Caecilie iba a la pensión a tomar un chocolate, donde la mayoría de las veces también encontraba a alguien con quien platicar. Finalmente, vencida por el cansancio, se retiraba a su habitación a dormir. Al final de esa carta expresa su alivio por que el clima no la esté afectando, ya que dos alemanes, a quienes únicamente identifica como J. y K., estaban padeciendo fiebres leves (Seler-Sachs, 1925: 194).

Los trabajos se estaban prolongando, por lo que Eduard viajó a Santa Lucía Cotzumalguapa con la intención de ayudar a Caecilie. Sin embargo, la fiebre que lo había estado aquejando regresó inmediatamente, por lo que tuvo que regresar a Guatemala lo antes posible (Seler-Sachs, 1925: 194). Después de terminar el monumento grande, Seler-Sachs tenía la intención de trabajar una segunda roca no muy grande en la que se podían ver dos figuras. Esta se encontraba en medio de la plantación de café, a unos cien pasos de la primera. Sin embargo, no pudo hacer un molde ni fotografiarla porque justo frente a ella había un arbusto de café que el administrador se negó a remover a pesar de que Seler-Sachs ofreció pagarle cinco veces el precio de la cosecha de la planta, y el dueño, don Sinforoso,

estaba en otra finca lejana, por lo que no se pudo comunicar directamente con él. Finalmente encontró una tercera piedra que sí logró fotografiar: era más pequeña, el relieve era más delicado y estaba más desgastado. También tenía una buena parte bajo tierra (Seler-Sachs, 1925: 194-195).

Además de Bilbao, Caecilie quería ir a otros sitios de los que le habían hablado: Patulul, Aguná, El Castillo y Potrero del Ídolo. Sin embargo, esto fue imposible. Por un lado, no tener un caballo resultó ser una gran limitación y por el otro, Pancho se mostraba renuente a ir a Aguná porque, según decía, allí había fiebre y el administrador del lugar había muerto recientemente. Seler-Sachs comenta que sospecha que se trataba de una historia que Pancho había inventado, admite que independientemente de la veracidad de sus palabras, el hecho era que no quería ir y eso finalmente hacía difícil que ella pudiera emprender esos viajes. Bajo tales circunstancias y considerando que el tiempo se le acababa, no le quedó más que cancelar todos los demás planes y regresar a Guatemala el 21 de febrero de 1897 (Seler-Sachs, 1925: 195).

3. Cobán

Otro de los lugares donde los Seler tenían previsto trabajar era Cobán, Alta Verapaz. No solo era un sitio sobre el cual ya se había escrito bastante (Seler-Sachs, 1925: 247-248) y en el que ya se habían hecho trabajos exitosos como los de Karl Sapper y Erwin Dieseldorff (Seler-Sachs, 1925: 239), sino que también contaban con los permisos de varios de sus compatriotas que residían allí para trabajar en sus propiedades, así como con recomendaciones con personas locales para ese propósito (Seler-Sachs, 1925: 239). Sin embargo, nada de esto les sirvió porque por primera vez en todo el viaje tanto Eduard como Caecilie se enfermaron: el cayó con culebrilla y ella, con una fuerte tos. Si bien sus enfermedades no eran graves, no les permitían trabajar y el médico que los atendió les prohibió cabalgar. Además, todos los trabajos que habían pensado hacer no se podían realizar por el clima lluvioso (Seler-Sachs, 1925: 248). La autora expresa de la siguiente manera su frustración con la situación:

«Ninguna parte de nuestro viaje fue tan infructuosa debido al clima desfavorable [y] a la enfermedad como nuestra estancia en Cobán, y era justo aquí donde estaban dadas las mejores condiciones previas para trabajar y tener éxito» (Seler-Sachs, 1925: 239).

Más adelante agrega que las condiciones habían sido tan desfavorables y lograron tan poco que muy bien podrían haber pasado de largo por el lugar: «[...] podríamos haber seguido cabalgando [después de llegar a Cobán] de no haber sido por la culebrilla» (Seler-Sachs, 1925: 248).

En el texto se mencionan tres actividades relacionadas a la arqueología que los Seler llevaron a cabo durante los catorce días que estuvieron en Cobán. Una de ellas fue ver la colección del señor

Dieseldorff, de la cual no se ofrece ningún detalle más allá del comentario de que los mantuvo ocupados por algunas horas (Seler-Sachs, 1925: 248). Otra fue la visita que hicieron a la finca Petet, propiedad del Sr. Pfetzer, quien les mostró un lugar justo en medio de su plantación donde el suelo estaba lleno de fragmentos, los cuales Seler-Sachs describe como burdos y sin significado. Finalmente, también visitaron la finca Zamac, propiedad de la familia Helmerich, donde vieron los cimientos de una pirámide que hubiera sido necesario excavar para poder estudiarla (Seler-Sachs, 1925: 250).

En el Archivo de Sitios de Shook se encuentra una ficha sobre el sitio Samac, el cual se encuentra a ocho kilómetros de Cobán, sobre la carretera hacia el aeropuerto. Shook indica que el sitio fue reportado por Seler en 1915 y antes de él, por Sapper en 1897. Agrega que otros nombres por los que se le conoce son Zamac y Chamak (s.f.: 44).

G. Colecciones

Además de documentar monumentos arqueológicos y en algunos casos recolectar piezas en los lugares anteriormente mencionados, los Seler también vieron varias colecciones; la mayoría de ellas, privadas. En algunos casos únicamente les fue permitido documentar los objetos; mientras que en otros, lograron comprar las colecciones completas o una parte de ellas. También hubo casos en los que recibieron colecciones o algunas piezas como regalo para el Museo de Berlín. Adicionalmente vieron lo que en ese entonces quedaba de la colección arqueológica del ya inexistente Museo Nacional. A continuación, se presenta la información encontrada al respecto en *AAWMG*.

1. Colecciones privadas

a. Colección Kanter

Tanto Gustav como Eduard Kanter tenían piezas arqueológicas en sus casas y en ambos casos estas provenían, según la información que les dieron a los Seler, del área de Chaculá; en especial de cuevas. Si bien la autora no hace una descripción detallada de la colección, sí da ciertas luces sobre la procedencia de al menos algunas de las piezas, ya que no deja claro si todo lo que tenían los Kanter venía de cuevas o no. También escribe sobre algunos de los tipos de piezas que había; específicamente figuras de piedra y vasijas de barro. Seler-Sachs describe lo que vieron cuando ella y su esposo llegaron a La Trinidad de la siguiente manera:

«Al entrar al vestíbulo y a la habitación, nuestro corazón saltó de alegría porque una majestuosa fila de figuras de piedra nos saludaba. Acerca las bellas y singulares vasijas de

barro, don Eduardo nos contó que venían de cuevas, pero que desafortunadamente estaban rotas. Sin embargo, encontraríamos más como ellas en Chaculá» (Seler-Sachs, 1925: 134).

Por su parte, Gustav Kanter también les habló sobre los hallazgos que hizo explorando las cuevas y cómo hizo llevar hasta su casa algunas de las piezas encontradas:

«Durante nuestra primera breve estancia, el señor Kanter no solo nos mostró las pirámides que se encontraban cerca del asentamiento, sino que también cabalgó con nosotros a las cuevas sobre las cuales su hijo ya nos había contado, aquellas cuevas cuyos habitantes de piedra nos saludaban desde las gradas de la casa de madera⁸⁹. [Recorrimos] dos horas por senderos de karst, luego caminamos a través de maleza, por un área en la que no había un camino definido⁹⁰ hasta [llegar a] la entrada [de las cuevas]. Allí vimos algunas cosas que hicieron que nuestro corazón latiera más rápido en anticipación del trabajo venidero. El señor Kanter nos contó sobre todo lo que encontró cuando entró a las cuevas por primera vez. Pero [según nos dijo], solo se seguía conservando lo que hizo que fuera llevado a la hacienda. Regaló una de las piezas principales de ese hallazgo, un espléndido incensario grande⁹¹, al Museo Etnográfico de Berlín, donde constituye un embellecimiento de la Colección Centroamericana» (Seler-Sachs, 1925: 206).

A diferencia de la descripción que Seler-Sachs hace de la Colección Alvarado, en la cual enumera los distintos tipos de objetos que la conforman, en este caso no da más información que la que aquí se ha presentado.

Sobre la colección arqueológica de Gustav Kanter, Villacorta y Villacorta explican que se formó durante los casi treinta años que Kanter se dedicó a explorar los túmulos y montículos que se encontraban en los terrenos de su hacienda y en los alrededores. Esta se encontraba resguardada en un museo arqueológico en la casa de la hacienda, el cual Villacorta describe como «el más completo y curioso que ha existido en Guatemala» y que fue destruido en 1915 «durante una de tantas alteraciones del orden público en las fronteras occidentales del país» (1927: 147). Asimismo, incluyen un artículo publicado por Lorenzo Castillo el 30 de julio de 1927 en el “Diario de Guatemala” No. 880, en el cual Castillo, que conoció personalmente la Colección Kanter, hace una descripción de esta y la ilustra con fotografías (Villacorta y Villacorta, 1927: 147-149). A continuación, se encuentra su descripción:

«Poseía entre muchas cosas lo siguiente: más de doscientos ídolos de piedra y de barro, algunos de los primeros de más de un metro de altura, con pedestales rectangulares grabados con jeroglíficos, que había logrado descifrar, reconstituyendo la historia de los primeros habitantes de aquellos lugares, aunque en una forma rudimentaria, y por similitud con la leyenda del Manuscrito de Chichicastenango, que hace descender a los primeros pobladores,

⁸⁹ La fotografía número 80 de AAWMG muestra una de estas figuras.

⁹⁰ La autora usa la expresión idiomática «*über Stock und Stein*», la cual da una idea de un camino en mal estado con raíces de árboles sobresaliendo de la tierra, o de atravesar un área en la que no hay un camino claramente establecido.

⁹¹ La fotografía número 81 de AAWMG muestra dicho incensario.

de cuatro hermanos, *Balam-Quitze*, *Balam-Akap*, *Majucutaj e Iquic-Balam*. Las efigies de estos progenitores las había encontrado juntas, del mismo tamaño, con jeroglíficos iguales seguidos de un signo diferente y en posiciones distintas, y como eran las más grandes de su colección, dedujo que representaban a los primitivos ascendientes de aquellas tribus. Los demás estaban perfectamente coleccionados, en relación a su importancia, y ocupaban un salón de regulares dimensiones en otro departamento y en vitrinas especiales guardaba colecciones de joyas, consistentes en collares, aretes, diademas y pulseras, adornadas con piedras finas que parecían esmeraldas, turquesas y topacios, pulidas a su modo; una colección de signos monetarios, como tabletas pizarrosas, pero metálicas y cuyo valor contaba por el número de ángulos que tenía cada una de las figuras geométricas, según explicaba el señor Kanter, fluctuando su tamaño entre dos y tres centímetros: pero lo más curioso entre lo que él llamaba joyas, era un pito de piedra verde, finamente pulido y horadado, como los de caña de carrizo que todavía usan los pastores, y con el cual se podían dar perfectamente las siete notas de la escala musical. Tenía un depósito de más de dos mil puntas de lanza y de flecha, fabricadas de obsidiana y multitud de vasijas de barro, con adornos, pinturas y formas caprichosas, pero curiosísimas, descollando entre ellas una olla con cuatro fases horadadas, en los ojos, nariz, boca y oídos, de tal manera dispuesta, que poniéndole por la noche un hachón de ocote encendido en su interior, aparecían cuatro fases infernales distintas, arrojando llamas y humo por todos los agujeros; habiéndole ocurrido experimentarla en aquella forma, por los vestigios de hollín que encontró en el interior al limpiarla, y deduciendo que los sacerdotes la usaran en sus ritos para amilanar a sus feligreses. Poseía, por último, una valiosísima colección de calaveras humanas, que había encontrado en un osario especial, perfectamente conservadas, por más que a algunas les asignaba el señor Kanter, una edad de cuatro mil años, por lo menos, fundándose en la configuración del cráneo, completamente achatado en la parte superior y deprimida la frente, como en los gorilas; después se iba notando la evolución sufrida con el apareamiento del frontal más amplio y los parietales globulares, señal de mayor inteligencia, teniéndolas en esa forma clasificadas. Contaba también el señor Kanter, que como a dos kilómetros de su habitación, había encontrado una gran piedra, labrada en su parte superior y esculpido con la mayor perfección un calendario parecido al azteca; que siendo imposible por su enorme peso trasladarlo a su casa, se había provisto de sierras finas para quitarle una plancha que lo contuviera, y colocarlo en la misma orientación, pues según había comprendido, podía estudiarse en él la revolución de los astros en relación con la tierra, y señalar las estaciones: desgraciadamente se desmoronó la piedra y no pudo lograrlo, extinguiéndose aquella importantísima reliquia.

Todos los objetos anteriormente descritos y muchos otros más fueron extraídos por el señor Kanter, de las ruinas Chaculá y principalmente de unas cuevas que descubrió al Norte de la hacienda en unas rocas inaccesibles por todos lados, menos por una laguna que llega hasta ellas, pero había que embarcarse en canoas y conocer perfectamente el terreno, porque las cuevas están muy bien disimuladas. Una de éstas servía de almacén de guerra y la otra más extensa, de templo o depósito sagrado, pues en ella encontró los ídolos principales y los esqueletos y calaveras que indudablemente pertenecían a la casa real de los fundadores. El señor Kanter tenía una Memoria detallada de todos sus descubrimientos y de sus estudios, en compañía de otros arqueólogos del Viejo Mundo, quienes tengo noticias que publicaron libros sobre las ruinas de Chaculá con fotograbados de lo más importante» (Tomado de Mac Donald Kanter, 2003 en Kanter vda. de Mahr, 2002: 147-149)⁹².

⁹² Este artículo también está reproducido y traducido al inglés en Seler, [1901] 2003: 16-17. Para más información sobre la Colección Kanter, véase la discusión de Weeks en Seler ([1901] 2003).

También se encuentra información sobre el museo de Kanter en Chaculá en otras fuentes, así como sobre su extensa biblioteca con libros sobre diversos temas como historia, geografía, ciencias naturales y viajes, con un énfasis especial en Guatemala y Chiapas (Kramer *et. al.* 2014: 23; Weeks en Seler, [1901] 2003: 16). Sobre la estancia de Eduard Seler en Chaculá durante su viaje con Caecilie por Guatemala, se explica:

«Su estancia en Chaculá, lo que vio y excavó y las cosas con las que lidió intelectualmente mientras estuvo allí, inspiraron a Seler ([1901] 2003) a producir una de sus mejores obras» (Kramer *et. al.*, 2014: 23).

Mac Donald Kanter relata, con base en lo que su madre, Adela Kanter Kobs, solía contarle, la salida de su abuelo de Guatemala durante el gobierno de Manuel Estrada Cabrera: en una ocasión, don Gustavo Kanter llegó a la ciudad de Guatemala para hablar con el presidente. A pesar de haber tenido una cita, no se le recibió, lo cual era algo usual. Después de esperar tres días en el jardín bajo el sol con las demás personas que querían hablar con el presidente, Kanter volvió a Chaculá, lo cual fue reportado a Estrada Cabrera por sus informantes. Cuando a don Gustavo se le informó que el presidente lo esperaba, este decidió no emprender el viaje de regreso a la capital. Esto disgustó a Estrada Cabrera, quien lo acusó de subversión y de organizar una invasión desde México pasando por su propiedad. A raíz de esto, toda la familia tuvo que huir a México. De acuerdo con lo que contaba la madre de Mac Donald Kanter, don Gustavo guardó todos sus objetos valiosos – como platos y vajillas de plata, ídolos y otras cosas – en costales y los escondió en El Cimarrón, lo que originó una leyenda sobre un supuesto «tesoro de los Kanter», el cual, al parecer, nadie ha logrado encontrar (Mac Donald Kanter, 2003 en Kanter vda. de Mahr, 2002: I-II).

Este acontecimiento también es mencionado por Kramer *et. al.*, el cual indican se dio en 1915 luego de que Kanter fuera acusado por las autoridades guatemaltecas de vender armas de fuego y de dar refugio en su propiedad a revolucionarios que peleaban por derrocar a Porfirio Díaz en México. Esto forzó a Kanter a huir a México para salvar su vida (2014: 24). Sobre lo que sucedió con el resto de la Colección Kanter, Daniel Schávelzon (1983) reporta que el ejército guatemalteco saqueó y quemó todo por orden del presidente Manuel Estrada Cabrera, con quien antes Kanter había mantenido relaciones cordiales. Los libros, continúa Schávelzon, fueron llevados al pueblo de Nentón para hacer cohetes y durante los varios meses que las tropas permanecieron en Chaculá, usaron muchas de las piezas arqueológicas de la colección de Kanter para hacer prácticas de tiro al blanco (1983).

b. Colección Alvarado

Seler-Sachs describe la colección de Manuel Alvarado como «magnífica» e indica que lo que la hizo aún más atractiva para ellos fue el hecho de que todas las piezas habían sido encontradas en la finca Pompeya, que era un área bastante limitada. Según lo registrado por la autora, algunas de las piezas de la colección se encontraron mientras se hacían trabajos agrícolas; y otras, por medio de excavaciones sistemáticas. Sobre la ubicación de la finca, indica que quedaba en la pendiente del volcán de Agua, sobre la pequeña ciudad cuyo nuevo nombre era Ciudad Vieja, donde los españoles habían fundado la ciudad de Santiago de los Caballeros que fue destruida por el agua que bajó del volcán.

En cuanto a la colección, escribe:

«Los objetos aquí acumulados son, por una parte, poderosas imágenes de piedra que casi se asemejan a esfinges en su postura; cabezas de esa singular y característica clase que muestran un rostro humano asomándose entre las fauces abiertas de un monstruo; un importante número de hachas de piedra, piedras de moler y distintas herramientas de piedra. Por otra parte, hay vasijas de barro como vasos de forma alargada; la mayoría sencillos; sin embargo, algunos hermosos y pintados de manera singular; sí, también había vasijas jeroglíficas entre ellas. Cuencos, objetos de barro más pequeños y una serie de esas pequeñas delicadezas – joyas, pequeños cuchillos y puntas de flecha bien conservados, amuletos, malacates y similares– que eran la alegría del coleccionista» (Seler-Sachs, 1925: 174).

Los Seler lograron adquirir la colección unos días antes de irse de Guatemala luego de muchas negociaciones para acordar el precio de esta (Seler-Sachs, 1925: 174, 269). Empacar la colección presentó otro reto para Caecilie. Una de las dificultades radicaba en que no había personas que la pudieran ayudar a empacar porque todos estaban en la fiesta de San Felipe. Además, no tenía suficientes cajas y no había material de embalaje. Finalmente recibió ayuda del Sr. Schumann, de la empresa Kraus, Schröder & Co (Seler-Sachs, 1925: 175). En total, la adquisición y el empaque de la colección tomaron ocho días (Seler-Sachs, 1925: 269).

No queda claro en el relato de Seler-Sachs si ella y su esposo estuvieron o no en la finca Pompeya. Si bien señala que estuvieron en la casa de Manuel Alvarado cerca de Antigua y de la cual incluye algunas descripciones, no menciona explícitamente que se tratara de la finca Pompeya, a diferencia de otras fincas en las que sí deja claro que estuvieron allí. Tampoco escribe nada sobre montículos, construcciones u otras cosas en los alrededores de la casa donde estuvieron. Por tal razón, la finca Pompeya no se incluyó en la sección sobre sitios arqueológicos visitados por los Seler. No obstante, a continuación, está lo que se encontró sobre esta en el Archivo Shook y el Diccionario Geográfico de Guatemala:

De acuerdo con Shook, la finca Pompeya es un sitio arqueológico que se encuentra en el departamento de Sacatepéquez, a dos kilómetros al este de Ciudad Vieja y a un kilómetro al suroeste de San Pedro Las Huertas. Entre las fuentes bibliográficas en las que se menciona el sitio incluye una publicación de Eduard Seler de 1915⁹³ y la obra *AAWMG* de Seler-Sachs (1925). No hay fuentes anteriores a los Seler. En la descripción, indica que Pompeya muestra una construcción típica del Clásico Tardío, con plataformas bajas y estructuras de tierra y piedra ubicadas de manera ordenada alrededor de plazas rectangulares. También reporta abundantes fragmentos de cerámica, así como de manos y metates. Indica que la mayoría del material cerámico pertenece a las fases amatle y pamplona del Clásico Tardío, y que muestras de objetos de cerámica y piedra fueron dados al Museo de Berlín, al Museo Americano de Historia Natural y al Museo Heye del Indio Americano por el señor Manuel Alvarado, quien en ese entonces era su propietario (s.f.: 1279).

La información que se encuentra en el Diccionario Geográfico es bastante similar a la de Shook. Además de lo arriba mencionado, indica que el sitio fue supuestamente visitado por los Seler a finales del XIX (en la fuente esto se está planteado como una suposición y no como un hecho seguro) y que el nombre del lugar se debe a que en esa época se encontraba en los terrenos de la finca Pompeya. Se explica que uno de los propietarios anteriores de dicha finca poseía una gran colección de cerámica, artefactos y esculturas de piedra que, se supone, fueron encontradas en parte en ese sitio arqueológico. Según esta fuente, parte de esa colección fue entregada a los tres museos ya mencionados por Shook, así como probablemente a otros museos y coleccionistas particulares. Se agrega que algunas piezas de la colección se pueden apreciar en ilustraciones de Seler y Shepard. Finalmente, indica que se cree que el sitio fue abandonado como centro urbano hacia el final del período Clásico o después de este y que la tierra fue aprovechada para fines agrícolas por los pueblos de los alrededores (Dirección General de Cartografía, 1961 b: 59).

c. Colección Herrera

Sobre la colección de la familia Herrera, Seler-Sachs indica que estaba resguardada en la finca Pantaleón. Nota que muchos viajeros anteriores ya habían visto y mencionado los objetos que formaban parte de esta y que estos ya habían sido descritos y fotografiados o dibujados en varias ocasiones; sin embargo, su número había aumentado considerablemente con el paso de los años porque todos los hallazgos de los alrededores de la propiedad, así como de Los Tarros y San Juan, se

⁹³ Habría que revisar esta publicación de Seler para verificar si en esta se aclara si estuvieron en la finca Pompeya o no.

habían reunido allí. La autora no da detalles sobre el tipo de piezas que conformaban la colección, pero sí describe la manera en la que estaban colocadas en el lugar:

«Las piezas están reunidas en una construcción piramidal; en medio se sembraron plantas y una fuente lanza un refrescante chorro frente al grupo hacia lo alto. Esto es indiscutiblemente muy bonito y pintoresco, pero desafortunadamente contribuye a una destrucción más rápida de las piedras» (Seler-Sachs, 1925: 184-185).

Si bien los Seler no pudieron adquirir la colección, sí documentaron algunas de las piezas. Caecilie explica que los propietarios no accedieron a vender nada porque su colección era motivo de orgullo y alegría para ellos, razón por la cual «tuvimos que conformarnos con copias en papel y fotografías» (Seler-Sachs, 1925: 173).

De acuerdo con el Archivo de Sitios de Shook, Pantaleón se encuentra en Escuintla, a una elevación de 335 metros. Se reportan quince esculturas de piedra con el estilo Cotzumalguapa del Clásico Tardío. Estas se encontraban en el patio de la finca, la cual se describe como una extensa plantación de caña de azúcar a cuatro kilómetros al este de Santa Lucía Cotzumalguapa. En la ficha se señala que, en 1937, el administrador de la finca indicó que todas las esculturas habían sido encontradas en un montículo lejos de la casa de la finca y que para cuando Shook hizo el registro (no se especifica ninguna fecha) los propietarios de la finca no reportaron ningún montículo en el terreno (s.f.: 296).

d. Colección Thom

Sobre la colección de Wilhelm Thom, Seler-Sachs escribe que se encontraba en la casa que su propietario tenía en el pueblo de Tecpán. La describe como una colección pequeña pero selectiva de antigüedades, la cual había hecho a lo largo de los años y que comprendía principalmente piezas de Tecpán y Amatitlán. Entre ellas, indica, había uno de los peculiares asientos de piedras de tres patas como los que habían visto en la región cafetalera a los pies del volcán de Fuego, así como en la colección de Manuel Alvarado en Antigua; algunas vasijas con púas provenientes del lago de Amatitlán a las que describe como sobresalientemente bellas y otras piezas interesantes sobre las cuales no da más detalles. La colección completa fue entregada a los Seler por su propietario como un regalo para el Museo Etnográfico de Berlín (Seler-Sachs, 1925: 236-237).

e. Colección Diesdeldorff

Sobre esta colección no se da ningún detalle más que la mención de que los Seler la vieron y que los mantuvo ocupados por algunas horas (Seler-Sachs, 1925: 248).

f. Colección Castañeda

Durante su estancia en Zacapa, los Seler adquirieron la colección del señor Brígido Castañeda, sobre la cual Seler-Sachs únicamente escribe que era pequeña y muy bonita. La colección fue comprada al dueño en su totalidad a excepción de una pieza: un pequeño relieve que este quiso conservar. En la página donde se encuentra esta información hay un dibujo de una pieza identificada como un «relieve de piedra de la colección Castañeda en Zacapa»; sin embargo, no se especifica si se trata del que los Seler no pudieron adquirir (Seler-Sachs, 1925: 257).

g. No identificados

Seler-Sachs también menciona que mientras estuvieron en la ciudad de Guatemala, adquirieron algunas de las piezas de las antigüedades que uno y otro de sus compatriotas habían llevado de sus fincas (Seler-Sachs, 1925: 167). No da más detalles al respecto.

2. Colecciones nacionales

a. Biblioteca Nacional

Entre los lugares visitados por los Seler durante el tiempo que estuvieron en la ciudad de Guatemala se encuentra la Biblioteca Nacional, la cual, de acuerdo con la autora, se encontraba en la planta baja del edificio de la Universidad y tenía bonitas y acogedoras salas de trabajo. El propósito de su visita era descubrir algo relacionado con «los archivos desaparecidos de Chiapas», dado que habían tenido noticias de que muchas cosas de San Cristóbal habían sido llevadas a Guatemala. No lograron encontrar nada de eso, pero sí «algunas cosas lingüísticas notables» (Seler-Sachs, 1925: 169) de las cuales la autora no da más detalles.

De acuerdo con el Diccionario Histórico Biográfico, el primer intento por organizar una biblioteca pública en la ciudad de Guatemala se dio en 1825 por orden de la Asamblea del Estado. Después se formó una biblioteca en la Academia de Estudios en la que se recibieron muchos folletos impresos procedentes de conventos suprimidos y otras bibliotecas privadas. Luego esta pasó a la Universidad de San Carlos. En 1879, la Sociedad Económica de Amigos del País, que tenía una biblioteca que funcionaba como parte del Museo Nacional de Guatemala, decidió convertirla en una sala pública de lectura. Al parecer, el propósito era transformar la sala de lectura en una Biblioteca Nacional como dependencia de la Secretaría de Instrucción Pública, pero la sede permaneció en la Sociedad Económica de Amigos del País. Fue organizada por Dámaso Micheo, contaba con 15,000 volúmenes y estaba dividida en cinco secciones: Medicina, Ciencias Fisicomatemáticas, Ciencias Jurídicas,

Humanidades y Miscelánea. Se inauguró oficialmente el 24 de junio de 1880. El 25 de abril de 1881 se suprimió por Acuerdo la Sociedad Económica de Amigos del País y sus funciones fueron absorbidas por varias Secretarías del Estado. El edificio de la Asociación pasó a ser utilizado por la Asamblea Legislativa y la Biblioteca Nacional fue trasladada al edificio que hasta entonces había estado usando la Asamblea, es decir, el antiguo Salón General Mayor de la Universidad (Fundación para la Cultura y el Desarrollo, 2004: 194).

b. Colección del Museo Nacional de Guatemala

Mientras estuvieron en la ciudad Guatemala, los Seler también visitaron la colección arqueológica que había formado parte del Museo Nacional. Tenían la esperanza de examinar más de cerca las piezas arqueológicas que habían visto en una exposición histórica en Madrid en 1892 en la cual de acuerdo con Seler-Sachs, Guatemala había sido representada de manera muy impresionante con una colección de antigüedades que después se había trasladado en su totalidad a Chicago. Supuestamente, continúa la autora, la colección se encontraba resguardada en ese momento en el Instituto, un extenso edificio que antes había sido el Colegio Jesuita (*Jesuitenkolleg*) y que contenía auditorios para las facultades de la Universidad, así como algunas colecciones. Dado que ya habían visto varias colecciones de antigüedades en el país, los Seler tenían la intención de volver a ver la que había estado en Madrid y «estudiarla con el doble de placer» (Seler-Sachs, 1925: 169). Después de varios intentos infructuosos, finalmente lograron encontrarse con el director de las colecciones, cuyo nombre Seler-Sachs no menciona, quien les informó sobre el destino de la colección:

«Al preguntarle sobre antigüedades, nos indicó que allí estaba la espada de Alvarado, y después de que finalmente logramos explicarle de manera comprensible qué era lo que deseábamos ver, obtuvimos la desconcertante respuesta: “¿Colección de antigüedades? Ya no hay, ¡se acabó!” Resulta que las cosas no volvieron a regresar de Chicago; se presumía que habían sido vendidas» (*Ibid.*).

Luego la autora hace una descripción de lo que en ese momento era la colección de antigüedades del Instituto, en la cual le es difícil ocultar su decepción y, quizás, su indignación:

«Todavía quedaban algunas esculturas defectuosas de Cobán, algunos de los característicos cuencos cubiertos con púas como los que se encuentran en el lago de Amatitlán y algunos trastos sin valor. Esa era la colección de antigüedades del Museo Nacional de Guatemala» (*Ibid.*).

De acuerdo con Oswaldo Chinchilla, luego de la disolución de la Sociedad Económica de Amigos del País en 1881, Justo Rufino Barrios transfirió sus funciones a un nuevo ministerio, utilizó el edificio que la había albergado para instalar la oficina de telégrafos, y la colección arqueológica del museo pasó al recientemente fundado Instituto Nacional para Varones. Esta creció bajo la dirección

del profesor alemán Edwin Rockstroh, quien enseñaba historia natural y matemáticas y que en 1881 hizo una expedición a comunidades lacandonas en el norte de Guatemala, de las cuales regresó con muestras de objetos de esos grupos. Asimismo, publicó informes de la expedición en periódicos locales (2016: 61, 64-65). En 1892, buena parte de la colección arqueológica fue enviada a la Exposición Histórico-americana en Madrid para conmemorar el cuarto centenario del viaje de Colón. Si bien existe un catálogo de dicha exposición en el que se enumeran 258 objetos –la mayoría de ellos eran piezas arqueológicas de cerámica y piedra y algunas otras de origen colonial– no hay ilustraciones de ellos. En 1893, la colección se trasladó a Chicago para exhibirla en la Exposición Colombina y, según lo reportado por los Seler, fue vendida en el extranjero. Al parecer, no todos los objetos se perdieron, ya que el Monumento 24 de Bilbao permaneció en Guatemala o regresó al país después de las exposiciones; sin embargo, las pérdidas fueron grandes y marcaron el fin del primer Museo Nacional (Chinchilla, 2016: 65-66).

c. Colecciones del Museo Etnográfico de Berlín

Además de la información sobre las colecciones que ella y su esposo vieron en Guatemala, Seler-Sachs escribe un poco sobre parte de las colecciones de antigüedades provenientes de Guatemala del Museo Etnográfico de Berlín. A la vez, menciona a algunas de las personas que hicieron posible que estas llegaran allí. Un ejemplo son las esculturas de Santa Lucía Cotzumalguapa, las cuales, señala Chinchilla, llamaron la atención de académicos extranjeros, en especial de Adolf Bastian, director del Museo Real Etnográfico de Berlín. A su solicitud, algunas de ellas fueron llevadas a Berlín en 1876-1886 (2016: 63). Como introducción al capítulo dedicado a Santa Lucía Cotzumalguapa en *AAWMG*, Seler-Sachs hace una descripción de la colección de piezas de dicho lugar que se encontraban en ese museo:

«En el patio del Museo Etnográfico de Berlín hay poderosas losas de piedra decoradas con espléndidas [y] enigmáticas representaciones en relieve; hay una gran pila de piedra para sacrificios⁹⁴ y otras peculiares imágenes de piedra: todas juntas son conocidas como “las piedras de Santa Lucía”, y el museo tiene todos los motivos para estar orgulloso de estas posesiones, cuya adquisición se logró gracias a la energía de su director, Adolf Bastian, y del activo apoyo que encontró durante el tiempo que estuvo en Guatemala en el enviado alemán von Bergen, el académico alemán Dr. Berendt y el ingeniero alemán Napp.

Estas piedras fueron descubiertas en los años cincuenta. A principio de los sesenta fueron por primera vez dibujadas, descritas y protegidas lo mejor que se pudo de la inminente destrucción, por un europeo: el médico austriaco, Dr. Habel. Pocos años antes habían sido descubiertas durante la siembra de una plantación de café, cuando el asentamiento de Santa Lucía Cozumalhuapa todavía era reciente, entre el pie del lado sur del volcán de Fuego y el

⁹⁴ «*ein großes, steinernes Opferbecken*»

Océano Pacífico. Unos cincuenta años después, Adolf Bastian las vio y las adquirió para el Museo de Berlín.

Sin embargo, no todas las piedras que Habel, Bastian y Berendt vieron en Santa Lucía vinieron a Europa y ellos por mucho tampoco lograron ver todas de las que les había contado. ¿Qué era más natural [entonces] que Santa Lucía nos atrajera de manera irresistible? Después de todo, habíamos emprendido el viaje de México a Guatemala en su búsqueda» (Seler-Sachs, 1925: 176-177).

En una nota al pie agrega que una de estas piedras se perdió mientras se le estaba sacando del país:

«Lamentablemente, una se ha perdido para siempre: cuando estaba siendo cargada en la rada de San José, la cuerda se rompió y [la piedra] se hundió en la marea. Únicamente la conocemos por un dibujo de Berendt» (Seler-Sachs, 1925: 177).

Por otro lado, en el capítulo sobre sus viajes por el norte y el oriente de Guatemala, Seler-Sachs escribe un poco sobre la colección de piezas provenientes de Alta Verapaz del museo. Indica que hacía apenas unos años, las zonas boscosas de Alta Verapaz eran un territorio casi desconocido en términos de la arqueología.

«Fue a través de los dedicados y exitosos trabajos del Dr. Karl Sapper y Erwin Dieseldorff que se empezó a ver la luz en la oscuridad y fue también a través de estos dos señores que una serie de singulares piezas llegó al Museo Etnográfico de Berlín» (Seler-Sachs, 1925: 239).

H. Montículos, construcciones y piezas encontradas en el camino

Además del trabajo relacionado a la recolección de antigüedades, Seler-Sachs describe distintos lugares en los que, mientras pasaban, notaron la presencia de montículos que consideraron que podrían ser construcciones prehispánicas, como en el pueblo de San Andrés. Por este lugar pasaron en su camino de Nentón a Jacaltenango; allí vieron los cimientos de una antigua pirámide y sobre ellos, una humilde finca (Seler-Sachs, 1925: 139). También reporta haber visto montículos en un trecho entre Santa Lucía Cotzumalguapa y Escuintla que recorrieron en tren:

«Aquí y allá se ven montículos que tienen toda la apariencia de ser artificiales, y también mucho se ha encontrado desde la construcción del ferrocarril» (Seler-Sachs, 1925: 186).

En el altiplano, camino del aserradero Santa Elena para el pueblo de Tecpán, notaron unos túmulos, los cuales la autora identifica como los restos del antiguo sitio de Iximché (Seler-Sachs, 1925: 236). Luego, en el recorrido del molino Helvetia a Chimaltenango, reporta haber visto un grupo de cerros artificiales cubiertos de maleza en cuya cercanía anteriormente se habían encontrado muchos objetos (Seler-Sachs, 1925: 237). Por otro lado, cuenta que cuando se dirigían de Salamá hacia al este después de haber estado en Cobán, vieron algunos montículos en medio del valle, sobre los cuales imagina que hubo fortificaciones en tiempos antiguos (Seler-Sachs, 1925: 253). Puede ser que lo que vieron

haya sido el sitio que Shook tiene registrado en su archivo como San Jerónimo o El Portón⁹⁵, el cual se ubica en un valle árido a dos kilómetros al oeste de San Jerónimo. Este sitio fue reportado por Habel en 1879, Maudslay en 1899 y Sapper en 1897 (s.f.: 68).

En algunos lugares también encontraron antigüedades. El primer lugar en Guatemala en el que vieron una piedra tallada fue en la finca Gracias a Dios, el día que entraron al país. Selser-Sachs la describe de la siguiente manera:

«En el patio, sobre un cimiento de piedra que soportaba una gran cruz de madera, había una piedra cuadrada de tamaño moderado en cuya parte inferior había un agujero en forma de cruz. Los cuatro lados estaban adornados con relieves. Los dos lados largos mostraban vistas frontales de un rostro solar; los dos [lados] cortos [lo mostraban] de perfil. El espacio restante estaba lleno de decoraciones con zarcillos⁹⁶, entre las cuales se podían ver las redondas perlas que significan números en las pictografías mexicanas» (Selser-Sachs, 1925: 132-133).

Shook indica que el sitio Gracias a Dios se encuentra en Nentón, Huehuetenango y que una piedra cuadrada con los lados tallados proviene de allí. En la bibliografía sobre el sitio menciona a Selser como el reporte más temprano en 1901 (s.f.: 534).

Sobre el área de Antigua y el camino a la costa, Selser-Sachs reporta que se sorprendieron al notar que los objetos grandes de piedra que encontraron a lo largo de su recorrido tenían absolutamente el carácter de las esculturas de Santa Lucía Cotzumalguapa (Selser-Sachs, 1925: 173). Sin embargo, aclara que no vieron muchos. En el área de Escuintla menciona varias propiedades en las que hicieron algunos hallazgos. Uno de ellos consistió en dos piedras grandes y toscas que encontraron al borde del patio de secado de la finca San Andrés Osuna. Estaban trabajadas muy crudamente y representaban sapos. En la veranda de la casa encontraron otra piedra, también de elaboración cruda, que representaba una cabeza de mono (Selser-Sachs, 1925: 182). Sobre San Andrés Osuna, Shook indica que se encuentra a una elevación de 740 metros. Cita el trabajo de Thompson (1948), en el cual se reportan monumentos esculpidos de estilo Cotzumalguapa y posiblemente Iztapa, así como varios montículos en el terreno de la hacienda, la cual era una plantación de café en la pendiente sur del volcán de Fuego a aproximadamente 15 kilómetros de Santa Lucía Cotzumalguapa (s.f.: 328).

De acuerdo con Wagner, la finca San Andrés Osuna pertenecía a la Compañía de Plantaciones Osuna-Rochela, constituida en Hamburgo el 26 de octubre de 1895. Dicha compañía también compró la finca La Rochela. Estas propiedades sumaban un total de 100 caballerías y fueron adquiridas por tres millones de marcos. Las propiedades estaban separadas por un hondo barranco lleno de jungla

⁹⁵ Carlos Alvarado Galindo, arqueólogo, comunicación personal (2018).

⁹⁶ *Rankenwerk*

en las laderas del volcán de Fuego. El café en cereza que se cosechaba en La Rochela era enviado al beneficio que se encontraba en San Andrés Osuna por medio de un canal de cemento de varios kilómetros de longitud, impulsado por una corriente de agua. Inicialmente, la administración de las propiedades estuvo a cargo de Federico Keller y después de 1900, de Ernesto Schoenstedt (1996: 153-154).

Seler-Sachs también escribe algunas líneas sobre las ruinas de la iglesia colonial de San Juan Perdido, las cuales ella y su esposo vieron mientras se dirigían a Santa Lucía Cotzumalguapa. La autora interpreta el estado en el que se encontraban las ruinas como evidencia de lo rápido que los asentamientos humanos se desvanecen en los bosques tropicales. Agrega que no es de sorprenderse que no se supiera quiénes construyeron el lugar; más bien considera que siquiera haber encontrado algún rastro de este debe ser motivo de alegría, ya que, si el hombre no protege constantemente lo que construye de los embates de la naturaleza, su trabajo será borrado, engullido por el bosque tropical que odia la obra del hombre. También imagina que el lugar debe de haber estado muy poblado durante la colonia como para haber ameritado una iglesia tan importante como esa (Seler-Sachs, 1925: 184). Las ruinas de San Juan Perdido también están incluidas en el Archivo de Sitios Arqueológicos de Shook, en el cual se indica que se encuentran en el departamento de Escuintla a una elevación de 600 metros. Se les describe como las ruinas de una iglesia y un pueblo de la época colonial que se encuentran a unos siete kilómetros al noreste de Santa Lucía Cotzumalguapa y a dos kilómetros al suroeste de la finca Los Tarros. Como fuente se cita a Thompson (1948) (Shook, s.f.: 343).

Otro de los lugares mencionados por Seler-Sachs es la finca Los Diamantes, donde encontraron una escultura a la cual describe como una imagen de piedra de mala calidad que parecía un mono y cuyo lugar de procedencia no era seguro. Shook menciona un sitio ubicado en la finca Los Diamantes, a una elevación aproximada de 800 metros y a más o menos diez kilómetros al noreste de Santa Lucía Cotzumalguapa. Como fuente menciona el mapa de Tulane de 1940 (s.f.: 236). Por otro lado, Seler-Sachs reporta que en la finca Chuchú vieron, entre otras cosas, dos «asientos de piedra trípodes»⁹⁷ los que asegura, no eran muy comunes. No obstante, indica que lograron adquirir algunos como parte de las colecciones de los señores Alvarado y Thom respectivamente (Seler-Sachs, 1925: 182).

La hacienda Los Tarros también fue visitada por los Seler. Allí vieron una gran fuente donde bebían los animales, la cual consideraban que se había hecho usando las piedras de unas construcciones antiguas que habían sido reportadas por Habel. La autora indica que su conclusión se basa en que en

⁹⁷En la página 183 de la obra de Seler-Sachs hay un dibujo de una pieza de este tipo; sin embargo, no se indica su lugar de origen.

ese lugar no era frecuente encontrar piedras y agrega que, si bien el sitio era conocido porque en él se podían ver muchas antigüedades, para cuando ellos llegaron ya no había nada porque todo había sido trasladado a Pantaleón. Lo único que quedaba era un bonito recipiente de barro que no les quisieron vender. Sin embargo, adquirieron algunas piezas similares con la colección Alvarado (Seler-Sachs, 1925: 183). Por su parte, Shook señala que la finca Los Tarros se encuentra a una elevación de 800 metros, a nueve kilómetros de Santa Lucía Cotzumalguapa y que de dicho sitio se reportaron montículos y dos esculturas de piedra. Asimismo, menciona un reporte de Thompson en 1948 de una escultura en forma de animal y otra en forma de cabeza de loro –ambas del estilo escultórico Cotzumalguapa– que estaban machihembradas a una pared en la casa de la finca (s.f.: 368).

En el área de Sacatepéquez, Seler-Sachs indica haber visto grandes cabezas de piedra en la finca El Portal a los pies del volcán de Fuego, así como en el molino Los Pastores en la carretera hacia Chimaltenango (Seler-Sachs, 1925: 174). Sobre El Portal, Shook escribe que se trata de un sitio ubicado en la finca del mismo nombre, la cual se encuentra al noroeste de Antigua y a dos kilómetros al oeste de Jocotenango. Según este registro, Eisen reportó este sitio en 1888 y Pollack en 1937. De acuerdo con Shook, este último menciona en sus notas de campo que había tres montículos sobre una colina al noroeste de la casa de la finca y once piezas de esculturas de piedra alrededor de la casa (s.f.: 1281). En cuanto al sitio en Los Pastores, indica que se encuentra a un kilómetro al este de la finca y el pueblo de Pastores. En la descripción de este, menciona que tiene al menos un montículo sobre un promontorio viendo hacia el valle de Antigua y que la casa de la finca Pastores tiene varias esculturas grandes que fueron reportadas por Seler-Sachs en 1925 y Thompson en 1948 (s.f.: 1276).

Al describir sus viajes por el noreste y este del país, Seler-Sachs escribe sobre su búsqueda de dos monumentos de los que habían escuchado pero que no lograron encontrar: se trataba de las piedras “Sol” y “Luna”, como se les conocía respectivamente, que se encontraban en un lugar llamado Trapiche Grande, el cual quedaba a un poco más de una milla alemana de Chiquín –que actualmente es una aldea en el municipio de Chuarrancho, Guatemala– en dirección a Salamá. De acuerdo con la autora, había un hombre en Trapiche Grande que, según les habían dicho, les podía indicar cómo encontrarlas. Sin embargo, los Seler lo encontraron «totalmente intoxicado». Además, les dio información «poco motivadora y bastante confusa», por lo que intentaron encontrar, sin éxito, a alguien más que los guiara. Finalmente decidieron continuar con su camino (Seler-Sachs, 1925: 242-243). En el registro de sitios de Shook se encuentra uno identificado como Trapiche Grande, ubicado en el municipio de Chuarrancho, al noreste. La única fuente mencionada son las notas de campo de Shook (1944), quien indica que no encontró ruinas, pero sí una fuente de piedras similares al jade (s.f.: 485).

Sobre Esquipulas, Seler-Sachs escribe que no encontraron antigüedades y que tampoco tenían conocimiento de que las hubiera en ese lugar; sin embargo, vieron lo que la autora describe como una antigua figura de piedra en forma de un jaguar erguido. Esta se encontraba en un pilar del puente que atravesaba un pequeño río en el curso de la Calle Real y representaba, según su descripción, al “hombre tigre” que se encuentra en los antiguos códices mexicanos. Al parecer había sido llevada allí desde Copán (Seler-Sachs, 1925: 265). Por su parte, Shook menciona en su registro la presencia de varias esculturas de piedra en el puente del pueblo de Esquipulas, las cuales indica que provenían de Copán. Agrega que Pollock cuestiona que las esculturas sean de Copán y sugiere que el origen de estas es un sitio cercano; y que Rafael Girard recolectó una muestra de cerámica (la cual era en su mayoría de la fase miraflores) de un montículo y de la ribera cerca del puente. Entre las fuentes bibliográficas incluidas en el registro se encuentran Habel en 1879 y el mapa de Sapper de 1897 (Shook, s.f.: 170).

Durante sus viajes, los Seler también encontraron piezas y fragmentos a flor de tierra. Seler-Sachs reporta un hallazgo de este tipo en los alrededores de la ciudad de Guatemala:

«Del interminable y polvoriento suburbio en el Sudoeste de la capital, el camino lleva a un largo trecho sobre la planicie. En este tramo saltó a nuestra vista la cantidad de fragmentos, pequeñas cuchillas [y] puntas de flecha de obsidiana que se ven en la tierra. Al parecer, aquí existieron vastos asentamientos» (Seler-Sachs, 1925: 171).

I. Visitas a sitios arqueológicos

Eduard y Caecilie Seler visitaron algunos sitios arqueológicos como Quiriguá, Copán (Honduras) y unas ruinas cerca de «San Agostin Acazaguastan». Sobre estas últimas, Seler-Sachs escribe:

«Son montículos elevados bastante poco sofisticados, de los que no se pudo obtener una imagen correcta de su ordenamiento, pero que se extendían en cierta expansión. En excavaciones llevadas a cabo hace algún tiempo, no mucho salió a luz y en todo caso, ya nada más existía. Pero la entrada triangular que se había expuesto se mostraba bien preservada» (Seler-Sachs, 1925: 254).

Dado que no se dan más detalles sobre la ubicación o el nombre del lugar, no fue posible buscar más información sobre este en el Archivo de Sitios de Shook.

Sobre Quiriguá y Copán, la autora explica que trabajar en sitios como esos había sido algo imposible para ellos desde el inicio porque era algo que requería de una expedición grande durante otra época del año. Además, ya se estaba haciendo bastante con los trabajos del inglés Maudslay en Quiriguá y a través del Museo Peabody en Boston, cuyos representantes trabajaron por muchos años en Copán durante los meses secos (Seler-Sachs, 1925: 252). Así, para los Seler, la razón para hacer

estas visitas no era más que el deseo de ver en persona los lugares y monumentos que únicamente habían podido conocer a través de descripciones e imágenes. Tenían la esperanza de alcanzar una mejor comprensión de ellos al examinarlos en su contexto original.

«Conocemos todas las creaciones de la antigüedad clásica sin jamás haber salido de los muros de nuestro hogar; en imágenes y moldes las vemos en los museos desde la infancia, en vitrinas, en nuestras cuatro paredes. Y, sin embargo, cuando una amigable fortuna nos lleva a las originales, nos maravillamos de ellas como [ante] una revelación. Y esto va todavía más para los edificios y monumentos, que nos hablan de manera muy distinta en su entorno que sus reproducciones en las galerías, donde no tienen ninguna conexión con todos los objetos extraños su alrededor; donde se encuentran como una frase arrancada de un discurso coherente. Lo que podemos aprender de ellos también nos lo dicen los moldes en los museos, las imágenes en las librerías. Pero en el lugar donde fueron puestas hace siglos, allí nos hablan en todavía otro nuevo lenguaje» (Seler-Sachs, 1925: 252).

Shook indica que Quiriguá se encuentra en la ribera norte del río Motagua, a cuatro kilómetros del pueblo de Quiriguá y menciona dos fuentes bibliográficas del siglo XIX: Stephens en 1841 y Maudslay en 1899 (s.f.: 632).

Por su parte, Seler-Sachs escribe que cuando ella y su esposo llegaron al sitio, lo primero que vieron fue un motículo cubierto de maleza y un poco más adelante, la estela E:

«...unos pocos pasos más adelante nos encontramos ante el primer y más imponente de esos magníficos monolitos que obligan a la admiración: es la estela erguida a la que Maudsley [sic.] se refiere como E» (Seler-Sachs, 1925: 258).

Luego hace la siguiente descripción del sitio:

«Lo que hay en Quiriguá de ruinas propiamente dichas, es decir construcciones antiguas, escapa la vista de los visitantes fugaces porque están cubiertas por una espesa vegetación selvática. Son las maravillosas piedras cubiertas con esculturas que dan a Quiriguá su fama y que atraen y cautivan a los viajeros. Algunas están allí bien limpias, otras se han vuelto a cubrir con una densa y aterciopelada capa de musgo desde que Maudsley tomó impresiones de ellas, lo que dificulta reconocer sus formas con exactitud. A través de la infinita abundancia de figuras, decoraciones, singulares despliegues y arabescos sobre imponentes piedras, estas esculturas mayas dan la impresión de [un estilo] barroco, mientras que las obras escultóricas mexicanas traen a la memoria el Renacimiento, como por ejemplo los relieves de Santa Lucía a través de ornamentos de zarcillos ricamente usados. Una y otra vez, sin embargo, nos encontramos asombrados ante los logros de una cultura que pudo crear cosas como estas a pesar de que el acero le era desconocido.

Hay algo de fabuloso en ver estos bellos acertijos de piedra en esta selva mágica con su abundancia de formas cautivadoras y opresivas. En ningún otro lugar he sentido tan vívidamente el encanto fascinante de lo misterioso, como mundos sumergidos ante este mudo testigo en medio de este exuberante mundo vegetal. Aquí la naturaleza y el trabajo del hombre encajan como uno solo: uno no podría imaginar un entorno más apropiado para estos monumentos, [ni] mejor adorno para esta selva tropical. Uno levanta al otro y le permite mostrarse en toda su belleza y esplendor. Pensaba estar envuelta en un sueño y cada vez la

separación me era difícil. Desafortunadamente, la fiebre también acecha aquí; eso lo tuvieron que experimentar todos los que estuvieron obligados a una estadía prolongada debido a sus labores» (Seler-Sachs, 1925: 258-259).

Los Seler tomaron dos días para ver el sitio, y si bien habían pensado en dedicarle uno más, ya no pudieron hacerlo debido a las lluvias (Seler-Sachs, 1925: 258-259). En la fotografía número 93 en *AAWMG* puede apreciarse una vista del lado este de la estela D de Quiriguá en medio de la vegetación del sitio, con Eduard Seler parado frente a ella.

Seler-Sachs menciona además algunos sitios importantes que tenían planeado visitar pero que finalmente ya no lograron ver. Uno de ellos es Uatlán, sobre el cual escribe:

«Uatlán era un lugar extraordinariamente fortificado, protegido por todos lados por las empinadas paredes de desfiladeros [y] solo se podía llegar a él con dificultad por caminos rocosos. La población vivía dispersa en la amplia y fértil área y fue reunida por los españoles en la ciudad recién fundada que hoy en día está habitada por ladinos, mientras que los indios se asentaron en el pueblo de Quiché» (Seler-Sachs, 1925: 150).

En el registro del Archivo de Sitios de Shook se indica que el nombre del sitio es Uatlán o K'umarcaaj y se mencionan las siguientes fuentes bibliográficas en las que se menciona el sitio antes de la llegada de los Seler a Guatemala: de Torquemada (1723), Juárez (1808), Gálvez (1834), Stephens (1841), de Paula García Peláez (1852), Bancroft (1882), Bastian (1882), Brinton (1885), Stoll (1886), Maudslay (1889), Brine (1894) y Sapper (1895). En la lista también se encuentra Seler (1901) (Shook: s.f.: 1120).

En cuanto a Zaculeu, Seler-Sachs escribe:

«Hoy en día no queda mucho más que algunas pirámides medio destruidas y algunas elevaciones como paredes, cuyos muros inclinados, construidos con piedras labradas, están cubiertos con una lisa capa de estuco que anteriormente fue de color rojo. Maleza crece sobre las pirámides; las piedras lisas y las labradas han servido en gran parte como un oportuno material para la construcción de la alta torre de la Jefatura. Lo que hoy en día todavía es como cuando tantos valientes dieron sus vidas por una causa perdida es la ubicación de esta fortaleza, que también la hizo inexpugnable para los españoles. Con perspicacia digna de admiración, los indios antiguos supieron cómo encontrar por todas partes aquellos lugares que por su ubicación facilitaban su defensa [...]. Esto es cierto en el caso de Zaculeu: se encuentra al borde de una pequeña planicie atravesada por arroyos, entre el río y una barranca profundamente desgarrada. Ya ahora, al comienzo de la temporada de lluvias, el camino se introducía parcialmente en el agua. ¡Lo que habrán sufrido los españoles que sitiaron Zaculeu de julio a octubre!» (Seler-Sachs, 1925: 204).

Entre las fuentes bibliográficas sobre el sitio listadas por Shook, las siguientes se publicaron antes del viaje de los Seler por Guatemala: Fuentes y Guzmán (1882), Stephens (1842) y Sapper (1895 y

mapa de 1897). Al igual que en el registro de Uatatlán, Seler (1901) también está mencionado (Shook, s.f.: 608).

Como puede notarse, ambos sitios eran bastante conocidos antes de la llegada de los Seler a Guatemala y habían sido reportados por varias fuentes incluyendo documentos indígenas sobre los cuales ya se había publicado, como los Anales de los Kaqchikeles en el caso de Uatatlán, el cual Shook incluye en su lista bibliográfica bajo el nombre de Brinton (1885), por lo que tiene sentido que hayan estado en la lista de lugares que los Seler deseaban visitar durante su estancia en el país.

J. Información etnográfica

Además de la recolección y documentación de antigüedades, Seler-Sachs también se interesó por otros aspectos de su viaje, entre ellos las personas con las que ella y su esposo interactuaron; las distintas culturas, idiomas, costumbres y creencias que encontraron y presenciaron; los lugares por los que pasaron (y en algunos casos, su historia), así como algunos eventos y situaciones que se estaban dando a cabo mientras estuvieron en el país. Si bien no es posible decir que Seler-Sachs hizo una etnografía de Guatemala –de hecho, esa tampoco era su intención– sí incluye en su obra bastante información de carácter etnográfico que da al lector una idea de cómo eran los lugares y las personas que ella vio y conoció, así como del ambiente que se vivía en el país en esa época. A continuación, se encuentran algunos ejemplos.

1. Situación política, social, infraestructura

Los gobiernos liberales en Guatemala se extendieron por 73 años, período que abarca las últimas tres décadas del siglo XIX y más de cuatro del siguiente. Después del derrocamiento del presidente Vicente Cerna, ascendió al poder Miguel García Granados (1871-1873), quien inmediatamente promovió reformas en lo económico, religioso, social, político y cultural. Si bien algunos procesos de modernización ya habían iniciado a finales del período conservador, estos se aceleraron y profundizaron durante el liberal. Su objetivo era facilitar y aumentar el cultivo del café como producto de exportación, apoyar las inversiones extranjeras en proyectos de infraestructura de transporte y puertos, y más adelante, en la generación de electricidad (Luján Muñoz, 2011: 235). Para acelerar el desarrollo de la infraestructura, en 1871 se suprimió el Consulado de Comercio, el cual no apoyaba los intereses cafetaleros, y se creó el Ministerio de Fomento. Los extranjeros, en especial los alemanes, aportaron capital y tecnología (Luján Muñoz, 2011: 243-244).

Los Seler llegaron a Guatemala durante el período liberal; específicamente durante el gobierno de José María Reina Barrios (1892-1898), sobrino de Justo Rufino Barrios (1873-1885), quien sucedió

a Manuel Lisandro Barillas. Este último asumió la presidencia después de Justo Rufino Barrios y gobernó de 1885 a 1892. El gobierno de Reina Barrios se caracterizó por su intento de dar atributos modernos a Guatemala, en especial a la ciudad capital. Sin embargo, esto solo se logró de manera superficial. Por otro lado, continuó con la construcción del Ferrocarril del Norte, con el cual se pretendía comunicar el Caribe con la ciudad de Guatemala. Este llegó a Zacapa en 1896 y a El Rancho al año siguiente. Después de eso, el proyecto se detuvo. Con el objetivo de prorrogar su mandato, Reina Barrios disolvió la Asamblea Legislativa, lo que provocó descontento entre algunos aspirantes a la presidencia y produjo invasiones y rebeliones en San Marcos, Quetzaltenango y en la región de Oriente. Si bien todas fueron reprimidas, Reina Barrios fue asesinado por Oscar Zollinger el 8 de febrero de 1898 (Luján Muñoz, 2011: 236, 247; Contreras, 1995: 189).

A lo largo de *AAWMG*, Caecilie menciona situaciones y acontecimientos que dan una idea del ambiente que se vivía mientras ella y Eduard estuvieron en el país. Entre ellos hay algunos eventos importantes, como la construcción del ferrocarril y la Exposición Centroamericana. También escribe un poco sobre el entonces presidente, José María Reina Barrios y su gobierno. Si bien no emite una opinión sobre todos estos asuntos, en ciertos casos sí lo hace. En algunas de sus descripciones, hace alusión a los gobiernos autoritarios y violentos por los que Guatemala había pasado hasta ese entonces, aunque no los discute a profundidad. Un ejemplo se encuentra en un pasaje sobre un fuerte por el que pasaron después de dejar Mixco, poco antes de llegar a la ciudad capital.

«Quedaba un trecho más sobre una ancha y polvorienta carretera a través del suburbio sur, pasando por el fuerte que con sus sillares pintados parece un juguete de feria navideña que seguramente no podría parecer peligroso a ningún enemigo que esté atacándolo desde afuera. Pero a algunos infelices, el odio y el miedo de gobernantes del tipo de Rufino Barrios los han hecho fusilar o golpear hasta la muerte detrás de este infantil muro» (Seler-Sachs, 1925: 157).

Por otro lado, indica que el costo de la vida en la ciudad capital era alto. A la vez, nota que una persona podía vivir allí de forma casi totalmente europea si estaba dispuesta a gastar el dinero necesario para lograrlo. Considera que es posible que las condiciones desfavorables de la plata mientras estuvieron en el país hubieran estado influyendo en el alza de los precios, ya que en el extranjero los precios de las mercancías se calculaban en base al valor del oro mientras que el de la plata disminuía día a día. El “cambio” y las próximas elecciones presidenciales en Estados Unidos eran dos cuestiones que estaban causalmente relacionadas y que eran los constantes temas de conversación en todos los círculos (Seler-Sachs, 1925: 166)

Sobre el presidente José María Reina Barrios y su gobierno, escribe:

«No era uno de los peores que se han sentado en una silla presidencial centroamericana. Si bien también pensaba en su propio beneficio, estaba empeñado en servir a su país y tenía interés por diversas cosas» (1925: 162-163).

Sobre la primera dama, menciona que era una mujer del sur de Estados Unidos que derrochaba cantidades considerables de dinero en maquillaje y tintes para el cabello y que, según se decía, no gozaba de especial popularidad con el pueblo ni con su marido (Seler- Sachs, 1925: 167). Explica que las aficiones de Reina Barrios eran el embellecimiento de la ciudad capital y el ejército. Cuenta que cuando ella y su esposo estuvieron en Ciudad de Guatemala, el Palacio Presidencial estaba casi terminado; no obstante, no sabe si el presidente alguna vez logró ver la obra finalizada, ya que pocos años después fue asesinado luego de haber vencido en una guerra civil⁹⁸ (Seler-Sachs, 1925: 162-163).

En cuanto a los esfuerzos gubernamentales dirigidos a mejorar la apariencia de la capital, la autora destaca, en un tono un tanto irónico, cómo el presidente usaba los proyectos de embellecimiento y acciones supuestamente dirigidas al progreso del país para favorecer a ciertas empresas:

«Para el momento de nuestra estancia, el presidente operaba sus deseos de embellecimiento [de la ciudad capital] con la renovación del pavimento de las aceras, incluso en partes donde todavía estaba muy bien y útil. De hecho, le importaba mucho, con la preocupación de un padre de la nación, la prosperidad de una empresa de sociedad anónima con la que estaba vinculado y que se dedicaba a la fabricación de piedra artificial. También [le preocupaba] el florecimiento de una fábrica de calzado recientemente fundada bajo su protectorado, por la que se emitió un decreto según el cual todos los hombres de la república tenían que usar botas para ser reconocidos como ciudadanos con plenos derechos. No sé cómo reaccionaron los indios ante este decreto, solo puedo asegurar que todavía hay descalzos» (Seler-Sachs, 1925: 163).

La idea de que era necesario “civilizar” a la población indígena no era nada nuevo en esa época; de hecho, era un tema que se venía discutiendo desde los tiempos de la colonia española (Contreras, 1995: 190). Específicamente durante el gobierno de Reina Barrios hubo un concurso para premiar la mejor obra escrita en torno al tema de la civilización de los indígenas y en 1893 se llevó a cabo un Congreso Centroamericano de Pedagogía, entre cuyos temas se discutió cuál podría ser la forma más eficaz de civilizar a los indígenas en el sentido de inculcarles ideas de progreso (Contreras, 1995: 188). Seler-Sachs también menciona estos “esfuerzos civilizatorios” en su obra e incluye algunas descripciones con relación a estos, generalmente en un tono negativo. Entre ellas hay un pasaje en torno a la educación pública, sobre la cual Seler-Sachs comenta que tanto ella como su esposo se sorprendieron al ver que en cada pueblo grande había una escuela con un profesor para los niños y una

⁹⁸ Probablemente se esté refiriendo a las rebeliones que estallaron en Quetzaltenango y en el oriente del país en 1897 (Contreras, 1995: 189).

maestra para las niñas, lo cual era mucho más de lo que habían visto en México. A pesar de esto, no estaban convencidos de que el nivel de la educación pública de Guatemala superara al de México, principalmente porque los recursos de tiempo y dinero no se estaban usando de la mejor manera. Para ilustrar su punto, presenta dos ejemplos. El primero es sobre lo que vieron en Chiantla en cuanto al aprendizaje de lectoescritura en los niños del lugar:

«En Chiantla tuvimos la experiencia de que después de una enseñanza de cuatro años, los niños leían los [materiales] impresos de manera imperfecta y habían aprendido con dificultad a dibujar las letras de imprenta. Después de un tiempo, los más dotados lograron escribir su nombre.» (Seler-Sachs, 1925: 154)

El segundo ejemplo se refiere a lo que pudieron presenciar en una clase en Poaquil:

«En Poaquil tuvimos la oportunidad, mientras la profesora nos preparaba un desayuno, de escuchar un poco de las lecciones. Una multitud de lindos niños de ojos negros obedientemente se sentaron juntos en la clase, el maestro iba de vez en cuando y luchaba ocasionalmente por un cuarto de hora con el análisis gramatical de una oración usando las denominaciones académicas de sus partes ¡y esto ante niños que apenas empiezan a aprender español en la escuela, ya que en su casa solo hablan indígena!» (Seler-Sachs, 1925: 154)

Además, menciona cómo la falta de dinero afectaba estos esfuerzos: «... en cuanto [el dinero] se hace escaso, los profesores son los primeros a quienes se les deja de pagar su salario» (Seler-Sachs, 1925: 154). Finalmente, nota la poca pertinencia y utilidad de lo que los niños estaban aprendiendo:

«A las niñas siempre las vi únicamente en clases de trabajos manuales. Y aunque uno también pueda tener su propia opinión sobre la utilidad de los tejidos con abalorios y perlas en los pueblos de indios, siguen siendo más útiles que los análisis gramaticales» (Seler-Sachs, 1925: 154).

Seler-Sachs veía los esfuerzos por eliminar las expresiones culturales indígenas y sustituirlas por otras de carácter occidental más “civilizadas” como causantes de una terrible pérdida. Un ejemplo es la tristeza con la que se expresa al describir cómo sus mozos mexicanos, Turibio y Cornelio, cambiaron su vestimenta tradicional por una de estilo europeo apenas unos días después de haber llegado a la ciudad de Guatemala:

«Pero tal afán civilizatorio no deja de tener influencia sobre las almas sencillas. Después de apenas pocos días, nuestros dos morenos muchachos, Turibio y Cornelio, ya estaban irreconocibles: los bonitos sombreros mexicanos de ala ancha habían desaparecido, así como las cómodas sandalias y las holgadas camisas. En vez de eso, vestían con ropa europea que les tallaba mal y todavía esperaban que yo los halagara, mientras esto para mí era muy triste, ya que de nuevo me encontraba ante la pregunta de por qué tan frecuentemente la cultura y la fealdad están estrechamente vinculadas» (Seler-Sachs, 1925: 163).

Estas perspectivas contrastantes entre el valor que en Guatemala se le daba a lo extranjero por considerársele “más civilizado” y a lo que los Seler (y seguramente otros extranjeros) le conferían

más valor por ser parte de la cultura tradicional del país es un tema que se hace particularmente obvio cuando la autora escribe sobre la ciudad capital. El tema también vuelve a surgir más adelante en la obra, cuando ya estando de regreso en México, Selser-Sachs comenta que su esposo, ante la sorpresa de todas las personas, nunca había dejado de usar su sombrero mexicano mientras estuvieron en Guatemala (Selser-Sachs, 1925: 274-276).

Por otro lado, un tema que según Caecilie ocupaba la mente de toda la gente en el país era la Exposición Centroamericana, un evento en torno al cual había grandes expectativas, que finalmente no se llenaron:

«Se había determinado que el Paseo sería el área para la Exposición, esta exposición que en ese momento era el tema candente del día, de lo que se hablaba en todas partes, pero que después fracasó y trajo más de una pérdida en vez de las ganancias esperadas» (Selser-Sachs, 1925: 164).

Las elecciones presidenciales se acercaban, explica la autora, y Reina Barrios quería ser reelegido, así que la Exposición debía ayudarlo a hacer alianzas. Aclara que no sabe mucho sobre las cuestiones políticas y la historia del evento por lo que no discutirá esos temas, pero lo que sí sabe es que había toda clase de fantasiosas expectativas en torno a este y que se hablaba de la llegada de muchos extranjeros sin saber realmente de dónde vendrían. Este tipo de fantasías asegura, era algo que se creía por todo el país. Incluso se cambiaron, con motivo de la exposición, las tarifas arancelarias para bienes importados, lo cual afectó negativamente a las grandes casas de importación, las cuales estaban indignadas (*Ibid.*). Sobre la tan esperada inauguración de la Exposición escribe:

«La inauguración se dio con considerable pompa y ostentación, con la participación de todas las autoridades y diplomáticos extranjeros. Los oficiales de un buque de guerra alemán y otro estadounidense que anclaron en la rada de San José llegaron y ayudaron a la glorificación de la fiesta. Nosotros regresamos [a la ciudad de Guatemala] el día de la inauguración justo después de una larga ausencia y todavía fuimos testigos del alegre alboroto que había en la ciudad⁹⁹» (Selser-Sachs, 1925: 164-165).

Sin embargo, explica la autora, nunca vieron la Exposición, ya que el tiempo que les quedaba antes de partir estuvo ocupado con viajes, enfermedad y trabajo. Además, luego de la inauguración apenas

⁹⁹ Este dato llama la atención, ya que, de acuerdo con Contreras, la inauguración de la Exposición Centroamericana fue el 15 de marzo de 1897 (1995: 188), fecha en la que el vapor en el que los Selser iban a viajar de regreso a México debía salir del puerto de San José. Dado que este se atrasó y llegó hasta el 19 de marzo para salir el 20, es posible que los Selser sí hayan estado en la ciudad capital durante la inauguración de la Exposición, ya que Selser-Sachs no indica exactamente qué día se fueron a al puerto de San José. No obstante, en ese caso lo que no tendría mucho sentido es lo que dice sobre estar regresando ese día a la capital después de una prolongada ausencia. Según la reconstrucción que se hizo de los viajes de los Selser por Guatemala, la última vez que regresaron a la ciudad capital después de haber estado fuera por un largo tiempo fue cuando volvieron de su viaje por el norte y oriente del país, el cual se estima que fue de principios de diciembre de 1896 hasta finales de enero de 1897.

se escuchaba hablar del tema, a excepción de cuando ya estaban en el vapor hacia México, donde una pasajera estadounidense expresó estar indignada de haber hecho un viaje de catorce días en barco desde San Francisco por un evento que al parecer no la había impresionado. «Creo que ninguna otra persona cometió esta imprudencia,» indica Seler-Sachs refiriéndose al comentario hecho por la mujer (1925: 165).

Uno de los grandes proyectos del período liberal fue la construcción de ferrocarriles, la cual estuvo determinada inicialmente por el cultivo de café y después de 1880, también por el cultivo de banano. Tuvo dos etapas importantes. La primera fue entre 1873 y 1900; y la segunda, de 1904 a 1929. En 1883, Justo Rufino Barrios emitió el decreto 297, el cual obligaba a los guatemaltecos que ganaran más de ocho pesos al mes a comprar acciones de la empresa para construir el Ferrocarril del Norte. No obstante, lo recaudado fue utilizado para cubrir los gastos de la campaña de la Unión Centroamericana en 1885. La obra se inició con fondos del Estado hasta 1893 bajo Reina Barrios con la construcción del muelle de la terminal en el Atlántico. A dicho puerto se le llamó Barrios. Al año siguiente se finalizó el tramo de Barrios a Tenedores, Izabal; a finales de 1895 se llegó a Gualán, Zacapa y en 1896 a Zacapa. Al año siguiente, la caída de los precios del café provocó la detención del proyecto luego de que el ferrocarril hubiera llegado a El Rancho de San Agustín en El Progreso (Luján Muñoz, 2011: 236, 238, 247).

En *AAWMG*, Seler-Sachs menciona la construcción del ferrocarril que conectaría Puerto Barrios y Guatemala, la cual para el momento en que estuvo en el país llegaba hasta Zacapa. De acuerdo con la autora, el último trecho hasta Zacapa se había terminado pocas semanas antes de que ella y su esposo llegaran a Quiriguá el 2 de enero de 1897. Cuenta que el presidente lo inauguró con festejos y aprovechó la oportunidad para también hacer una visita a Quiriguá, lo cual resultó bastante conveniente para los Seler, ya que para cuando ellos llegaron, los claros que se habían hecho cerca de los monumentos todavía no se habían vuelto a cubrir con vegetación y las mesas y bancas que se habían colocado allí para esa ocasión especial aún seguían en el lugar (Seler-Sachs, 1925: 258).

Explica que mientras estuvieron en Guatemala no estaba claro si se iba a lograr terminar el tramo completo del ferrocarril hasta Guatemala en un tiempo previsible, dado que la última parte tenía un ascenso bastante empinado en una distancia bastante corta. No obstante, indica en una nota al pie que según se había enterado, la construcción ya se había terminado para el momento en que ella estaba escribiendo el libro (Seler-Sachs, 1925: 255). También describe el área en Zacapa donde se estaba construyendo cuando estuvieron allí:

«Donde se construyen vías férreas, hay desorden y caos, chozas para trabajadores construidas rápidamente, tiendas de campaña para los ingenieros, traviesas y raíles tirados por todas partes, puestos ambulantes de comida; en resumen, toda la incomodidad de un estado pasajero. Así se ve Zacapa hacia el lado Oeste» (Seler-Sachs, 1925: 256).

Agrega que había muchos ingenieros de Estados Unidos, a lo cual atribuye el estilo estadounidense del hotel en el que se estaban hospedando a pesar de que pertenecía a dos alemanes, así como el hecho de que en el lugar se escuchaba mucho el inglés. Explica que la razón de la presencia de tantos ingenieros es que se estaban haciendo mediciones para construir una parte del ferrocarril que llegaría a El Salvador; sin embargo, también se hablaba de que ya no había dinero y hasta donde ella supo, los trabajos se suspendieron por esa razón (Seler-Sachs, 1925: 256).

Con relación al ejército del país –la otra afición del presidente según la autora– menciona que en la plaza de la ciudad capital había todos los días, a la hora de almuerzo, un desfile militar al cual Reina Barrios nunca faltaba. Una sorpresa para los Seler fue ver que el ejército guatemalteco estaba usando uniformes alemanes:

«Qué sorprendidos estábamos al de pronto encontrarnos aquí con uniformes alemanes; solo que la infantería llevaba cascos de artillería y viceversa. No obstante, me parece dudoso que este equipo, que está pensado para situaciones climáticas totalmente distintas a las de Guatemala, haya sido precisamente el más apropiado. Probablemente una cabeza especulativa compró uniformes prusianos sacados de servicio y se los trajo al Hombre en Centroamérica. Sin embargo, me imagino que los pobres muchachos solo [con estar] en el cuartel [ya] deben de haber sudado entre las gruesas cubiertas de tela, ya que en el camino habíamos encontrado soldados con chaquetas de algodón de color claro y sombreros de paja» (Seler-Sachs, 1925: 163).

Los soldados a los que se refiere al final de la cita fueron los que encontraron al salir de la ranchería San Lorenzo (mientras se dirigían de Huehuetenango a la ciudad capital) llevando a dos prisioneros ladinos y dos indígenas. Sobre su apariencia, escribe lo siguiente:

«La fuerza armada no se veía mal: pantalones y chaquetas de algodón celeste con rayas blancas, sombrero de paja con un paño blanco enrollado en el cuello, una gran cartuchera de cuero en la parte posterior del cinturón, la estera para dormir enrollada sobre la espalda. La bayoneta se había quitado del fusil e iba metida sin vaina al lado izquierdo del cinturón. Las insignias de algodón rojo de la escuadra estaban sujetadas con imperdibles a la manga de la chaqueta» (Seler-Sachs, 1925: 148).

Contrasta el reclutamiento militar de Guatemala y el de México. Empieza la comparación explicando que en México las comunidades debían formar cierto número de tropas y, naturalmente, las personas a las que enviaban no eran las mejores, sino aquellas de las que querían deshacerse:

«A veces también es aprehendido un número de tipos inútiles, sujetos convictos a castigos policiales, y son puestos en algún batallón por siete años. De ahí también el hábito de vigilar

los campamentos de cerca con doble guardia que debe reportarse cada cinco minutos, ya que deben estar preparados para el hecho de que algunos tomarán la primera buena oportunidad que se les presente para escapar. En Guatemala existe una especie de sistema de milicia, el servicio únicamente dura seis meses y también figuran mejores elementos» (Seler-Sachs, 1925: 148).

Por otro lado, menciona un levantamiento en contra del gobierno de Reina Barrios. Mientras buscaban un arriero que los acompañara a Cobán, los Seler escucharon sobre una pequeña revuelta dirigida por un hombre de apellido Gonzales en contra del presidente Reina Barrios. Esta fue reprimida y su líder había huído a El Salvador, pero en Zacapa corrían rumores de que había una revolución en Honduras o El Salvador, por lo que nadie quería viajar en esa dirección. Luego de que los Seler finalmente encontraran un arriero y cruzaran la frontera con Honduras, constataron que los rumores eran falsos. Camino a Chiquimula, conocieron al Sr. Robert Lineau, quien estaba administrando, en representación de su empresa, todas las propiedades de Gonzales de las que esta se había apropiado a causa de la fuerte suma de dinero que este le adeudaba (Seler-Sachs, 1925: 259-260).

2. Descripciones de lugares

Seler-Sachs describe o da información sobre la mayoría de los lugares por donde ella y su esposo pasaron durante sus viajes. Estas varían en cuanto a la cantidad de detalles y pueden incluir datos geográficos, climáticos, poblacionales y económicos, así como sobre las casas, edificios e infraestructura. En algunos casos también hay algunas anécdotas. A continuación, se encuentran algunos ejemplos del tipo de información que se encuentra en cuatro casos: la ciudad de Guatemala, Santa Lucía Cotzumalguapa, Quetzaltenango y Esquipulas.

a. Ciudad de Guatemala

En el caso de la ciudad capital, muchas de las descripciones de Seler-Sachs no son particularmente favorecedoras. Ella admite que no le gustan las ciudades grandes y que no disfruta de pasar mucho tiempo en ellas; sin embargo, indica que las semanas que pasaron allí les permitieron darse una idea del lugar (Seler-Sachs, 1925: 162). La ciudad de Guatemala, explica, se fundó en el valle de La Ermita en 1775, donde se desarrolló bien y puede reclamar un noble lugar entre las ciudades de la América española. A esto agrega: «No está bendecida con belleza, prescinde de la intimidad de una ciudad pequeña sin todavía haberse convertido en una ciudad grande, es sobria» (1925: 159-160). Si bien en Oaxaca y durante sus viajes solo habían escuchado elogios sobre la elegante ciudad, no le pareció tan espectacular como les habían dicho. No encontraron nada que no hubieran visto en las ciudades provinciales de México. Quizás era más bonito en Guatemala, pero no era nada nuevo. Para

Seler-Sachs, las personas en las calles tenían un aspecto aburridamente europeo en comparación con los jinetes con trajes mexicanos, sombreros de ala ancha y sillas de montar adornadas que abundaban en México. En contraste, en Guatemala vieron sillas de montar inglesas y vestimenta al correcto estilo europeo (1925: 160-161).

Entre los temas que Seler-Sachs discute con relación a la capital está el embellecimiento que el presidente Reina Barrios estaba haciendo. En cuanto a las posibilidades de expandirla, nota que la única opción era hacia el sur, donde había un área ancha; ya que, al noroeste, por donde estaba la Parroquia Vieja, el espacio era demasiado angosto. Describe la Plaza de Armas y los edificios a su alrededor, el Palacio Presidencial que estaba en construcción y el Paseo, la cual llama «el desfile vespertino de carruajes del mundo elegante». Era un paseo verdaderamente lindo, escribe, con anchas calles a ambos lados de una amplia franja central decorada con jardines. Sobre las decoraciones escultóricas que se habían colocado en ellos, opina que hubieran quedado mejor figuras grandes y voluminosas en vez de los pequeños adornos de las cuatro estaciones que se habían escogido. Se pregunta qué pensaban los guatemaltecos de la idea del invierno, el cual no existe en el país. En vez de eso, considera que una mejor elección habría sido figuras de hermosas mujeres campesinas o algo similar. Sin embargo, para ella lo más hermoso al salir al sur de la ciudad era la vista de los tres volcanes: a la izquierda, el ancho y bajo Pacaya; a la derecha, los conos bien formados del Agua y del Fuego. Opina que, si bien quizás no eran tan majestuosos como los picos nevados en México, no dejaban de ser impresionantes (Seler-Sachs, 1925: 163-164).

Al noroeste se llegaba, después de la Parroquia Vieja, a la parte más antigua de la ciudad, donde se encontraba el Cerro del Monasterio Carmen, la vieja Ermita. Los domingos por la tarde se podían ver grupos de personas por todas partes en ese cerro. El resto de los días también había personas que subían las gradas para alcanzar su cima, donde había una vieja capilla y las ruinas de un monasterio. Explica que la vista tenía algo especial a pesar de no ser grandiosa:

«...no hay sierras salvajes, no hay exuberancia tropical, ni la abrumadora amplitud del mar, ni la majestuosidad de las montañas cubiertas de nieve – pero la modesta simplicidad de la imagen invita a soñar y tranquiliza el alma.»

Agrega que cree que no era casualidad que siempre se encontrara con otros alemanes allí arriba mientras disfrutaba de la vista (Seler-Sachs, 1925: 165-166).

Cerca de la Plaza de Armas, justo detrás de la gran catedral, estaba el nuevo mercado, casi el único espacio donde se veían nativos en mayores cantidades y del cual la autora también hace una descripción. Otros lugares mencionados son el hospital, la biblioteca pública y el Instituto (1925: 167-169). Seler-Sachs termina su descripción de la ciudad de Guatemala explicando que, si bien vio y

conoció mucho del lugar, no fue lo suficiente como para poder dar una opinión definitiva sobre este y tampoco desea hacerlo porque no quiere ser injusta, ya que nunca logró sentirse cómoda allí a diferencia de cuando estaba en México. Considera que quizás se haya debido a que México conservaba más elementos de su propia cultura que Guatemala:

«...México es una antigua tierra de cultura; todo allí tiene más fisionomía y carácter; tiene una abundancia de íntimos encantos que todavía no han sido enteramente borrados por la vida moderna, mientras que Guatemala es sobria y aburrida. ¡Quizás sería diferente si una desfavorable fortuna no la hubiera sacado del hermoso valle de Panchoy!» (Seler-Sachs, 1925: 170)

b. Santa Lucía Cotzumalguapa

Sobre el pueblo de Santa Lucía Cotzumalguapa, Seler-Sachs indica que, como era de esperarse, había una pensión, aunque era un poco más sucia de lo que era habitual en el país. La comida no era mala y había un constante ir venir en el lugar. Se notaba la influencia del ferrocarril; los ingenieros, terratenientes y comerciantes lo usaban para llegar allí y luego montaban a caballo para ir a las fincas. El cultivo de café era clave. En ese momento, su precio era alto y todo estaba basado en la idea de que siempre seguiría subiendo. A nadie parecía ocurrírsele que lo más probable era que en algún momento este podría bajar. Se midió la continuación del ferrocarril y se construyeron pequeñas vías férreas que facilitaban la conexión entre las grandes haciendas; también se hicieron instalaciones eléctricas y se instalaron máquinas. Los ingenieros tenían trabajo; los terratenientes, dinero; y sus esposas compraban de buena gana las brillantes mercancías que llevaban los comerciantes que viajaban por todo el país vendiendo relojes, joyas y otras cosas bonitas (Seler-Sachs, 1925: 185).

Entre la variedad de temas tratados en las descripciones de Seler Sachs sobre Santa Lucía, hay una escena que parece haber llamado su atención no solo por lo curioso de la situación, sino también por ser un tanto triste y jocosa a la vez, lo cual procura transmitir en su descripción:

«Hoy por la tarde pasó un entierro indio con mujeres llevando candelas y una plañidera. Diez pasos atrás iba un miserable payaso sobre un jamelgo que con los habituales versos lastimeros pretendía atraer al “público galán” al circo. Ninguna persona parecía percibir el escandaloso contraste: uno reía tanto por los alaridos de la anciana como por las tonterías del payaso. Igualmente [se] hubiera podido llorar por ambos» (Seler-Sachs, 1925: 192-192).

c. Quetzaltenango

Sobre Quetzaltenango, Seler-Sachs escribe que su nombre en k'iche' es Xelahun, se encuentra a una altura de 2,500 msnm y tiene un clima fresco que se torna frío durante los meses secos de invierno. Explica que Quetzaltenango ocupaba el segundo lugar después de la capital, con la cual competía y a la cual superaría si tuviera un ferrocarril que lo conectara con la costa. Allí también vivían alemanes,

quienes se encargaban de muchos de los negocios de importaciones. Sin embargo, Quetzaltenango no solo abastecía a todo el país de bienes importados de Europa, también era el gran mercado para muchos productos indígenas, como la tela de algodón para hacer las faldas color azul oscuro que usaban las mujeres y las máscaras que se usaban en las danzas que se presentaban en las fiestas. Este era además el lugar donde se cruzaban y encontraban muchas carreteras y caminos que llevaban a la costa, a México, a la ciudad capital y a algunos otros lugares. Además, hace una descripción del trazado de la ciudad e indica que su población era mayoritariamente indígena, lo que le daba un carácter y colorido más característico que a la ciudad capital. Otros temas mencionados son su geografía y productos agrícolas (Seler-Sachs, 1925: 200-201).

d. Esquipulas

Visitar Esquipulas no estaba dentro de los planes iniciales de los Seler. No solo no tenían conocimiento de reportes de antigüedades en el lugar, sino que ya habían tenido malas experiencias en lugares muy concurridos. No obstante, finalmente decidieron hacerlo luego de que el Sr. Lineau ofreciera darles alojamiento tanto a ellos como a sus animales. Además, Pancho había estado insistiendo al respecto desde que llegaron a Zacapa; la idea de visitar el lugar motivó al arriero a continuar el viaje por un tiempo más; y a ellos también les interesaba ver de cerca el lugar donde se encontraba el santuario más famoso de Centroamérica, así como la gran fiesta que se celebraba a mediados de enero y a la cual acudían peregrinos no solo de toda Centroamérica, sino también de Chiapas, Yucatán, Tehuantepec y Oaxaca. Ya en días anteriores habían encontrado en el camino a peregrinos que regresaban de Esquipulas. Mientras más cerca del lugar estaban, mayor era la cantidad de personas que encontraban, tanto a caballo como a pie. Entre ellos menciona un grupo de indígenas que llevaban candelas en las manos e iban salmodiando, y una familia de ladinos adinerados (Seler-Sachs, 1925: 262-263). Sobre la impresión que le causó el santuario mientras se iban acercando, escribe:

«La imponente iglesia encalada contrastaba, desde lejos, con el oscuro fondo de montañas muy boscosas. [...] Mientras más se acerca uno a la iglesia, más densa se hace la multitud; sobre sus escalones se aglomeran los devotos y se deslizan de rodillas hasta el santuario. Escenas profundamente conmovedoras, pero también [unas] hilarantes y [otras] repugnantes se dan en el colorido intercambio» (Seler-Sachs, 1925: 263).

También describe el ambiente por la noche:

«Una cautivadora imagen se despliega en la noche [...] a los pies de la iglesia, donde las personas yacen por todas partes con todas sus cosas, con sus caballos y mulas, y encienden sus pequeños fuegos; a eso se sumaban las luces de las barras y los fuegos de los incontables comedores» (*Ibid.*).

Cuenta que tampoco faltaban las cartas y el aguardiente y agrega que el comercio era un elemento importante: había ventas de productos locales e importados desde México, Honduras y distintas partes de El Salvador, así como objetos religiosos de los que también se podían ver en las fiestas religiosas europeas. Según le contó el juez de Chiquimula, en 1854 llegaron 71,000 personas durante los catorce días de la fiesta. Esa cantidad de visitantes ya no se alcanzaba desde hacía mucho, pero los grupos de creyentes y comerciantes que llegaban seguían siendo numerosos (Seler-Sachs, 1925: 264).

Al contar sobre su entrada al templo, Seler-Sachs da una idea de algunas de las prohibiciones que existían para entrar. Explica que la gente en lugar:

«...fue lo suficientemente tolerante como para no expulsarnos a pesar de que únicamente nos inclinamos reverencialmente y no nos persignamos ni nos hincamos; en cambio, a una mujer estadounidense no le permitieron la entrada porque llevaba puesto un sombrero. Se le dejaría entrar una vez se lo quitara y se cubriera con una bufanda. También en España hay iglesias en las que a las mujeres únicamente se les deja entrar con una mantilla» (*Ibid.*)

También escribe sobre los exvotos, de los cuales adquirieron algunos. Indica que había uno que era particularmente popular entre los hacendados:

«Adquirimos del sacristán algunas de las figurillas votivas de plata que seguramente ya habían circulado varias veces del sacristán a las manos de los devotos, de ahí a las paredes de la iglesia y de ahí de regreso al sacristán. No quiso darnos una pequeña mula de plata que yo quería porque había mucha demanda por ella entre los hacendados» (Seler-Sachs, 1925: 264-265).

Además, comenta que no logró averiguar desde cuándo se adoraba en ese lugar, ni si en «tiempos paganos» también había existido un santuario allí o no (1925: 265).

Otros lugares descritos por Seler-Sachs con distintos niveles de detalle o de los cuales da algún tipo de información son: Nentón (1925: 138); pueblo de San Andrés, Huehuetenango (1925: 139); Jacaltenango (1925: 140); Todos Santos (1925: 141-143); Chiantla (1925: 145-146); Ranchería San Lorenzo (1925: 147); Santa Cruz, Quiché (1925: 150-151); Quiché, pueblo de indios (1925: 151); Poaquil (1925: 154); Comalapa (1925: 155); Sumpango (1925: 156); Santa María y Santiago, Sacatepéquez (1925: 156); Jocotenango (1925: 165); Mixco (1925: 171); San Rafael (1925: 171); Antigua Guatemala (1925: 172-173, 175); Escuintla (1925: 186-187); Nahualá (1925: 199); Hacienda Chaculá (1925: 133-136, 220-226); Rancho Yalombohoch (1925: 225); Totonicapán (1925: 234); Los Encuentros (1925: 234); Chinautla (1925: 240); Salamá (1925: 244); Cobán (1925: 247, 249); San Juan Hermita [sic.], Jocotán y Camotán (1925: 260); Quetzaltepeque (1925: 266); Ipala (1925: 266) y el puerto de San José (1925: 269-270).

3. Datos históricos sobre algunos lugares

Seler-Sachs incluye en su obra información obtenida de crónicas de la conquista y colonia sobre algunos de los lugares en los que estuvieron. En el caso de Utatlán, cuya conquista describe como un sangriento drama que equipara al dirigido por Hernán Cortés en México, explica que tanto Pedro de Alvarado, quien llevó a cabo la conquista del lugar, como Bernal Díaz del Castillo, que lo acompañó, escribieron detallados informes al respecto (Seler-Sachs, 1925: 150). Otro caso es el de Almolonga, para el cual cita la *Historia de la Provincia de San Vicente de Chyapa y Guatemala* de Remesal como su fuente. Entre la información que incluye está cómo el valle de Almolonga y el volcán de Agua adquirieron sus nombres, el establecimiento de la ciudad de Santiago de los Caballeros y su eventual destrucción como castigo divino al orgullo de Beatriz de la Cueva por pretender, después de la muerte de su esposo, Pedro de Alvarado, desempeñar el cargo de guardiana de la ciudad habiendo tantos hombres capaces de hacerlo. A esto le sigue la historia del traslado de la ciudad al valle de Panchoy, donde se fundó la que hoy en día se conoce como Antigua Guatemala. Sobre su característica apariencia, la autora explica que cada vez que un temblor asustaba a las personas, se empezaba a nombrar a los santos y el nombre en el que el temblor se detuviera era el santo en cuyo honor se construía un nuevo santuario. Fue así como Antigua se hizo más rica en monasterios, iglesias y capillas que cualquier otra ciudad y adquirió un especial carácter a través de las ruinas de estas construcciones hechas en parte con un fino sentido artístico. También describe el traslado de la ciudad al valle de la Ermita. Para la información sobre la historia de Antigua y la ciudad de Guatemala, no cita ninguna fuente (Seler-Sachs, 1925: 158-159).

Por otro lado, escribe sobre las batallas libradas entre españoles y k'iche' durante la conquista en el área donde está Quetzaltenango. Murieron tantos indígenas en batalla que su sangre tiñó de rojo el río Olintepeque, al cual los locales le llamaban «Kikel-já», que quiere decir río de sangre. Además, menciona la guerra de independencia y las guerras civiles que se pelearon en Guatemala, así como algunas batallas de dichas guerras que se libraron en Quetzaltenango (Seler-Sachs, 1925: 201-202). También da información histórica sobre la imagen del Cristo de Esquipulas. Se trata de una descripción cuya fuente cita en una nota al pie como el *Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala* de Domingo Juarros, publicado en 1809 (Seler-Sachs, 1925: 264).

Asimismo, escribe sobre «Zac-uleu», a la cual se refiere como una fortificación indígena

«...donde el último rey de los mam, Caibilbalam, se defendió durante casi tres meses del asedio de Gonzales de Alvarado [*sic.*]. Y si bien se reporta que mil ochocientos indios permanecieron en estas batallas, el hambre obligó a los valientes a rendirse ante los españoles. Como constructor de la fortaleza se menciona al jefe Lahuhquieh, quien la levantó contra las incursiones de los quichés. En 1695, Francisco de Fuentes todavía vio restos tan majestuosos que logró concebir una imagen exacta de su estado original» (Seler-Sachs, 1925: 204).

4. Población indígena

Algo a lo que Seler-Sachs le prestó atención durante su estancia en Guatemala fue a la población indígena de algunos de los lugares en los que estuvieron. Las descripciones que hace tienen que ver con la forma en que vivían, los idiomas que hablaban, su indumentaria, ciertas prácticas relacionadas a su espiritualidad que pudo presenciar, algunas observaciones sobre cómo se relacionaban con personas extranjeras como ella y su esposo, y el tipo de relación que existía entre los que trabajaban en fincas y haciendas y los dueños de estas. En algunos casos, también escribe sobre cosas específicas que le llamaron la atención de grupos de indígenas en particular, como en el caso de los que vio cargando sus productos en el camino entre la ciudad capital y Mixco para venderlos en el mercado:

«El trecho entre la ciudad y Mixco siempre está excepcionalmente concurrido por indios cargando sus productos para el mercado. En la llamada “fila india”, es decir, una fila única, viene uno detrás del otro en un corto trote. Las mujeres llevan la carga sobre su cabeza y dejan los brazos colgando libremente, oscilando enérgicamente con los cortos movimientos. Con sus estrechas, cortas y coloridas faldas y sus camisas a menudo ricamente bordadas, se ven mucho más gráciles a este rápido paso que cuando se sientan con una apagada expresión junto a sus cestos en el mercado. Es difícil creer cómo impulsa este corto trote y qué trechos tan largos son recorridos de esta manera sin parar» (Seler-Sachs, 1925: 171).

En el caso de la población chuj de «gente del bosque» asentada en Chaculá, resalta que continuaban usando cerbatanas para cazar animales pequeños y la chirimía como instrumento musical:

«La caña cuidadosamente hecha de madera lleva un pequeño cristal de roca o un frijol rojo de *corallodendron*, el llamado frijol paternoster (*Paternosterbohne*)¹⁰⁰, como mira. Para disparar, se usan pequeñas bolas de barro. Y la flauta de caña de tonos suaves y dulces, la chirmía, también es tocada por ellos» (Seler-Sachs, 1925: 224).

Sobre los q'eqchi', le llamó la atención el poco contacto que parecían tener con elementos externos a su propia cultura:

«Ciertamente, en ningún lugar es tan necesario estar familiarizado con el idioma como en Alta Verapaz, donde la población india todavía vive relativamente sin contacto con influencias externas y los trabajadores de las plantaciones no son llevados de otros lugares. De ahí que también todos los dueños de plantaciones hablen por lo menos tanto kekchí como sea necesario para entenderse con la gente» (Seler-Sachs, 1925: 248).

Además, menciona que los pobladores indígenas usualmente mostraban desconfianza hacia los extranjeros (1925: 141, 199). Si bien en ningún momento intenta encontrar una explicación para dicho comportamiento, cuando escribe sobre Todos Santos, donde estuvieron en tres ocasiones distintas, explica que con el tiempo los habitantes empezaron a acercarse a ellos con más confianza; incluso las

¹⁰⁰ *Abrus precatorius* o regaliz americano

mujeres, que le temían a su cámara fotográfica (Seler-Sachs, 1925: 141). Sobre este lugar incluye una anécdota en la que después de participar en el acto público que se organizó para la compra que hizo de un huipil y dos cintas para el cabello de la indumentaria tradicional local, la mujer a quien le habían pertenecido las prendas insistió en que Seler-Sachs se pusiera el huipil en ese momento, lo cual resultó en una situación bastante cómica:

«Sin embargo, ahora la mujer quería que me pusiera la camisa y he ahí que esto resultó ser difícil porque mi cabeza no pasaba para nada por el estrecho agujero del cuello. Esto es cierto para la mayoría de las camisas indias que poseo, ya que las mujeres tienen cabezas curiosamente pequeñas. También los agujeros para los brazos, en [los casos en que] los hay, son tan estrechos que uno pensaría que fueron calculados para una niña de diez años. Hubo una muy divertida escena cuando ella jaló [la camisa] con fuerza sobre mi cabeza y yo no me la podía volver a quitar. Tuvimos la prueba, de nuevo, de que es incorrecto asegurar que el indio no ríe, [es] solo que se deshiela ante los extranjeros con poca frecuencia. En todo caso, aquí el humor de la situación trabajó intensamente los músculos de la risa de los allí presentes» (Seler-Sachs, 1925: 141).

a. Idiomas

Los estudios lingüísticos de idiomas mayas es un tema por el que Eduard Seler también es bastante conocido y si bien no es algo de lo que Seler-Sachs escriba mucho en *AAWMG*, sí dedica algunos pasajes al tema, en los que menciona los idiomas mayas que se hablaban en algunos de los lugares por donde pasaron y da a entender que su esposo hizo esfuerzos por documentar algunos de ellos. Asimismo, cita los estudios de Otto Stoll en Guatemala, como cuando habla sobre Tactic, donde indica que se hablaba «pokonchí» (Seler-Sachs, 1925: 246). Sobre Jacaltenango, explica que pertenece a la misma área lingüística que Chaculá, es decir el área «chuh» (1925: 140-141) y nota que quienes estaban asentados en Chaculá eran descendientes de personas originarias de «San Mateo Iztatan», cuyo idioma pertenece a la rama «chuh» que está emparentada con el tzeltal y el tzotzil de Chiapas, México (Seler-Sachs, 1925: 210).

Sobre el idioma mam, escribe que está relacionado con el «quiché» y el «cakchiquel». Explica que dicha área lingüística empezaba en San Martín (Huehuetenango) y también abarcaba Todos Santos (Seler-Sachs, 1925: 140-141). La autora indica que en este último lugar su esposo intentó documentar el idioma mam, ya que había encontrado unos niños que le enseñaron algunas palabras. Sin embargo, su propósito se vio truncado cuando un anciano les dijo algo en mam a los niños, después de lo cual estos se negaron a seguir compartiendo más sobre su idioma. Al preguntarles qué les había dicho el anciano, respondieron que les advirtió sobre las consecuencias de enseñar su idioma a extranjeros, ya que junto con este se llevarían sus almas y entonces morirían (Seler-Sachs, 1925: 143).

Otro idioma que Eduard intentó documentar fue el pipil. Los Seler sabían, por fuentes anteriores, que Salamá era una especie de isla lingüística, un reducto donde se hablaba pipil, un idioma mexicano. Seler-Sachs se refiere al capítulo 18 de la obra que ella cita como «*Guatemala*» de Otto Stoll¹⁰¹, en la que este indica haber conocido a una anciana en Salamá que hablaba náhuatl y que con ayuda de un indígena había podido hacer un vocabulario del idioma. La autora agrega que Stoll menciona que «un ignorante funcionario del gobierno» estaba obligando a las personas del lugar a hispanizarse y a abandonar su traje. Así, explica Seler-Sachs, en el decenio transcurrido desde la visita de Stoll hasta la de ellos, las últimas huellas del idioma parecían haberse borrado, ya que, a pesar de sus preguntas y averiguaciones, no lograron encontrar a una sola persona que todavía tuviera conocimientos del idioma pipil (1925: 244-245). Hicieron un segundo intento en «San Agostin Acazaguastan», donde lograron hacer algunos registros del pipil que allí se hablaba (Seler-Sachs, 1925: 255). Luego quisieron hacer lo mismo en la ranhería El Manzanal, donde se detuvieron por algunas horas durante uno de sus días de viaje por el Oriente del país, pero no tuvieron éxito. De acuerdo con Seler-Sachs, no encontraron a ninguna persona que conociera el idioma y si bien el hombre más anciano del pueblo recordaba haber hablado otro idioma durante su infancia y juventud, ya lo había olvidado al grado de no poder decir si dicho idioma era el mismo que se hablaba en «Acazaguastan» (*Ibid.*).

Finalmente, en el tema de los idiomas, la autora menciona cómo algunas palabras mexicanas usadas para denominar distintas cosas como frutas, animales, aparatos y herramientas (una de ellas, *tzontli*, que según explica quiere decir cuatrocientos) se entienden y se han incluido dentro del vocabulario del idioma español que se habla en distintos lugares desde la frontera norte de México hasta Honduras (Seler-Sachs, 1925: 209).

b. Indumentaria

Si bien la anécdota de cuando Caecilie se puso el huipil de Todos Santos que acababa de comprar a solicitud de una mujer local es la única ocasión en la que Seler-Sachs menciona haber adquirido prendas de la indumentaria tradicional indígena de Guatemala, su interés por esta se ve reflejado en el hecho de que incluye varias descripciones, de mayor o menor extensión, de la vestimenta indígena – femenina, en la mayoría de los casos – de varios de los poblados en los que estuvo. Las descripciones que hace están basadas en su percepción visual y no necesariamente en un conocimiento técnico de la elaboración de las prendas, ya que, por mencionar un ejemplo, en algunas descripciones de huipiles –a los cuales frecuentemente se refiere como «camisas» (*Hemden*)– indica que tenían decoraciones

¹⁰¹ Esta información sobre la obra está consignada en una nota al pie y probablemente se refiera a la obra *Guatemala: Reisen und Schilderungen aus den Jahren 1878-1883*; sin embargo, la autora no da el año de publicación de esta.

bordadas; no obstante, si se toma en cuenta la tradición textil de algunos de estos lugares, es más probable que estas hayan sido brocadas. Para aclarar esto, se pretende hacer en el futuro una comparación de las descripciones de Seler-Sachs con prendas de la época que todavía existan en museos o colecciones privadas u otro tipo de fuentes en las que se hayan documentado. A continuación, se encuentra la descripción de Seler-Sachs de la indumentaria de Todos Santos:

«Los indios del pueblo tienen su propio traje. Las mujeres hilan y tejen una cruda tela de algodón blanco con rayas y cuadros rojos de la cual se elaboran los pantalones de los hombres y las camisas de las mujeres. Los hombres usan además la túnica de lana café (*brauner Wollkittel*) deshilachada en la parte de abajo, de un material parecido al loden que se teje en los alrededores de Comitán. Las mujeres usan la falda color azul oscuro con delgadas rayas blancas o cuadros que es frecuentemente habitual en Guatemala y que se encuentra en el mercado de Quetzaltenango. La camisa del crudo material hecho a mano es muy larga y ancha y tiene alrededor del cuello una gorguera de tela blanca para camisa¹⁰² y una cinta de seda color violeta, ambos accesorios españoles al estilo antiguo. El pesado cabello negro se parte en dos mechones y se envuelve con cintas de lana roja y amarilla y luego se ata alrededor de la cabeza como una corona. Estas cintas solo pueden conseguirse en la gran feria de Comitán, de donde el hombre se las lleva a su esposa. La rica abundancia de cintas para la cabeza comunica la prosperidad de una familia, pero también una buena relación entre los esposos. Si la mujer debe viajar lejos, se pone un pequeño sombrero de hombre sobre su alto tocado, lo que da una imagen extraña. Adicionalmente, los diez dedos se adornan con anillos de latón crudo, lo que hace que la mano se vea acorazada» (Seler-Sachs, 1925: 142).

Otros lugares cuyos trajes describe con mayor o menor nivel detalle son: Jacaltenango, Quiché, Poaquil, Comalapa, Palín, Chaculá, Tactic y Cobán. También hace una descripción de algunas tendencias y elementos en común que observó en el mercado de la ciudad de Guatemala en la indumentaria de las mujeres provenientes de distintos pueblos no especificados. La tabla que se encuentra a continuación muestra un resumen general de los datos que Seler-Sachs incluye en sus descripciones de la indumentaria indígena de dichos lugares.

Tabla 10. Síntesis de descripciones de indumentaria

Lugar	Síntesis de la descripción de la indumentaria
Jacaltenango, Huehuetenango	- Indumentaria femenina: las mujeres usaban faldas de algodón con rayas de color rojo y amarillo brillantes que daban la impresión de ser fabricadas con máquinas (<i>Fabrikwaren</i>) (1925: 140).
Quiché ¹⁰³ , Quiché	Describe la indumentaria que usaban los indígenas durante una fiesta que se estaba celebrando en el pueblo. - Indumentaria femenina: el huipil tenía bordados en color rojo y amarillo, el corte era color azul índigo y la faja, ancha. Los diseños que adornaban los huipiles consistían en franjas de picos o púas (<i>Zackenbinden</i>).

¹⁰² El término usado por la autora es *Schirting*.

¹⁰³ La autora indica que este era un pueblo de indios y se refiere a él como Quiché.

Lugar	Síntesis de la descripción de la indumentaria
Quiché, Quiché	<p>Describe la indumentaria que usaban los indígenas durante una fiesta que se estaba celebrando en el pueblo.</p> <p>- Indumentaria masculina: esta vestimenta era de estilo español, con un pantalón que llegaba hasta las rodillas, hecho de lana oscura con una apertura a los lados, una faja ancha, una chaqueta corta andaluza decorada al frente, sobre el pecho, con coloridos bordados en lana que a menudo parecían soles o formas de remolinos (1925: 151).</p>
Poaquil ¹⁰⁴ , Chimaltenango	<p>- Indumentaria femenina: las mujeres usaban una falda color azul oscuro, con un huipil color café oscuro con rayas de distintos colores. Las partes de los hombros y lo que caía sobre los brazos (mangas) estaban cubiertas con bordados amarillos y rojos. La combinación era parecida a la de Quiché, pero todavía más brillante (1925: 153-154).</p>
Comalapa, Chimaltenango	<p>- Indumentaria femenina: la vestimenta de las mujeres de Comalapa era similar a la de las mujeres de Poaquil. Las jóvenes usaban su cabello largo sujetado con una cinta roja (1925: 155).</p>
Palín, Escuintla	<p>- Indumentaria femenina: las mujeres usaban pequeños huipiles cuyo corte solo se encontraba en los lugares más calurosos de las áreas costeras. La parte del cuello era amplia y las prendas eran tan cortas que solo cubrían los pechos. El tejido era bastante suelto y estaba hecho con hilos de algodón tosco. Las partes del pecho y la espalda estaban ricamente bordadas en azul y rojo. El color azul tenía un tono característicamente mate y claro. La falda era color azul oscuro y la faja, ancha y de color rojo (1925: 187).</p>
Chaculá, Huehuetenango	<p>- Indumentaria masculina: esta consistía en una túnica de lana (<i>Wollkittel</i>) deshilachada color café, y pantalones blancos (1925: 215, 223). En la descripción de la indumentaria de un grupo de hombres a quienes llama «aventaderos» y a los cuales veía arreando rebaños a caballo, indica que también usaban un sombrero de paja, grebas de cuero para proteger la parte inferior de sus piernas y sus rodillas, y montaban los caballos con los pies descalzos en los estribos (1925: 215).</p> <p>- Indumentaria femenina: las «camisas» de las mujeres «del bosque» estaban decoradas con una delgada orilla de colores y las jóvenes llevaban el cabello envuelto con una cinta roja (1925: 223).</p>
Tactic, Alta Verapaz	<p>- Indumentaria femenina: los paños que usaban las mujeres en vez del rebozo estaban ricamente bordados con diseños españoles en color negro sobre fondo blanco (1925: 246-247).</p>
Cobán, Alta Verapaz	<p>- Indumentaria femenina: el tocado de las mujeres, llamado «tupuy¹⁰⁵», consistía en un cordón de lana color rojo, con el cual se envolvía el cabello empezando en la parte posterior de la cabeza y que colgaba como un largo bulto por la espalda. Las «camisas» (huipiles) que se usaban en algunas aldeas estaban hechas de una delgada tela blanca con distintas decoraciones bordadas con hilo blanco, entre las cuales las figuras de patos estaban entre las preferidas (1925: 249-250).</p>

¹⁰⁴ Seler-Sachs se refiere a este lugar únicamente como Poaquil.

¹⁰⁵ El *t'upuy* es un tocado que todavía es usado hoy en día por las mujeres de las cofradías de Cobán. Este consiste en un grueso cordón de lana roja con el que se envuelve el pelo y el cual cuelga por la espalda (Knoke de Arathoon, 2000: 17).

Lugar	Síntesis de la descripción de la indumentaria
Mercado de la ciudad de Guatemala, Guatemala	<p>- Indumentaria femenina: la vestimenta descrita era de distintos poblados, los cuales Seler-Sachs no especifica. Se enfoca únicamente en algunas características que según ella todos los atuendos tenían en común, tales como el uso de faldas color azul oscuro, las cuales considera que eran fabricadas con máquinas (<i>Fabrikwaren</i>). Menciona una prenda a la que se refiere como <i>Hüftentuch</i>, que literalmente se podría traducir como paño de cadera y cuya forma describe como similar a la de una falda, con ambos lados angostos cosidos juntos y de un tamaño moderado¹⁰⁶. Sobre este, se usaba un delantal de colores chillantes, hecho de un delgado material de algodón de mala calidad y de origen europeo. Frecuentemente las faldas también pueden presentar franjas de colores chillantes en vez del color azul oscuro, con rayas blancas formando. Agrega que a menudo las «camisas» (huipiles) estaban ricamente bordadas, las fajas rojas eran anchas y el cabello estaba trenzado con una cinta de lana roja o de colores (1925: 167-168).</p>

c. Espiritualidad

Hay dos pasajes en *AAWMG* con descripciones relacionadas a la espiritualidad, específicamente de los trabajadores indígenas de la hacienda Chaculá. Estos son descriptivos y la autora no emite ninguna opinión o juicio al respecto. El primero tiene lugar durante el Domingo de Resurrección:

«Junto al espacio que habitábamos en la hacienda, [...] había un segundo más parecido, pero sin una pared frontal. En este había una imagen de la Virgen María; aquí estaba la iglesia temporal de la hacienda. El Domingo de Resurrección venían aquí los indios de los ranchos cercanos a mostrar su devoción. La cruz de madera frente a la casa estaba envuelta con flores, [había] candelas encendidas frente a [la imagen de] la Virgen; [los] hombres y [las] mujeres llevaban camisas recién lavadas» (Seler-Sachs, 1925: 136).

Luego, cuando estuvieron en Chaculá por segunda vez, se quedaron unos días donde vivían los trabajadores. Allí pudieron presenciar algunos rituales cuya descripción se encuentra a continuación:

«Había aquí, donde los trabajadores de la hacienda estaban asentados, mucho que ver y observar. Como ya se mencionó anteriormente, junto al espacio cerrado había otro abierto en la parte de enfrente, en el que había una imagen de la Virgen María. Aquí vivía Pancho, aquí ardía nuestro fogón, pero aquí venían también los trabajadores de la finca todas las tardes a cantar una piadosa canción vespertina. En palabras y forma, me parecía que esta canción tenía un carácter español antiguo. Quizás esta canción ya había sido enseñada por los primeros monjes a los indios bautizados. El párroco de Santa Eulalia, a quien le incumbía el bienestar espiritual de los ranchos dispersos en el área, les había enseñado las canciones a las personas. Pero su corazón parecía estar menos con la Virgen que con la vieja cruz de madera que se encontraba en una pequeña hondonada cubierta de grama debajo del cerro. Allí vi a menudo

¹⁰⁶ Este dato llama la atención, ya que únicamente se ha encontrado evidencia del uso de paños de cadera (*hip-cloths* en inglés) en la indumentaria femenina durante la época prehispánica (Anawalt, 1981; Little-Siebold, 1999: 23). Habría que investigar esto más a fondo para establecer si la prenda que describe Seler-Sachs es de hecho un paño de cadera como el que se describe para la época prehispánica o algún otro tipo de prenda.

llegar a las mujeres con incensarios con los que hacían toda clase de misteriosos conjuros ante la cruz. Creen que así ahuyentan todas las penas y miserias. A la quema de incienso y rezos en lugares como ese, que no tienen nada que ver con la iglesia, les llama “hacer costumbres”; quizás la mejor forma de traducir esto al alemán sería “conjurar”» (Seler-Sachs, 1925: 222-223).

d. Relaciones laborales en fincas y haciendas

Las primeras plantaciones formales comerciales de café surgieron en la década de 1830, cerca de La Antigua y Amatitlán, principales centros de producción de la grana. Luego el cultivo se extendió gradualmente en los departamentos de Guatemala y Sacatepéquez, así como en el norte de Escuintla (Luján Muñoz, 2011: 42). Más o menos en 1850 empezaron a surgir plantaciones en partes altas de la bocacosta occidental como Suchitepéquez, Retalhuleu, Quetzaltenango y San Marcos. Parte de la tierra que se utilizaba era de los ejidos de comunidades indígenas. En casos como el de Santa Lucía Cotzumalguapa, estas se cedieron por medio del censo enfiteútico. También se formaron plantaciones de café en Alta Verapaz. Allí, algunos pueblos indígenas cercanos a Cobán sembraban café comunalmente en sus ejidos a la par de los productores individuales. A partir de la década de 1860 empezó a haber conflictos en torno a esto. En 1870, el café superó por primera vez a la grana en su valor de exportación. Luego, con el triunfo de la Reforma Liberal, se empezó a impulsar el café como producto de exportación y se abrieron nuevas áreas de cultivo en Quiché, Alta Verapaz, Zacapa, Chiquimula y Santa Rosa (Luján Muñoz, 2011: 243).

El apoyo liberal a la producción cafetalera significó la expropiación de tierras comunales, la venta de terrenos baldíos y la implantación del trabajo forzado a las poblaciones indígenas campesinas (Contreras, 1995: 175). Si bien estos liberales no introdujeron en Guatemala la mano de obra forzada en el marco de la producción cafetalera a gran escala, sí legalizaron los sistemas coercitivos para hacerla más eficiente y generalizarla en regiones indígenas donde esta apenas había tenido vigencia o había dejado de usarse después de la Independencia (McCreery, 1995 b: 516). En 1877, Justo Rufino Barrios emitió el Reglamento de Jornaleros, con el cual se buscaba garantizar la mano de obra indígena y la tierra a los productores de café. Al igual que los liberales de 1830, señala Luján Muñoz, Barrios creyó conveniente suprimir las tierras comunales y privatizarlas (2011: 236).

Naturalmente, la privatización de tierras comunales causó descontento en la población indígena, la cual además era forzada a trabajar para los nuevos propietarios de tierras que no solo habían sido suyas, sino también habían sido habitadas por sus antepasados desde tiempos inmemoriales (Wagner, 1996: 186). Sucedió también que cuando un terreno era reclamado para establecer una plantación de café, los indígenas que se encontraran en él eran tomados como mozos (Stelzner y Walther, 1998). En las fincas y haciendas se empleaba a trabajadores permanentes que vivían en los terrenos de estas,

así como a trabajadores temporales. Las relaciones de trabajo entre los propietarios y sus empleados eran a menudo complicadas y llenas de irregularidades, con quejas y descontentos de ambos lados. No obstante, al final no había mucho que los trabajadores indígenas pudieran hacer en contra de las injusticias que padecían, ya que el sistema legal solía favorecer a los propietarios (McCreery, 1995 b: 516-519).

McCreery señala que el régimen liberal sancionó y expandió el sistema de trabajo forzoso porque era algo que ya se conocía y se había utilizado con anterioridad. A pesar de todo, explica, la mano de obra forzada funcionaba y, por las condiciones en ese entonces, era la única forma de conseguir los trabajadores necesarios, ya que mientras la población indígena tuviera acceso a suficiente tierra para su economía comunal y el café se pudiera producir en grandes fincas controladas por una pequeña élite, el uso de la coerción era indispensable. Si bien algunos pensaban que con la llegada de extranjeros este tipo de relaciones podrían cambiar, eso no sucedió:

«Los intelectuales liberales habían pronosticado que los empresarios provenientes de países más avanzados modernizarían las relaciones productivas del país, pero resultó significativo que no ocurriera así. La mayor parte de esos extranjeros aceptó y apoyó los sistemas tradicionales» (McCreery, 1995 b: 517).

Se trataba de un círculo vicioso en el que, por una inicial falta de condiciones para la mano de obra libre, se recurrió a la coerción y esta, junto con las variadas formas de pago en las fincas, dificultaron a su vez el surgimiento de un mercado de trabajo libre (*Ibid.*).

Según la documental de Stelzner y Walther (1998), si bien los propietarios alemanes no intentaban evitar que los trabajadores indígenas continuaran practicando sus tradiciones y costumbres, y a diferencia de los españoles durante la colonia, sí los consideraban seres humanos, también hubo casos de maltrato a los trabajadores. Wagner menciona el caso de Campur, propiedad de Richard Sapper que en un momento estuvo bajo la administración de Ferdinand von Weyhe, cuyos maltratos a los trabajadores indígenas resultaron primero, en que varios huyeran con sus familias y luego, en una sublevación de los restantes, quienes atacaron la casa patronal. Quien se encargó de administrar Campur después de este incidente fue David Sapper, primo de Richard, quien lo ayudó a reestablecer el orden en el lugar a través del diálogo con los trabajadores indígenas (Wagner, 1996: 186). En sus memorias, David Sapper explica que Campur abarcaba más de 600 caballerías en las cuales vivían dispersas 1,600 familias indígenas. Muchos vivían lejos de la plantación y caminaban por horas para llegar a su lugar de trabajo. Agrega que reunir a los trabajadores no era fácil y que constantemente había que enviar comisiones a recoger a los atrasados. Otra dificultad que enfrentó fue enseñar a los indígenas a trabajar a cambio de un pago, el cual era miserable (Stelzner y Walther, 1998).

Estas relaciones laborales llamaron la atención de Seler-Sachs, quien hace algunas descripciones en torno al tema, en las cuales a veces también incluye su opinión al respecto. Los pasajes se refieren particularmente a lo que presencié en las fincas de café en las que estuve, así como en en Chaculá. En ellas se puede reconocer una relación de dependencia –de servidumbre o algo que no dista mucho de la esclavitud, opina Seler-Sachs– entre los dueños de las haciendas y fincas, y los trabajadores.

«[Las rancherías] casi siempre son establecimientos bastante nuevos que resultaron de las necesidades del momento, [y] que presentarán a los etnólogos de tiempos futuros un problema difícil de resolver, ya que todos los trabajadores son indios, pero dado que las plantaciones a menudo se establecen en áreas poco pobladas, a veces bastante desiertas, se intenta atraer personas de todas partes. Son relaciones que traen a la mente nuestras migraciones de agricultores¹⁰⁷. Pero además de estos obreros de ocasión a quienes se les da trabajo al momento de la cosecha, la fuerza laboral necesita una plantilla de trabajadores y esta está asentada en la ranchería que pertenece a la hacienda. De esta manera se originan nuevas aldeas cuyos habitantes presentan una tarjeta de muestras de distintas tribus de indios e idiomas. Casi siempre, estos indios reciben adelantos que luego tienen que pagar con trabajo y a través de lo cual terminan en una estrecha relación de dependencia con su señor que a menudo se torna de por vida y que solo se diferencia de la servidumbre por el nombre» (Seler-Sachs, 1925: 180-181).

Sobre el área de Chaculá, Seler-Sachs explica que el territorio estaba desierto y vacío cuando en el siglo anterior llegaron personas del pueblo de «San Mateo Iztatan» y empezaron a establecerse allí. Sus descendientes eran las personas que vivían en los ranchos y que constituían la fuerza laboral en las fincas. Sin embargo, la población era tan escasa que incluso ella y su esposo se preguntaban si iban a poder encontrar trabajadores para ayudarlos.

«Los hacendados no tienen tantas manos como para prescindir de muchas de ellas, y la gente libre en las rancherías no hace más trabajo remunerado del que sea necesario para su sustento» (Seler-Sachs, 1925: 210).

Distingue entre dos tipos de trabajadores: los de las haciendas y la «gente libre» o «gente del bosque» (*Waldleute*). Ambos grupos de personas eran indígenas y hablaban «chuh», pero su relación con los hacendados era distinta dependiendo de si su trabajo era continuo o por temporadas. A diferencia de los trabajadores de las haciendas, la «gente del bosque» se asentaba en las tierras de un hacendado a cambio de trabajar cierta cantidad de días al mes para él. Seler-Sachs explica esto usando como ejemplo el caso de Gustav Kanter:

¹⁰⁷ Seler-Sachs utiliza el término *Sachsengängerei*, que se refiere a la migración de los *Sachsengänger*. Este era el término con el que se les denominaba a los agricultores que migraban por temporadas de las provincias orientales de Prusia hacia el occidente en busca de trabajo durante la época del Imperio Alemán.

«De hecho, la relación del señor de la hacienda con las personas del bosque solo puede compararse a la antigua relación entre señor y *Hintersassen*¹⁰⁸. El Sr. Kanter es dueño, amo y señor absoluto del terreno. Por supuesto, gustosamente les permite a los indios asentarse en la tierra poco poblada. Son personas libres; sin embargo, deben pagarle una especie de arrendamiento por el uso de la tierra que no consiste en dinero, sino en trabajo; es decir que deben sembrar y cosechar maíz para él un cierto número de días al mes. De esta manera se asientan personas poco a poco y la tierra se cultiva lentamente.» (Seler-Sachs, 1925: 223).

Además, nota que a las mujeres «del bosque» se les podía distinguir de las mujeres de la hacienda por su vestimenta, la cual en el caso de las primeras se veía en mejor estado.

«Una diferencia notable entre estas personas libres del bosque y los trabajadores de la hacienda que vivían en la deuda [que es] usual en todo el país y que no dista mucho de la esclavitud, era la vestimenta de las mujeres. Mientras la pulcritud de las mujeres de los dependientes dejaba todo que desear, las camisas de las mujeres del bosque siempre estaban limpias, a veces decoradas con una delgada orilla de colores, y las jóvenes llevaban el cabello envuelto con una cinta roja» (Seler-Sachs, 1925: 223).

La descripción también provee información sobre cómo los hijos pequeños de Kanter estaban creciendo en el lugar y se relacionaban con estas personas:

«A menudo venían [a la hacienda] también personas que no dominaban el idioma español lo suficiente como para poder expresar por completo sus reportes, deseos y peticiones. En esos casos, dos hijos pequeños de Kanter, de los cuales el mayor tenía unos cinco años, servían como intérpretes. Vestían a la usanza local con pantalones blancos de algodón, con la túnica¹⁰⁹ café de lana tosca y deshilachada encima. [Eran] dos alegres pequeños niños rubios que hablaban chuh, español y alemán, pero chuh mejor que ninguno» (Seler-Sachs, 1925: 223).

e. Racismo

Finalmente, la autora escribe un poco sobre actitudes y acciones racistas hacia los indígenas. Si bien estas hoy en día claramente se identifican como racismo, Seler-Sachs no se refiere a ellas de esa forma; de hecho, no les da ningún nombre. Más bien, las incluye como parte de descripciones más amplias que hace de situaciones o personas. Sin embargo, siempre las presenta en un tono negativo, como por ejemplo cuando escribe sobre la manera en que Pancho, su mozo, trata a los indígenas (Seler-Sachs, 1925: 197); el comentario que hace sobre cómo el mercado es el único lugar en la ciudad de Guatemala donde se ven nativos en mayores cantidades, sugiriendo así que existe una separación física entre la población indígena y la no indígena en la ciudad capital (1925: 167); o cuando describe la relación de dependencia tan fuerte que los trabajadores indígenas desarrollan con los dueños de las

¹⁰⁸ *Hintersassen* era el término colectivo para los campesinos que trabajaban en una relación de dependencia con un señor feudal durante la época medieval en Europa.

¹⁰⁹ El término usado por Seler-Sachs es *Kittel*, una prenda germana muy parecida al *capixay* que se usa en algunas de las comunidades del altiplano guatemalteco.

fincas de café y los hacendados y la manera en que son explotados (Seler-Sachs, 1925: 180-181, 210, 223). Un caso en el que Seler-Sachs llama la atención sobre este tema de forma más explícita es al describir a la tropa de soldados que salió con ellos de la ranchería San Lorenzo y que llevaba cuatro prisioneros –dos ladinos y dos indígenas– los cuales estaban recibiendo un trato diferente según su etnicidad: «Mientras [los ladinos] avanzaban libres y sin carga, los indios iban con carga y eran jalados con una cuerda por un soldado» (Seler-Sachs, 1925: 148).

5. Fiestas patronales y otras celebraciones

Los Seler llegaron a Guatemala durante la Semana Santa y viajaron por todo el país, a excepción de Petén, por casi un año. Esto les permitió presenciar y vivir diferentes celebraciones en distintos lugares, en particular fiestas patronales, de las cuales hay algunas descripciones. Seler-Sachs asocia ciertos elementos con las fiestas, como la quema de cohetes, la cual indica que es una característica de las fiestas en todos los países hispanos de América (Seler-Sachs, 1925: 185-186). Otro, es la música de tambor y chirimía, de la cual, si bien no hace una descripción detallada, sí escribe lo siguiente:

«Llegamos temprano al pueblo de indios de Quiché, que queda a solo una legua del lugar donde se encontraba la antigua ciudad real de K'umarcaah. Parecía que se estaba celebrando alguna fiesta, ya que el sonido de tambor y chirimiya, la antigua flauta de caña de los indígenas, salía incesantemente de las casas, y grupos de indígenas festivamente vestidos pasaban por la calle» (Seler-Sachs, 1925: 151).

Las descripciones de las fiestas también mencionan aspectos de estas que les causaron dificultades durante sus viajes y para los propósitos que tenían. Por ejemplo, el hecho de llegar a un lugar donde había una celebración resultaba en que fuera sumamente difícil encontrar hospedaje y comida; conseguir trabajadores de cualquier tipo era prácticamente imposible; la presencia de personas en estado de embriaguez, en especial hombres, pero la autora sí indica haber visto mujeres en ese estado, también era una constante y algo que intentaban evitar en la medida de lo posible. Más que verlos como la causa de alguna dificultad específica, Seler-Sachs da la idea de que era mejor mantener distancia de los hombres ebrios y evitar el contacto con ellos. Por ejemplo, al explicar las razones por las cuales tuvieron que retrasar su salida de Chaculá la primera vez que estuvieron allí, una de ellas es que eran días en los que el consumo de alcohol iba a ser bastante generalizado en el lugar:

«... el Jueves Santo y el Viernes Santo [son] dos días en los que toda la población se emborracha, mientras que para otros días festivos importantes esto lo hacen únicamente los habitantes del lugar para cuyo santo patrón es la fiesta» (Seler-Sachs, 1925: 135-136).

Por otro lado, la algarabía de los festejos hasta altas horas de la noche a menudo no les permitía descansar bien cuando pernoctaban en algún poblado donde hubiera una celebración. Este tipo de

dificultades las menciona al describir su paso por distintos lugares. Un ejemplo es Nahualá, a donde llegaron el día de la fiesta patronal:

«Pasar la noche en un pueblo de indios en un día de fiesta verdaderamente no es una de las comodidades de viajar. En la casa parroquial había tantos huéspedes que no había una sola esquina libre; en el interior de la escuela tampoco encontramos espacio. Solo una esquina bajo el techo de la casa parroquial quedaba libre y cerca de allí, un lugarcito con protección de la lluvia para los animales que por supuesto no podíamos perder de vista en esta confluencia de personas. Con pena y esfuerzo logramos que la esposa del director de la escuela nos cocinara algo: su esposo estaba ebrio al igual que el resto del pueblo, la cocinera también, las hijas estaban en la iglesia. Todavía más difícil fue conseguir comida para los caballos. En las casas no había nadie sea porque todos los que vivían allí querían ver las danzas o porque estaban tan ebrios que no se podía lograr nada con ellos. El mismo párroco tenía las manos completamente llenas, el secretario no se encontraba por ninguna parte, el director estaba mentalmente incapacitado y todos los demás eran indios y por lo tanto desconfiaban, desde un inicio, de los extranjeros» (Seler-Sachs, 1925: 199).

No obstante, las incomodidades, tuvieron la oportunidad de presenciar las danzas que se presentaron en el patio de casa parroquial. Eran danzas con máscaras, explica la autora, de las que se pueden ver en muchos pueblos de indios, cuya existencia se podía trazar a mucho tiempo atrás y que para ese entonces integraban también elementos cristianos:

«Ciertamente la costumbre de danzas como estas ha continuado ininterrumpidamente desde tiempos anteriores. Pero, así como los monjes supieron tan bien cómo colocar a los dioses y santos cristianos en todas partes en vez de las divinidades antiguas, también han hecho que las danzas antiguas sirvan a la nueva religión y así también sirven las danzas de máscaras todavía hoy para realzar las fiestas de la iglesia. No logré comprender con claridad el significado y el contenido de la danza; no logré descubrir una conexión con la fiesta de Corpus Christi. Máscaras de diablos y otras máscaras burdas y curiosas tenían un papel protagónico en la danza, que empezó con seriedad y terminó de manera burlesca. Es posible que en estas danzas con máscaras todavía se encuentren restos de la antigua tradición» (Seler-Sachs, 1925: 199-200).

Otro elemento de las fiestas patronales y celebraciones como la de independencia son los mercados y ferias, explica la autora, cuya importancia vincula a la dificultad de viajar de un lugar a otro por el mal estado de los caminos: «Solo en países con malas carreteras empieza uno a comprender lo que esas ferias significan» (Seler-Sachs, 1925: 229). Indica que en septiembre hubo un gran mercado en Chiantla por la fiesta patronal del día 7, así como otro el 15 en Quetzaltenango por la celebración de la independencia, a los cuales llegaron personas de todas partes a vender y comprar. Sobre lo que vieron en Quetzaltenango, hace la siguiente descripción:

«Cuando llegamos a Quetzaltenango, la fiesta estaba en su auge: mercado de ganado, feria, carreras de caballos, juegos de azar, elegantes jinetes de este y el otro lado de la frontera, mexicanos arreglados con galones dorados, sombreros puntiagudos, pantalones estrechos, sobre espléndidos caballos ricamente enjaecidos con objetos para ensillar con guarniciones

plateadas; los guatemaltecos y europeos sobre elegantes sillas de montar inglesas; las damas con los más coloridos vestidos de seda, probablemente según la última tendencia de la moda, con enormes construcciones de plumas y flores por sombreros, pero debajo de los cuales no había, por mucho, tantas caras bonitas como en México; las mujeres del pueblo con rebozos de seda chillantemente coloridos; las mujeres indígenas con blusas ricamente bordadas – realmente en cuanto a color no faltaba nada» (Seler-Sachs, 1925: 232).

Las fiestas de fin de año, por su parte, transcurrieron para los Seler mientras viajaban por el Norte y Oriente del país. En Tactic, cuando se dirigían a Cobán, se estaba celebrando una fiesta en honor a la Virgen María. Esta, considerando algunas fechas cercanas a ese momento que la autora da antes de su llegada a Tactic, probablemente haya sido la fiesta en honor a la Virgen de la Inmaculada Concepción:

«Diciembre es la época de las fiestas marianas y en Tactic se estaba celebrando una de ellas. La iglesia estaba enguinaldada y por las noches brillantemente iluminada por dentro y fuera; cañonazos y petardos tronaban y explotaban. Por todas partes se bailaba y se bebía. En varios patios se habían colocado verdes emparrados que servían como capillas. Durante toda la noche sonaba en todas las tabernas la música de la marimba, un instrumento muy difundido entre los indígenas de Guatemala, el cual es de origen africano y probablemente fue traído de las Antillas; aunado a esto, las roncadas voces de los indios ebrios» (Seler-Sachs, 1925: 246).

Unas semanas después, cuando los Seler se fueron de Cobán, los habitantes del lugar se estaban preparando para celebrar Navidad. En un breve pasaje, Seler-Sachs describe cómo los preparativos variaban entre la población indígena y la alemana:

«Mientras tanto, se volvía a acercarse la época navideña, para cuya celebración se hacían preparativos en todas partes. Los indios hacían danzas con antiguas ceremonias en las cuales se llevaban a cabo desfiles con máscaras acompañados de la música de instrumentos ancestrales. Los alemanes hacían ensayos para obras de teatro en el club, las amas de casa horneaban todo tipo de pasteles navideños cuyos ingredientes habían mandado a pedir de Europa desde hacía meses» (Seler-Sachs, 1925: 250).

La Nochebuena la pasaron en Salamá, donde el cansancio del viaje no les bastó para dormir, ya que el ruido de la fiesta los mantuvo despiertos buena parte de la noche:

«Los caminos estaban mucho peor, hubo paradas, y la Nochebuena ya había caído cuando entramos, cansados, a Salamá. Pero dormir era impensable. Frente a nuestra habitación estaba la iglesia y cuando dieron las doce, las campanas empezaron a sonar o más bien, a traquetear. Tronaban petardos y salvas, música y ruido en la calle proclamaban la salvación de la humanidad. El ruido duró buena parte de la noche, pero con eso la celebración de Navidad parecía haber terminado...» (Seler-Sachs, 1925: 252-253).

Luego en Morazán, donde también pernoctaron, hubo una fiesta en honor a un santo cuyo nombre la autora admite ya no recordar, pero por la cual les fue muy difícil encontrar un lugar dónde quedarse. En la noche salió una procesión, la que describe de la siguiente manera:

«Una festiva y brillante procesión iluminada con numerosas luces y antorchas recorrió el lugar después de la puesta del sol. Frente a varias casas se habían construido plataformas. Allí se detenía el cortejo, salían niñas arregladas y recitaban largos poemas de alabanza sobre la imagen del santo. Luego tronaban los petardos y el cortejo continuaba avanzando. El ruido duró hasta tarde en la noche» (Seler-Sachs, 1925: 254).

Unos días después pasaron la noche del 31 de diciembre en Zacapa, donde no solo se celebraba la despedida del año viejo y la bienvenida al nuevo, sino también el cambio de alcalde. Como en los demás lugares donde estuvieron y había algún festejo, no faltaron los petardos y la música:

«Era el último día del año y a la vez el último día de la administración del alcalde de Zacapa. Al nuevo se le constituye con mucha solemnidad en la primera hora del nuevo año. Así, también vivimos una fiesta de Año Nuevo con iluminación, música, petardos y todo el ruido del aquí habitual regocijo festivo» (Seler-Sachs, 1925: 257).

6. Creencias

A lo largo de su relato, Seler-Sachs describe algunas creencias sobre las que escuchó o que presencié en los lugares por donde pasaron. Esto lo hace de manera descriptiva, pero sin ahondar mucho en ellas. Una está asociada a la Semana Santa, específicamente al Jueves Santo, durante el cual se consideraba que viajar era un acto de profanación. La menciona como algo que creían los indígenas, aunque no queda claro si se trataba únicamente de los que vivían en Chaculá y sus alrededores o si era algo más generalizado. Fue una de las razones por las que decidieron posponer su salida de Chaculá por unos días.

«Nuestra intención había sido volver a cabalgar el jueves, pero dado que los indios consideran que viajar en Jueves Santo es una profanación, uno se expone a las más grandes incomodidades, sí, al riesgo de [recibir] pedradas, y es preferible permanecer en se donde está» (Seler-Sachs, 1925: 135-136).

Por otro lado, mientras estuvieron en Todos Santos, Caecilie quiso comprar algunas prendas de la vestimenta tradicional del lugar –un huipil y cintas para el cabello– para lo que tuvo que hablar con el alcalde, mostrarle la carta del gobierno (*Regierungsbrief*) que llevaban para el viaje y convencerlo de que la ayudara. El asunto no fue sencillo, ya que nadie quería venderle la ropa usada porque creían que era posible embrujar a una persona a través de las prendas que alguna vez le habían pertenecido.

«Fui con nuestra carta del gobierno a ver al alcalde y le dije que quería comprar una camisa y cintas para el cabello (ya que, por supuesto, mis esfuerzos privados habían sido inútiles) y que estaba obligado a ayudarme, lo cual él también vio [de esa manera]. Cuando se encontró a una mujer que tenía ambos [tipos de prendas] nuevas –nadie me hubiera vendido ropa usada incluso bajo órdenes oficiales porque me hubieran dado el poder de embrujar a la dueña– se llevó a cabo una ceremoniosa entrega ante los comunitarios reunidos en el cabildo. Pagué al alcalde el precio acordado» (Seler-Sachs, 1925: 142-143).

Además, nota que un objeto que para los indígenas siempre parecía estar asociado a la brujería era la cámara fotográfica (Seler-Sachs, 1925: 141).

Otra de las creencias mencionadas estaba relacionada al sistema de clasificación de calor y frío; no obstante, no queda claro si considera que esta tiene sus orígenes en Europa o en las poblaciones indígenas de América. Una noche en la que no lograron conseguir rastrojo para alimentar a los caballos, les dieron maíz, lo cual Seler-Sachs explica que «va en contra de todas las reglas de viajar, porque el maíz, como dice la gente, “es caliente”; una expresión y perspectiva que se remonta a la farmacología del siglo XVI» (Seler-Sachs, 1925: 152). Por otro lado, los temblores también eran parte de una creencia reportada por la autora, quien escribe sobre cómo cuando estaban en la finca Los Diamantes en noviembre de 1896, hubo un temblor que fue interpretado como una señal de que el clima, que hasta entonces había sido bastante lluvioso, iba a mejorar.

«Pensamos que la lluvia era el último saludo de la época lluviosa que se retiraba. Pero día a día caía una fuerte lluvia por la tarde o durante la noche, acompañada de violentas tormentas eléctricas [...] Finalmente empezó a mejorar. Un fuerte temblor durante la noche que asustó a todo el campamento fue visto como una buena señal. Y si bien la conexión entre los retumbos del volcán y el clima lluvioso no se me quedaba clara, debo confirmar que [el clima] realmente empezó a aclararse y finalmente pudimos cabalgar a Palo Verde» (Seler-Sachs, 1925: 188).

No obstante, algunas semanas más tarde, cuando estuvieron en Santa Lucía Cotzumalguapa por segunda vez, este fenómeno no se repitió. Las lluvias continuaron incluso después de que tembló y fueron una de las razones por las que no pudieron trabajar en Santa Lucía en esa ocasión. Caecilie no perdió la oportunidad de notar esta inconsistencia: «Además seguía lloviendo, algo que esta vez no cambió después de [otro] fuerte temblor» (Seler-Sachs, 1925: 190).

Finalmente debe mencionarse el Cerro Ixbul en Huehuetenango, el cual los Seler pudieron ver desde una de las pirámides de Huaxac Kanal. Si bien no profundiza más en el tema, la autora menciona que hay muchas leyendas asociadas a él.

«Desde la plataforma más alta de esta pirámide [...] disfrutamos de una maravillosa vista más allá de la verde campiña y hasta el Cerro Ixbul, que forma la frontera entre ambas repúblicas y cuya ubicación extrañamente aislada hace comprensible que esté envuelto en leyendas» (Seler-Sachs, 1925: 211).

7. Población alemana en Guatemala

En el siglo XVII inició el movimiento migratorio de Europa hacia regiones menos pobladas del mundo. Este aumentó significativamente durante el siglo XVIII y se hizo aún más fuerte en el siglo XIX. Alemania e Irlanda fueron durante esa época los países con mayor cantidad de emigrantes. De

acuerdo con Regina Wagner, Europa estaba sufriendo una dura transición de una sociedad artesanal agrícola a una industrial. Desde fines del siglo XVII y principios del XIX se dieron cambios revolucionarios a raíz de las transformaciones tecnológicas en la producción de bienes y servicios que generaron desempleo masivo y llevaron a la pequeña y mediana industria artesanal a la ruina.

«Los efectos de la Revolución Industrial fueron no sólo el descenso en la capacidad de adquisición y consumo de gran parte de la población, sino también la desintegración social por el descontento y la angustia generalizados, que afectó a muchas familias y personas que vieron amenazadas sus posibilidades de existencia o descendieron en su status [*sic.*] socioeconómico». (Wagner, 1996: 5-6).

Esta situación, agrega Wagner, se agravó todavía más debido al crecimiento demográfico.

En el siglo XIX se dio una migración masiva de Europa hacia América. Wagner llama la atención sobre cómo las malas condiciones socioeconómicas son un factor central en este tipo de fenómenos e indica que esto lo confirman las estadísticas de la época, en las cuales se puede ver un altísimo número de migraciones en los años y décadas en los que los países de origen de dichos emigrantes estaban atravesando fuertes crisis económicas¹¹⁰ (1996: 5). En esa época, la nación alemana todavía estaba desarticulada en pequeños estados. Estos, al no tener colonias, buscaban expandir su comercio hacia países de ultramar, especialmente en Centro y Sudamérica. Estas dos regiones tenían materias primas y productos “coloniales” que se podían intercambiar por productos manufacturados y de la industria alemana. La emigración, la colonización y el comercio eran, según Wagner, las consignas fundamentales para fortalecer económicamente y unificar políticamente a la nación alemana. Para lograrlo, el economista Friedrich List proponía que los emigrantes podían contribuir a fortalecer la industria de aquel país si los estados alemanes establecían comunicaciones y relaciones comerciales con los países de su interés e inducían a los emigrantes alemanes a establecerse en ellos, donde podrían convertirse en comerciantes de maderas preciosas, cochinilla, añil, cacao, café, azúcar y tabaco, entre otros productos (Wagner, 1996: 1).

Wagner sitúa esto en una época que ella describe como

«...de pleno desarrollo industrial y regida por la ideología del Liberalismo, fundamentada en la tesis de Adam Smith de una división internacional del trabajo, según la cual los países de la zona cálida estaban destinados para la agricultura y los avanzados tecnológicamente para la industria» (1996: 1).

Siguiendo este pensamiento, los países económicamente desarrollados buscaron incorporar a las nuevas repúblicas de Centro y Sudamérica –las cuales estaban “atrasadas” en su desarrollo– al sistema

¹¹⁰ Para una descripción más detallada de las causas climatológicas, agrícolas, socioeconómicas y políticas de la emigración europea, en especial la alemana, véase Wagner (1996: 5-14).

de mercado europeo. Después de la independencia de Centroamérica, la élite progresista y liberal manifestó su convencimiento de que la razón del atraso económico de la nueva república era un resultado de haber permanecido aislada de los países occidentales avanzados durante la colonia. Para salir de su atraso, intentaron imitar a estas naciones en su sistema político representativo y democrático y luego estimularon la inmigración extranjera de manera similar a como se estaba haciendo en Estados Unidos. Asimismo, los gobiernos progresistas de algunos países latinoamericanos vieron en la inmigración extranjera un elemento clave para impulsar el desarrollo y progreso de sus sociedades (Wagner, 1996: 1, 15).

Uno de los incentivos más grandes para atraer a los europeos a América fue el ofrecimiento de tierras “desocupadas”¹¹¹, por lo que se promulgaron leyes que concedían tierras y daban exenciones fiscales para alentar la inmigración extranjera. En Centroamérica, la Asamblea Nacional Constituyente decretó en 1824 una ley que favorecía la inmigración y colonización extranjera. En esta se derogaron las leyes que prohibían a extranjeros la exploración de minas; se les permitía establecerse y avecindarse en la región y ejercer el oficio o industria de su conveniencia, así como adquirir tierras consideradas baldías o del gobierno; se otorgaban franquicias y libertad de derechos en la extracción y exportación de diversos productos por veinte años y se declaraba a la República Federal de Centro América un asilo sagrado para los extranjeros que desearan residir en su territorio, reconociéndoles todos los derechos civiles de los demás conciudadanos. Unos años después, durante el gobierno de Mariano Gálvez, jefe de Estado de Guatemala, la Asamblea Legislativa decretó en 1834 una ley que promovía la colonización del departamento de la Verapaz, Livingston y Santo Tomás. Como incentivo, otorgaba concesiones de tierras, monopolios de corte de maderas finas, navegación de ríos y lagos, pesquería y privilegios de explotación mineral, exención de impuestos y libertad de exportación e importación de productos, entre otros. Incluso se permitió el libre ejercicio público y privado de cualquier religión o creencia y la libertad de erigir templos y altares (Wagner, 1996: 16-20). A raíz del fomento de la inmigración y colonización extranjeras por parte del gobierno de Guatemala, los primeros asentamientos extranjeros surgieron en el país con la llegada de colonos ingleses al río Polochic y luego de belgas y alemanes a la bahía de Santo Tomás entre 1830 y 1840. Con la primera etapa de migración alemana a Guatemala (1843-1870), llegaron al país personas

¹¹¹ En Guatemala, muchas de estas tierras no estaban desocupadas, sino pertenecían a comunidades indígenas; la práctica de considerarlas “desocupadas” y disponer de ellas venía desde tiempos coloniales. Después de la independencia, los gobiernos conservadores generalmente apoyaban los reclamos de las comunidades indígenas sobre sus tierras comunales, pero durante los gobiernos liberales, en especial con las Reformas de 1871, la expropiación de estas tierras cobró especial fuerza, lo que generó conflictos con las poblaciones indígenas. Para más información sobre este tema véase Luján Muñoz (2003), McCreery (1995 a) y Mc Creery (1995 b).

pertenecientes a las capas artesanal, comercial, agrícola, técnica y administrativa (Wagner, 1995: 446; 1996: 2).

En Alemania, las ciudades portuarias de Hamburgo y Bremen florecieron con el crecimiento del comercio desde mediados del siglo XIX, el cual estaba estrechamente ligado a la importación de productos agrícolas de los países que anteriormente habían sido colonias. Después de la unificación de los Estados alemanes en 1871, el Imperio Alemán buscó expandir sus mercados con el objetivo de colocar sus productos manufacturados y obtener materias primas de las excolonias para transformarlas y consumirlas. Con el establecimiento de más alemanes en Guatemala entre 1871 y 1900 –entre quienes había personas de las clases media y empresarial– y a través del fomento que hacían de las relaciones comerciales con su país de origen, la demanda del café guatemalteco aumentó de tal manera que, para finales de siglo, dos terceras partes de su producción se exportaban a Hamburgo. Este sistema se afianzó todavía más por medio del sistema comercial y crediticio que los productores y exportadores alemanes establecieron, así como por las comunicaciones de las compañías navieras alemanas. La inauguración de tramos ferrocarriles durante las últimas décadas del siglo también contribuyó a mejorar el comercio con Europa (Wagner, 1995: 448; 1996: 3, 128).

Para 1897 había unos 50 establecimientos comerciales en Guatemala, de los cuales nueve tenían una o dos sucursales en el interior de la República. De estas 68 casas comerciales, 28 estaban en la ciudad capital, 12 en Quetzaltenango, 5 en Retalhuleu, 4 en Cobán y las demás en 19 municipios, entre los cuales estaban Senahú, Livingston, Puerto Barrios, Gualán, Zacapa, Escuintla, Pochuta, Chicacao, Colomba, Mazatenango, Coatepeque, Ocos, Pajapita y el Tumbador. De estas casas, 39 se dedicaban a importaciones y 12 a negocios de exportación, banca y agencia; 7 trabajaban en exportaciones, negocios de banco y representaciones; 15 tenían propiedades agrícolas; había una cervecería en Quetzaltenango y varias casas de huéspedes o pensiones. La mayoría de las casas comerciales alemanas en el país tenían representantes en Europa que eran sus socios y conocían las necesidades locales por haber vivido en Guatemala por varios años (Wagner, 1996: 141).

Muchas nuevas empresas cafetaleras se formaron en el país a fines del siglo XIX; algunas de ellas, con capital alemán. Los incentivos otorgados por el Estado guatemalteco para invertir, especialmente en la agricultura; y las facilidades que los alemanes tenían para obtener créditos en casas comerciales y bancarias de Hamburgo, crearon condiciones favorables para la formación de empresas agrícolas alemanas (Wagner, 1996: 144). Para esta época, la cantidad de propiedad que estaba en manos de alemanes en Guatemala era bastante grande en la zona sur y suroccidental del país. Muchos de los dueños de estas fincas eran de Bremen o Hamburgo y no todos residían en Guatemala, ya que algunos habían invertido su capital en Hamburgo y otros se habían retirado a vivir a Alemania después de

varios años de vivir en Guatemala, algo que era bastante usual. Las fincas siempre eran administradas por alemanes y el número de empleados de dicha nacionalidad dependía del tamaño de la empresa agrícola. La mayoría de las fincas cafetaleras alemanas se encontraban en los distritos de la Costa Grande (Escuintla); Pochuta y Yepocapa (Chimaltenango); Patulul, Santa Bárbara, Chicacao y San Francisco Zapotitlán (Suchitepéquez); Costa Cuca, Colomba y Xolhuitz (Quetzaltenango); Costa Cucho, La Reforma, Malacatán y El Tumbador (San Marcos). Aparte de café, producían azúcar dependiendo de la altura y únicamente dos o tres producían cacao. La mayoría también tenía pastos para mantener a los animales, así como tierras donde se cultivaban maíz y banano, los cuales eran consumidos por la población indígena (Wagner, 1996: 161-164).

Cobán fue otro lugar en el que la producción cafetalera alemana fue muy fuerte. El cultivo de café fue introducido allí por primera vez entre 1842 y 1843. En la segunda mitad del siglo XIX empezó a cobrar más importancia con la llegada de extranjeros y ladinos impulsados por el gobierno a través de la cesión de terrenos para sembrar y cosechar café. Atraídos por sus posibilidades agrícolas, el clima templado y suelo fértil, entre otras cosas, los alemanes empezaron a llegar individualmente a la región en las últimas décadas del siglo XIX. Eventualmente, los alemanes se convirtieron en el grupo cultural europeo más numeroso en el lugar y llegaron a ocupar una posición predominante en el desarrollo del departamento. Si bien la colonización de esta región no fue muy distinta a las de los alemanes de otras áreas, el hecho de tener una mayor disponibilidad de tierras con una economía de plantaciones de café en expansión impulsada por el auge del café en Europa hizo que Alta Verapaz se convirtiera «en un verdadero bastión de influencia alemana» (Wagner, 1996: 173-174). Por otro lado, más adelante los alemanes también invirtieron en importantes obras de infraestructura como los ferrocarriles de Verapaz y Ocos, así como la Empresa Eléctrica, las cuales en sus inicios servían sobre todo a los intereses de los comerciantes y cafetaleros, pero que ultimadamente también contribuyeron al desarrollo industrial del país (Wagner, 1996: 242).

Parte del éxito de esta población radicó en que los empresarios alemanes contrataban a jóvenes comerciantes de su país que habían recibido una formación teórica en alguna escuela de comercio y tenían conocimiento de idiomas extranjeros. A los empleados competentes se les promovía gradualmente hasta convertirlos en socios y si eran capaces de hacerse cargo del negocio, este se les dejaba para que lo dirigieran localmente cuando el propietario se retirara y regresara a vivir a Alemania (Wagner, 1995: 454; 1996: 129-130). Para finales del siglo XIX había aproximadamente 1,000 alemanes residentes en Guatemala. Al igual que en otros países en los que hubo una fuerte inmigración alemana, la comunidad germana mantuvo su cultura, idioma y tradiciones en gran

medida gracias a la llegada constante de nuevos inmigrantes de Alemania y la creación de instituciones sociales y culturales, como los clubes y colegios alemanes (Wagner, 1995: 454).

Seler-Sachs se interesó por las vidas de sus compatriotas en Guatemala, entre los cuales hubo varios que no estaban relacionados a las antigüedades, pero que la apoyaron a ella y a su esposo en distintas necesidades que surgieron durante sus viajes por el país. Con unos de ellos incluso llegaron a entablar una amistad. La autora identifica a algunas de estas personas por su nombre o al menos, su apellido. Entre ellos están los hermanos Scheuerschen: un médico, un comerciante y una maestra que vivían en la ciudad capital y con quienes los Seler hicieron amistad. Según explica Caecilie, lo que inicialmente los acercó fue el hecho de tener relaciones en común en Alemania. En *AAWMG* les agradece a ellos y a su ama de casa por su hospitalidad, amistad y atenciones, en especial mientras Eduard estuvo enfermo con fiebre después del viaje que hicieron a Quiriguá y Copán (Seler-Sachs, 1925: 167, 268).

Otro amigo que hicieron durante el tiempo que estuvieron en Guatemala fue el Dr. Karl Sapper, quien los recibió a su llegada a Cobán. De hecho, salió a su encuentro para acompañarlos en el trecho que les faltaba recorrer hasta llegar al pueblo. Su casa estaba en la finca Chimax, la cual estaba muy cerca de Cobán. Allí los Seler tuvieron la oportunidad de compartir con él durante su estancia en el pueblo. Durante ese tiempo, indica Seler-Sachs, Sapper se convirtió en un querido amigo y valioso consejero. Se refiere a él como «el mejor conocedor de Guatemala» y comenta que conocía a los indígenas q'eqchi', su idioma, sus costumbres y forma de pensar como casi ninguna otra persona en el país. Agrega que Sapper hizo largos viajes a través de toda Centroamérica y gran parte de México, siempre a pie y en compañía de tres indios; dominaba el idioma q'eqchi' como ninguno y gozaba de un alto grado de confianza de la gente. Por esa razón ella y Eduard le agradecen por las publicaciones y traducciones que los ayudaron a comprender mejor la cosmovisión indígena (Seler-Sachs, 1925: 248-249).

Otros alemanes que les dieron su apoyo fueron el Sr. Schumann, que trabajaba para la empresa Kraus, Schröder & Co. y los ayudó a conseguir cajas y materiales para empacar la colección comprada a Manuel Alvarado en Antigua (Seler-Sachs, 1925: 175); el Sr. Sauerbrey, representante de la empresa Keller & Cie. [*sic.*], quien les dio alojamiento en Quetzaltenango y, en palabras de Seler-Sachs, los ayudó con sus necesidades tanto mientras estuvieron en Quetzaltenango, como cuando ya habían regresado a Europa (1925: 202); dos jóvenes alemanes que trabajaban en la ferretería de Santa Lucía Cotzumalguapa (1925: 190); y Robert Lineau, un joven alemán a quien los Seler conocieron durante su viaje por el Oriente de Guatemala. Lineau trabajaba para una empresa con la que un hombre de apellido Gonzales, que había dirigido un levantamiento fallido en contra del entonces

presidente, José María Reina Barrios, estaba fuertemente endeudado. Dado que Gonzales había huido del país, la empresa había tomado posesión de sus casas y propiedades, las cuales el señor Lineau estaba encargado de administrar y explotar. Lineau estaba además viviendo en una de ellas: una casa en Esquipulas en la que los Seler pasaron dos noches. También les dio una carta de recomendación gracias a la cual pudieron conseguir un lugar para pernoctar en Quetzaltepeque (Seler-Sachs, 1925: 259-260, 265, 266).

«[Había] alemanes en todas partes», explica Seler-Sachs: «en la caficultura, en la molinería, en las instalaciones eléctricas, como médicos, pero solo pocos artesanos y ningún campesino» (1925: 237-238). También menciona encuentros con compatriotas de los que no da más información que el hecho de que eran alemanes, como las siete personas que ella y su esposo conocieron en un lugar en la finca Los Diamantes, quienes se habían reunido allí para tomar cerveza y recordar canciones alemanas (Seler-Sachs, 1925: 182). En esa finca conocieron también al señor Fritz Müller, un hombre de origen suizo que representaba a una sociedad de Hamburgo y administraba dicha propiedad en su nombre. Seler-Sachs escribe un poco más sobre su esposa, de quien dice que, con la ingeniosidad propia de las berlinesas, sabía cómo hacer lo mejor que podía con las circunstancias en las que se encontraba. Cultivaba sus propias verduras, tenía su propio gallinero y hacía su propia mantequilla. También era rápida y valiente para cabalgar y conducía su carrito con seguridad por los peores caminos. Además, se llevaba bien con todos en el rancho, donde la conocían como “la niña”. Le encantaban las flores y los animales, por lo que los trabajadores a menudo le llevaban plantas bonitas que encontraban en los bosques del Volcán de Fuego. Estas continuaban creciendo en la veranda, donde siempre se podía admirar alguna orquídea en flor (Seler-Sachs, 1925: 181-182). Otro alemán que conocieron en una finca cafetalera fue al señor Linse, que era el representante de esta y fue quien los recibió a su llegada a dicho lugar (Seler-Sachs, 1925: 178). También menciona a alemanes que se dedicaban a la molinería, como el señor Hans Schmidt, que vivía en Los Pastores (1925: 174, 237) y a los administradores del molino Helvetia (1925: 237).

Sobre los negocios o actividades que otros alemanes estaban llevando a cabo en distintas partes del país, menciona el Gran Hotel Chimaltenango, al que describe como muy bonito, de estilo europeo y cuyo propietario era alemán (1925: 155, 237); un hotel de estilo estadounidense en Zacapa que era propiedad de dos alemanes cuyos nombres no indica (1925: 256); el aserradero Santa Elena en Tecpán, propiedad del Sr. Wilhelm Thom; la finca Morelia, que estaba cerca del volcán de Fuego y era atendida por alemanes y suizos (1925: 189); las centrales eléctricas operadas por alemanes en Palín que proveían de luz tanto a la capital como a las grandes haciendas que visitaron (1925: 187); así como la cerveza bávara que encontraron en Quiché (1925: 150).

En la ciudad capital, donde tuvo la oportunidad de pasar más tiempo que en otros lugares, Seler-Sachs pudo interactuar con varios alemanes que residían allí, así como ver la forma en que vivían. Cuenta que cada vez que subía el Cerro del Carmen encontraba alemanes arriba disfrutando de la vista (1925: 166). También menciona al Club Alemán, donde pasó varias horas en la sala de lectura y tanto ella como su esposo fueron bien acogidos (1925: 167).

El Club Alemán de la ciudad de Guatemala se fundó en 1890, siguiendo el ejemplo del que se fundó en Cobán en 1888. Esto, debido a la constante afluencia de inmigración alemana a la ciudad capital y el deseo de tener un lugar propio donde celebrar reuniones y fiestas. De acuerdo con Wagner, muchos alemanes residentes en Guatemala consideraban su pertenencia al Club Alemán un asunto de prestigio. Allí se relacionaban casi a diario los jefes y gerentes de empresas y las conversaciones usualmente giraban en torno al negocio del café. El club se convirtió en un lugar de diversión donde se reforzaban los lazos de unión, solidaridad y lealtad de grupo. Unos años después, en 1893, se abrió un Club Alemán en Quetzaltenango (Wagner, 1996: 321-322).

La fuerte presencia de inmigrantes alemanes en la ciudad capital no escapó a Seler-Sachs, quien además escribe sobre las diferencias que había entre ellos:

«A pesar de que siempre salíamos, bajando por las barrancas, subiendo por los cerros, a pesar de que conocí una parte de los alrededores de Guatemala a caballo, a pie y en carruaje, pasamos buena parte del tiempo entre las casas. Allí me percaté de la cantidad de tiendas para todas las necesidades europeas y de que en su mayoría están en manos de alemanes. En los mejores almacenes, siempre y cuando pertenezcan a franceses o españoles, encuentra uno empleados alemanes o que hablan alemán. No todos son alemanes del Imperio¹¹², hay muchos suizos en el país que pertenecen a la colonia alemana. Otro elemento germanófono son los germanoamericanos, quienes no hablan bien ni el alemán ni el inglés y no están seguros de si es más ventajoso caracterizarse como alemanes o americanos. Entre ellos hay muchos judíos del Sur de Alemania» (Seler-Sachs, 1925: 166).

Asimismo, nota que el nivel de vida de los alemanes que conocieron en la ciudad de Guatemala era bastante bueno: «...las familias de comerciantes alemanes tenían grandes lujos en sus hogares, los cuales se nos hacían todavía más notorios después de un largo período de privaciones» (Seler-Sachs, 1925: 166-167).

Otro lugar en el que interactuaron con bastantes alemanes fue Cobán, donde indica que, a los investigadores lingüísticos, de antigüedades, etnólogos y naturistas se les había abierto algunas perspectivas tentadoras, especialmente porque podían contar con la ayuda y el apoyo de muchos compatriotas que se habían asentado allí y en los alrededores (Seler-Sachs, 1925: 239). En general,

¹¹²*Reichsdeutsche*

comenta Seler-Sachs, había un gran número de alemanes en Alta Verapaz, algunos de los cuales vivían en Cobán o cerca de allí. Incluso había artesanos como un cerrajero y un zapatero (Seler-Sachs, 1925: 249). La autora escribe además sobre algunos personajes y parejas que ella y su esposo conocieron y con quienes se relacionaron, como el señor von Türckheim, quien llevaba ya varios años de vivir en Cobán y que junto con Eduard Seler había estudiado botánica con un botanista de apellido Braun. Invitó a los Seler a ver su herbario, el cual lamentablemente había sido devorado en buena parte por gusanos (Seler-Sachs, 1925: 248). El barón Hans von Türckheim era el vicedónsul alemán en Cobán (Wagner, 1996: 96, 190).

Mientras estuvieron en este lugar, los Seler se hospedaron en la casa de un zapatero alemán y su esposa, donde solían llegar entre diez y doce personas –alemanes y locales– a almorzar. Sobre la esposa del zapatero, Seler-Sachs escribe que tenía problemas con la economía a pesar de que el mercado de Cobán estaba bien abastecido con muchas frutas y verduras. Le costaba lidiar con las peculiaridades de las personas, en especial de la servidumbre, lo cual, admite la autora, no era fácil para las amas de casa alemanas (Seler-Sachs, 1925: 249). En esa casa vivía una pareja de jóvenes esposos, también alemanes, quienes estaban esperando la llegada de su mobiliario. Seler-Sachs indica que no sabe cuánto tiempo tuvieron que esperar, pero que seguramente fue hasta la llegada de la época seca, ya que la carretera que conectaba a Cobán con la costa probablemente estuvo en terribles condiciones mientras estuvo lloviendo (Seler-Sachs, 1925: 249). Otro personaje es una cocinera que había llegado de Alemania junto con una de las parejas de esposos que se habían asentado allí. Tuvo una desagradable experiencia cabalgando por los lodosos caminos de Cobán cuando su caballo tropezó y ella fue lanzada por encima del cuello del animal. Cayó de cabeza en el lodo y se quedó atascada hasta que los hombres que la acompañaban lograron sacarla (Seler-Sachs, 1925: 249).

K. Geografía, flora y fauna

Como ya se ha indicado, los Seler también recolectaron especímenes botánicos mientras viajaron por Guatemala. Seler-Sachs no solo se interesó por especies de plantas específicas, sino por el entorno natural y geográfico en general. En toda la obra hay detalladas descripciones de la geografía de los lugares por los que pasaron y donde estuvieron, así como de la vegetación que vieron, por ejemplo, la que se encuentra a continuación sobre los alrededores de las cuevas de Quen Santo:

«Un maravilloso mundo vegetal cubría todo el sitio. No era la masa demasiado espesa de exuberancia entrelazada de la selva tropical en la que las formas individuales apenas resaltan; tampoco era el claro bosque de montaña con una mezcla de robles y ericáceas, sino más bien un punto intermedio entre ambos. Árboles esplendorosamente desarrollados de las más variadas clases formaban grupos que alcanzaban un efecto artístico, particularmente sobre las pequeñas pirámides escalonadas. Había cipreses con amplias copas e intensa coloración,

acacias, árboles de copal con un fresco verdor, una palma de hojas palmadas aquí y allá; en medio, el curioso árbol llamado Memelita, el cual está emparentado con la higuera, tiene hojas carnosas de un cuarto de centímetro de grosor y frutos redondos que se abren de golpe como estrellas cuando alcanzan la madurez; un árbol llamado Chinilté con madera dura y roja, con la cual los antiguos habitantes hacían astas de lanza y atlatl; y muchos otros que contribuían a aumentar la diversidad de formas y colores» (Seler-Sachs, 1925: 214).

Dado que además de dedicarse a la arqueología y la lingüística, Eduard Seler también hizo estudios botánicos, no es de sorprenderse que Seler-Sachs incluya información relacionada a ese tema. Al igual que con sus trabajos relacionados a la arqueología, Caecilie apoyó a su esposo en el trabajo técnico de sus estudios botánicos, es decir que fotografiaba y dibujaba las plantas que encontraban y recolectaban, así como las preparaba para los herbarios. Además de eso, ella parece haber tenido un interés personal en el tema, lo que se puede notar en las detalladas descripciones que hace y la manera en que se expresa sobre la vegetación que ve, así como sobre su destrucción en algunos lugares. Esta devastación la percibe de manera negativa y lo expresa con claridad en algunas partes del libro, como cuando describe la práctica de tala y roza, que continúa siendo bastante común hoy en día:

«Además, era la época del año en la que se encendían fuegos en bosques, selvas¹¹³ y campos para, sin ningún esfuerzo, tener un suelo adecuado para una nueva siembra, para un nuevo pastizal. Estos fuegos llenaban el aire con humo y humo espeso, como *Höhenrauch*¹¹⁴. Lo que se logra de esta manera es un gran desperdicio de fuerza del suelo, una devastación de los bosques y selvas. Pero la tierra aquí es rica y fértil, existen suficientes bosques y selvas; nadie piensa en una economía racional y eso es lo más cómodo; así que se continúa quemando tranquilamente» (Seler-Sachs, 1925: 136).

También manifiesta sentir pena por la tala de árboles y remoción de plantas que sus propios trabajos arqueológicos requerían:

«No obstante, aquí y allá había también una espesa maleza casi impenetrable debido a espinosos agaves y lianas colgantes a través de los cuales solo el machete podía abrir camino. Sobre los árboles crecían cactus, orquídeas y otras floridas parásitas. Me cortaba el corazón cada vez que con hacha, machete y pala¹¹⁵ hacíamos estragos en esta hermosa selva; tocar esa magnificencia parecía un acto de vandalismo y con pena mi vista a veces descansaba en la devastación que debíamos causar para exponer una muralla aquí, un montículo allá para examinar sus entrañas» (Seler-Sachs, 1925: 214-215).

Además de descripciones como las anteriormente presentadas, Seler-Sachs también incluye fotografías de la vegetación y geografía en algunos de los lugares donde estuvo, así como imágenes de plantas individuales, aunque siempre mostrando el ambiente en el que se encontraban. Debajo de

¹¹³ La palabra *Wald* en alemán se refiere tanto a bosques como a selvas. Por eso en este caso se incluyen ambos significados en español.

¹¹⁴ Este término se refiere a un enturbiamiento del aire a grandes alturas a través de humo, cenizas y otras partículas finas.

¹¹⁵ El término usado en alemán por la autora es *Spaten*, que en español quiere decir pala, pero también laya.

cada una de estas imágenes hay una explicación identificando el lugar o la planta fotografiada. En el caso de los dibujos, todos, excepto uno, incluyen el nombre de la planta y el lugar donde se encontró.

Tabla 11: Fotografías de geografía y flora

No. de la fotografía	Nombre
49	Imagen de la vegetación en la Sierra Madre
51	Despeñadero de una profunda quebrada en Chimaltenango
56	El Volcán de Agua desde el camino hacia Antigua
62	En el cafetal en San Andrés Osuna
63	En la quebrada en Los Diamantes
67	En la selva en Santa Lucía Cotzumalguapa
71	El lago de Atitlán con el volcán San Pedro
72	Cerro Quemado desde el camino hacia Almolonga
73	El [volcán] Santa María y el Cerro Quemado, vistos desde la altura detrás de Olin-tepec
76	El valle de Huaxac Kanal
77	Montículo artificial con árboles en el llano de Huaxac Kanal
84	Despeñadero de la meseta de la antigua ciudad Quen Santo
86	Ciprés sobre una colocación de piedras en la ciudad Quen Santo
98	La ceiba de Ipala

Tabla 12: Dibujos de plantas recolectadas

Nombre la planta dibujada	Lugar donde fue encontrada	Número de página
<i>Viola Hookeriana H.B.K.</i>	Jacaltenango	157
<i>Dorstenia contrajerva L.</i>	Los Diamantes, quebrada Cucunya	195
<i>Pachyrhizus palmatilobus Benth.</i>	Entre Huaxac Kanal y Quen Santo	196
<i>Scutellaria Seleriana. Loesner n. sp.</i>	Huaxac Kanal	207
<i>Myrcia Seleriana J. Donn. Smith n. sp.</i>	Chaculá, en el borde del arroyo	217
<i>Myrtus Friedrichsthalii. Berg.</i>	Sierra Santa Elena	233
Cactus órgano	---	239
<i>Eugenia Salamensis J. Donn. Smith. n. sp.</i>	Llano Grande, departamento de Salamá	243
<i>Aphelandra acutifolia. Nees</i>	Alta Verapaz	245
<i>Scutellaria lutea J. Donnell Smith</i>	Santo Tomás, por encima de Salamá	253

Asimismo, incluye la siguiente anécdota relacionada con la recolección de plantas que Eduard hacía mientras viajaban entre Chinautla y Chiquín:

«Donde hay fuentes, crecen altas hierbas de hojas coloridas y una planta similar al girasol casi superaba en altura a nuestros animales. De pronto, cuando mi esposo se disponía a cortar una de ellas, un enjambre de abejas salvajes se levantó y voló alrededor de las orejas de nuestros animales, que se desbocaron y se alocaron, y sobre el estrecho sendero cerca del

borde de la pendiente pasaron unos momentos angustiantes hasta que se logró que se volvieran a tranquilizar» (Seler-Sachs, 1925: 241).

Por otro lado, hay algunas descripciones de animales, aunque no son tan extensas o detalladas como las de geografía y flora, como esta de unos papagayos que vivían en los alrededores de las cuevas de Quen Santo:

«Parvadas de papagayos verdes alzaron vuelo desde la derecha. Vivían en la “Cueva de los Pájaros”, que es uno de esos profundos hundimientos que había mencionado anteriormente, de varios cientos de metros de profundidad y de forma casi circular. Donde las paredes verticales ofrecen un acceso a los diestros pies de los humanos, el suelo es utilizado para sembrar ya que allí un muro natural protege los cultivos de la torpeza y avidez de los animales de pastoreo. Pero la caldera era completamente inaccesible, por lo que en el suelo de este gigantesco pozo había crecido una exuberante vegetación y así de tranquila como esta, vivía allí una floreciente colonia de papagayos» (Seler-Sachs, 1925: 216).

La descripción más detallada que Seler-Sachs hace de un animal es la de un quetzal que Eduard Kanter le obsequió antes de su partida de Chaculá. Si bien en este caso la autora no critica el hecho de que se le regalara un ave protegida, menciona que su cacería estaba prohibida en el país. Además, explica que se lo llevaron a Quetzaltenango y que fue transportado en una caja de madera liviana sobre la espalda de uno de sus cargadores indígenas:

«Recibí como obsequio de don Eduardo una de esas espléndidas aves quetzal, cuyo plumaje verde dorado era tanpreciado como ornamento por los antiguos mexicanos, que usaban el nombre del ave como una expresión afectuosa. La imagen de esta ave puede verse en el escudo de armas de Guatemala y la cacería de este hermoso animal está prohibida para protegerlo de la extinción. Estas son aves tímidas que viven en los bosques y que no son fáciles de conseguir. Como resultado de la prohibición y la dificultad de obtenerlas, el precio que se paga en Guatemala por las pieles de aves es alto. El espécimen que me llevó don Eduardo era espléndido y medía más de un metro hasta la punta de las largas plumas de su cola. Para poder llevarlo sano y salvo a Quetzaltenango, hicimos una caja de una madera liviana similar al corcho. [...] Ya que, naturalmente, no había tablas y ahora también podíamos transportar estas cosas con nosotros sobre las espaldas de indios» (Seler-Sachs, 1925: 230).

No hay más información sobre lo que sucedió con el ave después de esta descripción.

VI. DISCUSIÓN

A. Estilo de la obra

Por su naturaleza, *AAWMG* está redactada en un estilo que, si bien pretende informar, también busca entretener al lector. Un buen ejemplo de esto es la manera en que Seler-Sachs introduce la sección sobre las cuevas de Quen Santo en Chaculá con una descripción que busca despertar el interés y la curiosidad del lector:

«Las oscuras profundidades de las cuevas y grietas que llevan al interior de la tierra siempre han despertado tenebrosas ideas en los hombres. Y con ese miedo a la vez cobró vida el deseo de tener el favor de los poderes que habitan tales lúgubres viviendas, así que no es sorprendente que con frecuencia encontremos en ellas antiguos lugares de culto. A menudo también sirvieron como escondites en los que tesoros y objetos sagrados quitados a los perseguidores fueron puestos bajo la protección, por así decirlo, de los dioses que habitan en las cuevas» (Seler-Sachs, 1925: 212).

El texto no es ni pretende ser académico y la autora lo expresa claramente en el capítulo sobre Chaculá cuando indica que la presentación científica de los resultados de los trabajos que hicieron no es tarea suya, sino que su intención es narrar las condiciones externas de sus viajes e intentar dar una idea de las penas, alegrías, esfuerzos y éxitos que tuvieron (1925: 206). También expresa opiniones en algunas partes del texto y menciona abiertamente algunos de sus sesgos, como cuando admite, antes de empezar a describir la ciudad de Guatemala, que no le gustan las grandes ciudades y que no suele disfrutar mucho su estancia en ellas. Esto lo vuelve a recalcar al final de la descripción cuando discute algunas razones por las cuales, siempre a nivel personal, la ciudad de México le gusta más que la de Guatemala.

Por otro lado, la narración no siempre sigue un orden lineal, en especial cuando se está hablando de un lugar al que regresaron en distintas ocasiones, como la ciudad de Guatemala, Santa Lucía Cotzumalguapa, Antigua Guatemala o Todos Santos, por mencionar algunos ejemplos. En otras ocasiones, se opta por informarle al lector que más adelante se ahondará más sobre un tema en particular. Las descripciones hechas por la autora no se circunscriben a un solo tema, sino más bien pintan una imagen que podría incluir, por ejemplo, el aspecto de un lugar, información sobre su ubicación, población, geografía, clima y actividades productivas, el ambiente que se vivía en este y alguna anécdota sobre alguna experiencia. Esto se puede ver en el siguiente pasaje sobre Santa Lucía Cotzumalguapa:

«Nuestra habitación en la pensión tenía un pequeño balcón de madera a pocos pies sobre la calle, donde era agradable sentarse después de la carga y el calor del día. Cerca de allí había habido una fiesta: un hombre adinerado había celebrado el día de su santo. Al santo se le

cargó por la calle [y] cohetillos volaron por los aires. En la América española no hay fiesta sin explosiones y aguardiente. Poco a poco, todo se fue calmando. ¡Allí, escucha! ¡Qué sonidos tan maravillosos! Casi sonaba como trompetas, casi como los graznidos de una enorme parvada de gansos gigantes. Pero en el lugar de donde provenían había pantanos: eran ranas¹¹⁶ croando que se alegraban por la sofocante noche de primavera y que con canciones de amor daban la bienvenida a la llegada de la temporada lluviosa» (Seler-Sachs, 1925: 185-186).

El pasaje anterior no solo ilustra cómo Seler-Sachs incluye distintas clases de información en sus descripciones, sino también el tipo de estética que utiliza para escribir. En este caso, crea una imagen en la que se coloca al lector en el pequeño balcón de madera de la habitación de los Seler y desde allí se le muestra el contraste entre un escandaloso evento del mundo humano –una fiesta con explosiones de cohetillos, una pequeña procesión y el consumo de aguardiente– y uno del mundo natural en el que el croar de las ranas es interpretado como la celebración de un evento importante: la llegada de las lluvias.

Otro elemento presente en su narrativa es el humor, el cual usa en algunas de sus anécdotas, como cuando cuenta que mucha gente que se encontraron en el camino saliendo de Chaculá confundía a Eduard, su esposo, con Gustav Kanter y pretendían comprarle ganado y otras cosas; o la forma en que describe la escena que presencié en Santa Lucía Cotzumalguapa en la que un payaso iba anunciando un circo detrás de un entierro. El sarcasmo también aparece en algunos pasajes, como cuando Seler-Sachs escribe sobre la parada que tuvieron que hacer en el pueblo de San José durante el penoso viaje de emergencia que emprendieron de Ipala a Chiquimula debido a que Eduard estaba muy enfermo:

«A mitad del camino la fiebre de Eduard volvió a empeorar, por lo que tuvimos que decidimos a buscar alojamiento en el pueblo San José, donde después de mucho esfuerzo encontramos una casa donde pululaban personas de todas las edades – ¡una agradable estancia para un enfermo!» (Seler-Sachs, 1925: 267).

De igual manera hay partes en las que adopta un tono irónico, como en su descripción sobre cómo el presidente Reina Barrios abusaba de su poder para favorecer a ciertas empresas con las que tenía algún vínculo. Seler-Sachs no dejó de lado las emociones en la narración de estos viajes, entre las cuales expresa alegría, emoción, frustración, enojo, indignación y tristeza. Además, mantiene a lo largo del documento una actitud bastante humilde en cuanto al trabajo que realizó junto a su esposo, así como sobre distintas situaciones difíciles a las que se sobrepuso, como por ejemplo al documentar los monumentos en la finca Bilbao en Santa Lucía Cotzumalguapa. Según los pasajes de cartas que incluye en la obra, esta tarea no fue nada fácil, el trabajo fue arduo, hacía mucho calor y hubo varios

¹¹⁶ *Brüllfrosche*

factores que estuvieron fuera de su control y limitaron sus actividades. Al final de la parte sobre su trabajo en ese lugar, Seler-Sachs cierra con un pasaje en el que se puede percibir que, si bien lamenta no haber podido hacer más, siente satisfacción por el trabajo que hizo y le costó tanto lograr:

«Sin trabajadores, con un ayudante que ansiaba regresar a casa y por lo tanto [trabajaba] de mala gana, no me quedó más que suspender mi actividad y despedirme de Santa Lucía. Sin embargo, uno siempre lleva un silencioso amor en el corazón por un lugar en el que uno ha trabajado con el sudor de su frente» (Seler-Sachs, 1925: 195)

En cuanto al tipo de vocabulario que utiliza, este puede ser un tanto elevado en algunos momentos sin llegar a ser demasiado rebuscado. Si bien en algunos casos hay oraciones estructuradas de formas más elaboradas, la narración en general es fluida, clara y entretenida. Además, Seler-Sachs intercala algunos términos en español a lo largo de todo el texto; incluso hay casos en los que las palabras también existen en idioma alemán y entonces las alterna con los términos en español. Por ejemplo, en ocasiones se refiere a personas indígenas como indios (usando la palabra en idioma español) y en otras, usa el término alemán *Indianer*. También utiliza algunas palabras en idiomas indígenas, las cuales luego traduce o explica en alemán.

Seler-Sachs usa información proveniente de otras fuentes como crónicas de la conquista y la colonia, obras escritas por otros exploradores como Thomas Gage o Alexander von Humboldt y publicaciones escritas por académicos contemporáneos como Otto Stoll. Asimismo, menciona trabajos de su esposo, como cuando en el capítulo sobre Chaculá incluye en una nota al pie la referencia de la obra en la que presenta, de forma académica, los resultados de sus estudios en ese lugar. Otro recurso usado por Seler-Sachs para narrar sus experiencias son pasajes de cartas, lo cual hace específicamente para relatar su tercer viaje a Santa Lucía Cotzumalguapa. Dado que lo emprendió sin Eduard, es probable que las cartas hayan sido para él.

Además, se incluyen varias fotografías, la mayoría tomadas por la autora, en las que se puede apreciar la geografía de varios de los lugares por los que pasaron, la vegetación, plantas específicas, personas, sitios y piezas arqueológicas en el contexto en que se encontraron. Tal como lo menciona Hanffstengel (2003: 302-303) las fotografías de Seler-Sachs contienen, de manera similar a sus descripciones escritas, mucha información. Por ejemplo, en una imagen de la calle de un pueblo se pueden ver construcciones, personas, la vestimenta que llevan puesta, la naturaleza en los alrededores y otros elementos similares. Asimismo, hay dibujos suyos, tanto de plantas (cada una con su nombre científico y el lugar donde se encontró), como de piezas arqueológicas, las cuales también están identificadas.

B. Perspectiva de la autora

Las descripciones de Seler-Sachs sobre los paisajes y la naturaleza en algunos de los lugares donde estuvo expresan asombro y romanticismo, incluso a pesar de las difíciles condiciones en las que ella y Eduard vivieron en ciertas partes. Un ejemplo es la siguiente cita sobre la noche que pasaron en La Garruche, donde explica que, si bien tuvieron que dormir bajo un techo de arriero, ella y su esposo encontraron un bonito lugar donde tomar un baño y disfrutar de la naturaleza que los rodeaba:

«[Había] unas pocas chozas, algunas parcelas se encontraban en el estrecho valle cerrado por altas cuevas boscosas a través del cual el rápido, murmurante río con maravillosa agua verde fluía entre altos bloques de granito; ora hacía pequeñas cascadas, ora se estancaba en profundos, claros pozos detrás de enormes piedras. En la orilla, las copas en forma de sombrilla del árbol San (de la familia *Caesalpiniaceae*) [estaban] cubiertas con flores compuestas de un montón de estambres blancos. Un refrescante baño en el agua arremolinada y espumosa y la romántica belleza del lugar nos compensaron por algunas privaciones. Algunos indios cargadores encendieron su fuego en un arbusto no muy lejos de nosotros, al otro lado del puente; debajo de un segundo techo, pernoctaban otros viajeros que habían llegado después de nosotros» (Seler-Sachs, 1925: 152-153).

Los lugares alejados de las grandes ciudades y la naturaleza que no había sido tocada por el ser humano son cosas que también describe de forma romántica, como en el siguiente pasaje sobre cómo, mientras avanzaban por un sendero, podían ver desde arriba el lago de Atitlán:

«Solitario, en tranquila grandiosidad, descansa el paisaje a nuestros pies: ningún vehículo surca la superficie metálica, ninguna amigable casa se asoma desde el espeso verde de la orilla. Las pocas localidades en el lago están en parte escondidas en bahías, y en parte ubicadas a una distancia tierra adentro, ocultas por bosques y colinas. Esa soledad [y] ese silencio aumentan la impresión de la grandeza [y] paz que ejerce cualquier naturaleza intacta sobre las personas. Pero esa paz es engañosa. El lago es imprevisible, las montañas son volcanes activos. Ahora, rayos de sol yacían dispersos sobre la superficie y nubes desgarradas soplaban sobre la cumbre del [volcán] San Pedro. Pero también el espectáculo debe de ser magnífico cuando la montaña lanza fuego y el lago revuelto hace espuma a sus pies. Este maravilloso estado incorrupto es lo que nosotros los europeos, que por todas partes estamos estrechamente rodeados de cultura, siempre buscamos en vano en casa y lo que empuja a cada vez más y más nostálgicos a las más altas y más peligrosas alturas alpinas y tierras lejanas. Aquí no se ha construido ningún hotel al lado del cráter del volcán, ningún silbato de vapor perturba la tranquilidad del aire, ningún turista importuna al observador pensativo. A sus oídos solo llega, como mucho, el “adiós, patrón” de un indio cargando o el saludo de un solitario jinete» (Seler-Sachs, 1925: 198).

De manera similar, la autora deja clara su preferencia e idealización de los lugares y expresiones culturales que han sido menos influenciados por la cultura europea, a la cual a menudo se refiere cuando escribe simplemente sobre “cultura”. A los primeros los considera más pintorescos y con más carácter, mientras ve de forma negativa los “esfuerzos civilizatorios”, es decir, las inclinaciones a dejar la cultura local y sustituirla por tendencias más europeizadas. Tampoco duda en resaltar cómo ciertos elementos europeos que se habían adoptado en Guatemala, como los uniformes alemanes para los soldados de la ciudad capital (Seler-Sachs, 1925: 163), los adornos de las cuatro estaciones en los

jardines del Paseo (Seler-Sachs 1925: 164) y la descripción de cómo Turibio y Cornelio cambiaron su vestimenta tradicional por una de estilo europeo a los pocos días de haber llegado a la capital (1925: 163), parecen ser poco adecuados para la vida y el clima locales a la vez que considera que no son tan hermosos como lo autóctono, se ven extraños y fuera de lugar.

Seler-Sachs ve la alteración de la naturaleza a manos del hombre como una corrupción y percibe de manera similar la influencia europea en las culturas nativas. En el caso de las ocupaciones prehispánicas que describe, esta perspectiva no parece contradecirse sino más bien fortalecerse, como cuando escribe sobre la manera en que en Quiriguá la naturaleza y los monumentos antiguos se complementan de manera que uno resalta la belleza del otro; o cuando describe el impresionante efecto estético que tienen los árboles que crecen sobre las pirámides y estructuras que encontraron en Chaculá y Santa Lucía Cotzumalguapa. No obstante, también es cierto que estas son ocupaciones que ya no están habitadas y que por esa razón fueron cubiertas por la vegetación. La autora en ningún momento se aventura a describir cómo imagina que se habrían visto estos lugares cuando los sitios estuvieron ocupados.

Por otro lado, no pasa por alto las relaciones desiguales que ve en sus viajes, como cuando describe el trato distinto que un batallón de soldados les daba a los prisioneros ladinos y a los indígenas, o en especial cuando habla de la relación de dependencia y servidumbre de los trabajadores indígenas con los hacendados y dueños de fincas de café, al punto que no duda en decir que algunas son muy parecidas a la esclavitud (1925: 180-181).

Von Wobeser señala que, si bien las fuentes de inspiración de las mujeres que viajaron a América durante el siglo XIX fueron las mismas que para los hombres, ellas se enfocaron en temas diferentes, tales como la vida doméstica, las costumbres, las normas morales y el mundo femenino (2012: 213). Esto ciertamente puede notarse en el libro de Seler-Sachs, quien se interesó por las vidas y relaciones de distintas personas, tanto guatemaltecas como extranjeras –entre ellas algunas alemanas que estaban viviendo en Guatemala– y la manera en que se habían adaptado (o no) a su nuevo ambiente. También menciona brevemente en su descripción de la ciudad de Guatemala a las mujeres ladinas y su laboriosidad:

«Todos los negocios pequeños, las tiendas, están en manos de ladinas, de quienes casi todas son personas que trabajan como empleadas domésticas, costureras, planchadoras y otros oficios femeninos similares. He conocido en estas mujeres y jóvenes una parte muy trabajadora de la población citadina» (Seler-Sachs, 1925: 166).

También hay algunos ejemplos en los que menciona ciertas normas morales, como cuando a una mujer estadounidense no se le permitió entrar al templo de Esquipulas hasta que se quitara el sombrero

que llevaba puesto y se cubriera la cabeza con una bufanda. En este caso no hace ningún comentario al respecto más que en España también hay iglesias donde a las mujeres no se les permite entrar a menos que lleven una mantilla (1925: 264). Un caso en el que sí expresa su opinión es cuando el hombre que trabajaba en la farmacia en Chiquimula sugirió durante una conversación que “era parte de las costumbres” locales que los hombres tuvieran hijos fuera del matrimonio. Sobre esto, si bien la autora no dice estar completamente de acuerdo con el asunto, sí comenta que prefiere la honestidad con la que allí se hablaba de ese tipo de cosas en vez de la hipocresía de las sociedades “civilizadas”, ya que al menos esa misma franqueza beneficiaba a los niños nacidos fuera de matrimonio, quienes a menudo eran criados en la casa del padre (Seler-Sachs, 1925: 267).

En sus comentarios más críticos o cuando expresa su opinión sobre lo que vio y experimentó durante sus viajes, la autora generalmente no parece adoptar una actitud despectiva o de superioridad con relación al país y sus pobladores, a excepción de un comentario que hace después de describir los diversos estilos de indumentaria indígena que observó en el mercado de la ciudad capital: «La raza es pequeña y poco agraciada» (1925: 168). La autora no profundiza más en esto, ni ofrece más explicaciones. El comentario hasta parece fuera de lugar en una narración que hasta ese momento se había enfocado en describir tejidos y prendas de vestir y que inmediatamente después pasa a discutir el tipo de mercadería que se puede encontrar en el mercado. Esta es también la única ocasión en que el término raza (*Rasse*) es usado en el texto analizado para este trabajo.

Por otro lado, en varios casos compara situaciones que observó en Guatemala con ejemplos similares en Europa, como cuando contrasta la manera en que se forman las rancherías en las haciendas y fincas de café en Guatemala con las migraciones de campesinos en busca de trabajo en Europa; o como cuando comenta sobre lo difícil que sería resolver en Europa algunos de los problemas que describe si se tuvieran las condiciones que existían en Guatemala. En cierta forma, Seler-Sachs no solo reflexiona sobre la cultura y sociedad propia y la del Otro, también trata de ponerse en sus zapatos e intenta a través de su narración que el lector haga lo mismo.

A lo largo de la obra, hace algunos comentarios que permiten ver una actitud bastante independiente y autosuficiente, y si bien Seler-Sachs en el texto no es abiertamente crítica de los roles asignados a las mujeres en esa época, sí parece desafiarlos en algunos pasajes. Un ejemplo, que también es mencionado por Hanffstengel (2003: 299), es cuando Gustav Kanter se dispone a llevar a Eduard Seler al rancho Yalombohoch, pero se niega a que Caecilie los acompañe, so pretexto de que no acostumbra a cabalgar con damas. En vez de aceptar esto como la manera en que son las cosas, Seler-Sachs le recuerda al lector el papel que ella juega asistiendo a su esposo en su trabajo y agrega que además le interesa ver los monumentos personalmente para contribuir a su propio conocimiento.

Termina el pasaje explicando que por tales razones emprendió el viaje al rancho, en compañía de Pancho, una hora después de que Kanter y su esposo se hubieran marchado.

Un caso similar puede verse cuando describe cómo Pancho la cuidaba mientras estuvo trabajando sola en Santa Lucía Cotzumalguapa:

«Pancho se está portando bien y se siente como mi protector. Ayer cuando regresé del hotel donde me tomé mi chocolate de la noche, me estaba esperando afuera porque había muchos borrachos en la calle por la fiesta» (Seler-Sachs, 1925: 192).

Si bien no niega que Pancho estuvo pendiente de ella durante el viaje, también da a entender que no fue algo que ella le hubiera pedido, sino algo que él sintió que debía hacer. Asimismo, menciona situaciones difíciles que afrontó durante sus viajes y en ningún momento dice esperar que alguien la ayude a superarlas; más bien describe cómo las manejó, pero mantiene una actitud humilde al hablar sobre cómo estas situaciones la hacían sentir nerviosa, preocupada, triste o frustrada. Un ejemplo es cuando escribe sobre la decisión que ella y su esposo tomaron de que viajara sola a Santa Lucía Cotzumalguapa a hacer los trabajos de documentación de los monumentos en la finca Bilbao. Si bien no se encontraron descripciones de primera mano de su personalidad o carácter en las fuentes bibliográficas consultadas para esta investigación, ejemplos como estos dejan ver que Caecilie Seler-Sachs era una mujer independiente que no tenía miedo a viajar sola, ni dudaba de sus capacidades para hacer por su cuenta el trabajo que usualmente ella y su esposo hacían juntos.

C. Valor del documento

Durante la lectura inicial de *AAWMG*, la misma pregunta surgía una y otra vez: si los Seler estaban conscientes de las prohibiciones que ya existían en el país en torno a la extracción de piezas arqueológicas y otros tipos de antigüedades, ¿por qué de todos modos las recolectaron para el Museo Etnográfico de Berlín? Si bien el propósito de este trabajo no es encontrar una respuesta a esta interrogante –la complejidad de esta sin duda amerita otra investigación– hay algo que se puede percibir en el texto de Seler-Sachs y que establece una importante diferencia entre la manera en que los Seler, y otros investigadores como ellos, extrajeron antigüedades del país y la forma en que otras personas, tanto nacionales como extranjeros, lo hicieron. Con esto no se está justificando ni aprobando la extracción del patrimonio cultural del país, pero vale la pena considerar este contraste y algunas de las perspectivas en torno a este fenómeno, el cual quizás se tratará de forma muy somera y superficial en este momento, pero que se podría explorar más a profundidad en otros estudios.

Kramer *et. al.* señalan que el siglo XIX «fue de temporada abierta en toda Centroamérica», ya que se trató de una época en que la pérdida del patrimonio nacional se tornó desenfrenada. Para ellos,

John Lloyd Stephens fue quizás el mejor ejemplo de esto al comprar Copán en 1839 por \$50. Explican que tenía la intención de trasladar los monumentos a Estados Unidos, donde se establecería una institución que sería el núcleo de un museo nacional muy importante de antigüedades americanas. En caso el desmantelamiento y traslado de Copán fuera demasiado complicado, proponía cortar y remover en pedazos una selección de monumentos previamente identificados para exhibirlos, y hacer moldes de los demás.

«Al hacer esto, Estados Unidos podía acumular, y luego exhibir tesoros del Nuevo Mundo de manera muy similar a la forma en que los museos de Europa llegaron a poseer y exhibir aquellos de Egipto, Grecia y Roma. En el escenario mundial, New York y Washington podrían un día rivalizar con Londres y París en términos de las maravillas de sus museos» (Kramer et. al., 2014: 10).

Si bien esto puede parecer atroz hoy en día, Kramer *et. al.* señalan que los puntos de vista de Stephens eran compartidos por personas en los círculos sociales, políticos e intelectuales en los que este se desenvolvía. No se veía nada de malo en este tipo de acciones, sino todo lo contrario, ya que se consideraba que se estaba rescatando estos monumentos. La justificación de Stephens giraba en torno a los siguientes argumentos: primero, consideraba que el sitio había sido abandonado y estaba deteriorándose en un lugar poco poblado, en un país que estaba empezando y cuyo gobierno era bastante débil; por otro lado, aseguraba que la gente que vivía cerca del sitio no conocía su historia, por lo que era difícil que reclamaran el lugar como propio. En tercer lugar, indicaba que había guerras civiles y un ambiente de violencia en todo el istmo, por lo que el plan de Stephens, aunque no se concretó, fue considerado responsable y encomiable. Algo similar se intentó con Quiriguá cuando el escocés George Ure Skinner presionó para que el British Museum adquiriera el sitio en 1842 para transportarlo pieza por pieza a Londres. Su propuesta recibió el apoyo de Lord Aberdeen, quien había sido clave en la adquisición de las estatuas de mármol del Partenón por parte del British Museum, el cual no obstante rechazó el plan de Skinner (2014: 10-11).

Estas ideas, continúan Kramer *et. al.*, estaban basadas en una actitud y mentalidad de superioridad por parte de los extranjeros en relación con los habitantes de los países a los que iban. «La convicción en el ímpetu del progreso, junto con los avances de la revolución industrial, significó que los viajeros, científicos y políticos de lejos se comportaran con un distintivo aire de superioridad en relación con sus contrapartes centroamericanos,» a quienes consideraban incapaces de apreciar y preservar su propio patrimonio. Esta actitud de los académicos e intelectuales europeos y estadounidenses les facilitó considerar que estaban en una misión de rescate de tesoros culturales que de otra manera se perderían (Kramer et. al., 2014: 12).

En *AAWMG*, Seler-Sachs reconoce claramente que tanto en Guatemala como en México existía la prohibición de exportar piezas arqueológicas. Aún así, ella y su esposo hicieron excavaciones en Guatemala y llevaron a Alemania algunos de los objetos que encontraron en estas, así como otros adquiridos de coleccionistas privados. No obstante, no parece considerar que estén causando algún tipo de daño o que de alguna manera están atentando contra el patrimonio del país, lo cual no es algo que ella aplique a todos los casos de extracción de piezas, como se puede ver en la manera en que describe lo que los ingenieros estadounidenses hacían con los objetos arqueológicos que encontraban durante los trabajos en la construcción del ferrocarril.

«... también se encontró mucho al momento de la construcción del ferrocarril. Sin embargo, los ingenieros estadounidenses les regalaron los objetos a sus amigos, los conservaron como recuerdos o los vendieron; y así se dispersó en todas direcciones lo que no se destruyó» (Seler-Sachs, 1925: 186).

De manera sutil, Seler-Sachs implica que hay una diferencia entre lo que ella y su esposo estaban haciendo y las acciones de estos ingenieros: mientras los Seler documentaban y estudiaban las piezas y las llevaban a una institución en la que se protegerían y estarían al alcance de otros científicos interesados en conocer sobre las civilizaciones antiguas del continente, lo que los ingenieros se llevaban iba a parar como decoraciones curiosas en alguna casa o se vendía como una mercancía. Según se da a entender en este breve pasaje, en ningún momento se estaba reconociendo su valor más allá de eso y por supuesto no se estaba documentando nada sobre el contexto en el que las piezas habían sido encontradas, algo que era académico como los Seler consideraban que era clave para poder utilizarlas con fines científicos. Al final se entiende que este tipo de extracción nada sistemática sí resultaba siendo destructiva y era algo de lo que investigadores como ellos también estaban rescatando a lo que se llevaban a Europa.

Eduard Seler expresa una idea similar en la dedicatoria de *Die alten Ansiedlungen von Chaculá*¹¹⁷ (1901), en la que reconoce que existe la prohibición de exportar piezas arqueológicas y de hecho explica que en México eso era algo difícil de hacer debido a esas leyes y a la lentitud del gobierno para procesar las solicitudes de autorización para llevar a cabo excavaciones. No obstante, también menciona una serie de factores que considera que son un riesgo para la conservación de esos objetos si permanecen en el país. De esta manera justifica su exportación en el contexto de una investigación científica que luego los traslade a una institución de la misma naturaleza donde se asegure su preservación.

¹¹⁷ *Los antiguos asentamientos de Chaculá*

«Si el buscador de tesoros desea, como es natural y correcto, llevarse a casa el fruto de sus labores o al menos una parte de ellos como compensación por su tiempo, trabajo y gastos, las negociaciones con los funcionarios del estado son necesarias, tediosas y dudosas en sus resultados. Hacer ese tipo de negociaciones no era posible para nosotros, ya que nuestro tiempo era limitado y no podíamos esperar el resultado de los procedimientos legales.

De hecho, las negociaciones que fueron iniciadas por el museo de Nueva York cuando nosotros llegamos a México no se completaron hasta dos años después. En esas circunstancias no nos quedó más por hacer que considerar nuestra expedición como una de estudio principalmente y esperar a ver si en un distrito remoto, alejado de los viajes y de la atención del público surgía una oportunidad de adquirir antigüedades, como era que Su Excelencia deseaba que se hiciera. Yo creía que un procedimiento como ese también era justificable ya que donde debido a su lejanía los monumentos y otras evidencias del pasado carecen de la protección del gobierno, se presta un servicio no solo a la ciencia sino también al país al cual pertenecen totalmente estos monumentos, al protegerlos de la destrucción que los amenaza por parte de los elementos, la negligencia, la gratuidad y la ignorancia, al transferirlos a un lugar donde el objetivo es preservarlos para la posteridad» (Seler, [1901] 2003: xix).

En el caso de Guatemala, específicamente sobre Chaculá, que fue donde hicieron los trabajos más extensos de excavación y exploración en el país, explica que no solo era un lugar de interés arqueológico, sino que además cumplía con el requisito de ser un sitio alejado y al cual el público le ponía poca atención, por lo que les fue posible hacer excavaciones y formar grandes colecciones, algo que «verdaderamente [...] pareció loable en cierta medida» (Seler, [1901] 2003: xx). También agradece a varias personas, quienes según indica, parecían también estar de acuerdo en cierto grado con su perspectiva:

«Estos caballeros incluso me ayudaron en mis recolecciones de tal manera que llegué a creer que ellos también en cierta medida habían llegado a aceptar mis puntos de vista anteriormente mencionados» (Seler, [1901] 2003: xix).

La documentación minuciosa de las piezas arqueológicas encontradas era de gran importancia para los investigadores alemanes, ya que consideraban que a través de eso se lograba contribuir a la acumulación de evidencia científica que luego se usaría para tener un mejor conocimiento de la humanidad. Berendt, en un comentario sobre las antigüedades que formaban parte de la colección del museo de la Sociedad Económica de Amigos del País en 1877, resalta precisamente esto al señalar que estas carecían de valor científico porque no se había conservado información sobre los lugares en los que habían sido encontradas (Chinchilla, 2016: 63). Esta perspectiva, promovida en Alemania por Adolf Bastian, era central en la diferenciación entre instituciones como el Museo Etnográfico de Berlín y otros museos en distintos países de Europa y Estados Unidos durante las últimas tres décadas del siglo XIX. Esto también estaba ligado a la visión que en ese tiempo se tenía de las ciencias y de la educación formal en general en Alemania, donde estas estaban reservadas para una élite intelectual cuyo estatus y prestigio estaban basados en su preparación académica y no para la población en

general. De igual manera, el museo de Bastian no pretendía ser una herramienta para educar a las masas presentando a otras culturas en términos de etapas de progreso de la humanidad, como se hacía en ese entonces en Estados Unidos, sino ser la mejor y más completa herramienta en el estudio científico de la especie humana desde una perspectiva inductiva.

Siguiendo la visión de Bastian, el objetivo del Museo de Berlín giraba en torno a la acumulación y la minuciosa documentación de la cultura material de todos los grupos humanos en todas las épocas entre los cuales los grupos considerados como *Naturvölker* tenían un lugar central en sus esfuerzos por encontrar la unidad psíquica de la especie humana y los cuales se consideraba que estaban desapareciendo debido a la creciente influencia europea. De ahí surgía también la idea de que era necesario rescatar los objetos de sus culturas antiguas y resguardarlas en un lugar donde se les pudiera preservar para la posteridad y pudieran ser estudiadas por la comunidad científica para alcanzar una mejor comprensión de la humanidad y sobre todo de la sociedad europea.

«Por un poco más de una década, los museos habían sido generalmente aceptados como *la* herramienta crítica para los estudios etnográficos, las instituciones claves para la exploración de “culturas humanas”, y los lugares en donde se podía comprender la diversidad humana. Había grandes expectativas vinculadas a la creación de museos etnográficos. Los etnólogos alemanes y sus seguidores esperaban que sus museos se convirtieran en las nuevas bibliotecas de “la humanidad”, los recursos centrales para el estudio y análisis de la historia humana, y un medio esencial para comprender el “yo” europeo. Imaginaron los museos etnográficos como las perfectas herramientas de investigación del futuro, los lugares donde toda la información nueva y antigua se podría reunir, clasificar y finalmente, utilizar. En resumen, Bastian y sus contrapartes creían que el estudio de todos los aspectos de la humanidad podía encontrar su máxima expresión en los museos etnográficos» (Penny, 2003: 101).

Por otro lado, Kramer *et. al.* señalan que estos expertos también podrían haber servido como asesores para comerciantes y coleccionistas de antigüedades. En el caso de Seler, en particular, notan que este asesoró a Karl W. Hiersemann –un librero y editor alemán que compraba y vendía, entre otras cosas, documentos antiguos y únicos– sobre la autenticidad de un códice mexicano que estaba considerando adquirir para ofrecérselo a Archer Milton Huntington, un cliente suyo, y el cual finalmente Seler determinó que era una falsificación. Además, plantean la hipótesis de que Hiersemann, quien probablemente nunca haya viajado a América, debe de haber contado con una red de contactos que conocían los gustos de Huntington y buscaban para él libros y manuscritos provenientes de Latinoamérica. Se preguntan si acaso Hiersemann también tenía contacto, a través de personas como Seler, con alemanes cultos con mentes empresariales «que combinaban la búsqueda del conocimiento con la administración de agronegocios (fincas de café y haciendas de ganado) en Guatemala», tales como Erwin Paul Dieseldorff y Gustav Kanter a quienes describen como «apasionados bibliófilos y coleccionistas» (2014: 22-23).

Kanter, aseguran, mantenía relaciones comerciales con Alemania e intercambió correspondencia con el Museo Etnográfico de Berlín (2014: 24). De hecho, fue de esta manera como invitó a Seler a visitar Chaculá (Weeks en Seler, 2003: 16). Esto lleva a Kramer *et. al.* a preguntarse si alguien como Gustav Kanter pudiese acaso haber actuado como agente o intermediario para un comerciante de antigüedades como Hiersemann, tomando en cuenta que en los diez años que este trabajó para el coleccionista Huntington, presentándole dos o tres catálogos al año para su consideración, seguramente tuvo que haber contado con el apoyo de otros participantes estratégicos además de Seler (2014: 24-25).

Por su parte, Mac Donald Kanter resalta que a pesar de que los Seler sí se llevaron piezas arqueológicas de Chaculá a Alemania, su abuelo estaba muy interesado en tener su propio museo (Colección Kanter, véase Villacorta y Villacorta, 1927). La Colección Kanter se perdió después de que don Gustavo Kanter se viera forzado a huir a Comitán luego de que Estrada Cabrera ordenara su captura. De hecho, de acuerdo con Weeks, no todas las piezas que se encontraron durante los trabajos de Seler en Chaculá fueron enviadas a Alemania: solo algunas seleccionadas; el resto permanecieron en la Colección Kanter en Chaculá (Seler, [1901] 2003, 16). Por otro lado, Mac Donald Kanter argumenta que la utilización del término “saqueo” para referirse a todas las actividades relacionadas a la salida de antigüedades encontradas por arqueólogos o investigadores alrededor del mundo implica en cierta manera un juicio de valor que además pone en un mismo plano la extracción sistemática y documentada de piezas arqueológicas y otros objetos por personas que tenían un genuino interés por estudiarlas, preservarlas y exhibirlas en los museos europeos. Agrega que es difícil juzgar con mentalidad del siglo XXI el pensamiento y las acciones que para ellos tenían un gran valor en el siglo XIX y señala que cuando estas piezas encontradas en Chaculá se llevaron al extranjero, en Guatemala no se valoraban como en la actualidad¹¹⁸.

Tampoco se puede decir que la extracción y en muchos casos la destrucción de piezas arqueológicas y otras antigüedades (como seguramente debe de haber sucedido, por ejemplo, durante la construcción del ferrocarril) se haya dado únicamente a manos de extranjeros. Kramer *et.al.* notan que en el siglo XIX también se daba un «saqueo autoinflingido», con lo que se refieren a casos como el de un gobernador de apellido Gálvez que en 1836 se llevó consigo un manuscrito de una gramática kaqchikel en una visita que hizo a Estados Unidos y luego, como muestra de amistad, se lo regaló a la biblioteca de la American Philosophical Society en Philadelphia (Kramer, et. al., 2014: 15). Otro

¹¹⁸ Comunicación personal, Dr. Rodolfo Mac Donald Kanter, Médico y Cirujano, Licenciado en Historia (22 y 26 de marzo de 2018).

ejemplo, reportado por Seler-Sachs, es el caso de la colección del Museo Nacional que salió del país para ser exhibida en Madrid en 1892 y ya no regresó (1925: 169).

En un ensayo publicado para la Smithsonian Institution, titulado “Colecciones de Documentos Históricos en Guatemala” (1877), el cual se incluye como el Anexo 1 del libro de Kramer *et. al.* (2014), Karl Hermann Berendt hace una breve descripción de los archivos y el tipo de documentos que estos contenían en cinco lugares que visitó durante una estancia de un mes en la ciudad de Guatemala en 1876: el Archivo Nacional, el Archivo de la Audiencia (el tribunal supremo de justicia durante el dominio español), los Archivos de la Municipalidad, la Biblioteca de la Universidad y la Biblioteca de la Sociedad Económica. Asegura, basándose no solo en sus propias observaciones, sino también en «los informes ocasionales de científicos viajeros [y] por lo que se puede recabar de los trabajos de los pocos investigadores nativos que han alcanzado el mundo científico en el extranjero», que en dichos lugares se encontraban varios documentos raros y únicos que podrían contribuir al conocimiento de la historia del continente americano, en especial durante la conquista, la colonia y la época prehispánica. Al mismo tiempo, expresa que concuerda con la idea de hacer cuidadosas copias de dichos documentos para poder hacerlos accesibles a otros estudiosos –incluso provee una lista de los documentos que considera deberían ser los primeros en copiarse– lo cual a su parecer debe hacerse lo antes posible (Berendt en Kramer *et. al.*, 2014: 27-29). Explica que este sentimiento de urgencia se debe a la actitud negligente del gobierno local respecto a estos valiosos objetos:

«El actual Gobierno de Guatemala, muy despierto como parece mostrarse ante el progreso material del país, es extrañamente descuidado en cuanto a la preservación y utilización de estos tesoros científicos. A la simple solicitud de un extranjero, un alemán que reside en Nicaragua, una cantidad considerable de documentos originales del más alto valor ha sido entregada [sic.] recientemente, con una imperturbabilidad sorprendente, como si se tratase simplemente de papel usado, al Gobierno de Nicaragua, el cual nunca los solicitó ni se preocupará por preservarlos. Es de temer que invaluable fuentes de información puedan de esta manera perderse para siempre si no se les salva de la pérdida mediante transcripciones oportunas» (Berendt en Kramer *et. al.*, 2014: 28).

Hay otro caso que no puede dejar de mencionarse en esta discusión porque va mucho más allá de la exportación de piezas, se trata de la destrucción de estas perpetrada por orden del presidente de ese entonces, Manuel Estrada Cabrera, a manera de una venganza personal. Según lo reportado por Schávelzon (1983), después de que Gustav Kanter huyera del país y su hacienda fuera ocupada por el ejército, muchos de los libros y manuscritos que conformaban su colección fueron llevados a un pueblo para hacer cohetes, y las piezas arqueológicas fueron usadas para prácticas de tiro al blanco de los soldados. Este último ejemplo impacta por la manera en que tantos objetos y manuscritos se perdieron, denotando una total y abierta falta de conocimiento y aprecio por el patrimonio cultural propio que se estaba destruyendo. Ciertamente, casos como los anteriormente expuestos también

servían para justificar y reforzar el sentimiento de urgencia y el argumento de estar realizando una labor de rescate de los tesoros culturales del país por parte de investigadores como los Seler e instituciones como el Museo Etnográfico de Berlín.

Cabe aclarar que con esta rápida revisión de algunos de los puntos de vista existentes en torno al complicado tema de la exportación del patrimonio cultural de Guatemala (y otros países alrededor del mundo) a países europeos y a Estados Unidos durante el siglo XIX, no se pretende obviar otros factores importantes que por la delimitación de este trabajo no se han incluido. De hecho, hacer un análisis integral de este fenómeno y su contexto histórico requiere que se tomen en cuenta, por ejemplo, las relaciones entre Europa y los países que habían sido o continuaban siendo colonias, el trato especial que se les daba a los extranjeros en Guatemala durante los gobiernos de la época, el racismo y la ignorancia con la que históricamente se ha tratado a las poblaciones indígenas en el país, así como a su cultura y patrimonio, y los intereses económicos y políticos ligados a la extracción y el comercio de antigüedades.

No obstante, regresando al punto inicial, es posible notar a lo largo del relato de Seler-Sachs en *AAWMG* un genuino interés académico y personal de los Seler por la cultura maya prehispánica y contemporánea, así como una dedicación y pasión por el tema de estudio que sin duda los impulsó a llevar a cabo su labor a pesar de tener muchas veces que viajar, vivir y trabajar en condiciones difíciles, soportar las inclemencias del clima y padecer enfermedades. Otro aspecto notable es la documentación metódica que hicieron de las piezas que vieron y recolectaron, así como de sus contextos cuando esto fue posible, y que se encuentra registrada en diversos documentos, tanto académicos como informes, artículos y libros; personales, como cartas y diarios; así como libros sobre viajes, tales como el que se ha analizado en este trabajo.

Si bien muchas de las colecciones hechas durante el siglo XIX y su documentación se han perdido en eventos tan terribles como la Segunda Guerra Mundial, bastantes objetos y documentos todavía existen y se encuentran resguardados en archivos, museos y bibliotecas de distintos países, entre ellos Guatemala y Alemania. Estos, a diferencia de los objetos extraídos sin ningún tipo de documentación de su hallazgo ni de su subsecuente destino, permite en muchos casos reconstruir la historia del patrimonio nacional recolectado por investigadores como los Seler, a la vez que contribuyen al conocimiento de otros temas como la historia de los museos y la historia de la antropología, particularmente de una rama poco conocida de esta disciplina en Guatemala como lo es la alemana, la cual ha sido poco estudiada debido a la falta de traducciones al idioma español de la mayoría de los estudios, artículos, libros, diarios, cartas y demás documentos escritos.

De acuerdo con Ellen Lewin, las raíces de la antropología feminista pueden trazarse a varias académicas tempranas y entre ellas deberían contarse tanto antecesoras estilísticas como intelectuales, así como aquellas cuyas contribuciones sirvieron como inspiración para las antropólogas que las siguieron (2006: 4). Si bien Lewin, en su revisión de la historia de la antropología feminista se enfoca en Estados Unidos, en esta resaltan algunos paralelos interesantes con el caso de Caecilie Seler-Sachs, así como los otros descritos brevemente en el capítulo III. Ella destaca el papel que jugaron las esposas de antropólogos: algunas facilitaron las investigaciones de sus esposos y otras usaron distintos géneros de escritura porque no estaban seguras sobre definirse como antropólogas o no (Tedlock, 1995, citada en Lewin, 2006: 4).

Quienes han estudiado las obras de Caecilie Seler-Sachs resaltan el vital papel que jugó en la carrera de su conocido esposo como la persona que realizó mucho del trabajo técnico para sus estudios, que a menudo lo ayudó con el trabajo de revisión y edición de sus obras, y con quien compartió intelectualmente sus ideas y perspectivas. Además de esto, Caecilie fue su compañera de viajes y quien lo cuidó cada vez que cayó enfermo durante estos. También reconocen sus múltiples talentos como fotógrafa, artista, etnógrafa y escritora, con los cuales no solo apoyó a su esposo, sino también hizo investigaciones por su cuenta y escribió sus propias publicaciones.

El trabajo de Seler-Sachs adquiere una cualidad especial no solo al considerar el contexto anteriormente expuesto, sino por el hecho de haber sido escrito por una mujer en una época en la que el rol social asignado a las mujeres en su país era bastante restrictivo, tanto en la vida familiar y pública, como –y quizás de forma muy particular– en la esfera académica. Si bien es cierto que hubo otras mujeres exploradoras en esa época e incluso antes que ella, esto no era algo común e implicaba un desafío a las normas y concepciones sociales de la época, así como un verdadero interés por los temas que estudiaron a pesar de no ser tomadas en serio en la comunidad académica, de ser invisibilizadas al tener que publicar con pseudónimos o bajo el nombre de algún colega hombre, y de que sus esfuerzos fueran considerados por muchos como una incursión en un mundo por excelencia masculino, al cual no solo no pertenecían, sino en el que se pensaba que no serían capaces de desenvolverse adecuadamente por no contar, por su propia naturaleza, con las cualidades físicas, psicológicas, emocionales e intelectuales para lograrlo.

Claro, que Caecilie y otras como ella fueran mujeres educadas de familias adineradas, y en el caso particular de la primera, haber sido expuesta al movimiento burgués de mujeres en Alemania, haber crecido en un hogar con un padre que la estimuló intelectualmente y luego haber compartido su vida e intereses con un esposo que apoyó su trabajo académico y la consideró su par, seguramente fueron factores importantes en su formación y desarrollo. Sin embargo, estos mismos factores también

subrayan las profundas desigualdades no solo en términos de género, sino también económicas y sociales que había en ese entonces y que hoy en día continúan existiendo en menor o mayor grado en muchas sociedades alrededor del mundo.

Así, casos como el de Caecilie Seler-Sachs y otras mujeres como las estudiadas por Kullik (1990), y Lewin (2006,) y que esta última considera pueden verse como antecesoras de la antropología feminista, también pueden ser objeto de análisis desde esa perspectiva crítica que, como se indicó en las limitaciones de este trabajo, trasciende el alcance de esta investigación.

Como etnógrafa, Caecilie Seler-Sachs ofrece una perspectiva distinta a la que se puede leer no solo en textos académicos, sino también en otros diarios de exploradores y viajeros de la época que fueron escritos por hombres. Temas como las vidas y relaciones de las personas, muchas de ellas mujeres con las que interactuó durante su viaje; las alegrías y satisfacciones, las dificultades, angustias, tristezas, frustraciones y enojos vividos a lo largo de esta experiencia; así como sus impresiones personales sobre las culturas encontradas y con las que convivió en mayor o menor medida son cosas que no suelen formar parte de los informes y publicaciones académicos de la época. Por tal razón permiten ver un lado y un punto de vista diferente a lo que habitualmente se conoce de un período específico de la historia de la antropología: el de sus inicios como una disciplina académica. Trabajos como el de Seler-Sachs demuestran que, a pesar de todas las limitaciones sociales, educativas y estructurales, las mujeres han hecho aportes a la antropología y sus distintas ramas desde el principio y si bien históricamente han sido menos visibles, el estudio de sus contribuciones y perspectivas es una tarea que indudablemente enriquecerá los estudios de y sobre la antropología.

VII. CONCLUSIONES

El libro *Auf alten Wegen in Mexiko und Guatemala* contiene una gran riqueza de información –en texto e imágenes– sobre diversos temas, en especial con relación a la arqueología, etnografía y botánica, que eran de interés para la autora y su esposo. En el tema de la arqueología, su enfoque principal está en la recolección y documentación de antigüedades, que era la razón por la cual los Seler habían emprendido su largo viaje por México y Guatemala. La información en torno a esto no solo es valiosa por las descripciones de sitios, piezas, monumentos y su contexto, así como de colecciones y coleccionistas privados –lo cual es de gran importancia en el estudio y reconstrucción de la historia de una buena parte del patrimonio cultural del país– sino también da una idea sobre la manera en que los Seler trabajaron y las condiciones, a menudo sumamente difíciles, en las que lo hicieron. Esto es algo que no suele incluirse en los informes, artículos y publicaciones de carácter académico.

En el caso de la información etnográfica, si bien Seler-Sachs no hace ni pretende hacer una etnografía de Guatemala, sí provee información variada sobre distintos temas como descripciones de pueblos y ciudades, personas de distintas culturas, países y clases sociales, expresiones culturales, idiomas, creencias, costumbres, política, economía, relaciones de poder, vida doméstica y normas morales. En relación con la información geográfica y biológica, principalmente botánica, las descripciones en el libro son muy detalladas y ricas a lo que en ocasiones se suma la identificación de plantas específicas y datos sobre algunos de sus usos locales. Además, el documento, por no ser de carácter académico y científico, y por contener opiniones de la autora, le permite al lector darse una idea de la perspectiva personal desde la cual está escribiendo, así como enterarse de las experiencias, triunfos y dificultades que ella y su esposo tuvieron durante sus viajes.

Todo esto está escrito de una forma fluida y entretenida que además de presentar una gran cantidad de información, capta la atención y el interés del lector mientras la autora cuenta, a veces en un tono emotivo, sobre los viajes que emprendió junto a su esposo haciendo lo que apasionaba a ambos. Seler-Sachs incluso finaliza el prólogo de la segunda edición de su obra, la cual dedica a la memoria de su marido, con las siguientes palabras:

«Pero las horas felices se graban con más fuerza en la memoria que las tristes, y cuando el esfuerzo es coronado con el éxito, [estas] rápidamente se olvidan. Así, puede ser que a algunos mi descripción les parezca demasiado idílica. Pero hoy, cuando recuerdo esos años de viajes, solo puedo hacerlo con alegría que únicamente se enturbia por la nostalgia de alguna vez poder volver a vivir algo parecido» (Seler-Sachs, 1925: VIII).

Finalmente, documentos que como este no han sido traducidos al español o al inglés, así como los trabajos de otras mujeres de la época que como Selser-Sachs desafiaron de una u otra forma las convenciones sociales de su tiempo para dedicarse a sus estudios e investigaciones, son valiosos no solo por la información que contienen, sino porque muestran una perspectiva que, si bien ha sido menos estudiada en la historia de la antropología, siempre ha estado presente: la femenina. Ambas cosas solo pueden contribuir a enriquecer el conocimiento de y sobre nuestra disciplina.

VIII. RECOMENDACIONES

Es necesario hacer análisis críticos sobre documentos como el aquí analizado tomando en cuenta el momento y contexto histórico en el que se escribieron, así como sus perspectivas teóricas, metodológicas y de género. No obstante, como primer paso se deben hacer más esfuerzos por traducir en su totalidad materiales como este y muchos otros escritos en alemán que por la riqueza y naturaleza de la información que contienen pueden contribuir a los estudios antropológicos, arqueológicos, históricos y en algunos casos, biológicos del país, así como de la historia del patrimonio cultural nacional.

IX. BIBLIOGRAFÍA

- Anawalt, Patricia. 1981. *Indian Clothing before Cortés: Mesoamerican Costumes from the Codices*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Arroyo, Barbara y L. Escobar. 2004. *Edwin M. Shook Archival Collection, Guatemala City, Guatemala*. FAMSI. Recuperado de:
<http://www.famsi.org/reports/02087/02087Arroyo01.pdf>
- Auga, Ulrike, *et.al.* 2010. *Das Geschlecht der Wissenschaften: Zur Geschichte von Akademikerinnen im 19. und 20. Jahrhundert*. Campus Verlag, GmbH, Frankfurt am Main: Deutschland
- Bastian, Adolf. 1876. "Die Monumente von Santa Lucia Cotzumalguapa". En *Zeitschrift für Ethnologie*. Achter Band, pp. 322-326. Verlag von Wiegandt, Hempel & Parey: Berlin.
- Bayerische Staatsbibliothek. 2018. Nachlässe von bayerischen Personen. Recuperado en:
<https://www.bsb-muenchen.de/sammlungen/bavarica/bestaende/bavarica-in-den-handschriften-und-nachlaessen/>
- Berendt, Karl Hermann. 2014. "Colecciones de documentos históricos en Guatemala" en *Saqueo en el archivo. El paradero de los tesoros documentales guatemaltecos*. CIRMA: Guatemala. Anexo 1, pp. 27-31
- Casaús Arzú, Marta Elena. 2012. "Museo Nacional y museos privados en Guatemala: patrimonio y patrimonialización. Un siglo de intentos y frustraciones". En *Revista de Indias*. Vol. LXXII, No. 254, enero-abril. Instituto de Historia, CCHS, CSIC: Madrid, España, pp. 93-130.
- Castillo, Lorenzo. 1927. Artículo publicado en *Diario de Guatemala*, número 880, 30 de julio. En s.f. "Datos históricos sobre la colección arqueológica conocida como la Colección Kanter" (recopilado por R. Mac Donald Kanter).
- Chinchilla M., Oswaldo. 1997. "Las esculturas de Cotzumalguapa en el Museo Etnográfico de Berlín. En *Simposio de Investigaciones Arqueológicas de Guatemala, 1996* (editado por J.P. Laporte y H. Escobedo), pp. 214-226. Museo Nacional de Arqueología y Etnología (versión digital).
2016. "Just and Patriotic: Creating a National Museum in Guatemala (1831-1930)". En *Museum History Journal*, Vol. 9 No. 1, enero, pp. 60-76.

- Contreras R., J. Daniel. 1995. "La Reforma Liberal", en *Historia General de Guatemala*, Tomo IV: Desde la República Federal hasta 1898. Asociación de Amigos del País, Fundación para la Cultura y el Desarrollo: Guatemala, pp. 173-192.
- Deutsche Digitale Bibliothek. 2018. Therese, Bayern, Prinzessin. Recuperado en: <https://www.deutsche-digitale-bibliothek.de/entity/117767697>
- Dirección General de Cartografía. 1961 a). *Diccionario Geográfico de Guatemala*. Tomo 1. Tipografía Nacional de Guatemala: Guatemala
- 1961 b). *Diccionario Geográfico de Guatemala*. Tomo 2. Tipografía Nacional de Guatemala: Guatemala
- Dolinski, Eckehard. 2003. "Eduard y Caecilie Seler-Sachs, fundadores de los estudios científicos precolombinos". En *Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*. Universidad Nacional Autónoma de México: México, pp. 31-40.
- Frühsorge, Lars *et al.* 2013. "Forschung am „lebenden“ Objekt: Die Mesoamerikanistik und das Museum für Völkerkunde Hamburg". Publicado por Miriam Heun. Recuperado de: http://www.academia.edu/6682345/Forschung_am_lebenden_Objekt_Die_Mesoamerikanistik_und_das_Museum_fur_Volkerkunde_Hamburg pp. 252-269.
- Fundación para la Cultura y el Desarrollo. 2004. *Diccionario histórico biográfico de Guatemala*. Editorial Amigos del País: Guatemala.
- Gage, Thomas. 1958. *Thomas Gage's Travels in the New World*. Edición e introducción de J. Eric S. Thompson. University of Oklahoma Press: Estados Unidos.
- Gottowik, Volker 1997. "Who's afraid of 'Teutonic professors'? The hermeneutic tradition in German ethnology", en *Anthropology Today*, Vol. 13, No. 4, August. Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland: United Kingdom.
- Häntzschel, Günter 1986. *Bildung und Kultur bürgerlicher Frauen 1850-1918. Eine Quellendokumentation aus Anstandsbüchern und Lebenshilfen für Mädchen und Frauen als Beitrag zur weiblichen literarischen Sozialisation*. Max Niemeyer Verlag, Tübingen: Deutschland

- Hiepko, Paul. 2003. "The Botanical collections of Eduard and Caecilie Seler". *En Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*. Universidad Nacional Autónoma de México: México, pp. 223-228.
- Hoffmann, Petra. 2010. "Der Übergang vom Universitären Ausbildungs- ins Wissenschaftssystem. Das Beispiel der Preußischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin". *En Das Geschlecht der Wissenschaften. Zur Geschichte von Akademikerinnen im 19. und 20. Jahrhundert*. Campus Verlag, GmbH, Frankfurt am Main: Deutschland.
- Ibero - Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz (IAI) 2009. *Miradas Alemanas hacia América Latina. Portal temático de la exposición*. Recuperado de: <http://portal.iai.spk-berlin.de/Linea-de-tiempo.43+M52087573ab0.0.html>
- Kanter, Bertha vda. de Mahr 2002. *Cuncumpá. Un siglo de historia*.
- Knoke de Arathoon, Barbara. 2000. *Un esbozo histórico sobre tocados y chachales mayas de Guatemala*. Museo Ixchel del Traje Indígena: Guatemala.
- Kramer, Wendy, *et. al.* 2014. *Saqueo en el archivo. El paradero de los tesoros documentales guatemaltecos*. CIRMA: Guatemala.
- Kullik, Rosemarie 1990. *Frauen "gehen Fremd": eine Wissenschaftsgeschichte der Wegbereiterinnen der deutschen Ethnologie*. Mundus - Reihe Ethnologie, Band 40. Holos Verlag, Bonn: Deutschland.
- Lelgemann, Achim. 2003. "Las contribuciones de Eduard y Caecilie Seler a la antropología del occidente y norte de México", *en Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*. Universidad Nacional Autónoma de México: México, pp. 197-208.
- Lewin, Ellen 2006. *Feminist Anthropology: A Reader*. Wiley-Blackwell: New Jersey.
- Little-Siebold, Christa. 1999. "Mayan Clothing of the Classic Period as seen in Lowland Polychrome Ceramics". *En Mayan Clothing and Weaving Through the Ages*. Museo Ixchel del Traje Indígena: Guatemala, pp. 17-27.
- Luján Muñoz, Jorge. 2003. *Inicios del dominio español en Indias*. Editorial Universitaria: Guatemala.

2011. *Atlas histórico de Guatemala*. Academia de Geografía e Historia de Guatemala: Guatemala.
- Mac Donald Kanter, Rodolfo. 2003. “Datos históricos sobre la colección arqueológica conocida como la Colección Kanter”. En *Cuncumpá. Un siglo de historia*.
- Maudslay, Anne Cary y A.P. 1899. *A Glimpse at Guatemala, and Some Notes on the Ancient Monuments of Central America*. Libro digitalizado por Internet Archive en 2011. Recuperado de: <https://archive.org/details/glimpseatguatemala00maud>
- Mazón, Patricia 2010. “Die erste generation von Studentinnen und die Zulassung der «besseren Elemente» 1890-1914”. En *Das Geschlecht der Wissenschaften. Zur Geschichte von Akademikerinnen im 19. und 20. Jahrhundert*. Campus Verlag, GmbH, Frankfurt am Main: Deutschland.
- McCreery, David. 1995 a. “Agricultura, 1821-1860”. En *Historia General de Guatemala*. Tomo IV. Asociación de Amigos del País, Fundación para la Cultura y el Desarrollo: Guatemala, pp. 481-502.
- 1995 b. “El desarrollo del café y sus efectos en la sociedad indígena”. En *Historia General de Guatemala*. Tomo IV. Asociación de Amigos del País, Fundación para la Cultura y el Desarrollo: Guatemala, pp. 503-534.
- Méndez González, Lucía 2010. *La obra de Thomas Gage: una mirada hacia América desde afuera*. Tesis para optar al grado de Maestra en Historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo: México.
- Mendoza, Edgar 2000. *Antropologistas y antropólogos: una generación*. Universidad de San Carlos, Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas: Guatemala.
- Münchener Digitalisierungszentrum Digitale Bibliothek. 2018. Therese von Bayern (1850-1925): Bilder zu ihren Forschungsreisen. (Colección digital de imágenes del legado de la Princesa Teresa de Baviera). Recuperado en: <https://www.digitale-sammlungen.de/index.html?c=sammlung&projekt=1400055949&l=de>
- Pedroni, Guillermo 1982. Consideraciones acerca de los etnólogos alemanes que investigaron en Guatemala entre 1880 y 1935, en *Etnólogos alemanes en Guatemala (1883-1935)*. Serie Separatas Anuario Vol. 54. Revista Universidad de San Carlos. II Época, Vol. 13. Editorial Universitaria: Guatemala.

- Penny, H. Glenn 2003. "Bastian's Museum: On the Limits of Empiricism and the Transformation of German Ethnology". En *Worldly Provincialism: German Anthropology in the Age of Empire*. H. Glenn Penny, Matti Bunzi. University of Michigan Press: pp. 86-126. Recuperado de: <http://muse.jhu.edu/book/7145>
- Ringer, Fritz K. 1995. *El ocaso de los mandarines alemanes*. La comunidad académica alemana, 1890-1933. Ediciones Pomares – Corredor, S.A.: Barcelona, España.
- Ruz Lhuillier, Alberto. 1968. "Franz Termer (1894-1968)". En *Estudios de Cultura Maya*. Vol. VII, pp. 401-407. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM: México. Recuperado de: <http://www.iifilologicas.unam.mx/estculmaya/>
- Schávelzon, Daniel. 1983. "Saqueo y destrucción del patrimonio nacional (1821-1911)". Publicado originalmente en el suplemento "Sábado" del periódico *Unomasuno*, 22 de octubre, número 312, pp. 1-5, Ciudad de México. Versión digital recuperada de: <http://www.danielschavelzon.com.ar/?p=2919>
- Seler, Eduard. [1901] 2003. *The Ancient Settlements of Chaculá in the Nentón District of the Department of Huehuetenango, Republic of Guatemala*. Editado por John M. Weeks. Labyrinthos: California.
- Seler-Sachs, Caecilie 1925. *Auf Alten Wegen in Mexiko und Guatemala*. Zweite Auflage. Strecker und Schröder Verlag, Stuttgart: Deutschland.
- Sellen, Adam T. 2006. "Re-evaluation of the Early Archaeological Collections from Oaxaca: A Trip to the Seler Archives in Berlin". FAMSI. Recuperado de: <http://www.famsi.org/reports/05016/index.html>
- Sepúlveda y Herrera, M. Teresa 2003. Eduard y Caecilie Seler en México, en Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones. Universidad Nacional Autónoma de México: México, pp. 42-50.
- Shook, Edwin M. s.f. Tarjetas del Archivo de Sitios. Departamento de Arqueología, Universidad del Valle de Guatemala.
- Stelzner, Uli y Thomas Walther. 1998. *Los civilizadores: Alemanes en Guatemala*. Documental. Institut für Soziale und Kulturelle Arbeit. Nürnberg: Alemania. Duración: 139 minutos.
- Termer, Franz. 1949. "Eduard Seler". En *El México Antiguo*. Tomo VII, pp. 29-42.

- Thiemer-Sachse, Ursula 2003. La actividad de Eduard Seler en tanto profesor universitario: El inicio de los estudios mexicanistas en la Universidad de Berlín, en Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones. Universidad Nacional Autónoma de México: México, pp. 51-70.
- Tylor, Edward B. 1905. "Professor Adolf Bastian: born June 25, 1826; died February 3, 1905. En *Man*, Vol. 5, pp. 138-143. Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland. Recuperado de: <http://www.jstor.org/stable/2788004>
- Villacorta, Antonio y C. Villacorta 1927. *Arqueología guatemalteca*. Tipografía Nacional: Guatemala.
- Von Hanffstengel, Renata 2003. "Valores estéticos en la fotografía y los escritos de Caecilie Seler-Sachs". En *Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*. (Editado por Renata von Hanffstengel y Cecilia Tercero Vasconcelos). Universidad Nacional Autónoma de México: México, pp. 293-324.
- Von Hanffstengel, Renata y C. Tercero V. (editoras) 2003. *Eduard y Caecilie Seler: Sistematización de los estudios americanistas y sus repercusiones*. Universidad Nacional Autónoma de México: México, pp. 293-324.
- Von Woebeser, Gisela. 2012. "Testimonios escritos y pictóricos de viajeras extranjeras". México. Siglo XIX. En: *Viajeras entre dos mundos*. Sara Beatriz Guardia edición y compilación. Editora UFGD: Brasil
- Wagner, Regina. 1995. "La inmigración alemana". En *Historia General de Guatemala*. Tomo IV. Asociación de Amigos del País, Fundación para la Cultura y el Desarrollo: Guatemala, pp. 443-456.
1996. *Los Alemanes en Guatemala 1828-1944*. Afanes, S.A.: Guatemala.
- Womack, Mari. 2001. *Being Human. An Introduction to Cultural Anthropology*. Prentice Hall: New Jersey